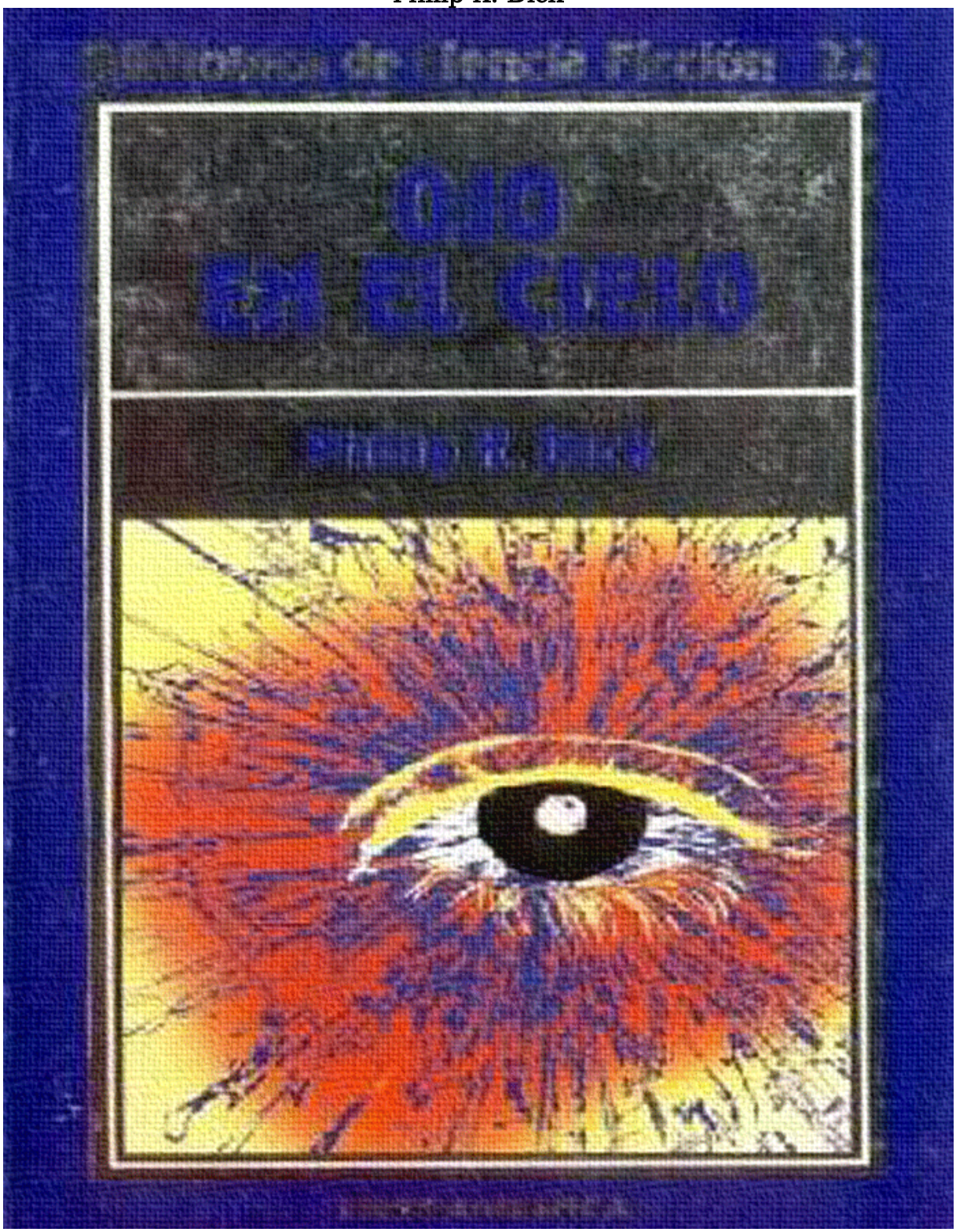
OJO EN EL CIELO
Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

A las cuatro de la tarde del día 2 de octubre de 1959, el Desviador de Radiaciones Protónicas del Bevatrón de Belmont traicionó a sus creadores. Los efectos de semejante infidelidad tuvieron un desarrollo inmediato. En cuanto se dejó de corregir adecuadamente su trayectoria y, en consecuencia, al quedar sin gobierno, el rayo de seis mil millones de voltios salió disparado hacia el techo de la cámara y en su centellante ascenso redujo a cenizas una plataforma de observación que dominaba el generador.

En aquel preciso momento, ocho personas se encontraban en la plataforma, un grupo de visitantes y su guía. Desposeídas inopinadamente de su estrado, las ocho personas cayeron al piso de la cámara del Bevatrón, donde, sumidas en el dolor de las lesiones y el susto del inesperado descenso a plomo, permanecieron hasta que se disipó el campo magnético y se neutralizó en gran parte la intensa radiación.

De las ocho víctimas, fue necesario hospitalizar a cuatro. Otras dos, cuyas quemaduras eran menos graves, quedaron sometidas a un período indefinido de observación. Las dos restantes fueron examinadas y asistidas, después de lo cual pasaron a sus domicilios. Los periódicos de San Francisco y Oakland informaron del suceso. Los abogados de las personas damnificadas prepararon sus demandas judiciales, iniciando los pleitos correspondientes. Varios funcionarios relacionados con el Bevatrón se desmoronaron encima de la chatarra, en compañía del «Sistema Rectificador Wilcox-Jones» y sus entusiastas inventores. Surgieron operarios y empezaron a reparar los daños materiales.

El lamentable acontecimiento duró apenas dos minutos. A las cuatro en punto comenzó a fallar el aparato rectificador y a las cuatro y dos, ocho personas se habían desplomado desde una altura de veinte metros y atravesado el haz de protones que brotaba del circular receptáculo interno del generador.

El guía, un joven negro, fue el primero en iniciar la caída y en estrellarse contra el piso de la cámara. El último que descendió fue un técnico, también joven, que trabajaba en las cercanas instalaciones de una fábrica de proyectiles teledirigidos. Cuando el grupo salió a la plataforma, el muchacho se separó de sus compañeros, regresó hacia el pasillo y se dispuso a sacar el tabaco.

Es muy probable que, de no haberse precipitado hacia delante para sujetar a su esposa, no hubiera caído con los demás. Su último recuerdo lúcido consistía en eso: en que soltó el paquete de cigarrillos y alargó inútilmente la manga de la chaqueta de Marsha...

Durante toda la mañana, Hamilton estuvo sentado en los laboratorios de investigación de la planta de proyectiles, sin hacer otra cosa que afilar la punta de un montón de lápices y combatir su propia inquietud. En torno suyo, el equipo continuaba trabajando; la entidad seguía su marcha.

Marsha se presentó a las doce, radiante y preciosa, vestida de punta en blanco, tan encantadora como un cisne de los que embellecían el *Golden Gate Park*. Hamilton despertó al instante de su letargo meditabundo, le sacó de su estado de languidez el dulce aroma de aquella costosa criatura que había conseguido conquistar, una pertenencia a la que apreciaba más que a

su conjunto de aparatos estereofónicos de alta fidelidad y más que a su colección de buen whisky.

-¿Qué ocurre? -preguntó Marsha, al tiempo que se inclinaba brevemente sobre el extremo de la superficie gris de la mesa metálica, unía sus dedos enguantados y agitaba con nerviosismo las esbeltas piernas-. Démonos prisa, hay que almorzar en un santiamén para poder acercarnos luego a ese sitio. Hoy es el día señalado para la puesta en funcionamiento, por primera vez, del desviador de marras, ese mecanismo que deseabas contemplar. ¿Lo habías olvidado? ¿Estás a punto?

-A punto para la cámara de gas -repuso Hamilton, con cierta aspereza-. Y la cámara de gas está preparada para recibirme.

Los ojos de Marsha se dilataron un poco; su gesto adoptó un aire serio, dramático.

-¿Pero qué pasa? ¿Más cuestiones secretas de esas de las que no puedes hablar? Cariño, no me dijiste que hoy iba a suceder algo importante. Mientras desayunábamos te manifestaste chistoso y juguetón como un cachorrillo.

-A la hora del desayuno no lo sabía. -Tras echar un vistazo a su reloj de pulsera, Hamilton se puso en pie, sin abandonar su expresión sombría-. Disfrutemos de un espléndido almuerzo; tal vez sea el último para mí. -Y añadió-: Y acaso sea también la de esta tarde la última excursión de mi vida.

Pero no llegaron a la rampa de salida de los Laboratorios de Mantenimiento de California, así que mucho menos al restaurante establecido carretera abajo, allende la zona vigilada de edificios e instalaciones. Un ordenanza uniformado les salió al paso y extendió la mano, en la que llevaba una hoja de papel blanco, bien dobladita.

-Esto es para usted, señor Hamilton. El Coronel T.E. Edwards me encargó que se lo entregase.

Estremecido, Hamilton desdobló la cuartilla.

-Bueno -se dirigió a su esposa en tono apagado-, ya está. Siéntate en la antesala. Si dentro de una hora no he vuelto, regresa a casa y abre una lata de carne de cerdo con judías.

-Pero... -La muchacha esbozó un ademán de impotencia-. Te expresas de un modo tan... tan *siniestro.* ¿Sabes de qué se trata?

Hamilton lo sabía. Se inclinó hacia delante y le dio un beso fugaz en los labios rojos, húmedos y más bien temblorosos. Luego se alejó por el pasillo con rápida zancada, en pos del ordenanza, rumbo a la serie de despachos del Coronel Edwards, el puñado de salas de conferencias de alto nivel, donde los jefes de la compañía celebraban sus reuniones solemnes.

Mientras tomaba asiento, la densa y opaca presencia de hombres de negocios de mediana edad alentaban a su alrededor, en medio de una atmósfera saturada de humo de cigarrillos, desodorante y olor a negro betún para zapatos. Flotaba un constante murmullo sobre la alargada mesa de acero. En un extremo de ésta, se encontraba sentado el propio T.E., parapetado tras un montón regular de impresos, formularios e informes. De acuerdo con su categoría respectiva, cada uno de los funcionarios allí reunidos contaba con su trinchera protectora de papeles, su abierta carterita de documentos, su cenicero y su vaso de agua tibia. Frente al Coronel Edwards se acomodaba la figura rechoncha y uniformada de Charley McFeyffe, Capitán del Servicio de Seguridad, cuya misión consistía en

husmear por los alrededores de la fábrica de proyectiles y protegerla de los agentes rusos.

-Ya lo tenemos aquí -murmuró el Coronel T.E. Edwards, al tiempo que dirigía a Hamilton una mirada severa, por encima de la montura de sus gafas-. No vamos a entretenerle durante mucho rato, Jack. En la agenda de trabajo de la conferencia sólo hay un asunto que le concierna; por lo tanto, no es necesario que, una vez debatido, continúe usted aquí.

Hamilton no dijo nada. Tensos los nervios y tirante la expresión, se limitó a seguir sentado, a la espera de lo que se le iba a venir encima.

-Esta cuestión se refiere a su esposa -empezó Edwards, mientras se humedecía el grueso pulgar y pasaba las hojas de un informe-. Veamos, tengo entendido que desde que Sutherland presentó la dimisión, ha estado usted al frente de nuestros Laboratorios Investigadores. ¿Exacto?

Hamilton asintió. Encima de la mesa, sus manos habían perdido todo color, para transformarse en dos miembros rígidos y carentes de sangre. «Como si ya estuviese muerto», pensó Hamilton en plan derrotista. Como si ya le hubieran ahorcado, extrayéndole la vida, el aliento, la posible luminosidad de su interior. Sí, le habían colgado, como uno de los cerdos de Hormel, en la oscura santidad del matadero.

-Su esposa -prosiguió Edwards con voz retumbante, a la vez que sus moteadas muñecas subían y bajaban, pasando páginas- ha sido clasificada como un peligro para la seguridad de la fábrica. Aquí tengo el informe. -Señaló con un movimiento de cabeza al silencioso Jefe de Policía de la planta-. Me lo trajo McFeyffe. Y debo añadir que lo hizo de *muy mala gana.*

-Con la peor gana del mundo -subrayó McFeyffe, dirigiéndose a Hamilton.

Sus grises pupilas pedían perdón. El gesto torvo y pétreo de Hamilton se lo denegó, despreciando al Capitán a base de indiferencia absoluta.

-Naturalmente -reanudó Edwards su tonante exposición-, está usted familiarizado con el sistema de seguridad establecido aquí. Constituimos una empresa particular, pero nuestro único cliente es el Gobierno. Nadie compra proyectiles, salvo el Tío Sam. De forma que tenemos que andarnos con cien ojos. Le presento el asunto con toda claridad imprescindible, al objeto de que pueda usted conducirlo según su propio criterio. En primer lugar, es cosa suya. Para nosotros, su importancia reside exclusivamente en el hecho de que usted ostenta el cargo de jefe de nuestros laboratorios de investigación. Lo malo es que ese detalle lo convierte también en asunto nuestro.

Miró a Hamilton como si pusiera los ojos en él por primera vez, pese a que lo había contratado personalmente en 1949, diez largos años antes, cuando Hamilton era una brillante promesa, un ingeniero electrónico inteligente y apasionado por su profesión, recién salido del ITM.

-¿Significa esto -preguntó Hamilton en tono ronco, sin apartar la vista de sus manos, que abría y cerraba espasmódicamente- que se prohíbe a Marsha entrar en la fábrica?

-No -respondió Edwards-. Significa que, hasta que se produzca un cambio en la situación, no se le permitirá a *usted* tener acceso al material clasificado.

-Pero eso representa... -Hamilton notó que se le quebraba la voz y que caía en la estancia un silencio de pasmo-. Eso comprende todo el material con el que trabajo.

Nadie pronunció una sola palabra. Los altos funcionarios de la Compañía, reunidos en la sala, permanecieron inmóviles en sus asientos, resguardados tras sus carteras y montones de impresos. En un rincón, el acondicionador de aire emitía un zumbido rumoroso.

-¡Qué barbaridad! Se me condena sin preámbulos -articuló Hamilton de súbito, con voz clara y potente.

Unos cuantos formularios se agitaron a impulsos de la sorpresa. Edwards le disparó una mirada de soslayo que rezumaba curiosidad. Charley McFeyffe encendió un cigarro y, nerviosamente, se pasó la mano por la rala cabellera. Con un sencillo uniforme de color pardo, tenía todo el aspecto de un gordo agente asignado al servicio de vigilancia en carretera.

-Léale el pliego de cargos -dijo McFeyffe-. Concédale la oportunidad de defenderse, T.E. Al fin y al cabo, Hamilton tiene *algunos* derechos.

Durante unos momentos, el Coronel Edwards forcejeó con el acervo de datos que componían el informe del Cuerpo de Seguridad. Luego, sombrío el rostro a causa de la irritación, empujó el expediente completo por encima de la mesa, hacia McFeyffe.

-Su Departamento redactó todo eso -dijo, lavándose las manos en el asunto-. Comuníqueselo usted.

-¿Acaso pretenden leerlo aquí? -protestó Hamilton-. ¿Delante de treinta personas? ¿En presencia de todos los empleados de la firma?

-Todos han revisado la documentación -manifestó Edwards, no sin cierta amabilidad-. Hace cosa de un mes que está concluido y desde entonces no ha dejado de circular. Después de todo, muchacho, para la Compañía es usted un hombre importante. No íbamos a tomarnos a la ligera una cuestión como ésta.

-En primer término -comenzó McFeyffe, que evidenciaba sentirse muy molesto-, tenemos ese negocio del FBI. Nos lo traspasaron.

-¿No lo pidieron ustedes? -preguntó Hamilton en tono agrio-. ¿O es que iba de un lado a otro, a través del país, sin más ni más?

McFeyffe se puso colorado.

-Bueno, se solicitó, claro. En calidad de encuesta rutinaria. Por Dios, Jack, hay un expediente acerca de mi propia persona... Incluso se lleva uno a nombre del Presidente Nixon.

-No tiene por qué leerme toda esa escoria -a Hamilton le temblaba la voz-. Marsha se afilió al Partido Progresista allá por el año 1948, cuando estudiaba su primer curso universitario. Contribuyó con alguna que otra pequeña cantidad de dinero cuando inició sus colectas la Comisión Recaudadora de Fondos Pro Refugiados Hispanos. Se suscribió a *«In Fact».* Ya he oído todo eso en otras ocasiones.

-Léale los informes de última hora -aleccionó Edwards.

Avanzando meticulosamente por la complicada senda del expediente, McFeyffe llegó a los datos que estaban más al día.

-La señora Hamilton abandonó el Partido Progresista en 1950. *«In Fact»* dejó de publicarse. En 1952, asistió a varias asambleas de la «Artes, Ciencias y Profesiones de California», organización de vanguardia apoyada por individuos comunistoides. La señora Hamilton firmó la Propuesta de Paz de Estocolmo. Se incorporó a la Unión de Libertades Civiles, que no faltan quienes tildan de pro izquierdista.

-¿Qué significa eso de *pro izquierdista?* -inquirió Hamilton.

-Simpatizante con personas o grupos que simpatizan con el comunismo. -Laboriosamente, McFeyffe prosiguió-: El 8 de mayo de. 1953, la señora Hamilton escribió una carta al *«Chronicle»* de San Francisco, protestando por el hecho de que se impidiera la estancia en los Estados Unidos a Charlie Chaplin, un famoso compañero de viaje. Firmó la Apelación para salvar a los Rosenberg: traidores convictos. En 1954 pronunció un discurso en los locales de la Liga de Sufragistas Femeninas de Alameda, manifestándose favorable a la admisión de la China Roja en las Naciones Unidas... Y la China Roja es un país comunista. En 1955 se unió a la agencia abierta en Oakland por la Organización Internacional de Coexistencia o Muerte, que tiene ramificaciones en los países del otro lado del telón de acero. Y en 1956 entregó su contribución monetaria a la Sociedad para el Progreso del Elemento Humano de Color. -Citó la cifra-: Cuarenta y ocho dólares con cincuenta y cinco centavos.

Se produjo un instante de silencio.

-¿Ya está? -interrogó Hamilton.

-Sí, lo más importante.

-¿Se menciona también en ese expediente -dijo Hamilton, esforzándose en mantener firma la voz- que Marsha está suscrita al *«Tribune»* de Chicago? ¿Se dice que en 1952 promovió activamente la candidatura de Adlai Stevenson? ¿Reflejan esos papeles que en 1953 entregó su óbolo a la campaña organizada por la Sociedad Protectora de Animales a favor de los perros y los gatos?

-No comprendo que importancia pueden tener esos detalles -terció Edwards, algo impaciente.

-¡Complementan el cuadro! Claro, Marsha se suscribió a *«In Fact»...* y también al *«New Yorker».* Se dio de baja del Partido Progresista cuando lo hizo Wallace... se unió a los Jóvenes Demócratas. ¿Queda constancia de eso? Desde luego, sentía curiosidad acerca del comunismo, ¿la convierte eso en comunista? Todo lo que afirman ustedes es que Marsha lee periódicos del ala izquierda y que escucha a oradores de tendencias izquierdistas... Pero eso no demuestra que respalde al comunismo, que esté sometida a la disciplina del Partido, que abogue por el derrocamiento del Gobierno o que...

-Nadie asegura que su esposa sea comunista -le interrumpió McFeyffe-. Sólo decimos que se la ha incluido en la lista de personas susceptibles de constituir un peligro para la seguridad de la fábrica. *Existe,* no obstante, la posibilidad de que Marsha sea comunista.

-Santo Dios -articuló Hamilton-. ¿He de demostrar que *no* lo es? ¿Se trata de eso?

-Es una posibilidad latente -repitió Edwards-. Trate de mostrarse razonable, Jack; no se ponga nervioso, ni empiece a dar gritos. Tal vez Marsha sea roja; tal vez no. Pero tampoco es esa la cuestión. Lo que poseemos aquí es un conjunto de informes demostrativos de que su esposa se interesa por la política... por la política radical, claro. Y eso no es bueno.

-Marsha se interesa por todo. Es una persona inteligente y educada. Dispone de todo el día para enterarse de cosas. ¿Es que se la va a obligar a pasarse en casa las horas muertas... -Hamilton rebuscó en su mente las palabras apropiadas-, sin hacer otra cosa que no sea sacudir el mantel, lavar, planchar, zurcir y cocinar?

-Tenemos aquí un patrón de conducta -dijo McFeyffe-. Hay que reconocer

que, en sí mismo y por separado, ninguno de estos datos resulta indicativo. Pero cuando uno forma con ellos un conjunto, cuando se saca el promedio estadístico... Entonces se observa que tal promedio estadístico es demasiado alto, Jack. Su esposa está complicada en un número excesivo de movimientos de tendencia izquierdista.

-Culpable por asociación. Es una muchacha de curiosidad despierta; se siente interesada por cuanto la rodea. ¿Basta eso para sacar la conclusión de que está *de acuerdo* con todo lo que esa gente dice?

-No podemos ver lo que hay dentro de su cabeza... y *usted* tampoco. Lo único factible es juzgar a tenor de sus actos: de los grupos con los que se reúne, las peticiones que firma, el dinero que aporta... Son las únicas pruebas de que disponemos y no nos queda más remedio que seguir basándonos en ello. Dice usted que su esposa asiste a esas asambleas, pero que no se identifica con las teorías que expresan los oradores. Bueno, supongamos que la Policía irrumpe en un local donde se está desarrollando un espectáculo impúdico y detiene a las chicas y a la gerencia del establecimiento. No cabe duda de que el auditorio saldrá de la sala afirmando que el espectáculo no le gustaba lo más mínimo. -McFeyffe extendió las manos-. Pero, ¿estarían allí de no gustarles la representación o lo que fuere? Es posible que asistiesen una vez. Acaso inducidos por la curiosidad. Pero no un día y otro día, siempre que se anunciara el espectáculo.

»Su esposa lleva diez años, desde que tenía dieciocho, relacionándose con grupos del ala izquierda. Ha tenido tiempo más que suficiente para formarse una opinión acerca del comunismo. Pero continúa mezclándose con esos asuntos; todavía se lanza a la palestra cada vez que un puñado de comunistoides organiza su manifestación de protesta para condenar algún linchamiento ocurrido en el Sur o para poner el grito en el cielo por lo alta que es la cantidad presupuestada con vistas a la adquisición de armas. Me parece que el hecho de que Marsha lea también el *«Tribune»* de Chicago no tiene más trascendencia que el hecho de que el hombre que va a una sala de espectáculos obscenos asista igualmente a la iglesia. Eso sólo demuestra que posee varias facetas, incluso, quizás, facetas contradictorias... pero subsiste el hecho de que una de esas facetas incluye el goce de lo infamante. No queda mancillado por asistir a las ceremonias religiosas; sin embargo, se anota debidamente el dato de que le gustan las representaciones obscenas y de que entra a presenciarlas.

»En un noventa y nueve por ciento, su esposa puede ser una norteamericana típica y media: puede que guise de maravilla, conduzca con cuidado, pague sus impuestos, entregue dinero a las Asociaciones de Caridad y prepare tartas para las rifas de la Iglesia. Pero el restante uno por ciento acaso esté ligado al Partido Comunista. Tal es la situación.

Al cabo de un momento, Hamilton reconoció de mala gana:

-Ha expuesto el caso muy bien.

-Creo en él. Conozco a Marsha y le conozco a usted desde que ingresó en la nómina de la empresa. Ambos me caen simpáticos... y Edwards alberga los mismos sentimientos que un servidor. Creo que todos opinan igual. Aunque no es esa la cuestión. Hasta que no dispongamos de telepatía y nos sea posible hurgar a distancia en el cerebro de las personas, no tenemos más alternativa que la de confiar en los datos estadísticos. No, no podemos

demostrar que Marsha sea agente de una potencia extranjera. Y usted tampoco puede demostrar que no lo es. Sencillamente, no podemos permitirnos el lujo de actuar de otro modo. -Al tiempo que se frotaba la parte inferior del grueso labio, McFeyffe preguntó-: ¿Se le ha ocurrido alguna vez preguntarse si Marsha es comunista?

Una idea que jamás se le pasó por la cabeza. Mientras brotaba el sudor por todos los poros de su piel, Hamilton se mantuvo inmóvil y silencioso, con la vista clavada en la reluciente superficie de la mesa. Siempre había dado por supuesto que Marsha decía la verdad, que el comunismo sólo había despertado en ella instintos curiosos. Por primera vez, una sospecha desdichada y miserable nacía y se desarrollaba. Estadísticamente, *era* posible.

-Se lo preguntaré -dijo en voz alta.

-¿Lo hará? -repuso McFeyffe-. ¿Y qué va a responder Marsha?

-¡Que no es comunista, desde luego!

Edwards sacudió la cabeza.

-Eso no vale gran cosa, Jack. Si reflexiona un poco, estará de acuerdo conmigo.

Hamilton se puso en pie.

-Mi esposa se encuentra en la antesala. Pueden interrogarla... Se la convoca aquí y le formulan las preguntas que gusten.

-No voy a ponerme a discutir con usted -declaró Edwards-. Su esposa ha sido catalogada como un peligro para la seguridad de la factoría y, hasta que se demuestre lo contrario, queda usted suspendido del empleo. O aporta pruebas concluyentes, en el sentido de que Marsha Hamilton no es comunista, o se tendrá que desembarazar de ella. -El Coronel se encogió de hombros-. Tiene usted una carrera por delante, muchacho. Se trata de la profesión de su vida.

McFeyffe se levantó y dio un rodeo en torno a la mesa. Se suspendía la sesión; la conferencia relativa al caso Hamilton se daba por terminada. Tras coger al técnico por un brazo, McFeyffe tiró de él insistentemente, hacia la puerta.

-Salgamos de aquí, lleguémonos a un sitio donde se pueda respirar. ¿Qué me dice de un trago? Los tres: Marsha, usted y yo. El whisky se pone agrio en el *Fondeadero*. Me parece que podríamos hacerle los honores, antes de que se estropee.

II

-No me apetece ir a tomar ningún trago -declinó Marsha en tono enfático, destemplado y quebradizo. Pálido el semblante, decidida la expresión, se encaró con McFeyffe e hizo caso omiso de los funcionarios de la compañía, que atravesaron la antesala-. Precisamente ahora Jack y yo nos disponíamos a visitar el Bevatrón para ver cómo ponen en funcionamiento el nuevo equipo. Hace semanas que acariciamos este proyecto.

-Mi automóvil está en la zona de estacionamiento -ofreció McFeyffe-. Tendré sumo gusto de llevarles. -Añadió con cierta ironía-: Soy policía... no me pondrán pegas a la hora de entrar con ustedes.

Cuando el polvoriento *Plymouth* subía por la larga cuesta que llevaba a los

edificios del Bevatrón, Marsha confesó:

-No sé si echarme a llorar a ponerme a reír. No puedo creerlo. ¿De veras se han tomado este asunto tan en serio?

-El Coronel Edwards propuso a Jack que se desprendiera de usted como si fuese una chaqueta vieja -dijo McFeyffe.

Aturdida, temblorosa, Marsha se mantenía rígida en el asiento, con las manos apretadas sobre los guantes y el bolso.

-¿Serías capaz de hacerlo? -preguntó a su marido.

-No -repuso Hamilton-. Ni aunque fueras una alcohólica y pervertida, además de comunista.

-¿Lo ha oído? -se dirigió Marsha a McFeyffe.

-Sí.

-¿Y qué le parece?

-Opino que forman una pareja soberbia. Creo que, si Jack obrase de otro modo, demostraría ser un hijo de zorra. -McFeyffe concluyó-: Se lo diré así al Coronel Edwards. Aunque ya se lo había advertido.

-Uno de vosotros dos -manifestó Hamilton, con la mirada puesta en su esposa- no debería estar aquí. Habría que arrojarlo por la portezuela. Lo echaré a cara o cruz, a ver a quién le toca.

Sobresaltada, Marsha alzó la cabeza y sus ojos castaños se posaron en Hamilton, mientras los dedos se hundían en los guantes.

-¿Es que no lo comprendes? -susurró-. Esto es algo terrible. Se trata de una conspiración contra ti y contra mí. Contra nosotros dos.

-Me siento un poco traidor -reconoció McFeyffe. Sacó el *Plymouth* de la autopista nacional y lo condujo por la carretera que avanzaba hacia los terrenos del Bevatrón. El agente de Policía situado a la entrada saludó y agitó el brazo; McFeyffe correspondió de igual manera-. Al fin y al cabo, ustedes son amigos míos... Las obligaciones de mi cargo me han empujado y no tuve más remedio que ejecutar la desagradable tarea de redactar unos penosos informes acerca de mis amistades. Relacionar datos ultrajantes, investigar rumores... ¿Creen que disfruté con ello?

-Cumpla con su de... -empezó Hamilton, pero Marsha le interrumpió en seco.

-McFeyffe tiene razón; no es culpa suya. Todos estamos metidos en esto, los tres.

El vehículo se detuvo frente a la entrada principal. McFeyffe cortó el encendido del motor, se apearon y se dirigieron con paso negligente hacia la amplia escalinata de hormigón.

Había un puñado de técnicos a la vista y Hamilton volvió la cabeza para mirar al grupo, reunido ante los peldaños. Jóvenes bien vestidos, con el pelo cortado a cepillo y corbata de lazo, que charlaban afablemente. Se deslizaba junto a ellos la acostumbrada corriente de visitantes que, después de haber franqueado la verja exterior, se disponía a penetrar en el inmueble y gozar del espectáculo del Bevatrón en marcha. Pero eran los técnicos quienes interesaban a Hamilton.

«Aquí estoy yo», se dijo.

Para corregirse enseguida.

«O ahí he estado hasta ahora».

-Vuelvo dentro de un segundo -se excusó Marsha con voz débil, al tiempo que se llevaba las manos a los ojos, en los que pugnaban por salir las

lágrimas-. Voy un momento al lavabo, para componerme un poquillo.

-De acuerdo -murmuró Hamilton, sumido aún en la profundidad de sus pensamientos.

La mujer se alejó. Hamilton y McFeyffe quedaron uno frente a otro, en el pasillo del edificio, donde resonaban los ecos de todos los ruidos.

-Tal vez me hayan hecho un favor -comentó Hamilton.

Diez años era un periodo de tiempo bastante prolongado, lo suficiente como para cansarse de un empleo. ¿Y a dónde había estado dirigiéndose? ¿No era esa una pregunta buena y oportuna?

-Tiene perfecto derecho a sentirse dolido -repuso McFeyffe.

-No le falta razón -convino el ingeniero. Dio unos pasos y luego se detuvo, con las manos en los bolsillos.

Claro que estaba dolido. Y lo seguiría estando hasta que hubiese solventado en un sentido o en otro, aquel asunto de la lealtad. Pero no se trataba de eso; había de por medio la sacudida propinada a su sistema fisiológico, la alteración de su forma de vida, de todo el cuadro de sus costumbres. El trastorno que suponía para muchas cosas en las que confiaba y daba por seguras. McFeyffe había asestado un tajo enorme, cuyo corte llegaba hasta el nivel más hondo de su existencia; afectaba incluso a su matrimonio y, de manera especial, a la mujer que significaba para él más que cualquier otra persona en este mundo.

Más que nada ni nadie. Más que su propio trabajo. Su lealtad se entregaba por entero a Marsha. Le resultó extraño comprenderlo. Lo que le atormentaba no era su fidelidad para con la profesión que ejercía, sino la idea de que lo sucedido se interponía entre Marsha y él, separándolos.

-Sí -dijo a McFeyffe-. Me siento infernalmente dolido.

-Puede conseguir otro empleo.

-Mi esposa -articuló Hamilton-. Me refiero a Marsha. ¿Cree que tendré la oportunidad de recobrarla? Me gustaría. -Nada más pronunciar tales palabras, se dio cuenta de que estaba expresándose de un modo infantil. Prosiguió, en parte porque deseaba mostrarse insultante y en parte porque no sabía qué otra cosa hacer-. Están ustedes enfermos. Se dedican a destruir personas inocentes. La paranoia...

-Déjelo -silabeó McFeyffe-. Tuvo usted su oportunidad, Jack. Hace años. Demasiados años.

Mientras Hamilton daba forma mental a su réplica, volvió a aparecer Marsha.

-Están dejando pasar al primer grupo de visitantes corrientes. Los grandes personajes han echado ya su ojeada. -La mujer parecía haber restablecido un poco su estado anímico-. Ese cacharro... el nuevo desviador... ha empezado a funcionar, según creo.

De mala gana, Hamilton se apartó del grueso policía de seguridad.

-Vamos, pues.

McFeyffe anduvo tras ellos.

-Sin duda, es interesante -comentó, sin dirigir la palabra a nadie en particular.

-Exacto -repuso Hamilton, remoto, consciente de que estaba temblando.

Respiró hondo, entró en la cabina del ascensor, después de Marsha, y dio media vuelta automáticamente, poniéndose de cara a la puerta. McFeyffe hizo lo mismo. Mientras el ascensor se elevaba, Hamilton se vio obligado a

contemplar el subido color rojo del cuello del Capitán. McFeyffe también estaba alterado.

En la segunda planta encontraron a un joven negro, que lucía ancho brazalete en la manga y congregaba a un disperso puñado de visitantes. Se integraron en el grupo. Tras ellos, otras personas aguardaban pacientemente a que les tocase la vez. Eran las cuatro menos diez: el «Sistema Rectificador Wilcox-Jones» había sido enfocado y activado.

-Vamos ya a verlo -decía el joven *cicerone* negro, con voz aguda y experta, al tiempo que capitaneaba al grupo, pasillo adelante, hacia la plataforma de observación-. Debemos apresurarnos, al objeto de que los demás puedan ver también el ingenio. Como saben, el Bevatrón de Belmont lo ha construido la Comisión de Energía Atómica, con el fin de avanzar en la investigación del fenómeno de los rayos cósmicos generados artificialmente y en condiciones reguladas. El elemento central del Bevatrón consiste en un gigantesco productor de energía, cuyo campo magnético acelera el rayo de protones y le proporciona una creciente ionización. Los protones, con su carga positiva, se introducen en la cámara longitudinal desde el Tubo Acelerador «Cokroft-Walton».

Según su temperamento o humor, los visitantes esbozaron sonrisitas ambiguas o no hicieron caso alguno de las explicaciones. Un caballero alto, flaco, de aspecto severo y entrado en años, se mantenía inmóvil como un poste de madera, cruzado de brazos e irradiando desdén para con la ciencia en general. Hamilton se percató de que era un soldado; en la solapa de su chaqueta de algodón, el hombre llevaba una deslucida insignia de metal. «Al diablo con él», pensó el técnico amargamente. Al diablo con el patriotismo en general. En lo abstracto y en lo especifico. Todos los que pertenecían a la misma calaña, soldados y polizontes. Antiintelectuales y antinegros. Antitodo, salvo cerveza, perros, automóviles y armas.

-¿Hay folletos? -inquirió suavemente una matrona regordeta, de mediana edad y voz algo penetrante; una dama que vestía con costosa elegancia-. Nos gustaría llevarnos a casa algunos impresos. Para utilizarlos en la escuela con fines educativos.

-¿Cuántos voltios circulan ahí abajo? -gritó el rapaz que iba con la señora-. ¿Más de mil millones?

-Sobrepasan ligeramente la cifra de seis mil millones -explicó el guía negro en tono resignado-. El voltaje electrónico se encarga de empujar a los protones que haya recibido, antes de que se desvíen de su órbita y salgan de la cámara circular. Cada vez que el rayo traza una revolución, se incrementan su carga y velocidad.

-¿Cuál es su velocidad? -intervino una mujer enjuta, de aspecto competente y unos treinta años de edad. Llevaba gafas de gruesos cristales y vestía un conjunto de paño tosco.

-Un poco inferior a la de la luz.

-¿Cuántas veces giran en la cámara?

-Cuatro millones -repuso el guía-. Su distancia astronómica es de medio millón de kilómetros. Cubren ese recorrido en un segundo y ochenta y cinco centésimas.

-Increíble -jadeó la matrona del atavío caro, con matices fatuos y aterrados en la voz.

-Cuando los protones abandonan el Acelerador Longitudinal -prosiguió el

cicerone-, su energía es de diez millones de voltios, o, como decimos nosotros de diez megavoltios. El problema siguiente consiste en conducirlos por una órbita circular en la posición exacta y en el ángulo matemático, de forma que los pueda recoger el campo de acción del gran generador.

-¿No puede hacerlo el Imán? -interrogó el chiquillo.

-Temo que no. Se utiliza para ello un modulador. Los protones sobrecargados tienen tendencia a abandonar fácilmente una ruta determinada y a vagar en todas direcciones. Para evitar que entren en un curso de espiral cada vez más amplio se necesita recurrir a un sistema complicado de modulación de frecuencia. Y, cuando el rayo alcanza su carga precisa, continúa vigente la peliaguda cuestión de sacarlo de la cámara circular.

Señalando con el dedo hacia abajo, por encima de la barandilla de la plataforma, el guía indicó el generador situado a sus pies. El aparato era enorme e imponente, con cierto parecido a un buñuelo colosal. Su zumbido resultaba estruendoso.

-La cámara de aceleración se encuentra dentro del generador. Tiene una longitud de ciento veinte metros. Me parece que no es posible verla desde aquí.

-Me pregunto -terció el veterano de guerra canoso- si los fabricantes de esta máquina espectacular se dan cuenta de que uno cualquiera de los huracanes corrientes, creados por la mano de Dios, excede en mucho al total de la potencia engendrada por el hombre, incluida ésta y todas las demás máquinas construidas hasta la fecha.

-Estoy segura de que se dan perfecta cuenta de ello -manifestó con sutileza la joven de aspecto severo-. Es probable que estén en condiciones de calcular con toda exactitud la potencia del huracán que usted les indicase. Podrían citársela casi sin margen de error.

El militar retirado la examinó con dignidad y reserva, a distancia.

-¿Es usted científica señora? -preguntó en voz baja.

El *cicerone* tenía ya a casi todos los miembros del grupo encima de la plataforma de observación.

-Usted primero -McFeyffe se apartó, dejando pasar a Hamilton.

Marsha se había adelantado ya y su marido echó a andar tras ella. McFeyffe, que fingía interesarse por los gráficos informativos adosados a la pared que dominaba la plataforma, cerraba la comitiva.

Hamilton tomó la mano de su esposa, la apretó con fuerza y susurró al oído de la mujer:

-¿Crees que hubiera renunciado a ti? No vivimos en la Alemania nazi.

-Aún no -contestó Marsha, alicaída. No había perdido del todo su palidez, ni se había sobrepuesto completamente al abatimiento; apenas quedaban en su rostro huellas de maquillaje y tenía los labios descoloridos, yertos y apretados-. Cariño, cuando pienso en esos hombres, convocándote ante su presencia para echarte en cara mi persona y mis actividades, como si yo fuera una especie de... Mesalina o algo semejante..., o como si mantuviera relaciones secretas con los caballos... me entran ganas de asesinarlos Y Charlie..., le consideraba amigo nuestro. Pensaba que podríamos contar con él. ¿Cuántas veces vino a casa a cenar?

-Tampoco vivimos en Arabia -le recordó Hamilton-. Sólo porque le dimos de comer, eso no significa que sea nuestro hermano de sangre.

-La última vez que le invitamos, hasta le preparé un pastel de merengue. Y algunas otras cosas que le gustaban. Ese tipo y sus ligas de color naranja. Prométeme que nunca llevarás ligas.

-Calcetines con goma elástica y nada más. -La acercó hacia sí y dijo-: Demos un empujoncito a ese bastardo y tirémoslo sobre el generador.

-¿Crees que el aparato lo asimilaría? -Marsha sonrió tristemente-. Lo más probable es que lo escupiese. Demasiado indigesto.

A su espalda, la matrona y su hijo se rezagaban. McFeyffe se había quedado bastante detrás, caminaba con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, inclinado con desaliento el grueso semblante.

-No parece muy feliz -observó Marsha-. En cierto modo, me da lástima. No es culpa suya.

-¿Pues de quién es la culpa? -En tono frívolo, como si bromeara, Hamilton preguntó-: ¿De las sanguijuelas chupadoras de sangre del proletariado, de las alimañas capitalistas de Wall Street?

-Una manera muy extraña de expresarlo -dijo Marsha, turbada-. Jamás te había oído pronunciar esas palabras. -De súbito, se aferró a Hamilton-. No creerás que... -Se interrumpió y se apartó bruscamente de él-. Sí. Temo que acaso sea verdad.

-¿Qué es lo que temo que acaso sea verdad? ¿Que perteneciste durante una época al Partido Progresista? ¿Es que se te ha olvidado que solía llevarte a las reuniones en mi cupé *Chevrolet*? Hace diez años que estoy enterado de eso.

-No es tal la cuestión. No me refiero a lo que hacía, sino a lo que *significa*... a lo que esos señores dicen que significa. Lo crees así, ¿no es cierto?

-Bueno -articuló Hamilton, incómodo-, no tienes ningún transmisor de onda corta escondido en el sótano. Al menos, que yo sepa.

-¿Acaso lo has buscado? -La voz de Marsha era fría y acusadora-. Quizá lo tenga, no estés tan seguro. Puede que me encuentre aquí para sabotear ese Bevatrón o lo que sea.

-No hables tan alto -aconsejó Hamilton.

-Y tú no me des órdenes.

Irritada, Marsha retrocedió, apartándose de su marido en dirección al delgado veterano de guerra de aspecto severo.

-Tenga precaución, joven damisela -la advirtió el soldado, separándola con firmeza de la barandilla-. No querrá caer por el borde de este precipicio, ¿verdad?

-El mayor problema de su construcción -explicaba el guía- estribaba en que la unidad correctora solía llevar el rayo de protones fuera de la cámara circular y lo conducía al choque con su blanco. Se emplearon diversos métodos. En principio, se apagaba el oscilador en un momento crítico; esto permitía a los protones emprender un recorrido en espiral hacia fuera. Pero semejante desvío resultaba demasiado imperfecto.

-¿No es verdad -intervino Hamilton con aspereza- que en el antiguo Ciclotrón de Berkeley se descarrió por completo un rayo?

El guía se le quedó mirando, interesado.

-Eso dicen, sí.

-Según tengo entendido, atravesó un despacho y lo calcinó. Aseguran que todavía pueden verse las marcas chamuscadas. Y por la noche, cuando las

luces están apagadas, aún son visibles las radiaciones.

-Al parecer flota por allí en forma de nube azulada -convino el *cicerone*-. ¿Es usted físico, señor?

-No, me dedico a la electrónica -le informó Hamilton-. Me cautiva ese desviador; conozco a Leo Wilcox muy superficialmente.

-Éste es un gran día para Leo, su jornada de gloria -observó el negro-. Acaban de poner en funcionamiento la unidad de ahí abajo.

-¿Cuál es? -se interesó Hamilton.

Con el índice, el guía indicó un complicado aparato que estaba a un lado del generador. Cierto número de las losas protegidas sostenían un grueso tubo de color gris oscuro, sobre el que se veía montada una serie laberíntica de conductos de líquido.

-Ésa es la obra de su amigo. Debe de andar por ahí, en alguna parte, mirando.

-¿Qué tal ha salido la cosa? ¿Cumple?

-Aún no lo saben.

Detrás de Hamilton, Marsha se había retirado a la parte posterior de la plataforma. El ingeniero la siguió hasta allí.

-Procura comportarte como una persona adulta -reprochó en susurro enojado-. Mientras permanezcamos aquí, deseo ver y enterarme de todo lo que pueda.

-Tú y tu ciencia. Alambres y tubos... para ti, todo eso es más importante que mi vida.

-He venido a este edificio para observar los aparatos que alberga y voy a hacerlo. No me lo estropees; no organices una escena.

-Eres tú quien está organizando una escena.

-¿No has causado ya bastante daño?

De mal talante, Hamilton le dio la espalda, pasó junto a la competente mujer de negocios, dejó atrás a McFeyffe, y anduvo hacia la rampa que comunicaba la plataforma con el corredor. Se rebuscaba en los bolsillos para sacar el paquete de tabaco, cuando el primer gemido ominoso de las sirenas de alarma rasgó el aire, por encima del zumbido del generador.

-¡Atrás! -voceó el guía, al tiempo que sus delgados brazos oscuros se alzaban y agitaban-. La pantalla de radiación...

Un furibundo rugido siseante estalló encima de la plataforma. Se inflamaron nubes de partículas incandescentes, que, tras explotar, llovieron sobre las aterrorizadas personas. El desagradable olor a materia quemada hirió el olfato de todos: frenéticamente, forcejearon y se empujaron unos a otros, en su anhelo de llegar a la salida de la plataforma.

Surgió una grieta. Un armazón metálico, abrasado de parte a parte por la fuerte radiación, se arqueó, se fundió y cedió. La matrona de mediana edad abrió la boca y dejó escapar un chillido estruendoso y penetrante. Bregando a la desesperada, McFeyffe hacía cuanto le era posible por abandonar el carcomido estrado y eludir el cegador despliegue de radiación que lo quemaba todo. Tropezó con Hamilton, el cual apartó de un empujón al empavorido policía, pasó junto a él y alargó los brazos, en un intento vano de agarrar a Marsha.

Sus propias ropas se habían incendiado. En torno suyo, personas envueltas en llamas luchaban para salir de aquel infierno, mientras despacio, pesadamente, la plataforma se inclinaba hacia adelante, quedaba

suspendida durante un momento y luego terminaba por disolverse.

Por todo el edificio del Bevatrón ululaban las sirenas automáticas y los timbres de alarma. Chillidos de terror, humanos y mecánicos, se entremezclaban, formando una cacofonía de estrépito. Bajo los pies de Hamilton, el piso se hundió majestuosamente. Dejando de constituir una masa sólida de acero, hormigón, plástico y alambre, aquel suelo se convirtió en una polvareda de partículas dispersas. De manera instintiva, el ingeniero alzó las manos; se desplomaba boca abajo, hacia el borroso contorno de la maquinaria instalada en la planta inferior.

Durante la caída, al escaparse el aire de sus pulmones, percibió un *Buuum* sostenido y abrumador; un diluvio de yeso pulverizado se abatía sobre él, ascuas minúsculas y corpúsculos de ceniza, que planeaban, surcaban el vacío y abrasaban. Luego, en cuestión de segundos, su cuerpo atravesó la tela metálica que protegía el generador. El chirrido del material rasgado y la furiosa presencia de la inflexible radiación que barría la estancia, por encima de él...

El impacto fue violento. El dolor se hizo algo visible: un lingote luminoso, suave y absorbente como una masa de acero radiactivo. Ondulaba, se extendía e iba engulléndole de modo sosegado y paulatino. En su agonía, Hamilton era un punto de materia orgánica húmeda, en trance de ser embebida por una lámina infinita y densa de fibra metálica.

Después, incluso tal sensación fue decreciendo, hasta desaparecer. Consciente del quebrantamiento grotesco de su cuerpo, quedó derrumbado en inerte montón, aunque reflexivamente, a ciegas, trataba de incorporarse. Pero, al mismo tiempo, no dejaba de comprender que ninguno de ellos se podría levantar. Al menos, durante un buen rato.

III

Algo se agitó en la oscuridad.

Durante un largo período de tiempo, Hamilton continuó tendido, a la escucha e inmóvil. Cerrados los párpados, inerte el cuerpo, evitó moverse y se esforzó en convertir la totalidad de su persona en un simple oído gigante. Percibía un rítmico *tap, tap,* como si algo hubiese irrumpido de pronto en las tinieblas y tantease a ciegas su contorno. Durante una eternidad, Hamilton, en su condición de pretendida oreja gigantesca, analizó las características sonoras de aquel ruido. Después, al metamorfosearse con la fantasía en cerebro colosal, comprendió que se trataba de una persiana en su continuo batir contra el marco de un ventanal. Se dio cuenta también de que estaba en el cuarto de un establecimiento clínico.

Como ojo normal, nervio óptico y mente humana, captó la figura borrosa de su mujer, que ondulaba, se esfumaba y recobraba su forma, a pocos palmos del lecho. Le invadió una oleada de reconocimiento. Gracias a Dios, Marsha no había resultado incinerada por las radiaciones. Una muda oración de gratitud brotó en su cerebro; relajó los músculos y se dejó envolver por la rosada nube de puro gozo que generó aquella nueva feliz.

-Está recuperando el conocimiento -observó la voz profunda y autoritaria de un médico.

-Eso creo -fue Marsha la que habló después. Sus palabras parecían llegar

desde muy lejos-. ¿Cuándo podremos tener la certeza de ello?

-Estoy perfectamente -se las arregló Hamilton para articular, en tono áspero.

Al instante, la figura borrosa se destacó y aleteó sobre él.

-Cariño... -Marsha casi tartamudeaba, mientras sus manos producían caricias amorosas-. No murió nadie... Todo el mundo sobrevivió al accidente. Incluso tú... -Como si fuera una Luna inmensa, surgían de Marsha extáticos rayos plateados-. McFeyffe se torció un tobillo, pero se lo curarán. Creen que el niño sufre conmoción cerebral.

-¿Qué me dices de ti? -inquirió Hamilton, débil la voz.

-Me encuentro estupendamente. -Levantó los brazos y ejecutó media vuelta de exhibición, para que Hamilton pudiese contemplarla a conciencia. En vez de la chaquetita y el vestido anteriores, llevaba una sencilla bata blanca del hospital-. La radiación chamuscó toda mi ropa... Me han prestado esto. -Un poco violenta, se arregló la cabellera castaña-. Y, mira... he perdido la melena. Al quemárseme las puntas, no tuve más remedio que cortarlas. Claro que el pelo vuelve a crecer.

-¿Puedo levantarme? -preguntó Hamilton, al tiempo que pretendía incorporarse y sentarse en la cama. Pero la cabeza empezó a darle vueltas; enseguida estuvo de nuevo en posición horizontal, mientras se esforzaba en introducir aire en sus pulmones. Jirones de negrura bailotearon vertiginosamente en torno suyo; cerró los ojos y aguardó aprensivamente a que pasara aquel torbellino de aturdimiento.

-Notará debilidad durante cierto tiempo -le informó el médico-. La postración nerviosa y la pérdida de sangre. -Tocó a Hamilton en el brazo-. Sufrió cortes bastante graves. Se le incrustaron en la carne algunos trozos de metal, pero ya los hemos extraído.

-¿Quién salió peor parado? -quiso saber Hamilton; continuó sin levantar los párpados.

-Arthur Silvester, el veterano. No perdió el conocimiento, pero hubiese preferido que quedara inconsciente. Según parece, se fracturó la clavícula. Está en el equipo quirúrgico. Temen que su columna haya sufrido daños.

-Fragilidad, supongo -articuló Hamilton, al tiempo que se exploraba el brazo. Se lo apretaba un enorme vendaje de plástico blanco.

-Yo fui la que menos heridas sufrió -dijo Marsha, titubeante-. Pero recibí un golpe que me dejó paralizada. Me refiero a la radiación. Caí a través del haz principal; todo lo que vi fueron chispas y relámpagos de fuego. Lo cortaron enseguida, naturalmente. No creo que durase más de una fracción de segundo. -Hizo una pausa y añadió en tono quejumbroso-. Aunque fue como un millón de años.

El médico, un joven de aspecto aseado y eficiente, alzó el embozo y tomó el pulso a Hamilton. Junto a la cama, revoloteaba una enfermera alta y rebosante de competencia profesional. Se acercó el instrumental hasta el codo de Hamilton. La situación parecía dominada.

Lo parecía... pero algo no funcionaba bien. Era un presentimiento. En lo más profundo de su ser, Hamilton notaba la presencia de la enojosa sensación de que algo fundamental se había torcido.

-Marsha -dijo de pronto-, ¿lo adviertes?

Con paso vacilante, Marsha se llegó a su lado.

-¿Qué es lo que tengo que advertir, cariño?

-Lo ignoro. Pero está ahí.

Al cabo de un momento de indecisión, cargado de ansiedad, Marsha se volvió al médico.

-Le hablé de la existencia de algo raro, ¿verdad? ¿No le dije algo así cuando recobré el sentido?

-Todos los que salen de un estado de postración nerviosa experimentan sensaciones de irrealidad -le informó el galeno-. Es normal. Pero eso suele desaparecer antes de que transcurran cuarenta y ocho horas. Recuerde que, tanto a usted como al señor Hamilton, se les inyectaron sedantes. Y que han pasado por una prueba terrible; usted sufrió un latigazo de una corriente de altísima tensión.

Ni Hamilton ni su esposa dijeron nada. Se miraban mutuamente, tratando cada uno de ellos de leer en la expresión de la cara del otro.

-Supongo que tuvimos mucha suerte -aventuró Hamilton. Su oración jubilosa había quedado reducida a un sentimiento de dubitativa incertidumbre. *¿Qué era aquello?* La impresión no tenía nada de racional; no conseguía captarla bien, se escapaba a su entendimiento. Echó una mirada en torno, pero en la estancia no vio nada extraño, nada que estuviese fuera de lugar.

-Muchísima suerte -confirmó la enfermera. Lo dijo orgullosamente, como si le correspondiese el mérito de ello.

-¿Cuánto tiempo he de permanecer aquí?

El médico reflexionó.

-Creo que puede volver a su casa esta misma noche. Pero deberá guardar cama durante un día o dos. Tanto usted como la señora necesitarán una buena dosis de descanso, cuestión de una semanita. Les sugiero que contraten los servicios de una enfermera bien adiestrada.

-No podemos permitirnos ese lujo -manifestó Hamilton pensativamente.

-Desde luego, tendrán sus gastos cubiertos. -El médico parecía ofendido-. El Gobierno Federal se encarga de todo esto. Si me encontrase en el lugar de ustedes, no perdería el tiempo preocupándome acerca de cómo levantarme del lecho cuanto antes.

-Tal vez sea mejor así -replicó Hamilton agriamente.

No se extendió en más detalles, durante un buen rato estuvo sumido en sombrías reflexiones acerca de su situación.

Con accidente o sin accidente, esa situación no había cambiado. A menos que, mientras permaneció privado del conocimiento, el Coronel T.E. Edwards hubiese fallecido de un ataque cardíaco. Pero eso no parecía probable.

Cuando el médico y la enfermera se convencieron de que debían retirarse Hamilton se dirigió a su esposa:

-Bueno, ahora disponemos de una excusa. Algo que decir a los vecinos para explicar por qué no voy al trabajo.

Alicaída, Marsha asintió.

-Ya no me acordaba de eso.

-Será cuestión de encontrar algo en lo que no intervenga el material clasificado. Algo que esté completamente al margen de los asuntos relativos a la Defensa Nacional. -Y añadió, en tono hosco-: Como dijo Einstein, allá por el cincuenta y cuatro: *Tal vez me convierta en un buen fontanero.* O en un técnico que repare aparatos de televisión; esto último se encuentra más acorde con mis aptitudes.

-¿Recuerdas lo que siempre querías hacer? -Inclinada por encima del borde de la cama, Marsha contemplaba las puntas irregulares de su pelo trasquilado-. Deseabas diseñar nuevos circuitos para grabadoras magnetofónicas. Y circuitos de frecuencia modulada. Aspirabas a hacerte un nombre en el campo de la alta fidelidad, como Bogen, Thorens y Scott.

-Eso es cierto -asintió Hamilton, procurando poner en sus palabras todo el convencimiento que le fuese posible-. El *«Sistema Sonoro Trinaural de Hamilton».* ¿Te acuerdas de la noche en que soñamos con ese proyecto? Tres bandas, agujas, amplificadores, altavoces. Montado en tres habitaciones. Un hombre en cada una de ellas escuchando su aparato. Y a través de cada uno de esos aparatos, una composición distinta.

-Por uno, el doble concierto de Brahms -observó Marsha, con un entusiasmo relativo en la voz-. Sí que me acuerdo de eso.

-Por otro, *«Las nupcias»*, de Stravinsky. Y por otro, música de Dowland para laúd. Luego, se altera la atención de los tres hombres y la esencia del Sistema Sonoro Trinaural de Hamilton, el *«Ortocircuito Armonifónico»*, enlaza y reúne sus cerebros. Las sensaciones de las tres mentes se mezclan en una relación matemática, basada en la Constante de Planck. -Hamilton empezó a notar unos dolorosos picores en el brazo; terminó con aspereza-: La combinación resultante se coloca en un magnetófono y se pasa de 3.14 veces la velocidad original.

-Y se escucha en un reproductor de cristal. -Marsha se inclinó con rápido movimiento y abrazó a Hamilton-. Oh, cariño, cuando recobré todos mis sentidos, creí que habías muerto. Dios mío... tu aspecto era el de un cadáver: estabas pálido, silencioso, completamente inmóvil. Pensé que me iba a estallar el corazón en mil pedazos.

-Tengo una póliza de seguro de vida -articuló Hamilton con gravedad-. Serías rica.

-No quiero ser rica. -Mientras se balanceaba atrás y adelante, aún abrazándole, Marsha susurró-: Mira lo que he hecho contigo. Sólo porque estaba aburrida y sentía curiosidad, me dio la ventolera de mezclarme en excentricidades políticas y he conseguido que perdieses tu empleo y que tu futuro corra un peligro enorme. Me abofetearía. Debió ocurrírseme que no podía firmar aquello de la Paz de Estocolmo mientras tú trabajabas en una fábrica de proyectiles teledirigidos. Pero cuando alguien me presentaba una solicitud, *siempre* me dejaba convencer. Las pobres masas oprimidas...

-No te preocupes -repuso Hamilton-. Si esto hubiera sucedido en 1943, tu comportamiento se consideraría normal y McFeyffe habría sido degradado. Por peligroso fascista.

-Lo es -afirmó Marsha en tono ferviente-. *Es* un fascista peligroso.

Hamilton apartó de sí a la mujer.

-McFeyffe es un patriota a carta cabal. Pero eso no le convierte en fascista. So pena de que supongas que toda persona que no...

-No hablemos más de ese asunto -le interrumpió Marsha-. Al parecer, no estás en condiciones de afanarte mucho, ¿verdad? -Intensa y apasionadamente, le dio un beso en los labios-. Aguarda a que estemos en casa.

Cuando Marsha se disponía a retirarse, Hamilton la retuvo, cogiéndole por un hombro.

-¿Qué ocurre? ¿Qué se ha torcido?

Confusa, aturdida, Marsha sacudió la cabeza.

-Lo ignoro. No logro imaginármelo. Desde que recuperé el sentido, parece estar siempre a mi espalda. Lo presiento. Es como si... -Hizo un ademán-. Como si cuando volviera la cabeza pudiese ver... no sé qué. Algo oculto. Algo terrible. -Se estremeció, temerosa-. Me asusta.

-A mí también.

-Es posible que lo averigüemos -articuló Marsha débilmente-. Quizá no es nada... sólo el sobresalto y los sedantes, como ha dicho el doctor.

Hamilton no lo creía así. Ni Marsha tampoco.

Un médico del cuadro de facultativos del hospital les llevaba a casa en compañía de la austera mujer de negocios. Esta también iba vestida con una bata del establecimiento clínico. Los tres se acomodaron en la parte posterior, mientras el microbús *Packard* avanzaba por las oscuras calles de Belmont.

-Me parece que tengo fracturadas un par de costillas -comentó la mujer de negocios, sin emoción de ninguna clase en el tono de voz. Luego se creyó obligada a añadir-: Me llamo Joan Reiss. Les he visto a ustedes antes... estuvieron en mi negocio.

-¿Qué local es? -preguntó Hamilton, una vez hubo presentado a su esposa y hecho lo propio consigo mismo.

-El comercio de librería y objetos artísticos de El Camino. El pasado mes de agosto compraron ustedes un infolio *«Skira»* de Chagall.

-Exacto -reconoció Marsha-. Era el cumpleaños de Jack... Lo pusimos en la pared. Abajo, en la sala de audiofilia.

-En la bodega -aclaró Hamilton.

-Había algo... -manifestó Marsha de súbito, al tiempo que clavaba las yemas de los dedos, convulsivamente, en el bolso-. ¿No te fijaste en el médico? ¿No lo notaste?

-¿Notar? -Hamilton se mostró un tanto confuso-. Pues, no; no observé nada extraño.

-A eso me refiero. Era una especie de... bueno, un modelo de médico. Como los doctores que salen en los anuncios de pasta dentífrica.

Joan Reiss escuchaba con atención.

-¿Cómo dice?

-Nada -replicó Hamilton, conciso-. Es una conversación particular.

-Y la enfermera. Lo mismo puede decirse de ella, demasiado compuestita. Igual que todas las enfermeras que uno ve por ahí.

Con expresión reflexiva, Hamilton dirigió la vista hacia la oscuridad exterior, a través de la ventanilla del vehículo.

-Es la consecuencia de los medios de comunicación de masas -conjeturó-. La gente imita a los modelos que le presentan en los anuncios. ¿No es así, señorita Reiss?

-Quisiera formularle una pregunta -dijo la señorita Reiss-. Se trata de algo que noté y que me llamó la atención.

-¿Qué es? -inquirió Hamilton, receloso. Aunque no era posible que la señorita Reiss conociese el tema de su diálogo.

-El policía de la plataforma... poco antes de que se derrumbara. ¿Por qué estaba allí?

-Iba con nosotros -repuso Hamilton, molesto.

La señorita Reiss se le quedó mirando, interesada.

-¿Ah, sí? Supuse que tal vez... -Se interrumpió de un modo vago-. Tuve la impresión de que daba media vuelta y regresaba sobre sus pasos, antes de que la plataforma se viniera abajo.

-Eso fue lo que hizo -confirmó Hamilton-. Notó que se desplomaba. Lo mismo que yo, pero me apresuré a volver.

-¿Quiere decir que usted fue de nuevo a la plataforma deliberadamente? ¿Cuándo pudo haberse salvado de caer?

-Mi esposa -contestó Hamilton, no sin impertinencia.

La señorita Reiss asintió, satisfecha al parecer.

-Lo siento... El susto y toda esta tensión. Tuvimos suerte. Otros no fueron tan afortunados. Resulta extraño: algunos hemos salido casi completamente ilesos y, en cambio, ese pobre soldado, el señor Silvester, se rompió la clavícula. Una no puede por menos que maravillarse.

-Ah, debo decirles una cosa -terció el médico que iba al volante-. Aunque al principio se temió que Arthur Silvester hubiera resultado con la columna vertebral fracturada, parece que no fue así. Claro que sí tiene algunos huesos cuarteados y lesiones en el brazo.

-Enorme -murmuró Hamilton-. ¿Qué sabe del guía? Nadie lo ha mencionado.

-Diversas heridas internas -repuso el médico-. Aún no han dado el diagnóstico definitivo.

-¿Está esperando en el almacén de suministros? -preguntó Marsha.

El doctor se echó a reír.

-¿Se refiere a Bill Laws? Fue el primero que trasladaron; tiene amistades entre el cuerpo médico.

-Hay otra cosa -dijo Marsha bruscamente-. Teniendo en cuenta la altura desde la que caímos y toda esa radiación... da qué pensar el hecho de que ninguno de nosotros padezca heridas graves. Aquí vamos tres, como si nada hubiera pasado. Es irreal. Salió todo demasiado bien.

-Probablemente tropezamos con algún equipo de aparatos de seguridad -comentó Hamilton, irritado-. ¡Maldita sea...!

Sin duda pretendía decir algo más, pero no llegó a expresarlo. En aquel preciso momento, un ramalazo de dolor ascendió inflexiblemente por su pierna derecha. A la vez que dejaba escapar un alarido, dio un brinco y su cabeza chocó contra el techo del vehículo. Con movimientos frenéticos, sus manos levantaron la pernera del pantalón. Tuvo tiempo de ver la rauda retirada de una pequeña criatura con alas.

-¿Qué te pasa? -inquirió Marsha en un tono rezumante de ansiedad. Y enseguida descubrió también al insecto-. ¡Una abeja!

Furioso, Hamilton pisó a la abeja y la aplastó con el zapato.

-¡Me picó! ¡En mitad de la pantorrilla! -Una fea ampolla roja empezaba ya a formarse-. ¿Es que no he tenido bastantes disgustos?

El médico se había apresurado a detener el microbús junto a la cuneta.

-¿La mató? Esos animalitos se cuelan dentro de los coches mientras están aparcados. Lo lamento... ¿le duele? Llevo ahí una pomada, si quiere, le pondré un poco.

-Sobreviviré -murmuró Hamilton, mientras se frotaba el círculo colorado-. Una abeja. ¡Como si no hubiera sufrido bastantes complicaciones para un solo día!

-Pronto estaremos en casa -trató Marsha de calmarle; lanzó un vistazo por

la ventanilla-. Entre a tomar un trago con nosotros, señorita Reiss.

-Bueno... -dudó la señorita Reiss, mientras se llevaba a los labios un delgado y huesudo dedo índice-. Me sentaría bien una taza de café. Si es que les sobra.

-No faltaba más -las palabras de Marsha salieron rápidas-. Debemos mantenernos unidos... los ocho. La experiencia vivida ha sido espantosa.

-Confiemos en que todo haya terminado -dijo la señorita Reiss, que no parecía tenerlas todas consigo.

-Amén -remachó Hamilton.

Al cabo de un momento, el microbús se acercó al cordón de la acera y se detuvo: estaban en casa.

-¡Qué nidito más lindo tienen ustedes! -alabó la señorita Reiss, cuando se apearon del vehículo.

Entre las dos luces del crepúsculo, la moderna residencia de estilo californiano se erguía, envuelta en una atmósfera de quietud absoluta, esperando a que recorriesen la senda que conducía al porche. Sentado en la galería, también aguardándoles, estaba un enorme gato de pelaje amarillo, con las patas delanteras ocultas bajo el pecho.

-Es el minino de Jack -informó Marsha, al tiempo que buscaba en el bolso la llave de la vivienda-. Quiere que le den de comer. -Se dirigió al animal-. Vamos, adentro «Morrongo Atolondrado». No pretenderás que te sirvamos la cena aquí.

-¡Qué nombre más original! -observó la señorita Reiss, matizado su tono por la aprensión-. ¿Por qué lo llaman así?

-Porque es un bicho estúpido -respondió Hamilton, rotundo.

-Jack bautiza a todos sus gatos con nombres parecidos -explicó Marsha-. Al último que tuvo, antes que éste, le puso «Botarate del Parnaso».

El gatazo de aspecto indigno se levantó y se plantó de un salto en el sendero. Avanzando en diagonal, se llegó hasta Hamilton y empezó a frotarse ruidosamente contra su pierna. La señorita Reiss se apartó, sin disimular su evidente desagrado.

-Jamás he conseguido acostumbrarme a los gatos -confesó-. ¡Son tan ruines y disimulados!

En circunstancias normales, Hamilton habría pronunciado un sermón relativo a los tópicos. Pero en aquel instante, le tenía completamente sin cuidado lo que opinara la señorita Reiss acerca de los gatos. Introdujo la llave en la cerradura, empujó la puerta y encendió las luces. La casita de dos dormitorios cobró vida y animación y las damas entraron. Después de ellas, penetró «Morrongo Atolondrado», el cual se encaminó directamente a la cocina, con la cola erecta en vertical, como una vara amarilla.

Aún con la bata del hospital puesta, Marsha abrió la heladera y extrajo un verde recipiente de plástico, en el que había despojos de vaca. Mientras echaba la carne al gato, comentó:

-La mayoría de los genios de la electrónica tienen sustitutos mecánicos para los animales domésticos... alevillas fototrópicas y cosas así, pequeños monstruos cibernéticos autodirigidos, que no paran de correr y saltar. Al principio de estar casados, Jack construyó uno que perseguía a las moscas y a los ratones. Pero no era bastante bueno; tuvo que fabricar otro para que persiguiera y atrapase al primero.

-Justicia cósmica -sentenció Hamilton, que ya estaba quitándose el

sombrero y la chaqueta-. No quisiera que esos animalitos gobernados por células fotoeléctricas poblasen el mundo.

Mientras «Morrongo Atolondrado» daba buena cuenta de su cena, Marsha fue a la alcoba para cambiarse de ropa. La señorita Reiss paseó por la sala de estar, dedicada a la entendida inspección de jarrones, grabados, muebles y objetos de adorno.

-Los gatos carecen de alma -dijo Hamilton morbosamente, mientras observaba la avidez con que el suyo comía-. El más majestuoso del universo haría equilibrios con una zanahoria en la cabeza con tal de conseguir hincar el diente a un trozo de hígado de cerdo.

-Son animales -convino la señorita Reiss, desde la sala de estar-. ¿Nos compró a nosotros esta reproducción de Paul Klee?

-Es probable.

-Nunca he logrado comprender lo que Klee trata de decir.

-Tal vez no pretenda decir nada. Quizá se dedica a entretenerse y pasarlo bien. -A Hamilton había empezado a dolerle el brazo; se preguntó qué aspecto tendría bajo la venda-. Dijo que quería café, ¿verdad?

-Café... muy cargado -corroboró la señorita Reiss-. ¿Me permite que le ayude a prepararlo?

-Limítese a ponerse cómoda. -Con movimiento maquinal, alargó la mano hacia la *Silex*-. La edición en rústica de la *«Historia»,* de Toynbee, se encuentra en el anaquel de las revistas, junto al sofá.

-Cariño... -llamó Marsha desde el dormitorio, con voz aguda y apremiante-. ¿Puedes venir un momento?

Hamilton obedeció. Llevaba la *Silex* en la mano y, con las prisas, derramó un poco de agua. Marsha estaba ante la ventana de la alcoba, en actitud de disponerse a bajar la persiana. Tenía la vista fija en la oscuridad exterior y una tensa arruga de inquietud surcaba su frente.

-¿Qué ocurre? -interrogó Hamilton.

-Mira ahí fuera.

Hamilton lo hizo, pero no pudo distinguir más que la borrosa penumbra que imponía la noche y la vaga silueta de algunos edificios. Relucían tenuemente algunas luces dispersas. El cielo se manifestaba encapotado, recubierto por una capa de baja niebla, que vagaba en forma de brumas silenciosas por encima de los tejados. No se apreciaba vida ni actividad. Ni presencia alguna de personas.

-Parece un ambiente de la Edad Media -señaló Marsha en tono sosegado.

¿Por qué considerarlo así? Hamilton podía comprenderlo, pero, objetivamente, la escena era prosaica; se trataba de la misma perspectiva de siempre, contemplada desde la ventana del dormitorio, a las nueve y media de una fría noche de octubre.

-Y hablamos del mismo modo -prosiguió Marsha con un estremecimiento-. Dijiste algo acerca del alma de «Morrongo». No te expresabas así antes.

-¿Antes de qué?

-Antes de que volviéramos a casa. -Marsha se apartó de la ventana y cogió su blusa de cuadros: estaba colgada en el respaldo de una silla-. Y... ya sé que esto es una tontería, pero ¿viste marchar el microbús del médico? ¿Te despediste de él? *¿Sucedió algo?*

-Bueno, se ha ido, ¿no? -observó Hamilton, sin comprometerse.

Seria y con las pupilas dilatadas, Marsha se abotonó la blusa y se

introdujo los faldones bajo la cintura.

-Supongo que, como dijeron, estoy un poco delirante. El susto, las medicinas... pero no me negarás que reina una calma impropia. Como si fuéramos nosotros las únicas personas vivas del contorno. Tengo la sensación de que estamos dentro de una enorme campana gris, donde no hay luces, ni colores, sólo una especie de... lugar primitivo. ¿Recuerdas las antiguas religiones? El caos imperaba antes de que llegase el cosmos. La tierra fue separada del agua. La oscuridad se apartó de la luz. Y las cosas carecían de sus nombres respectivos.

-El gato tiene nombre -señaló Hamilton suavemente-. Y tú también; lo mismo que la señorita Reiss. E igual que Paul Klee.

Regresaron juntos a la cocina. Marsha se hizo cargo de la tarea de preparar el café; al cabo de un momento, la *Silex* hervía con entusiasmo. Sentada a la mesa de la cocina, rígida como un palo, la señorita Reiss presentaba una expresión tensa y atormentada; su semblante severo e incoloro parecía sumido en profunda concentración, como si dentro de su ánimo se desarrollara un agitado torbellino. Era una joven de aspecto resuelto, cuya cabellera pajiza se recogía en apretado moño, adosado a la parte posterior de la cabeza. Su nariz era fina y puntiaguda y siempre solía tener los labios comprimidos con fuerza, trazando una línea inflexible. La señorita Reiss parecía una fémina a la que era mejor no buscarle las cosquillas.

-¿Qué estaban murmurando ahí dentro? -preguntó, mientras le daba vueltas al café.

-Tratábamos un asunto personal -replicó Hamilton, molesto-. ¿Por qué?

-Vamos, querido -le reprochó Marsha.

Plantándose frente a la señorita Reiss, Hamilton inquirió con gesto decidido e impertinente:

-¿Siempre se comporta así? ¿Metiendo las narices en todas partes y esforzándose en oír las conversaciones ajenas?

No se retrató emoción visible alguna en el rostro inexpresivo de la mujer.

-He de andar con cuidado -explicó-. Este accidente de hoy me ha hecho darme perfecta cuenta del compromiso en que me hallo. -Añadió, corrigiéndose-: Me refiero a lo que han dado en llamar accidente. Me afecta especialmente.

-¿Por qué a usted en especial? -quiso saber Hamilton.

La señorita Reiss no contestó; observaba a «Morrongo Atolondrado». El gatazo había concluido su refrigerio y buscaba una falda donde acomodarse.

-¿Qué le pasa? -preguntó la señorita Reiss, con un hilo de voz asustada-. ¿Por qué se me ha quedado mirando?

-Está usted sentada -aclaró Marsha tranquilizadoramente-. Quiere saltar sobre su regazo y descabezar un sueñecito.

La señorita Reiss se incorporó a medias y vituperó al felino:

-¡No te me acerques! ¡Mantén tu sucio cuerpo lejos de mí! -Confió a Hamilton-: Si no tuviesen pulgas, no serían tan repugnantes. Y éste mira de un modo perverso. Supongo que matará su buena ración de pájaros.

-Seis o siete todos los días -confirmó Hamilton, despierto ya del todo su mal genio.

-Sí -asintió la señorita Reiss. Retrocedía cautelosamente, ante el más que sorprendido gato-. Se ve a la legua que es un asesino. Desde luego, en la

ciudad debería haber alguna clase de ordenanza prohibitiva. Por lo menos, todos los animales domésticos cuyo instinto es pérfido y destructor, los que constituyen una amenaza en potencia, tendrían que sacar licencia. No cabe duda de que el Ayuntamiento...

-Y no sólo pájaros -la interrumpió Hamilton, dominado por una oleada de sadismo frío e implacable-, sino también topos, ardillas y culebras. Esta mañana, incluso, se presentó con un conejo muerto.

-Cariño -se apresuró a interceder Marsha. La señorita Reiss se retorcía presa de auténtico terror-. Hay personas a las que no les hacen ninguna gracia los gatos. No esperarás que todo el mundo comparta tus gustos.

-Y también ratoncitos de piel aterciopelada -continuó Hamilton brutalmente-. Los caza a docenas. Algunos se los come y otros nos los trae. Y una mañana apareció con la cabeza de una viejecita.

De entre los labios de la señorita Reiss se escapó un chillido de pavor. Abrumada por el pánico, se batió en retirada, patética e indefensa. Al instante, Hamilton se arrepintió. Avergonzado de sí mismo, abrió la boca para pedir disculpas, para retractarse de su equívoco humor...

Desde lo alto, encima de su cabeza, descendió una nube de langostas. Sepultado bajo aquella masa de aleteantes ortópteros, Hamilton bregó furiosamente para huir de aquel diluvio envolvente. El gato y las dos mujeres permanecieron inmóviles, paralizados por la incredulidad. Durante unos segundos, Hamilton se retorció y combatió con la horda de voraces, pestilentes y movedizos insectos. Luego consiguió salir por último de la red tendida por la plaga y, jadeante, se las arregló para obligarlos a retroceder hacia un rincón.

-¡Dios misericordioso! -murmuró Marsha, impresionada, al tiempo que ponía metros de por medio, entre su persona y el zumbante aglomerado de bichos.

-¿Qué... ha sucedido? -articuló la señorita Reiss, con los ojos clavados en la nube de insectos-. ¡Es imposible!

-Bueno... -dijo Hamilton, estremecida la voz-, pues ha ocurrido.

-Pero, ¿cómo? -terció Marsha, mientras los cuatro salían de la cocina, apartándose de los esparcidos cuerpos saltarines, alados y ásperos-. Esas cosas no pueden suceder.

-Pero esto encaja -manifestó Hamilton, en voz baja y débil-. La abeja... ¿te acuerdas? Teníamos razón; algo se ha desencadenado. Y esto se ajusta a lo de antes. Posee lógica.

IV

Marsha Hamilton dormía sobre la cama. Los áureos rayos del cálido sol matinal caían encima de sus hombros desnudos, de la sábana y la colcha y de las baldosas asfálticas del piso. No muy tranquilo del todo, Jack Hamilton se afeitaba en el cuarto de baño, pese al continuo dolor punzante que sentía en el brazo herido. El espejo, empañado por el vapor y hendido por los surcos que dejaban las gotas al deslizarse por su superficie, reflejaba sus facciones cubiertas de espuma, una caricatura tergiversada de su semblante habitual.

En aquellos instantes, todo era calma y sosiego en la casa. La mayor parte

de las langostas aparecidas la noche anterior se habían dispersado ya, sólo alguno que otro roce áspero que se producía en las paredes de vez en cuando recordaba a Hamilton que no todos los insectos se habían ido. En apariencia, reinaba la normalidad. Una camioneta de reparto de leche pasó por delante de la vivienda. Marsha emitió un suspiro entre sueños, se removió en la cama y alzó un brazo por encima del embozo de la sábana. Afuera, en el porche de atrás «Morrongo Atolondrado» se preparaba para entrar.

Con sumo cuidado, manteniendo una férrea disciplina sobre sí mismo, Hamilton terminó de afeitarse, limpió la navaja, se aplicó un masaje de talco en el cuello y las mejillas y buscó una camisa limpia. Se había pasado la noche en blanco, tendido en la cama pero sin dormir, con la imaginación puesta en aquel momento: en lo que haría a partir de entonces, cuando estuviese afeitado, lavado, peinado, vestido y completamente despierto.

No sin torpeza, hincó una rodilla en el suelo, unió las manos, cerró los ojos, respiró hondo y empezó:

-Dios querido -rezó, ceñudo, medio susurrando-. Lamento lo que le hice a la pobre señorita Reiss. Ruego que me sea perdonado, si a *Ti* te parece bien.

Continuó arrodillado durante un momento. Se preguntaba si bastaría y si su oración hubiera sido correctamente expresada. Pero, poco a poco, un sentimiento de ultraje fue desplazando a la humildad de su contrición. No era natural que un hombre adulto permaneciese allí, con una rodilla en tierra. No dejaba de ser una postura incómoda y algo indigna... y a la que no estaba acostumbrado. Un tanto resentido, añadió un párrafo de cierre.

-Para qué vamos a engañarnos... esa mujer se lo merecía. -Su hosco murmullo pareció extenderse a través del silencio de la casa; Marsha volvió a suspirar y se encogió sobre sí misma. No tardaría en despertarse. Afuera, «Morrongo Atolondrado» arañó la tela metálica protectora de la puerta, extrañado de que aún se encontrase cerrada. Hamilton prosiguió-: Considera lo que dijo. Actitudes como la suya son las que conducen a los Campos de Exterminio. Es una señora rígida e inflexible, con una personalidad de tipo autoritario. Un ser antigatuno se encuentra a dos pasos del antisemitismo.

No hubo respuesta. ¿Acaso la esperaba? Exactamente, ¿*qué* esperaba? No lo sabía con certeza. Algo, algún indicio.

Quizás no había concluido: La última vez que profundizó un poco en cuestiones religiosas fue cuando tenía ocho años, en una ambigua clase de escuela dominical. La trabajosa sesión de lectura que desarrolló la noche antes no le hizo desembocar en ningún punto específico, sólo le permitió comprender, de una manera abstracta, que el tema era de una amplitud insospechada. Fórmulas, protocolos, ritos... iba a resultar mucho peor que preparar y conseguir una entrevista con el Coronel T.E. Edwards.

Pero, de un modo u otro, venía a ser lo mismo.

Se hallaba en su postura suplicante, cuando oyó un ruido a su espalda. Al volver la cabeza rápidamente, distinguió la figura de una persona, que cruzaba la sala de estar con andares precavidos. Un hombre, ataviado con un jersey y unos pantalones de trabajo; un joven negro.

-¿Es usted la señal que he estado impetrando? -preguntó Hamilton en tono cáustico.

El semblante del negro denotaba fatiga.

-Se acuerda de quién soy. El *cicerone* que los guió hasta la plataforma.

Llevo quince horas sin poder apartar de la imaginación esa idea.

-Usted no tuvo la culpa -repuso Hamilton-. Cayó con todos nosotros. -Se puso en pie, envarado, y salió del cuarto de baño-. ¿Se desayunó ya?

-No tengo apetito. -El negro le examinó con atención-. ¿Qué estaba haciendo? *¿Rezando?*

-Sí -reconoció Hamilton.

-¿Lo tiene por costumbre?

-No, -Hamilton titubeó-. Desde los ocho años, no había vuelto a rezar.

El negro asimiló la información.

-Me llamo Bill Laws. -Se estrecharon la mano-. Según parece, ya se ha dado cuenta. ¿Cuándo ocurrió?

-En algún momento entre anoche y esta mañana.

-¿Ocurrió algo especial?

Hamilton le refirió el episodio de la abeja y el de la lluvia de langostas.

-No costaba el menor trabajo comprender la causa que producía tales sucesos. Mentí y fui castigado... Blasfemé y recibí mi escarmiento... Causa y efecto.

-No creo que consiga nada rezando -dijo Laws, conciso-. También lo intenté. Sin resultado.

-¿Qué pidió en sus oraciones?

Con gesto irónico, Laws señaló la superficie de piel negra que empezaba a partir del cuello de la camisa.

-A ver si lo adivina. Las cosas no son tan sencillas... Nunca lo fueron y nunca lo serán.

-Su tono parece bastante amargo -articuló Hamilton, reservado.

-El susto que nos llevamos fue de pronóstico. -Laws comenzó a pasearse por la sala-. Le ruego me disculpe por haber irrumpido en su domicilio en esta forma. Pero es que la puerta frontal no estaba cerrada con llave y supuse que ya se habían levantado. Tengo entendido que se dedica usted a la investigación electrónica.

-Así es.

-Mis saludos, hermano -dijo Laws, al tiempo que esbozaba una mueca-. Me licencié en física avanzada. Gracias al aprovechamiento de mis estudios, conseguí el empleo de guía. En la actualidad, existe una competencia enorme en la profesión. -Añadió, al cabo de unos segundos de pausa-. Eso dicen.

-¿Cómo lo averiguó usted?

-¿Se refiere a ese otro asunto? -Laws se encogió de hombros-. No resultó tan difícil como todo eso. -El muchacho se sacó del bolsillo un pequeño envoltorio de tela; desdobló el tejido y dejó al descubierto una plaquita de metal-. Hace años, mi hermana me regaló esto para que lo llevara siempre encima. Y me he acostumbrado.

Lanzó el amuleto a Hamilton. Grabadas en la lámina metálica había unas devotas palabras de fe y esperanza. A fuerza de años, el roce de los dedos desgastó un poco la inscripción.

-Vamos -instó Laws-. Utilícelo.

-¿Qué lo utilice? -Hamilton no comprendía el significado de aquello-. La verdad, esto queda fuera de mi estilo.

-Su brazo. -Laws hizo un ademán de impaciencia-. Ahora funciona. Póngaselo encima del corte. Pero vale más que primero se quite la venda; el

contacto físico favorece. *Adyacencia,* lo llaman. Así es como yo curé mis diversos dolores, contusiones y fracturas.

Escéptica y cuidadosamente, Hamilton levantó una parte del vendaje; la carne amoratada, lívida y húmeda de sangre rutiló bajo los rayos del sol matutino. Tras un titubeo momentáneo, aplicó allí el trozo de frío metal.

-Ahí lo tiene -dijo Laws.

El feo encono de la herida comenzó a difuminarse. Mientras Hamilton se miraba el brazo, la carne magullada fue adoptando un tono rosado. Una especie de resplandor rojizo se extendió por la piel; el corte se estrechó, se marchitó, se secó y se cerró. En cuestión de segundos, apenas quedaba allí una línea blanca, casi imperceptible. Y los ramalazos de dolor habían cesado.

-Eso es -manifestó Laws, a la vez que alargaba la mano para recuperar su amuleto.

-¿Daba resultado antes?

-Nunca lo dio. Sólo decepciones. -Laws se guardó el talismán-. Probaré a dejar unos cuantos cabellos en agua durante toda la noche. Naturalmente, por la mañana se habrán convertido en gusanos. ¿Quiere saber cómo curar la diabetes? Medio sapo mezclado con leche de virgen; como se trata de la parte superior del batracio, se le pondrá alrededor del cuello un trozo de franela vieja, humedecida en agua de alberca...

-¿Pretende afirmar que todo eso...?

-Saldrá bien. Como la gente de pueblo ha estado asegurando a lo largo de años y años. Hasta ahora, se equivocaban. Pero ahora somos nosotros los equivocados.

Marsha apareció en el umbral de la puerta del dormitorio. Iba en bata; le caía el pelo por delante de la cara y el sueño mantenía aún sus párpados medio cerrados.

-¡Oh! -exclamó sorprendida, al ver a Laws-. ¡Usted aquí! ¿Cómo se encuentra?

-Perfectamente, gracias -respondió Laws.

Mientras se frotaba los ojos, Marsha se volvió hacia su marido.

-¿Qué tal dormiste?

-Dormí. -Algo que notó en la voz de Marsha, una especie de agudeza apremiante, le impulsó a preguntar-. ¿Por qué?

-¿No soñaste?

Hamilton reflexionó. Se había removido en la cama, dio vueltas y más vueltas, inundada su mente por una fantasmagoría nebulosa. Pero no captó nada que pudiese definir.

-Pues, no -confesó.

Una expresión peculiar había aparecido en el semblante inteligente de Laws.

-¿Soñó usted, señora Hamilton? ¿Qué clase de sueños tuvo?

-Fue algo de lo más demente. No puede decirse que se tratara de un sueño, en realidad. Quiero decir que no ocurría lo más mínimo. Sólo... existía.

-¿Algún lugar?

-Sí, un sitio. Y nosotros.

-¿Todos nosotros? -el tono de Laws fue vehemente-. *¿Los ocho?*

-Sí -asintió Marsha, anhelante-. Estábamos tendidos en el suelo de la

nave donde caímos. En la sala del Bevatrón. Todos allí, estirados e inmóviles. Inconscientes. Y no sucedía nada. Ni siquiera pasaba el tiempo. No se producía ningún cambio.

-En el rincón del fondo -apuntó Laws-, ¿no se movía algo? Unos cuantos enfermeros, quizás.

-Sí -repitió Marsha-. Pero no estaban en movimiento. Sólo permanecían suspendidos de una especie de escala. Paralizados allí.

-Se movían -declaró Laws-. También yo tuve ese sueño. Al principio creí que estaban inmóviles. Pero, no. Se movían, aunque infinitamente despacio.

Se produjo un silencio saturado de inquietud.

Tras hurgar de nuevo en su cerebro, Hamilton articuló lentamente.

-Ahora que lo dicen... -Se encogió de hombros-. Es la memoria traumática. El instante del choque. Queda profundamente grabado en el cerebro; jamás lograremos arrancarlo de ahí.

-Pero -terció Marsha, tensa-, *aún está sucediendo.* Continuamos allí.

-¿Allí? ¿Tendidos en la sala del Bevatrón?

La muchacha asintió.

-Lo presiento. Estoy convencida.

Al darse cuenta del matiz alarmado de su voz, Hamilton cambió de tema.

-Una sorpresa -anunció, y puso ante los ojos de Marsha su brazo recién curado-. Bill no hizo más que arrellanarse y surgió el milagro.

-No fui yo -repuso en tono enfático, y sus ojos oscuros se endurecieron-. No podría hacer un milagro aunque me fuese en ello la vida.

Un poco desairado, Hamilton se frotó el brazo.

-Lo realizó su amuleto.

Laws volvió a examinar su talismán de la buena suerte.

-Tal vez hemos descendido hasta hundirnos en la auténtica realidad. Acaso este objeto estuvo siempre ahí, bajo la superficie.

Marsha avanzó despacio hacia los dos hombres.

-Estamos muertos, ¿verdad? -articuló roncamente.

-Al parecer, no -respondió Hamilton- Aún nos encontramos en Belmont, California. Pero no en el mismo Belmont. Se han producido ciertos cambios en algunos puntos. Determinadas adiciones. Hay alguien flotando por aquí.

-Y ahora, ¿qué? -preguntó Laws.

-No me lo pregunte a mí -repuso Hamilton-. No fui yo quien provocó el traslado. No cabe duda de que la causa estriba en el accidente de Bevatrón. Esto, *sea lo que sea,* es consecuencia del desperfecto del aparato.

-Puedo pronosticar lo que viene a continuación -intervino Marsha tranquilamente.

-¿Qué?

-Voy a salir en busca de empleo.

Hamilton enarcó las cejas.

-¿Qué clase de empleo?

-Cualquiera. De mecanógrafa, de dependiente en alguna tienda, de telefonista... Lo que salga. Si queremos seguir viviendo, tendremos que comer..., ¿no? ¿O es que no te acuerdas de lo que ha pasado?

-Me acuerdo -replicó Hamilton-. Pero te quedarás en casa y sacudirás el mantel; seré yo quien se encargue de buscar empleo. -Indicó su mentón acabadito de rasurar y su camisa limpia-. Y estoy a punto de ponerme en camino.

-Pero -alegó Marsha-, la culpa de que te quedases sin trabajo fue exclusivamente mía.

-Acaso no tengamos que trabajar más -comentó Laws, con irónica segunda intención-. Puede que, de ahora en adelante, todo lo que nos corresponderá hacer sea abrir la boca y esperar a que caiga el maná y se introduzca en ella.

-Creí que lo había intentado ya -dijo Hamilton.

-Lo intenté sí. Y no obtuve resultado alguno. Pero algunas personas *lo obtuvieron.* Me parece que vamos a tener que dejar el trabajo al margen de la dinámica de nuestras cosas. Este mundo, o lo que sea, dispone de sus propias leyes. Son distintas a las que conocemos y, por consiguiente, no estamos familiarizados con ellas. Ya hemos comprobado los efectos de algunas. La función de los amuletos. Eso representa que la estructura completa de la solicitud de mercedes funciona ahora. -Tras una pausa, Laws añadió-: Y tal vez la de la condena.

-Y la salvación -murmuró Marsha, desorbitados sus ojos castaños-. Santo Dios, ¿crees de veras en la existencia de la *Gloria*?

-Estoy absolutamente seguro -afirmó Hamilton. Regresó al dormitorio; al cabo de un momento, reaparecía. Iba anudándose la corbata-. Pero eso llegará después. Ahora voy a recorrer la Península. Nos quedan en el banco cincuenta dólares justos y no voy a morirme de hambre dedicado a probar si sale bien eso de las oraciones.

Hamilton fue a recoger su cupé *Ford* a la zona de estacionamiento de la fábrica de proyectiles. Aún permanecía estacionado en el espacio correspondiente, donde un letrero rezaba: «Reservado para John W. Hamilton».

Enfiló el *Camino Real* y dejó a su espalda la población de Belmont. Media hora después entraba en South San Francisco. El reloj de la fachada de la sucursal del *Banco de América* en South San Francisco señalaba las once y media cuando Hamilton detuvo su automóvil en la explanada de gravilla, junto a los *Cadillac* y *Chrysler* pertenecientes al personal de la AFE.

Los edificios de la *Agencia para el Fomento de la Electrónica* se erguían a su derecha, blancos inmuebles de hormigón cuya silueta destacaba contra el fondo monstruoso que constituía el paisaje que circundaba la ciudad fabril. Una vez, años atrás, cuando publicó su primer artículo sobre electrónica avanzada, la AFE trató de persuadirle para que abandonara a *Mantenimientos de California* e ingresase en su nómina. Guy Tillingford, uno de los principales estadistas del país, dirigía la empresa; era hombre inteligente, de ideas originales y, además, había sido intimo amigo del padre de Hamilton.

La AFE era el sitio más indicado para solicitar empleo... si es que pensaba encontrar uno. Y, lo que resultaba más importante, aquella firma no tenía compromiso alguno con nada que se relacionase con la investigación militar. Antiguo integrante del grupo que creó y desarrolló el *Instituto de Estudios Adelantados de Princeton* (antes de que dicho grupo se disolviera oficialmente), el doctor Tillingford experimentaba más interés por los conocimientos y los progresos científicos en general. De la AFE salían los computadores, los grandes cerebros electrónicos que se utilizaban en industrias y universidades de todo el mundo occidental.

-Sí, señor Hamilton -dijo la eficiente secretaria, mientras examinaba

rápidamente su puñado de documentos-. Comunicaré al doctor que se encuentra usted aquí... Estoy segura de que se alegrará mucho de verle.

Hamilton paseó por la antesala, tenso y nervioso, al tiempo que se frotaba las manos y articulaba una muda oración. La plegaria no le costó el menor esfuerzo; en aquel instante particular le salía fácilmente del fondo de su alma. Un saldo favorable de cincuenta dólares en el banco no iba a permitir a la familia aguantar mucho... ni siquiera en aquel mundo de milagros y chubascos de langostas.

-¡Jack, muchacho! -retumbó una voz profunda. El doctor Guy Tillingford apareció en el hueco de la puerta de su despacho, radiante su envejecido rostro y extendida la diestra-. Por Dios, no sabes la alegría que me causa verte. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez? ¿Diez años?

-Casi -reconoció Hamilton, mientras se estrechaban la mano cordialmente-. Tiene un aspecto estupendo, doctor.

Por toda la oficina había técnicos e ingenieros consultivos; jóvenes inteligentes, que rezumaban competencia profesional, de pelo cortado al cepillo, corbatas de lazo y expresión alerta en sus apacibles semblantes. Prescindiendo de ellos, el doctor Tillingford condujo a Hamilton a través de una serie de puertas de madera, hasta un despacho particular.

-Aquí podemos charlar -confió, mientras se dejaba caer en una cómoda butaca tapizada de cuero negro-. Me he preparado esta salita... una especie de retiro personal, donde puedo pasarme algunos ratos dedicado a la meditación y darme un respiro de vez en cuando. -Añadió con tristeza-: Parece que ya no me es posible resistir el ritmo de marcha, como antes. Suelo refugiarme en este cobijo dos o tres veces al día... para recuperar fuerzas.

-Ya no trabajo en *Mantenimientos de California* -anunció Hamilton.

-¡Vaya! -Tillingford asintió con la cabeza-. Eso es bueno para ti. Esa empresa no me parece recomendable. Excesivamente inclinados hacia el armamento. No tienen nada de científicos; son funcionarios gubernamentales.

-No me despedí por mi cuenta. Me echaron.

En pocas palabras, Hamilton explicó la situación.

Durante unos minutos, Tillingford no pronunció palabra. Se pellizcó los labios con aire reflexivo, fruncidas las cejas, reconcentrado.

-Me acuerdo de Marsha. Una chica dulce y cariñosa. Siempre me gustó. En estos días se exceden con eso del peligro para la seguridad. Pero es una cuestión que aquí no nos preocupa en absoluto. En la actualidad, no tenemos contratos del Gobierno. Una torre de marfil. -Emitió una risita seca-. Los últimos residuos de la más pura investigación.

-Supongamos que pudieran utilizar mis servicios -aventuró Hamilton, procurando dar a su voz el máximo tono de indiferencia posible.

-No veo por qué no. -Perezosamente, Tillingford sacó una pequeña rueda de jaculatorias y empezó a darle vueltas-. Estoy al cabo de la calle respecto a tu trabajo... A propósito de ello, te diré que me hubiese gustado tenerte aquí antes.

Fascinado, hipnotizado y escéptico, Hamilton no apartaba los ojos de la rueda de rezos de Tillingford.

-Claro que hay algunas cuestiones corrientes -observó el doctor Tillingford, que seguía dándole vueltas a la ruedecita-. La rutina... pero no

tendrás que rellenar impresos. Te formularé las preguntas verbalmente. No bebes, ¿verdad?

Hamilton se quedó casi sin habla.

-¿Beber?

-Ese asunto de Marsha nos crea ciertas dificultades. Nos tiene sin cuidado el aspecto relativo a la seguridad, desde luego... pero debo preguntarte una cosa. -Tillingford se llevó la mano al bolsillo y sacó de él un volumen de tapas negras, con el tejuelo grabado en oro, en el que rezaba: «ZUNÁN DEL SEGUNDO NABÍ». Tendió el libro a Hamilton.

-En el colegio mayor, cuando os mezclasteis con grupos radicales, ¿no practicabais... cómo lo expresaría yo... «el amor libre»?

Hamilton no supo qué contestar. Aturdido, confuso, sin habla, se limitó a sostener en las manos el *«Zunán del Segundo Nabí»;* la encuadernación del libro aún conservaba el calor del bolsillo de la chaqueta de Tillingford. Un par de los bien preparados jóvenes de la AFE entraron en la estancia. Con aire respetuoso, permanecieron quietos, observando en silencio. Vestidos con aquellas largas batas de laboratorio, su apariencia resultaba extrañamente solemne y sumisa. Las rasuradas nucas le recordaron las cabezas de los monjes jóvenes... Era muy peculiar que no se hubiese dado cuenta antes del parecido existente entre aquel corte de pelo tan extendido y la antigua costumbre ascética de las órdenes religiosas. Aquellos dos hombres tenían, desde luego, todo el típico aspecto de competentes licenciados en física; ¿adónde habría ido a parar su clásica viveza juvenil?

-Y ya que estamos en eso -continuó el doctor Tillingford-, también te preguntaré otra cosa. Jack, hijo mío, con la mano en el *«Zunán»*, responde sinceramente: ¿Encontraste la *Única Entrada Verdadera* que conduce a la bendita salvación?

Todos los ojos estaban fijos en él. Hamilton tragó saliva, se puso como la grana y forcejeó en su interior desesperadamente.

-Doctor -recuperó el habla por último-, creo que vale más que vuelva en otra ocasión.

Preocupado, Tillingford se quitó las gafas y contempló al muchacho con mirada meticulosa.

-¿Es que no te encuentras bien, Jack?

-Estuve sometido a una tensión enorme. Perdí el empleo... -Precipitadamente, añadió-: Y otras dificultades. Marsha y yo sufrimos ayer un accidente. Un desviador nuevo se estropeó y nos dio un baño de intensas radiaciones, allá en el Bevatrón.

-Ah, sí -dijo Tillingford-. Me enteré del suceso. Según me dijeron, nadie perdió la vida, por fortuna.

-Esas ocho personas -intervino uno de los jóvenes técnicos con pinta de ascetas- deben de haber caminado con el Profeta. La caída fue muy dura.

-Doctor -pidió Hamilton con voz ronca-, ¿puede recomendarme un buen psiquiatra?

Despacio, poco a poco, fue apareciendo en el semblante envejecido del científico una expresión de incredulidad.

-¿Un... *qué*? ¿Has perdido un tornillo, muchacho?

-Sí -repuso Hamilton-. Parece que sí.

-Luego trataremos de eso -dijo Tillingford, escueto. Con un ademán impaciente, indicó a sus dos técnicos que se retirasen de la sala-. Bajad a la

Librodot

mezquita -les dijo-. Entregaos a la meditación hasta que os llame.

Salieron del cuarto, después de un atento y reflexivo escrutinio de Hamilton.

-Puedes explicarte con entera libertad -incitó Tillingford, en tono cansino-. Soy tu amigo. Conocí a tu padre, Jack. Fue un gran físico. No los ha habido mejores. Siempre tuve puestas en ti las más altas esperanzas. Como es lógico, me sentí un tanto defraudado cuando ingresaste en la nómina de *Mantenimientos de California*. Pero, naturalmente, hemos de inclinarnos ante los designios de la Voluntad Cósmica.

-¿Se me permite formular unas preguntas? -Gotas de frío sudor descendían por la piel de Hamilton y pasaban por debajo del cuello almidonado de su camisa blanca-. Esta empresa continúa siendo una Organización Científica, ¿verdad? ¿O ya no lo es?

-¿Ya? -Desconcertado, Tillingford recuperó el *«Zunán»* de los dedos inertes de Hamilton-. No comprendo la intención de tus preguntas, muchacho. Te agradecería que fueses más explícito.

-Lo expresaré de otro modo. Estuve... aislado. Profundamente absorto en mí labor, perdí contacto con las actividades que, en el terreno de mi profesión, desarrollaban los demás. Y -remató, alicaído- no tengo la menor idea acerca de lo que se hace y de lo que se ha conseguido en otros campos. Acaso... ¿Tiene usted inconveniente en ponerme al día, respecto a eso, proporcionándome un somero cuadro de conjunto?

-Un cuadro -repitió Tillingford, al tiempo que asentía-. Es corrientísimo perder eso de vista. La superespecialización tiene eso de malo. Aquí, en la AFE, el trabajo está bastante bien delimitado; incluso podría emplearse la palabra *prescrito.* En *Mantenimientos de California* creabais armas que luego se utilizarían contra los infieles; es algo sencillo, claro, evidente, fácil de comprender. Ciencia aplicada de una manera estricta, ¿verdad?

-Verdad -convino Hamilton.

-Aquí, nos las entendemos con un problema eterno y fundamental: el de las comunicaciones. Es de nuestra incumbencia -y se trata de toda una tarea- garantizar la base de la estructura electrónica de las comunicaciones. Contamos con ingenieros electrónicos... como tú. Disponemos de asesores consultivos que son especialistas en semántica, expertos de primera fila. Y figuran en nuestro cuadro de personal investigadores psicólogos muy buenos. Todos nosotros formamos un equipo conjuntado y nuestra misión consiste en afrontar ese problema fundamental en la existencia del hombre: conservar en perfectas condiciones de funcionamiento el cable tendido entre la Tierra y el Cielo.

El doctor Tillingford se tomó un momentáneo respiro y prosiguió:

-Aunque, naturalmente, estás familiarizado con todo esto, volveré a repetirlo. En la antigüedad, antes de que sometieran al análisis científico, existían una variedad de sistemas inseguros. Sacrificios a base de incineración; intentos de despertar y promover los favores de Dios mediante el halago de Su olfato y paladar. Métodos muy toscos, nada científicos. Jaculatorias en voz alta y cántico de salmos, que incluso practican hoy en día las clases poco educadas, faltas de instrucción. En fin, dejemos que entonen sus himnos y pronuncien sus rezos.

Al oprimir el botón, Tillingford convirtió en transparente uno de los tabiques de la estancia. Hamilton se encontró contemplando los afanosos

laboratorios de investigación que se extendían en torno a la salita del doctor, formando círculo: hileras y más hileras de hombres y equipo, los técnicos y las máquinas más adelantadas de que podía disponer el mundo.

-Norbert Wiener -articuló Tillingford-. Recuerdas sus trabajos sobre cibernética. Y lo que aún es más importante, la obra de Enrico Destini en el campo de la teofonía.

-¿Qué es eso?

Tillingford alzó una ceja.

-Eres un especialista, hijo mío. Te hablo de la comunicación entre el hombre y Dios naturalmente. Mediante el empleo de los trabajos de Wiener y utilizando el valiosísimo material de Shanon y Weaver, Destini consiguió, en 1946, establecer el primer sistema de comunicación realmente apropiado entre la Tierra y el Cielo. Desde luego, tuvo que usar todos aquellos artefactos de la guerra contra las hordas paganas, aquellos hunos glorificadores de los robles.

-¿Se refiere a... los nazis?

-He oído ese vocablo. Jerga socióloga, ¿no? Y ese negador del Profeta, ese antinabista... Dicen que aún vive en la Argentina. Que encontró el elixir de la eterna juventud o algo parecido. Hizo aquel pacto con el diablo en 1939, ¿te acuerdas? ¿O fue eso antes de tu época? De cualquier modo, lo sabes... es historia.

-Lo sé -declaró Hamilton con voz pastosa.

-Y todavía quedan personas que no vieron lo escrito a mano sobre el muro. A veces, creo que la Lealtad merece ser humilde. Unas cuantas bombas de hidrógeno arrojadas aquí y allá, y la poderosa corriente de ateísmo que no se puede triturar...

-¿Qué me dice de los otros terrenos? -le interrumpió Hamilton-. ¿Qué se hace en ellos? La física. ¿Qué sabe de los físicos?

-La física es una ciencia clausurada -le informó Tillingford-. Virtualmente, se sabe ya todo lo relativo al universo material... se sabía hace siglos. La física se ha convertido en un margen abstracto de la ingeniería.

-¿Y los ingenieros?

Tillingford empezó a responder a la pregunta alargando a Hamilton un ejemplar del mes de noviembre de 1959 del *«Diario de Las Ciencias Aplicadas».*

-Me parece que el editorial puede proporcionarte una idea. Hombre brillante, ese Hirschebein.

El titular del artículo decía: *Aspectos teóricos del problema de la construcción de depósitos.* Debajo había un subtítulo: *La necesidad de mantener un abastecimiento permanente de gracia pura e inalterable para los centros de población importantes.*

-¿Gracia? -se extrañó Hamilton. Hizo la pregunta con un hilo de voz.

Tillingford le explicó:

-La principal preocupación de los ingenieros consiste en la gran tarea de suministrar gracia a todas las comunidades nabitas instaladas a lo largo y a lo ancho del mundo. En cierto sentido, se trata de un problema análogo al que afrontamos nosotros: el de conservar en funciones las líneas de comunicación.

-¿Y eso es todo lo que hacen?

-Bueno -reconoció Tillingford-, queda también la continua tarea de edificar

mezquitas, templos, altares. El Señor es bastante estricto y exacto en eso de señalar trabajos, como puedes comprender. Sus especificaciones son matemáticas. Con franqueza, entre nosotros, no envidio lo más mínimo a esos compañeros. Un pequeño tropiezo, un leve desliz y -chasqueó los dedos-, *¡puf!*

-¿Puf?

-El rayo.

-¡Ah! -exclamó Hamilton-. Claro.

-Con lo cual, resulta que son muy pocos los muchachos inteligentes que deciden dedicarse a la ingeniería constructiva. Esta profesión tiene un índice de mortandad demasiado alto. -Tillingford examinó a Hamilton con paternal y meticulosa atención-. ¿Te das cuenta, hijo mío, de que te mueves en un terreno profesional de perspectivas más que prometedoras?

-Nunca lo dudé -repuso Hamilton roncamente-. Sólo que sentía curiosidad y deseaba conocer algunos detalles sobre ese terreno.

-En lo que concierne a tu capacidad moral, me considero satisfecho -dijo Tillingford-. Sé que procedes de una familia buena, de limpia conducta y temerosa de Dios. Tu padre fue la honradez y la humildad personificadas, su propia esencia. De vez en cuando, aun tengo noticias suyas.

-¿Noticias? -se extrañó Hamilton.

-Se las arregló bastante bien. Aunque te echa de menos, naturalmente. -Tillingford indicó el sistema intercomunicador que había encima de la mesa-. Si quieres...

-No -replicó Hamilton, al tiempo que se inclinaba hacia atrás-. Todavía no me he recuperado del todo de las consecuencias del accidente. No podría resistir la emoción.

-Como gustes. -Tillingford le dio una palmada amistosa en el hombro-. ¿Quieres lanzar una miradita a los laboratorios? Permíteme decirte que tenemos un equipo lo que se dice formidable. -Bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial y reveló-: Aunque nos ha costado muchísima oración. Tus antiguos jefes, los de *Mantenimientos de California*, protestaron ruidosamente. Saben armar buenas tremolinas sonoras.

-Pero ustedes lo consiguieron.

-Ah, sí. Al fin y al cabo, somos quienes tienden y conservan las líneas de comunicaciones. -Mientras sonreía y esbozaba un guiño pícaro, Tillingford le condujo hacia la puerta-. Te llevaré ante nuestro Director de Personal... él se encargará de contratarte.

El Director de Personal era un individuo coloradote, carilleno y afable, que dirigió a Hamilton una mirada radiante, a la vez que buscaba en los cajones de su escritorio los impresos y documentos necesarios.

-Encantados de aceptar su solicitud, señor Hamilton. La AFE necesita hombres de su experiencia. Y si el doctor le conoce personalmente...

-Puede ahorrarle todo eso -aleccionó Tillingford-. Pase por alto la pesadez burocrática; vaya derecho al grano de la prueba de calificación.

-De acuerdo -asintió el Director, y sacó su propio ejemplar del *«Zunán del Segundo Nabí».* Lo dejó encima de la mesa, cerrado, apretó los párpados, hizo correr el pulgar por las páginas y abrió el libro a la ventura.

Tillingford se inclinó por encima del hombro del Director y ambos conferenciaron y murmuraron entre sí, mientras examinaban el pasaje que

había salido.

-Estupendo -declaró Tillingford. Se apartaba, contentísimo-. Tiene vía libre.

-Desde luego que sí -convino el Director de Personal. Se dirigió a Hamilton-. Puede que le interese saberlo, es el visto bueno más claro que se ha dado este año, o uno de los más claros. Leyó con voz rápida y eficiente: «*Visión 1931: Capítulo 6, versículo 14. línea primera.* Si, la *Fe Verdadera* funde el valor en el animo del escéptico; porque este conoce la magnitud de la ira divina, sabe cuál es la medida para llenar la vasija de arcilla».

Cerró de golpe el libro y volvió a guardarlo en un cajón de la mesa. Ambos hombres contemplaron cariñosamente a Hamilton, irradiando buena voluntad y satisfacción profesional.

Aturdido, no muy seguro de sus sentimientos, Hamilton desvió el tema hacia la parte fundamental del asunto que le había llevado allí.

-¿Puedo interesarme por la cuestión salario? es demasiado... -se esforzó en presentarlo con cierto tono de broma más o menos frívola-, demasiado grosero y comercial?

Los dos hombres intercambiaron una mirada, confusos.

-¿Salario?

-Si, salario -repitió Hamilton, en cuyo interior aumentaba la tendencia a la histeria-. Me refiero a eso que le entregan a uno cada quince días los del Departamento Administrativo. Para evitar que el personal contratado se vuelva impaciente e inquieto.

-Conforme a lo acostumbrado -informó Tillingford, con sosegada dignidad-, los del IBM te abonarán cada diez días lo que te corresponda. -Se volvió hacia el Director de Personal-. ¿Cuál es la cifra exacta? Nunca me acuerdo de estas cosas.

-Iré a comprobarlo con el contable. -El Director de Personal abandonó el despacho. Regresó con la información al cabo de un momento-. Se le asignará la clasificación Cuatro-A. En seis meses, habrá ascendido a Cinco-A. ¿Qué le parece? No está nada mal para un joven de treinta y dos años.

Hamilton preguntó:

-¿Qué significa Cuatro-A?

Después de una pausa, originada por la sorpresa, el Director de Personal miró a Tillingford, se humedeció los labios y contestó:

-El departamento de IBM lleva los libros de abonos y cargos. El registro cósmico. -Gesticuló-. Ya sabe, la gran relación inalterable de pecados y virtudes. La AFE realiza trabajos para el Señor. Sus emolumentos consistirán en cuatro créditos decenales, cuatro líneas rectas hacia su salvación. La IBM se encargará de todos los detalles; al fin y al cabo, para eso existe.

Encajaba. Tras respirar hondo, Hamilton articuló:

-Eso es estupendo. Lo olvidé... perdonen mí confusión. Pero... -recurrió, desesperado, a Tillingford-, ¿cómo vamos a vivir Marsha y yo? Tenemos que pagar nuestras facturas; tenemos que *comer.*

-Como siervo del Señor -dijo Tillingford, severo-, tus necesidades estarán cubiertas. ¿Posees tu *«Zunán»*?

-S... Sí -pronunció Hamilton.

-Lo único que tienes que hacer es asegurarte que no pierdes la fe. Yo diría que un hombre de tu talla moral debe ser capaz de conseguir, mediante la

oración, por lo menos... -Calculó mentalmente-. Unos cuatrocientos semanales. ¿Qué opina, Ernie?

El Director de Personal asintió con la cabeza.

-Por lo menos.

-Una cosa más -dijo Hamilton, cuando el doctor Tillingford se disponía a cambiar de conversación, una vez bien sentado el asunto a su entera complacencia-. Hace un rato le pregunté si conocía a algún buen psiquiatra...

-Hijo mío -manifestó Tillingford, algo brusco-. Sólo puedo decirte esto y nada más que esto: Se trata de tu vida y puedes dirigirla como te plazca. No pretendo enseñarte lo que debes hacer y lo que debes pensar. Tu existencia espiritual es un asunto estrictamente entre tú y el único Dios verdadero. Pero si quieres consultar matasanos y...

-¡Matasanos! -repitió Hamilton con voz débil.

-Charlatanes, curanderos descarriados. Eso estaría bien para un lego. Los ignorantes, según tengo entendido, acuden en rebaños a los psiquiatras. He leído las estadísticas; es un triste comentario sobre el estado de la falsa información pública. -Sacó de la chaqueta una libreta de notas y una lapicera y garabateó precipitadamente unas palabras-. Éste es el único camino correcto. Supongo que da lo mismo el hecho de que hasta ahora no hayas avanzado por él. Pero se nos instruye para que no cesemos nunca de intentarlo. Al fin y al cabo la eternidad es un periodo de tiempo muy largo.

La nota decía: *Profeta Horace Clamp. Sepulcro del segundo Nabí. Cheyenne, Wyoming.*

-Exacto -dijo Tillingford-. Derecho hasta la cumbre. ¿Te sorprende? Eso demuestra lo preocupado que estoy, hijo mío.

-Gracias -repuso Hamilton, y se guardó la nota de modo instintivo-. Si usted lo dice.

-Lo afirmo -declaró Tillingford, en tono de autoridad tajante y absoluta-. El nabismo es la única fe verdadera, hijo mío; la única garantía de alcanzar el Paraíso. Dios habla a través de Horace Clamp y de nadie más. Levántate mañana y acércate allí, tienes el día libre; puedes presentarte a trabajar en cualquier momento, eso carece de importancia. Si alguien está en condiciones de salvar tu alma inmortal del fuego de la condenación eterna, ese alguien es el profeta Horace Clamp.

V

Cuando Hamilton, con paso algo incierto, salió del conjunto de edificios de la AFE, un puñado de hombres echó a andar tras él. Aquellos individuos caminaban con aire tranquilo, hundidas las manos en los bolsillos y con expresión benigna en el rostro.

Mientras el ingeniero sacaba las llaves de su automóvil, los hombres apretaron el paso resueltamente y cruzaron el aparcamiento de gravilla en dirección a Hamilton.

-Hola -saludó un miembro del grupo.

Todos eran jóvenes. Todos eran rubios. Todos llevaban el pelo cortado al cepillo y lucían las ascéticas batas blancas de laboratorio. Se trataba de un manojo de inteligentes y supereducados técnicos de la AFE. El brillante

personal de Tillingford.

-¿Qué desean? -inquirió Hamilton.

-¿Se marcha? -preguntó a su vez el cabecilla del grupo.

-Así es.

Los otros parecieron meditar un poco acerca de aquella respuesta. Al cabo de un momento, el que llevaba la voz cantante observó:

-Pero va a volver.

-Mire... -comenzó Hamilton, pero el joven no le dejó seguir.

-Tillingford le contrató -dijo, interrumpiéndole-. Vendrá usted la semana próxima. Superó el examen de ingreso y después ha estado husmeando por los laboratorios.

-Es posible que haya salvado con éxito las pruebas de ingreso -concedió Hamilton-, pero eso no significa que vaya a venir a trabajar aquí. A propósito de...

-Me llamo Brady -le interrumpió otra vez el adalid del grupo-. Bob Brady. Quizá reparó usted antes en mí. Estaba con Tillingford cuando se presentó usted. -Sin apartar los ojos de Hamilton, Brady concluyó-: Puede que el personal se sienta satisfecho, pero nosotros no lo estamos. El personal esta regido por legos. Unas cuantas pruebas de calificación, burocráticas y rutinarias..., y eso es todo.

-Nosotros no somos legos -terció un miembro de la peña de Brady.

-Mire -dijo Hamilton, que había recuperado parte de su esperanza-. Quizá podamos llevarnos bien. Me pregunto qué personal calificado puede estar conforme con esa prueba de abrir un libro a la ventura. No me parece un sistema adecuado para calcular la aptitud, conocimientos y destreza de un aspirante a determinado empleo. En la investigación avanzada de este tipo...

-Por lo que a nosotros respecta -continuó Brady, inexorable-, es usted ateo hasta que se demuestre lo contrario. Y ningún ateo puede trabajar en la AFE. Tenemos nuestras normas profesionales.

-Además, usted no está calificado -añadió otro miembro del grupo-. Veamos su calificación N.

-Su calificación N -dijo Brady enseguida. Extendió la mano y aguardó-. No ha tomado aureola últimamente, ¿verdad?

-No, que yo sepa -repuso Hamilton, desconcertadísimo.

-Eso es lo que supuse. Carece de calificación N. -Brady se sacó de la chaqueta una tarjeta taladrada-. En este grupo no hay nadie con calificación N inferior a 4,6. Sin pensarlo mucho, me atrevería a afirmar que no alcanza usted a la nota 2. ¿Qué responde?

-Es un ateo -intervino otro individuo, un técnico que habló en tono áspero-. Se necesita valor para intentar colarse aquí.

-Acaso sea preferible que se largue de una vez -dijo Brady a Hamilton-. Me parece que lo mejor es que se ponga al volante de su automóvil, se aleje de esta vecindad todo lo que pueda y no vuelva en la vida.

-Tengo tanto derecho a estar aquí como cualquiera de ustedes -replicó Hamilton, irritado ya.

-Se aproxima la hora del tanteo máximo -articuló Brady con aire reflexivo-. Dejemos esto bien sentado de una vez por todas.

-Estupendo -accedió Hamilton, contento de ello. Se quitó la chaqueta, la arrojó dentro del coche y desafió-: Lucharé con cualquiera de ustedes.

Nadie le hizo el menor caso, los técnicos habían formado un apretado

círculo y conferenciaban entre sí. Por las alturas, el sol del atardecer se disponía a bajar y ocultarse. Circulaban vehículos automóviles por la carretera. Los edificios de la AFE relucían de modo aséptico bajo la claridad decreciente.

-Ahí vamos -decidió Brady. Con un adornado encendedor en la mano, se acercó solemnemente a Hamilton-. Estire el pulgar.

-¿El... pulgar?

-La prueba del fuego -explicó Brady, al tiempo que accionaba el mechero. Brotó del aparatito una llama de color amarillo-. Demuestre su valor. Demuestre que es un hombre.

-Soy un hombre -replicó Hamilton en tono irritado-, pero maldito si voy a poner el dedo en esa llama sólo porque a un grupo de lunáticos le gusta celebrar ritos de iniciación puramente infantiles. Creí haber dejado eso atrás cuando abandoné el colegio mayor.

Todos los técnicos extendieron sus pulgares. Metódicamente, Brady fue aplicando la llamita del encendedor a cada uno de aquellos dedos. Ni un solo pulgar se chamuscó siquiera.

-A usted le toca -advirtió Brady en tono beato-. Sea hombre, Hamilton. Recuerde que no es ninguna bestia encenagada.

-¡Váyase al diablo! -contestó Hamilton, alzando la voz-. Y mantenga ese mechero apartado de mí.

-¿Se niega a someterse a la prueba del fuego? -inquirió Brady significativamente.

De mala gana, Hamilton extendió su pulgar. Tal vez, en aquel mundo, los encendedores de cigarrillos no quemasen la carne. Acaso, sin saberlo, su propio organismo fuese inmune a las llamas. Quizás...

-¡Ay! -estalló Hamilton, al tiempo que apartaba la mano con brusquedad y violencia.

Los técnicos menearon la cabeza gravemente.

-Bueno. -Brady ejecutó un floreo de triunfo para guardarse el encendedor-. Ya está.

Vencido e impotente, Hamilton no pudo hacer más que frotarse el dedo lastimado.

-¡Sádicos! -acusó-. ¡Hatajo de fanáticos! ¡Todos ustedes pertenecen a la Edad Media!... ¡Musulmanes!

-Cuidado -avisó Brady-. Esta hablando con un paladín del único Dios verdadero.

-*Y* no lo olvide -remachó uno de los ayudantes de Brady.

-Usted puede ser paladín del único Dios verdadero -repuso Hamilton- pero yo soy un especialista en electrónica, un experto de primera fila. Piense en ello.

-Lo tengo presente -dijo Brady, sin inmutarse.

-Si eso le hace feliz, puede introducir el pulgar en la antorcha de un arco de soldadura. Puede meterlo en un horno al rojo.

-Exacto -convino Brady-. Puedo hacerlo.

-¿Pero qué tiene que ver con la electrónica? -Fulminando al joven con la mirada, Hamilton añadió-: De acuerdo, sabihondo. Le desafío a una prueba. Veamos cuánto sabe.

-¿Desafía a un paladín del único Dios verdadero? -preguntó Brady, incrédulo.

Librodot

-Así es.

-Pero... -Brady ejecutó una serie de ademanes-. Eso es ilógico. Vale más que vuelva a su casa, Hamilton. Se está dejando llevar por una ilusión equívoca.

-Tiene miedo, ¿eh? -vituperó Hamilton.

-Pero si no puede ganar. Es axiomático que perderá. Considere las premisas de la situación. Está decidido que todo paladín del único Dios verdadero triunfe; cualquier otro resultado constituiría la negación del poder divino.

-Deje de fanfarronear -replicó Hamilton-. Puede formularme la primera pregunta. Tres para cada uno de nosotros. Relativas a la electrónica práctica y teórica. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -respondió Brady a regañadientes. Los demás técnicos se apiñaron en torno a los contendientes, fascinados por el nuevo giro de los acontecimientos-. Lo lamento por usted, Hamilton. Es evidente que ignora, que no se da cuenta del jaleo en que se está metiendo. Hubiese esperado que un lego se comportase de esta manera tan irracional, pero un hombre parcialmente disciplinado en cuestiones científicas...

-Pregunte -le interrumpió Hamilton.

-Enuncie la *Ley de Ohm* -pidió Brady.

Hamilton parpadeó. Era como ordenarle que contase de uno a diez; ¿cómo podía fallar?

-¿Ésa es su primera pregunta?

-Enuncie la *Ley de Ohm* -repitió Brady.

Y, en silencio, sus labios empezaron a moverse.

-¿Qué ocurre? -preguntó Hamilton, receloso-. ¿Por qué mueve los labios?

-Rezo -confesó Brady-. Impetro la ayuda divina.

-Ley de Ohm -articuló Hamilton-: *La resistencia de un cuerpo al paso de la corriente eléctrica...*

Se interrumpió.

-¿Qué le sucede? -interrogó Brady.

-Usted me distrae. ¿No podría rezar luego?

-He de hacerlo ahora -Brady matizó sus palabras con una buena dosis de énfasis-. Si lo hiciese después, mis oraciones carecerían de utilidad.

Esforzándose en pasar por alto la vibración de los labios del hombre, Hamilton prosiguió:

-La resistencia de un cuerpo al paso de la corriente eléctrica puede establecerse mediante la siguiente ecuación: R igual a...

-Adelante -le animó Brady.

Un extraño peso muerto se asentó en el cerebro de Hamilton. Empezaron a mariposear por su cabeza series vagabundas de símbolos, cifras y ecuaciones. Como inquietos insectos voladores, palabras y frases daban saltos, bailoteaban y se negaban a dejarse captar, eludiendo la persecución de las meninges.

-Una unidad de resistencia absoluta -silabeó roncamente- *puede definirse como la resistencia de un conductor en el que...*

-No me parece que eso sea la *Ley de Ohm* -dijo Brady. Se volvió hacia los integrantes del grupo-: ¿Diríais vosotros que eso es la *Ley de Ohm*?

Todos sacudieron la cabeza, misericordiosos.

-Me doy por vencido -reconoció Hamilton, sin entender nada-. Ni siquiera

puedo exponer la *Ley de Ohm.*

-Gracias a Dios -repuso Brady.

-El ateo ha sido derrotado -dictaminó uno de los técnicos, como quien señala una verdad científica-. La competición ha concluido.

-Esto no es justo -protestó Hamilton-. Conozco la *Ley de Ohm* tan bien como mi propio nombre.

-Afronte los hechos -dijo Brady-. Reconozca que un ateo está al margen de la gracia del Señor.

-¿No se me va a conceder la oportunidad de preguntarle algo?

-Pues, claro que sí. Adelante. Lo que usted quiera.

-Un rayo de electrones se desvía -articuló Hamilton- si pasa entre dos planchas a las que se haya aplicado voltaje. Los electrones están sometidos a una fuerza que actúa en ángulos rectos con relación a su impulso. Designemos L a la longitud de las planchas. A la distancia que va desde el centro de las planchas al...

Se interrumpió. Ligeramente encima de Brady, muy cerca de su oreja derecha, había aparecido una boca y una mano. La boca estaba susurrando algo al oído de Brady; dirigidas por la mano, las palabras se desvanecieron en el aire antes de que Hamilton pudiese captarlas.

-¿Qué es eso? -interrogó, ofendido.

-¿Cómo dice? -se extrañó Brady con expresión inocente, mientras ahuyentaba, mediante un movimiento del brazo, a la boca y a la mano.

-¿Quién le está «soplando»? ¿Quién le proporciona información?

-Un ángel del Señor -respondió Brady-. Naturalmente.

Hamilton se derrumbó.

-Abandono. Usted gana.

-Vamos -le alentó Brady-. Iba a pedirme que determinara la desviación del rayo basándome en esa fórmula. -Con unas cuantas frases sucintas, esbozó las cifras que Hamilton había urdido en la intimidad de su cerebro-. ¿Correcto?

-No me parece que haya jugado limpio -se sublevó Hamilton-. De todos los timos flagrantes...

La boca angélica esbozó una sonrisa y luego susurró algo no muy agradable en el oído de Brady. Este se permitió sonreír a su vez, fugazmente.

-Muy divertido -confesó-. Y muy apropiado también.

Cuando la boca empezaba a desaparecer, Hamilton pidió:

-Aguarde un momento. No se vaya. Deseo hablar con usted.

La boca interrumpió su proceso de disipación.

-¿Qué es lo que le está dando vueltas por la cabeza? -preguntó en un murmullo hueco y retumbante.

-Al parecer, ya lo sabe -repuso Hamilton-. ¿Es que no miró el interior de mi cerebro?

La boca se retorció desdeñosamente.

-Si puede mirar dentro del cerebro de los hombres -continuó Hamilton-, también podrá ver lo que hay en sus corazones.

-¿A qué viene todo esto? -Brady se manifestó un poco incómodo-. Vaya a molestar a su propio ángel.

-Hay un párrafo en alguna parte -prosiguió Hamilton-. Algo acerca de que el deseo de cometer un pecado es tan grave como el mismo acto de cometerlo.

-¿De qué está hablando? -preguntó Brady, irritado.

-Tal como entiendo esa antigua frase -dijo Hamilton-, se trata de un testimonio relativo al problema psicológico de la motivación. Considera el motivo como el punto moral cardinal: un pecado cometido es simplemente el desarrollo máximo, el cumplimiento práctico de un deseo perverso. La bondad y la maldad de un hombre no dependen de lo que haga, sino de lo que sienta.

La boca angélica esbozó un gesto de asentimiento.

-Lo que dice es verdad.

-Estos hombres -Hamilton señaló a los técnicos- *actúan* como paladines del único Dios verdadero. Arrancan las raíces del ateísmo. Pero en sus corazones anidan motivos malvados. En el fondo de sus celosos actos se alberga un núcleo endurecido de deseo pecaminoso.

Brady tragó saliva.

-¿Qué insinúa?

-Su motivo para impedirme ingresar en la AFE es venal e interesado. Me tiene cierta envidia. Y la envidia, como motivo, es inaceptable. En mi calidad de correligionario, llamo la atención sobre eso. -Añadió, suavemente-. Es mi deber.

-Envidia -repitió el ángel-. *Sí, la envidia entra en la categoría de pecado. Los celos sólo se pueden permitir en el sentido de que el Señor es un Dios celoso de su condición. Con tal significado, el término expresa el concepto de que nada más puede existir que un único Dios verdadero. El culto a cualquier otro cuasi-Dios constituye una negación de Su Naturaleza y una vuelta al preislamismo.*

-Pero... -protestó Brady-, un nabita puede ejercer celosamente su tarea como siervo del Señor.

-Celosamente en el sentido de que excluye toda otra labor o fidelidad -dijo el ángel-. *O sea, siempre y cuando el empleo del término no comprenda características morales negativas. Uno puede hablar de celo a la hora de defender su herencia. En tal caso, representa una entusiasta resolución para conservar lo que le pertenece a uno. Este supuesto ateo, sin embargo, afirma que estás celoso de él, en el sentido de que te opones a que ocupe una situación a la que tiene derecho. Tu actitud está motivada por la envidia, por la aversión y por una codicia malévola... En esencia, por una rebeldía a acatar, a someterse al prorrateo cósmico.*

-Pero... -articuló Brady, mientras agitaba los brazos tontamente.

-El gentil tiene razón al señalar que tus aparentemente buenos esfuerzos están motivados por intenciones malignas y, por lo tanto, no son más que actos seudobuenos. Tu celo queda desmentido por tu sordidez. Aunque tus acciones tengan por finalidad apoyar la causa del único Dios verdadero, tu alma es impura y está mancillada. La tuya y la de tus compañeros.

-¿Cómo defines el término «impureza»...? -empezó Brady.

Pero ya era demasiado tarde. El juicio había terminado. En silencio, el sol fue reduciéndose poco a poco, adoptó un color amarillo claro, difuso y sombrío, para terminar por desaparecer. Un viento áspero y seco sopló en torno al asustado grupo de técnicos. Bajo sus pies, el suelo se agostó y se tomó árido.

-Podéis presentar después vuestras apelaciones -manifestó el ángel, desde la penumbra crepuscular. Se disponía a partir-. *Tendréis tiempo de sobra*

para utilizar los conductos regulares.

Lo que había sido un espacio de terreno fértil y espléndido, en el paisaje que circundaba los edificios de la AFE, quedó transformado en un rectángulo reseco, carente de vida, completamente yermo. Ni una sola planta crecía allí. Los árboles, la hierba, todo estaba deshojado, sarmentoso y marchito. Los técnicos se encogieron sobre si mismos, hasta convertirse en figuras achaparradas, diminutas, de piel oscura, vellosas, con el rostro y los brazos sembrados de llagas abiertas y de manchas repelentes. Un circulo rojizo bordeaba sus ojos, llenos de lágrimas, mientras se miraban unos a otros vencidos por la desesperación.

-Malditos -graznó Brady con voz quebrada-. La maldición ha caído sobre nosotros.

Era claro y evidente que los técnicos ya no estaban protegidos. Sus reducidas y encorvadas figuras se movían de un lado para otro, sin rumbo fijo, como seres extraviados, perplejos, infelices y míseros. La oscuridad de la noche se filtraba hacia ellos, descendiendo sobre sus cabezas como capas de partículas de polvo. A sus pies, sobre la tierra achicharrada, se deslizó una serpiente. Al cabo de unos segundos se oyó el primer chasquido que producía un escorpión...

-Lo lamento -se excusó Hamilton ociosamente-. Pero la verdad siempre se impone.

Brady le fulminó con una mirada de sus ojos inyectados en sangre. La expresión de su semblante barbudo era lastimosa. Mechones de pelo estropajoso le caían sobre las orejas y el cuello.

-¡Pagano! -murmuró, y le volvió la espalda.

-La virtud tiene en sí misma su propia recompensa -le recordó Hamilton-. Los caminos del Señor son inescrutables. Nada tiene más éxito que el mismo éxito.

Se acercó a su automóvil, subió e introdujo la llave de contacto. Nubes de polvo se posaron en el parabrisas cuando accionó la palanca de puesta en marcha. No sucedió nada: el motor se negaba a funcionar. Durante un rato, Hamilton insistió en darle a la palanca y apretar el acelerador, al tiempo que se preguntaba qué podía haberse averiado. Luego, deprimido, observó que el tapizado del asiento estaba raído. Aquel material otrora brillante y estupendo, había perdido el color y el aspecto de cosa nueva. Por desgracia, el vehículo estaba aparcado en la zona maldita.

Hamilton abrió la guantera y sacó su manual de reparaciones automovilísticas. Pero el volumen ya no contenía planos ni consejos mecánicos: relacionaba una lista de oraciones corrientes.

En aquel medio, los rezos sustituían al conocimiento de las máquinas. Dejó frente a sí el libro, abierto, puso el selector en punto muerto, apretó el pedal del acelerador y accionó la palanca de puesta en marcha.

-Sólo hay un Dios -comenzó- *y el Segundo Nabí es su...*

El motor empezó a funcionar. Hamilton puso la primera y el coche avanzó ruidosamente. Petardeando y chirriando, dejó atrás la zona de estacionamiento y rodó hacia la calle. A espaldas de Hamilton, los técnicos anatemizados vagaban a la ventura, dentro de los confines del estéril rectángulo. Habían iniciado ya sus debates para proyectar la apelación que presentarían. Citaban fechas, datos y autoridades. Hamilton se dijo que recuperarían su posición anterior. Se las arreglarían de algún modo.

Necesitó cuatro oraciones distintas para lograr conducir el automóvil hasta la carretera de Belmont. En una ocasión, al pasar por delante de un garaje, pensó en detenerse y pedir que le reparasen el vehículo. Pero el letrero que ostentaba el establecimiento le impulsó a apresurarse.

Cura de automóviles
Nicholton e hijos

Y debajo, en un ventanuco, se veían unos párrafos de literatura iluminadora, encabezados por la siguiente frase: «Todos los días, en todos los sentidos, mi automóvil se rejuvenece y renueva cada vez más».

A partir de la quinta jaculatoria, el motor pareció funcionar adecuadamente. Y el tapizado de los asientos había recobrado su esplendor de costumbre. Hamilton también recuperó algo de confianza en sí mismo: había salido de un apuro bastante serio. Todo mundo posee leyes. Era simplemente cuestión de descubrirlas a tiempo.

El anochecido había llegado ya a todas partes. Los coches se deslizaban raudos por *El Camino,* encendidas las luces de sus faros. Por detrás de Hamilton, parpadeaban en la oscuridad las lámparas de San Mateo. En lo alto, ominosos nubarrones encapotaban el cielo nocturno. Conduciendo con extrema precaución, Hamilton maniobró para desviar su automóvil hacia el borde de la cuneta, evitando así la parte de la carretera donde el tránsito resultaba más intenso.

A su izquierda estaba *Mantenimientos de California*. Sin embargo, era inútil acercarse a la factoría de proyectiles dirigidos; ni siquiera le aceptaban cuando vivía en *su* propio mundo. Sólo Dios estaba enterado de cómo serían las cosas en aquel momento. De un modo u otro, presentía que el cambio de circunstancias representaba empeoramiento. Empeoramiento agudo. Un hombre del tipo del Coronel T.E. Edwards, situado en aquel mundo nuevo, sobrepasaría todo lo imaginable.

Hamilton distinguió a mano derecha un pequeño oasis, luminoso y familiar. Había pasado muchas tardes en el *Fondeadero*... que se alzaba frente a la planta de proyectiles. El establecimiento constituía el lugar de reunión favorito de todos los técnicos a los que les gustaba matar la sed del verano a base de buenos tragos de cerveza.

El ingeniero detuvo su automóvil, se apeó y echó a andar por la sombría acera. Una ligera llovizna cayó sobre él, mientras se encaminaba rumbo al vacilante letrero de neón: *Aureo Resplandor.*

El bar estaba rebosante de personas y ruidos agradables. Hamilton permaneció un momento inmóvil en la entrada, asimilando la presencia de toda aquella humanidad empañada. Al menos, el local era algo que no había cambiado. Los mismos conductores de camiones, con sus negras cazadoras, inclinados sobre sendas jarras de cerveza, en el extremo del mostrador, la misma joven escandalosa y rubia sentada en su taburete, con la inevitable consumición en la mano: agua teñida para que parezca whisky y que alguien paga como si lo fuese. La llamativa gramola automática rugiendo estruendosa en el rincón contiguo a la estufa. A un lado, dos obreros calvos jugando al tejo con entusiasmo.

Hamilton se abrió paso entre la gente y se acercó a la hilera de taburetes.

Librodot

Sentado en el centro, ante la enorme luna, agitando su jarra de cerveza, vociferando y riendo con un grupo de camaradas provisionales, había un hombre cuya figura le resultaba familiar a Hamilton.

Una alegría perversa invadió el cerebro confuso y fatigado del ingeniero.

-Creí que había muerto -manifestó, a la vez que pinchaba a McFeyffe en el brazo-. Bastardo miserable.

Sorprendido, McFeyffe giró en redondo sobre el taburete y se derramó un poco de cerveza en el brazo.

-¡Qué me aspen! ¡El rojo! -Hizo una seña jubilosa al camarero situado detrás del mostrador-. Sirve una cerveza a mi compañero, maldita sea.

Hamilton se expresó en todo agresivo:

-Cálmese. ¿No se ha enterado?

-¿Enterado? ¿De qué?

-De lo que esta ocurriendo. -Hamilton se acomodó en el taburete vacío existente junto al de McFeyffe-. ¿Es que no lo ha notado? ¿No se dio cuenta de la diferencia que hay de las cosas, tal como están ahora respecto a como estaban antes?

-Lo noté -dijo McFeyffe. No parecía preocupado en lo más mínimo. Se abrió la chaqueta y enseñó a Hamilton lo que llevaba debajo. Todos los amuletos de la buena suerte concebibles aparecían allí; un mosaico completo de talismanes para todas las situaciones que pudieran surgir-. La llevo veinticuatro horas de delantera, muchacho -declaró-. Ignoro qué es eso del *Segundo Nabí* y de dónde sacaron esa religión árabe o lo que sea, pero me tiene sin cuidado. -Agitó uno de los amuletos, un medallón de oro, en el que se entretejían en círculos varios símbolos cifrados-. No se meta conmigo, sino quiere que le arroje encima una plaga de ratas, que le destrozarán en unos minutos.

Llegó la cerveza de Hamilton, el cual la aceptó sin remilgos y la bebió ávidamente. Rumores, alboroto, personas, actividad humana, la animación hervía en torno suyo; momentáneamente satisfecho, se relajó y se dejó envolver por el estruendo general. Se hundió en él y, cuando llegó al fondo, comprendió que tampoco podía hacer otra cosa.

-¿Quién es tu amigo? -preguntó la rubia de semblante afilado, tras colocarse junto a McFeyffe y pasarle un brazo por encima del hombro-. Un chico muy mono.

-Apártate -replicó McFeyffe, de buen talante-. ¿O quieres que te convierta en gusarapo?

-¡Qué listo! -se mofó la joven. Se levantó la falda y señaló un pequeño objeto blanco que llevaba debajo de la liga-. Anda, prueba a vencer a eso -retó a McFeyffe.

El policía contempló fascinado aquel objeto.

-¿Qué es?

-El metatarso de Mahoma.

-Los santos nos protegen -articuló McFeyffe en tono devoto, y tomó un sorbo de cerveza.

La muchacha se bajó la falda de nuevo y dirigió la palabra a Hamilton.

-¿No le he visto antes por aquí? Trabaja al otro lado de la calle, ¿no?, en esa gigantesca fábrica de bombas.

-Trabajaba -repuso Hamilton.

-Además de bromista, es rojo -advirtió McFeyffe, sin hiel-. Y todo un ateo.

La rubia se echó hacia atrás, horrorizada.

-¿Habla en serio?

-Pues, claro -confirmó Hamilton. En aquel punto, todo le daba igual-. Soy la tía solterona de León Trotsky. Alumbré a *Pepe* Stalin.

Al instante, un ramalazo demoledor surcó su abdomen. Se dobló sobre el mismo, cayó al suelo desde el taburete y se apretó el vientre con ambas manos, mientras el agónico dolor le obligaba a rechinar los dientes.

-Justo castigo a su perversidad -manifestó McFeyffe, sin compasión.

-¡Ayúdenme! -rogó Hamilton.

La muchacha se agachó a su lado, solícita.

-¿No le da vergüenza? ¿Dónde tiene su *«Zunán»*?

-En casa -susurró Hamilton, cuya piel tenía una tonalidad cenicienta. Renovados latigazos le sacudían las interioridades-. Me estoy muriendo. Me ha estallado el apéndice.

-¿Dónde guarda la rueda de jaculatorias? ¿En algún bolsillo de la chaqueta?

La rubia empezó a registrarle la chaqueta rápidamente; sus dedos ágiles parecían tener alas durante las manipulaciones entrando y saliendo de los bolsillos.

-Avisen... a... un... médico -logró articular Hamilton.

El camarero se llegó hasta el caído.

-Sáquenle del local o consigan que se levante -dijo en tono brusco-. No puede morirse aquí dentro.

-¿Tiene alguien un poco de agua bendita? -solicitó la muchacha, con aguda voz de soprano.

La masa de clientes se agitó; por último, un frasquito inició su recorrido, yendo de mano en mano.

-No la gaste toda -advirtió el dueño del botellín, dando a sus palabras un matiz quisquilloso-. Se llenó en la fuente de Cheyenne.

Una vez desenroscado el tapón, la joven se echó unas gotas de agua en las puntas de sus dedos, de uñas pintadas de rojo, y se apresuró a rociar a Hamilton con el tibio líquido. En cuanto le tocó el agua, los dolores empezaron a disminuir. Una oleada de alivio se extendió por su cuerpo torturado. Al cabo de un momento y con la ayuda de la muchacha, Hamilton estuvo en condiciones de incorporarse.

-La maldición ha desaparecido -observó la rubia como la cosa más natural del mundo. Devolvió el agua bendita a su dueño-. Gracias, señor.

-Que le sirvan una cerveza a ese hombre -dijo McFeyffe, sin volverse-. Es un auténtico seguidor del nabismo.

Mientras la espumeante jarra de cerveza pasaba de mano en mano, Hamilton consiguió trepar penosamente hasta el taburete. Nadie le prestó atención; la rubia estaba haciéndole la rosca al propietario del frasco de agua bendita.

-Este es un mundo demente -opinó Hamilton, hablando con las mandíbulas apretadas.

-De demente, nada -respondió McFeyffe-. ¿Qué tiene de demente? No he pagado una sola cerveza en todo el día. -Agitó su muestrario de amuletos-. Todo lo que tengo que hacer es apelar a esto.

-Explíquemelo -murmuró Hamilton-. Este sitio... este bar. ¿Por qué no lo borra Dios del mapa? Si este mundo está sometido a leyes morales...

-Esta cantina es necesaria para el mantenimiento del orden moral. Esto es un pozo muerto de vicio y corrupción, una olla de inquietud. ¿Cree que puede funcionar la salvación si no existe la contrapartida de la condena? ¿Cree que puede haber virtud si no hay pecado? Eso es lo malo de los ateos no captan la mecánica de la maldad. Entre y disfrute de la vida, hombre. Si pertenece al ejército de los fieles, no tiene por qué preocuparse.

-Oportunista.

-Puede apostar su alma feliz.

-De forma que Dios le permite pasarse las horas muertas aquí sentado, trasegando alcohol y pasándolo en grande con esas rapazas. Mintiendo y soltando tacos... haciendo lo que le da la real gana.

-Conozco mis derechos -expuso McFeyffe taimadamente-. Sé lo que hay en la cima. Mire a su alrededor y aprenda. Fíjese en lo que ocurre.

Clavado en la pared del bar, junto al espejo, había una frase: «¿QUÉ DIRÍA EL PROFETA SI TE ENCONTRASE EN UN LUGAR COMO ÉSTE?»

-Sé lo que diría -informó McFeyffe a Hamilton-. Diría: «*Servidme una copa a mí también, muchachos».*

-Es un compañero normal. No como esos intelectuales calvos que dan lecciones.

Hamilton aguardó esperanzado, pero no se produjo ninguna lluvia de serpientes sobre McFeyffe. Con aire confiado, complacido, éste tomó otro trago de cerveza.

-Al parecer, no estoy dentro -declaró Hamilton-. Si hubiese dicho una cosa así, habría caído fulminado.

-*Procure* entrar. Decídase.

-¿Cómo? -quiso saber Hamilton.

Le abrumaba el peso de la sensación de falta de equidad, de la injusticia básica de todo aquello. El mundo que para McFeyffe resultaba de una lógica perfecta a él le parecía la parodia de un universo regido con imparcialidad. Ante sus ojos, apenas se mostraba el centelleo intermitente de luces fugaces, que atravesaban la neblina y la confusión que le envolvía desde el accidente, pero que no llegaban a iluminar del todo el conjunto del diseño. Los valores que habían constituido su mundo, los axiomas morales que subrayan la existencia, conforme a sus recuerdos, eran algo desaparecido ya; en su lugar, reemplazándolos, había el sentimiento de una tosca venganza tribal, que se alzaba en contra de todo posible intruso, un sistema arcaico, procedente de... *¿de dónde?*

Con movimientos poco firmes, hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la nota que le había entregado el doctor Tillingford. Allí estaba el nombre, el profeta. El centro era el *Sepulcro del Segundo Nabí*, la alfaguara de aquel culto nada occidental que, vaya usted a saber cómo, se introdujo y absorbió el mundo en el que se había desarrollado la vida de Hamilton. ¿Siempre hubo un Horace Clamp? Una semana, unos cuantos días antes, en Cheyenne, Wyoming, no existía ningún *Segundo Nabí*, ningún profeta del único Dios verdadero. ¿O sí...?

A su lado, McFeyffe se inclinó para escudriñar lo escrito en el trazo de papel. En su cara se veía una expresión oscura; brillaba por su ausencia el jactancioso humor de que hizo gala hasta entonces; su talante había cambiado, se le notaba lúgubre, duro y opresivo.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Me han aconsejado que vaya a ver a este hombre -respondió Hamilton.

-No -repuso McFeyffe. De forma inopinada, adelantó la mano y cogió la nota. Hablaba con voz temblona-. Tiene que desembarazarse de eso. No haga caso a quien le dio tal consejo.

Reaccionando, Hamilton recuperó la nota. McFeyffe le puso la mano en el hombro; sus gruesos dedos se clavaron en la carne del ingeniero. Se tambaleó el taburete en el que Hamilton estaba sentado y, al instante, el muchacho se vino al suelo. La maciza humanidad de McFeyffe descendió sobre él y, acto seguido, ambos empezaron a forcejear por el piso, sudando y jadeando, tratando de entrar en posesión de la nota y conservarla.

-Las trifulcas están prohibidas en este bar -dijo el camarero, y salió cojeando de detrás del mostrador, dispuesto a poner fin a la pelea-. Si quieren despedazarse mutuamente, salgan a la calle a hacerlo.

Mientras mascullaba algo entre dientes, conminó a Hamilton, al tiempo que se alisaba la ropa. Su rostro continuaba tenso y rígido, y contraído por alguna inquietud yacente en el fondo de su espíritu.

-¿Qué es lo que pasa? -inquirió Hamilton.

Volvió a sentarse. Localizó su jarra de cerveza y se dispuso a levantarla. Algo ocurría en el embrutecido cerebro de McFeyffe, pero ignoraba qué podía ser.

En aquel preciso instante, la rubia que se ganaba la vida incitando a los clientes a beber y a invitarla, se acercó a ellos. Iba acompañada de una figura lastimera y enjuta.

Bill Laws, con un vaso de aperitivo en la mano, se inclinó lúgubremente ante Hamilton y McFeyffe.

-Buenas tardes -saludó-. Tengamos la fiesta en paz. Déjense de riñas. Por aquí, todos somos amigos.

Sin apartar la vista de la superficie del mostrador, McFeyffe repuso:

-Sopesando bien todas las cosas, es lo mejor que podemos hacer: ser amigos.

No dio más detalles.

VI

-Este individuo asegura que le conoce -explicó la rubia menudita a Hamilton.

-Es cierto -contestó el ingeniero-. Arrastre un taburete y siéntese. -Miró a Laws cara a cara-. ¿Ha examinado la situación en las últimas veinticuatro horas con el auxilio de la física avanzada?

-Al diablo con la física -replicó Laws, frunciendo el ceño-. Ya he superado eso. Lo dejé muy atrás.

-Vaya a construir un depósito -dijo Hamilton-. No lea tantos libros. Salga a tomar el aire.

Laws apoyó su mano delgada en el hombro de la rubia.

-Gracia, eso es lo que encontré. Un depósito lleno. Rebosante.

-Me alegro de ese encuentro -manifestó Hamilton.

La joven sonrió, no muy segura del fondo de aquel diálogo.

-No me llamo Gracia. Mi nombre es...

Apartándola a un lado, Laws se inclinó hacia Hamilton.

-De lo que yo me alegro es de que haya sacado usted a relucir la palabra «depósito».

-¿Por qué?

-Porque -le informó Laws- en este mundo no existe tal cosa.

-Venga conmigo. -Laws agarró la corbata de Hamilton y tiró de él para apartarle del mostrador-. Voy a enseñarle algo. El mayor descubrimiento efectuado desde la capitación.

Abriéndose paso por entre los clientes, Laws condujo a Hamilton hasta la máquina de servicio automático de cigarrillos que había en un rincón de la sala. A la vez que daba una palmadita al aparato, Laws declaró en tono de triunfo:

-Bien, ¿qué opina de esto?

Hamilton examinó la máquina con cierto recelo. Su aspecto era como el de todas: una alta caja metálica, con espejo de cristal teñido de azul, ranura para introducir las monedas, situada en la parte superior, hileras de casillas encristaladas, tras cuyos vidrios estaban las distintas marcas de cigarrillos, la fila de palancas y la abertura por donde salía el paquete.

-Me parece una máquina corriente -comentó.

-¿No nota nada raro?

-No, nada de particular.

Laws lanzó una mirada en derredor para cerciorarse de que nadie les escuchaba. Luego tiró de Hamilton, aproximándose más a él.

-Estuve observando el modo en que funciona este aparato -susurró en tono algo áspero-. Y he descubierto una cosa. Procure comprender el significado de lo que voy a decirle. Contrólese y no dé muestras de asombro. *¡En esta máquina no hay cigarrillos!*

Hamilton trató de asimilar la noticia.

-¿Ni uno solo?

Laws se puso en cuclillas e indicó la hilera de paquetes visibles a través del cristal de los departamentos.

-Esos son los únicos que hay. No existe depósito de reserva. Pero mire... Metió una moneda de veinticinco centavos en la ranura, accionó la palanca correspondiente a la marca *Camel* y cogió el paquete de cigarrillos que apareció en el receptáculo inferior-. ¿Lo ve?

-No sé a dónde quiere ir a parar.

-Ocurre lo mismo con la máquina de chocolatinas. -Laws le llevó hasta ella-. Los bombones salen, pero en el interior no hay nada. Únicamente los paquetes de muestra. ¿Se da cuenta? ¿Lo comprende?

-No.

-¿Nunca leyó nada acerca de milagros? En el desierto se pudo lograr agua y comida; esa fue la primera manifestación milagrosa.

-¡Ah! -exclamó Hamilton-. Exacto.

-Esas máquinas funcionan sobre la base del principio original. Distribución por milagro. -Laws se sacó un destornillador del bolsillo: se arrodilló y empezó a desmontar la máquina expendedora de chocolatinas-. Se lo aseguro, Jack, se trata del mayor descubrimiento conocido por el hombre. Esto revolucionará la industria moderna. Todo el concepto de la producción de máquinas y herramientas, toda la técnica fundamentada en el montaje en cadena... -Laws hizo un significativo movimiento con la mano-. Fuera. Abajo. Se terminó la manipulación de engorrosas materias primas. Se

acabó el empleo de fuerzas laborales deprimidas. Ya no habrá más fábricas ruidosas y sucias. En esta caja metálica se guarda un importante y enorme secreto.

-Eh -articuló Hamilton, interesado-. Tal vez ha tropezado con algo bueno.

-Este cacharro puede resultar muy útil. -Febrilmente, Laws se aplicó a la tarea de quitar la plancha posterior de la máquina-. Écheme una mano, hombre. Ayúdeme a sacar este pasador.

El pestillo salió. Entre ambos hombres levantaron el tabique metálico posterior y lo dejaron apoyado contra la pared. Como Laws había vaticinado, las columnas verticales que constituían los depósitos de la máquina estaban completamente vacíos.

-Saque una moneda -aleccionó Laws.

Con destreza extraordinaria fue desarmando el mecanismo interior hasta dejar visible, por detrás, los bombones y dulces de muestra. A la derecha estaba el conducto que llevaba la mercancía afuera, sobre el cual se montaba una compleja serie de departamentos, palancas y ruedas. Laws comenzó a rastrear el circuito, tratando de determinar su punto de origen.

-Parece que la chocolatina parte de aquí -sugirió Hamilton. Se inclinó por encima del hombro de Laws y tocó un estante liso-. La moneda empuja a una varilla e inclina ese émbolo, el cual impele a la chocolatina hacia el tubo que enlaza con el departamento exterior. La fuerza de gravedad se encarga del resto.

-Introduzca la moneda -apremió Laws-. Quiero ver de dónde *sale* esa maldicha chocolatina.

Hamilton puso la moneda en la ranura y activó un émbolo cualquiera. Se movieron las palancas y giraron las ruedas. Del centro de aquel complicado mecanismo brotó una chocolatina en forma de bastón. La chocolatina descendió por el conducto y fue a descansar en la casilla de salida.

-Surgió de la nada -dijo Laws, aterrado.

-Pero en una zona específica. Apareció en tangente respecto a la que está de modelo. Lo cual indica la existencia de alguna especie de proceso de fisión binaria. La chocolatina de muestra se convierte en dos barras completas.

-Eche otra moneda. Insisto, Jack, esto es *algo* enorme.

De nuevo se materializó una chocolatina, que fue expelida por el eficiente aparato. Ambos hombres contemplaron aquello con la boca abierta.

-Lo que se dice una señora máquina -reconoció Laws-. Un magnifico trabajo de diseño y construcción. Un empleo formidable del *Principio del Milagro*.

-Pero utilizado a pequeña escala -señaló Hamilton-. Para dulces, bebidas y cigarrillos. Nada importante.

-Ahí es a donde vamos. -Con cuidado, Laws puso una pequeña lámina de hojalata en un departamento vacío, junto a un galón dorado de muestra. La lámina de hojalata no encontró resistencia-. No hay nada, claro. Si quito el modelo y coloco en su lugar alguna otra cosa...

Hamilton quitó el galón dorado y puso un tapón corona en la casilla. Cuando se activó la palanquita, otro tapón corona se deslizó por el tubo conductor hacia la salita.

-Eso lo demuestra -manifestó Laws-. El aparato duplica cualquier cosa que se sitúe en tangente al modelo. Podríamos duplicarlo todo. -Sacó algunas monedas de plata-. Al negocio.

Librodot

-¿Qué tal estaría definirlo con la palabra de un viejo principio electrónico? -propuso Hamilton-. *Regeneración.* Con una parte de lo que se produce, se va alimentando el molde del modelo original. De forma que la provisión continúa fabricándose..., multiplicándose... Cuanto más se produce y vuelve al punto de partida, donde se duplica...

-Lo mejor sería probar con un líquido -reflexionó Laws-. ¿Dónde podríamos conseguir un tubo de cristal para devolver el líquido al sitio en que se efectúa la renovación duplicada?

Hamilton arrancó de la pared un tubo de neón, mientras Laws se llegaba al mostrador y pedía de beber. Cuando Hamilton estaba instalando el tubo, reapareció Laws con un copita llena de líquido ambarino.

-Coñac -explicó-. Auténtico coñac francés... del mejor que tienen en este establecimiento.

Hamilton puso la copa en la plataforma de muestra, donde había estado el galón. El tubo, previamente vaciado de su gas neón, partía de la zona de duplicación y se dividía. Una de sus bocas regresaba a la copa de origen; el otro ramal iba a la salida.

-La proporción es de cuatro a uno -comentó Hamilton-. Cuatro partes por la abertura en forma de producto. Una servirá para alimentar la fuente de origen. Teóricamente, la producción se irá acelerando de modo continuo. Con un volumen infinito como límite.

Con hábil movimiento, Laws accionó la palanca que ponía en funciones el mecanismo. Al cabo de una breve pausa, el coñac empezó a gotear por la abertura de salida y a caer en el suelo, delante de la máquina. Laws se puso en pie y cogió la plancha posterior del aparato; los dos hombres volvieron a colocar el pasador en su sitio y la máquina quedó cerrada. Queda, constantemente, el expendedor de dulces y chocolatinas fue expulsando una creciente cantidad de licor de primera clase.

-Eso es -dijo Hamilton complacido-. Bebida gratis para todos... Hagan cola, señores.

Unos cuantos clientes se acercaron, interesados. En cuestión de minutos, una verdadera multitud se apiñaba allí.

-Hemos utilizado el mecanismo -silabeó Laws despacio, mientras Hamilton y él observaban la cada vez más larga fila de hombres que se había formado delante del poco antes expendedor automático de golosinas-. Pero no hemos descubierto el principio fundamental. Sabemos qué hace y, mecánicamente cómo lo hace. Pero ignoramos el *porqué.*

-Tal vez -conjeturó Hamilton- no hay ningún principio que descubrir. ¿No es ése el significado del término «milagro»? No interviene Ley alguna... sólo se trata de un acontecimiento caprichoso, sin causa ni regularidad. Simplemente sucede. Una afirmación de regularidad. No puede hablarse de casualidades... Viene a ser como decir que a *A* le sumamos *B*, el resultado es *C*, y no *D*.

»¿Siempre será *C* ese resultado? -preguntó Hamilton.

-Quizá sí y quizá no. Hasta ahora, siempre ha sido *C*; salieron chocolatinas. Y en este momento, sale coñac, no insecticida. Tenemos nuestra regularidad, nuestro patrón. Todo lo que hemos hecho es descubrir los elementos que se necesitan para establecer ese patrón.

Acaloradamente, Hamilton dijo:

-Si averiguamos lo que ha de estar presente para ocasionar la duplicación

del modelo...

-Exacto. *Algo* pone en funciones el proceso. No nos importa cómo... lo que nos hace falta es saber qué. No es necesario que sepamos cómo es que el sulfuro, el nitrato de potasio y el carbón vegetal producen pólvora, ni siquiera es imprescindible saber por qué. Pero sí debemos saber que, cuando todos esos ingredientes se mezclan, se reúnen en determinada proporción, *constituyen* la pólvora.

Hamilton y Laws regresaron hacia el mostrador, dejando a la multitud de clientes entregada a su degustación de coñac gratuito.

-Eso significa que este mundo posee Leyes -decidió Hamilton-. Como el nuestro. Bueno, Leyes como las del nuestro, no. Pero Leyes, a fin de cuentas.

Una sombra de preocupación pasó por el semblante de Bill Laws.

-Así es. -De súbito, todo su entusiasmo se desvaneció-. Lo había olvidado.

-¿Qué hay de malo?

-Eso no resulta en nuestro mundo. Sólo funcionará aquí.

-Ah -dijo Hamilton, aliviado-. Cierto.

-Estamos perdiendo el tiempo.

-So pena de que no queramos volver.

Ya ante el mostrador, Laws se sentó en un taburete y recuperó su vaso de aperitivo. Encorvado, meditabundo, murmuró:

-Tal vez sea eso lo que debamos hacer. Quedarnos aquí.

-Desde luego -intervino McFeyffe, que le había oído-. Quédense aquí. Sean listos... abandonen a tiempo.

Laws dirigió a Hamilton una fugaz mirada.

-¿Usted quiere seguir en este mundo? ¿Le gusta esto?

-No -respondió Hamilton.

-A mí tampoco. Pero acaso no tengamos donde elegir. Ni siquiera sabemos aún dónde estamos. Y en cuanto a la manera de marchar...

-Este es un lugar estupendo -terció la rubia en tono indignado-. Me paso aquí la vida y opino que es magnífico.

-No nos referíamos al bar -dijo Hamilton.

Laws apretó su vaso con fuerza.

-Tenemos que descubrir la forma de regresar -manifestó-. No sé cómo, pero hay que dar con la salida.

-Me hago cargo de eso -repuso Hamilton.

-¿Sabe qué puede uno comprar en el supermercado? -inquirió Laws con voz avinagrada-. Se lo diré. Latas de ofrendas cocidas.

-¿Sabe lo que uno puede comprar en la ferretería? -preguntó Hamilton a su vez-. Balanzas en las que pesar su alma.

-Eso es una estupidez -declaró la rubia, petulante-. El alma no pesa.

-En ese caso -articuló Hamilton reflexivamente-, uno puede mandarlas por correo sin franquearlas.

-¿Cuántas podrían meterse en un sobre y remitirlas con un sello corriente? -conjeturó Laws, irónico-. Nueva cuestión religiosa. La humanidad dividida en dos bandos. La sangre llegando al río.

-Diez -aventuró Hamilton.

-Catorce -le contradijo Laws.

-Hereje. Monstruo infanticida.

-Bestial bebedor de sangre impura.

-Maldito retoño de demonio devorador de basura.

Laws meditó durante unos segundos.

-¿Sabe lo que podrá ver en la pantalla de su televisor los domingos por la mañana? No voy a decírselo; averígüelo personalmente.

Conservando con cuidado el vaso vacío, Laws se bajó bruscamente del taburete y desapareció entre la numerosa clientela.

-¡Eh! -exclamó Hamilton, pillado por sorpresa-. ¿Adónde va?

-Está loco -dijo la rubia, como quien habla del tiempo.

La figura de Bill Laws reapareció momentáneamente al cabo de unos minutos. Gritó, dirigiéndose a Hamilton por encima del rumor de voces y carcajadas que emitían los numerosos clientes:

-¿Sabe una cosa, Jack?

-¿Qué? -preguntó Hamilton, intranquilo.

El semblante del negro se contorsionó en un espasmo de pura angustia desesperada.

-En este mundo... -La amargura enturbió sus ojos-. En este maldito mundo, he empezado a perder.

Se marchó, dejando a Hamilton meditabundo.

-¿Qué quiso decir? -inquirió la rubia curiosa-. ¿Acaso juega a las cartas?

-Se pierde *él* -murmuró Hamilton pensativamente.

-A casi todos les ocurre lo mismo -comentó McFeyffe.

La muchacha ocupó el taburete que Laws había dejado vacante e inició una maniobra sistemática para engatusar a Hamilton.

-Anda, chico, invítame a un trago -pidió, esperanzada.

-No puedo.

-¿Por qué no? ¿Eres menor de edad?

Hamilton se volvió los bolsillos al revés.

-No tengo una perra. Gasté todo el dinero que llevaba en la máquina automática de golosinas.

-Rece -aconsejó McFeyffe-. Rece con toda su alma.

-Dios santo -dijo Hamilton con pesar-. Concede a tu miserable especialista en electrónica un vaso de agua teñida para que convide con ella a una desflorada joven prostituta. -Concluyó sumisamente-: Amén.

El vaso de agua de color de whisky surgió sobre la superficie del mostrador, junto a su brazo. La muchacha lo aceptó, sonriente.

-Eres un encanto. ¿Cómo te llamas?

-Jack.

-Dime tu nombre *completo*.

Hamilton suspiró.

-Jack Hamilton.

-El mío es Silky. -La rubia jugueteó con su collar-. ¿Es tuyo ese *Ford* cupé aparcado ahí fuera?

-Sí -respondió Hamilton torpemente.

-Vayámonos a algún otro lugar. Empiezo a aborrecer esta cantina. Yo...

-¿Por qué? -soltó Hamilton como un trallazo, inopinada y sonoramente-. ¿Porqué rayos tuvo Dios que atender mi oración? ¿Por qué no le ocurrió esto a cualquier otro? ¿Por qué no a Bill Laws?

-Dios aprobó tu plegaria -dijo Silky-. Al fin y al cabo, es cosa de Él; sólo a Él le corresponde decidir en esas cosas.

-Es terrible.

Silky se encogió de hombros.

-Tal vez.

-¿Cómo puede uno vivir en este ambiente? Uno nunca sabe lo que va a suceder... no hay orden ni lógica en los acontecimientos. -Le enfureció el hecho de que la joven no pusiera objeciones, de que considerase todo aquello como la cosa más natural del Universo-. Estamos desamparados, dependemos del capricho de lo imprevisible. Esto nos impide ser personas... somos como animales que esperan que les den la comida. Que se les recompense o se les castigue.

Silky se le quedó mirando.

-Eres un chico muy extraño.

-Tengo treinta y dos años, no soy ningún adolescente. Y estoy casado.

Cariñosamente, la muchacha le tiró del brazo, medio quitándole de encima del taburete.

-Vamos, chico. Practiquemos el culto en privado. Conozco unos cuantos ritos que acaso te guste ensayar.

-¿Tengo que descender al Averno para eso?

-Si alternas con las personas adecuadas, no hace falta.

-Mi nuevo jefe posee un sistema intercomunicador que le pone en contacto con la *Gloria*. ¿Sirve?

Silky continuó apremiándole para que abandonase el taburete.

-Hablaremos luego de ello. Vámonos antes de que ese simio holandés se dé cuenta.

McFeyffe alzó la cabeza y dirigió la vista hacía Hamilton. Manifestó, con voz tensa y vacilante:

-¿Se... se va?

-Pues, claro -articuló Hamilton, mientras se bajaba del precario asiento.

-Aguarde -le imitó McFeyffe-. No se marche así.

-Preocúpese exclusivamente de su alma -recomendó Hamilton. Pero captó en el rostro de McFeyffe un elemento de incertidumbre total-. ¿Qué ocurre? -preguntó, sin asomo de enfado.

-Quiero enseñarle algo -repuso McFeyffe.

-Enseñarme ¿qué?

McFeyffe se adelantó a Hamilton y Silky y cogió un inmenso paraguas negro. Volvió la cabeza y esperó a la pareja. Hamilton echó a andar y la rubia hizo lo propio. Tras empujar la puerta, McFeyffe abrió el paraguas, que parecía una tienda de campaña, y lo levantó por encima de sus cabezas, protegiéndoles. La ligera llovizna anterior se había transformado en diluvio; la gélida lluvia de otoño se abatía sobre las brillantes aceras y sobre las silenciosas calles y tiendas.

Silky se estremeció.

-Es deprimente. ¿Adónde vamos?

Al tiempo que trataba de localizar el cupé de Hamilton, escudriñando la penumbra, McFeyffe murmuraba para si un monótono:

-Todavía debe de existir.

-¿Por qué supone que Laws anda a tientas, sintiéndose extraviado? -preguntó Hamilton morbosamente, mientras el automóvil avanzaba a toda velocidad por la húmeda carretera sin fin-. Nunca le había sucedido nada semejante.

En el asiento del conductor, McFeyffe guiaba el coche con aire reflexivo,

encorvado el cuerpo, tan derrumbado que casi parecía dormido. Se irguió antes de murmurar:

-Como dije, a casi todos les pasa.

-Eso significa algo -insistió Hamilton. El «suiss, suiss» repetido del limpiaparabrisas le producía modorra; se reclinó en Silky y cerró los párpados. La muchacha despedía un tenue perfume a colonia y tabaco rubio. Un aroma agradable... Hamilton disfrutó de él. Contra su mejilla, el pelo de Silky producía un roce leve, seco, algo áspero. Como ciertas esporas de hierba.

-¿Se ha enterado a fondo de esa doctrina del *Segundo Nabí*? -manifestó McFeyffe-. Vaya sarta de tonterías hinchadas y grandilocuentes. Un culto estúpido, propagado por una pandilla de mentecatos. Parece que todo empezó con una partida de árabes, que se presentaron aquí dispuestos a divulgar sus ideas. ¿No es cierto?

Ni Hamilton ni Silky respondieron.

-No durará mucho -dijo McFeyffe.

-Quiero saber a dónde vamos -terció Silky, de mal talante. Se apretó contra Hamilton con más fuerza-. ¿De veras estás casado?

Sin hacerle caso, Hamilton se dirigió a McFeyffe:

-Sé qué es lo que teme.

-No temo nada -replicó McFeyffe.

-Ya lo creo que sí -insistió Hamilton.

Tampoco él, aun en contra de sí mismo, estaba muy tranquilo.

Por delante del automóvil, la ciudad de San Francisco fue aumentando de tamaño al acercarse a ellos. Por último, se encontraron flanqueados por edificios y rodando por calles en las que no se percibía señal ninguna de vida, de movimiento, de ruido o de luz. McFeyffe daba la impresión de saber perfectamente a dónde quería ir. Torció una y otra vez, hasta que el coche estuvo avanzando por callejuelas estrechas de arrabal. De súbito, aminoró la marcha. Se irguió cuanto pudo y oteó a través del cristal del parabrisas. La aprensión puso rigidez en sus facciones.

-Esto es espantoso -se quejó Silky-. ¿Qué se nos ha perdido en esta barriada miserable? No lo entiendo.

Hundió la cabeza en la chaqueta de Hamilton.

McFeyffe detuvo el vehículo, abrió la portezuela, se apeó y dio unos pasos por la desierta calle. Hamilton le siguió y ambos hombres se quedaron inmóviles, uno junto a otro. Silky prefirió quedarse en el automóvil, dedicada a escuchar la música insípida que brotaba del aparato de radio. El apagado sonido se esparcía por la oscuridad, mezclándose con la niebla, cuyos jirones vagaban entre los cerrados comercios y las destartaladas y toscas construcciones.

-¿Es eso? -preguntó Hamilton, por último.

-Sí -McFeyffe asintió con la cabeza. En aquel momento, frente a la realidad, no manifestaba ninguna emoción.

Los dos hombres se encontraban ante una tienda desvencijada y ruinosa, una decrépita estructura de tablas, cuyo color amarillo se lo había llevado el tiempo, dejando al descubierto la madera empapada por la lluvia.

A la entrada se amontonaba la basura y los periódicos. La escasa claridad de un farol callejero permitió a Hamilton distinguir varios carteles pegados a los cristales de las ventanas. Folletos, amarillentos y manchados por las

moscas, se apilaban desordenadamente. Un poco más allá, se veía una cortina sucia y raída, tras la cual podían vislumbrarse hileras de sillas metálicas. Después de las feas sillas, el interior del local permanecía sumido en tinieblas. Encima de la entrada de la tienda había un letrero escrito a mano, viejo y andrajoso. Decía:

Iglesia Independiente del Nabismo
Bienvenido todo el mundo

Tras un gruñido furioso, McFeyffe reaccionó y cruzó la acera.

-Es mejor que lo deje -aconsejó Hamilton, al tiempo que se disponía a seguirle.

-No -McFeyffe sacudió la cabeza-. Voy a entrar.

Levantó el negro paraguas y se llegó al breve vestíbulo del local. De inmediato, empezó a martillar la puerta interior con el mango del paraguas. El ruido de sus golpes metódicos se repitió en ecos que recorrieron la calle desierta, yendo de un extremo a otro. En algún punto de vaya usted a saber qué callejón, un animal se agitó, sorprendido, entre las latas y botes que sin duda sembraban el suelo.

El hombre que, al cabo de un rato, entreabrió la puerta unos centímetros, tenía una figura encorvada y diminuta. Les escudriñó tímidamente a través de los cristales de unas gafas con montura de acero. Los puños de su camisa estaban sucios y deshilachados; sus ojillos acuosos, de tonalidad cobriza, se movían en las órbitas nerviosa y precavidamente. El individuo temblaba y aunque estuvo unos segundos contemplando a McFeyffe no dio muestras de reconocerle.

-¿Qué desean? -inquirió por fin, con voz apenas audible, pero penetrante a causa del miedo.

-¿No me conoce? -repuso McFeyffe-. ¿Qué ha ocurrido, Padre? ¿Dónde está la iglesia?

El reseco anciano murmuró algo incoherente, hizo un gesto vago con las manos y se dispuso a dar con la puerta en las narices a sus visitantes.

-Váyanse de aquí -conminó-, pareja de borrachos inútiles. Márchense si no quieren que avise a la Policía.

Cuando la hoja de madera estaba a punto de cerrarse del todo, McFeyffe lo impidió metiendo su paraguas por el resquicio.

-Padre -imploró-, esto es terrible. No logro comprenderlo. Le han robado su iglesia. Y usted es... insignificante. No puede ser. -Se le quebró la voz, anonadada por la incredulidad-. Usted solía manifestarse... -Se volvió a Hamilton con expresión de desamparo-. Era un hombre impresionante. Más alto y corpulento que yo.

-Aléjense de aquí -insistió el minúsculo hombrecillo. Su tono era un zumbido de advertencia.

-¿No podemos entrar? -preguntó McFeyffe, sin molestarse en quitar el paraguas del resquicio-. Por favor, permítanos entrar. ¿A qué otro sitio podríamos ir? He venido acompañado de un hereje... quiere convertirse.

El sujeto menudo titubeó. Al tiempo que esbozaba una mueca de angustia, escrutó a Hamilton.

-¿Usted? ¿Qué le pasa? ¿Es que no puede volver mañana? Hace rato que la medianoche quedó atrás; había empezado mi segundo sueño...

Librodot

Se decidió a franquearles la entrada, abrió la puerta y se apartó a un lado de mala gana.

-¿Vio el templo *antes*? Una gran obra de piedra, tan grande como... -Hizo un ademán desesperanzado-. El mayor de todos -McFeyffe puso cara de abatimiento al concluir-: Y esto es cuanto queda.

-Le costará diez dólares -informó el hombrecillo. Les había precedido e, inclinándose, sacó una urna de arcilla de debajo del mostrador. Sobre este se veían montones de impresos y folletos. Cayeron varios al suelo, pero el hombre no se percató de ello-. Por adelantado -dijo.

Al tiempo que se rebuscaba en los bolsillos, McFeyffe lanzó una mirada en torno.

-¿Dónde está el órgano? ¿Y los candelabros? ¿Es que ni siquiera tiene candelabros?

-No puedo permitirme esa clase de lujos -respondió el hombrecillo. Retrocedió hacia el fondo de la sala-. Veamos, ¿qué es lo que quiere? ¿Que convierta a este hereje? -Se acercó a Hamilton, le agarró de un brazo y le examinó atentamente-. Soy el Padre O'Farrel. Tendrá que arrodillarse, joven. Y agachar la cabeza.

-¿Siempre ha sido así? -interrogó Hamilton.

Tras una breve pausa, el Padre O'Farrel dijo:

-¿Cómo, qué? ¿A qué se refiere?

Una oleada de lástima pasó por el ánimo de Hamilton.

-Olvídelo.

-Nuestra Organización es muy antigua -declaró el Padre O'Farrel, no sin titubear-. ¿Es eso lo que usted deseaba saber? Se remonta a varios siglos. -Le temblaba la voz-. Estaba fundada incluso antes de que llegase el *Primer Nabí*. No estoy muy seguro acerca de la fecha exacta de su origen. Dicen que... -Se interrumpió-. No poseemos lo que se llama autoridad. El *Primer Nabí*, naturalmente, procede de 1844. Pero con anterioridad a ese año...

-Deseo hablar con Dios -manifestó Hamilton.

-Sí, sí -convino el Padre O'Farrel-. Y yo también, joven. -Palmeó a Hamilton en el brazo; la presión fue tan leve que casi no la notó-. Lo mismo que todo el mundo.

-¿No puede ayudarme? -pidió Hamilton.

-Es muy difícil -repuso el Padre O'Farrel. Desapareció dentro de una oscura trastienda, una especie de caótico almacén. Regresó, jadeando y bamboleándose, cargado con una cesta de mimbre llena de huesos clasificados, fragmentos, trozos de piel seca y cabellos marchitos-. Esto es cuanto hemos podido conseguir -anunció entrecortadamente, mientras dejaba la cesta en el suelo-. Acaso encuentre algo útil. Me alegraría mucho que fuera así.

Al elegir Hamilton cuidadosamente algunas de aquellas piezas, McFeyffe intervino con voz trémula:

-Mírelo. Imitaciones. Bisutería rara.

-Hacemos todo lo que nos es posible -se excusó el Padre O'Farrel, y unió sus manos con fuerza.

-¿Existe algún medio para llegar allá arriba? -preguntó Hamilton.

Por primera vez, el Padre O'Farrel sonrió.

-Tendría que morir, joven.

McFeyffe recogió su paraguas y echó a andar en dirección a la puerta.

-Salgamos de aquí -incitó a Hamilton en tono cansino-. Vámonos ya. Tengo bastante.

-Aguarde -pidió Hamilton.

McFeyffe se detuvo.

-¿Por qué quiere hablar con Dios? ¿Qué conseguirá? No le cuesta nada hacerse una idea acerca de la situación. Mire en torno.

-Él es el único que puede explicarnos lo sucedido.

Al cabo de una pausa, McFeyffe replicó:

-Me tiene sin cuidado lo que sucedió. Me largo.

Actuando con rapidez, Hamilton dispuso un circulo de huesos y dientes, un aro de reliquias.

-Écheme una mano -invitó a McFeyffe-. También está metido en esto.

-Lo que pretende -dijo el Capitán- es un milagro.

-Ya lo sé -confesó Hamilton.

McFeyffe regresó sobre sus pasos.

-No servirá de nada. Es lo que se dice inútil.

Permaneció inmóvil, con el inmenso paraguas negro en la mano. El Padre O'Farrel paseaba inquieto de un lado a otro de la estancia, aturdido y confuso, sin entender lo que estaba pasando.

-Quiero saber cómo se desencadenó este asunto -dijo Hamilton-. Deseo enterarme de lo que es y significa el *Segundo Nabí* y todo este jaleo. Si no lo averiguo...

Alargando el brazo, arrebató a McFeyffe el enorme paraguas negro y, tras respirar hondo, lo levantó. Como si un buitre extendiese las alas, las varillas y la tela del paraguas se abrieron sobre Hamilton; cayeron unas cuantas gotas de humedad.

-¿A qué viene esto? -inquirió McFeyffe, que se adelantó hasta el otro lado del círculo de reliquias para recuperar su paraguas.

-Cuidado -Hamilton apretaba con firmeza el mango del paraguas, mientras se dirigía al Padre O'Farrel-: ¿Es agua lo que hay en ese recipiente?

-S... sí -repuso el hombrecillo, después de echar un vistazo a la urna de barro indicada-. Hay un poco en el fondo.

-Al mismo tiempo que derrame el agua -alecciono Hamilton-, recite esa parte de la ascensión.

-¿Ascensión? -Perplejo, el Padre O'Farrel retrocedió unos pasos-. Yo...

-Et resurrexit. Recuerde.

-¡Ah! -exclamó el Padre O'Farrel-. Sí, eso creo. -Asintió con la cabeza, hundió la diestra en la urna de agua bendita y empezó a rociar el paraguas-. Sinceramente, dudo mucho de que esto dé resultado.

-Recite -ordenó Hamilton.

Con voz insegura, el Padre O'Farrel murmuró:

-...Et resurrexit tertia die secundum scripturas, et ascendit in coelum, sedet ad dexteram Patris, et iterum venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos, cujus regni non ent finis...

Vibró el paraguas en las manos de Hamilton. Poco a poco, de un modo gradual, lento y trabajoso, el paraguas, al que también se había agarrado McFeyffe, empezó a elevarse. McFeyffe emitió un gemido de terror y se aferró con más fuerza a la empuñadura. En cuestión de segundos, la contera del paraguas tropezaba con el bajo techo del local. Hamilton y McFeyffe se columpiaban de manera absurda, agitando los pies entre las polvorientas

sombras de aquellas alturas.

-El tragaluz -jadeó Hamilton-. Ábralo.

Al precipitarse hacia el barrote el Padre O'Farrel pareció un ratoncillo que corriera asustado por allí. Se corrió la claraboya y una corriente de aire nocturno penetró en la estancia. Una vez libre del obstáculo del techo, el paraguas salió disparado hacia arriba y desapareció de la vista de Hamilton el destartalado edificio de tablas. Una fresca neblina se adosó a la piel del ingeniero y de McFeyffe, mientras se remontaban a cada vez mayor altura. Pronto estuvieron al nivel de la cumbre de Twin Peaks. Después se encontraron sobre la gran ciudad de San Francisco, suspendidos del mango del paraguas encima de una extensa bandeja de parpadeantes luces amarillas.

-¿Qué ocurriría si nos soltamos? -gritó McFeyffe.

-¡Rece para que Dios le conceda fuerzas! -contestó Hamilton, quien, con los ojos cerrados, dedicaba todo su vigor físico a mantenerse agarrado a la empuñadura del paraguas.

Éste seguía elevándose y ganando velocidad de un instante para otro. Durante un breve intervalo, Hamilton tuvo suficiente valor para abrir los ojos y mirar hacia arriba.

Por encima de su cabeza se distendía una extensión ilimitada y ominosa de negros nubarrones. ¿Qué había más allá? ¿Acaso Él les aguardaba?

El paraguas continuaba remontándose y remontándose, surcando las tinieblas nocturnas. Era ya demasiado tarde para volver.

VII

A medida que se elevaban, el laberinto de negruras iba empezando a desvanecerse. La capa de nubes les dejó bastante mojados cuando, con un ligero quiebre, el paraguas la atravesó. En vez de la gélida oscuridad de la noche, se vieron ascendiendo por un éter grisáceo, por un vacío infinito, incoloro e informe. La nada.

La Tierra permanecía abajo.

Era la mejor perspectiva que Hamilton había contemplado jamás del planeta. En muchos sentidos, correspondió a sus esperanzas. Tenía forma redonda y su aspecto se asemejaba en todo a un globo. Suspendido en su medio, el globo flotaba sosegadamente: un objeto sombrío, pero impresionante.

Impresionante sobre todo porque era único. Sobresaltado Hamilton comprobó que no aparecía a la vista ningún otro planeta. Entornó los párpados con aprensión, miró en torno y asimiló despacio, de mala gana, lo que sus ojos iban registrando.

La Tierra estaba sola en el firmamento. A su alrededor, giraba una bolita brillante, muchísimo más pequeña, como un mosquito que zumbara y revolotease en torno a una gigantesca e inerte esfera de materia. Hamilton comprendió, con un estremecimiento de desánimo, que aquello era el Sol. Un Sol *diminuto.* Y... ¡se movía!

Si muove. Pero no la Tierra. *Si muove...* ¡el sol!

Por fortuna, la ígnea y brillante bolita de fosforescencia se hallaba en el lado opuesto de la Tierra. Su giro era lento; la revolución completa se

desarrollaba en un período de veinticuatro horas. En el lado más próximo se encontraba un puntito más pequeño todavía, casi imperceptible. Una pelota corroída de materia estéril, que avanzaba por el espacio, trivial y excusable.

La Luna.

No quedaba muy lejos; si el paraguas no variaba su rumbo pasarían tan cerca del satélite que casi podrían tocarlo. Con pupilas incrédulas, Hamilton lo contempló; lo estuvo mirando hasta que volvió a alejarse por aquel espacio gris. Así, pues, ¿estaba la ciencia en un error? ¿Partía de una base equivocada todo el esquema del Universo? ¿Era un yerro descomunal la vasta y preponderante estructura del *Sistema Heliocéntrico de Copérnico*?

Lo que Hamilton tenía ante los ojos era el antiguo y superado *Universo Geocéntrico*, con una Tierra gigantesca e inmóvil como planeta único. Pudo distinguir por último a Marte y Venus, cuerpos celestes tan minúsculos que resultaban inexistentes de manera virtual. Y las estrellas. También eran increíblemente diminutas... un dosel de insignificancia. En un momento, el edificio completo de su cosmología se derrumbaba, convirtiéndose en un montón ridículo de ruinas.

Pero eso sólo era allí. Se trataba del viejo *Universo de Tolomeo*. No tenía nada que ver con su mundo. Un Sol reducidísimo, unas estrellas microscópicas, la colosal burbuja de una Tierra exagerada e hinchada, ocupando el centro geométrico del sistema. Eso era real allí... aquel universo se regía de ese modo.

Sin embargo, todo ello no significaba absolutamente nada en relación con el propio universo de Hamilton... gracias a Dios.

Una vez aceptado eso, no le sorprendió particularmente observar la existencia de una cuña profunda en el fondo del espacio gris, una película rojiza, situada debajo de la Tierra. Daba la impresión de que, en lo más hondo de aquel universo, se estaba llevando a cabo una primitiva operación minera. Fraguas, hornos encendidos y, a lo lejos, una especie de volcán que hervía a fuego lento, remitían ambiguas llamaradas de siniestra tonalidad roja, para darle color a la indescriptible atmósfera.

Era el infierno.

Y por encima de él... Hamilton estiró el cuello. Ahora le resultaba claramente visible. La mansión celestial. Aquel era el otro extremo del sistema telefónico: la estación que habían enlazado con la Tierra, los psicólogos, los expertos en comunicaciones. Aquel era el punto A del gran cable cósmico.

El tono gris que empañaba el espacio extendido sobre el paraguas empezó a desvanecerse. Durante un breve intervalo no hubo nada, ni siquiera el frío aire nocturno que había congelado sus huesos. Aferrado al paraguas, McFeyffe miraba con creciente terror la residencia divina, a la que se iban aproximando. No se veía gran cosa de ella. Se dilataba hacia el infinito una muralla de sustancia densa, una barrera protectora que impedía la visión de la morada.

Vagaban por encima de aquel muro una serie de motitas luminosas. Se trataba de unas partículas que subían y bajaban, avanzaban y retrocedían de modo brusco, como iones cargados. Como si fueran entes vivos.

Probablemente, serían ángeles. Resultaba demasiado pronto para verlos bien.

El paraguas continuaba subiendo y la curiosidad de Hamilton

aumentando. Sin embargo, cosa sorprendente, estaba completamente tranquilo. Dadas las circunstancias, era imposible experimentar emociones; o se dominaba uno del todo o se dejaba abrumar por lo inexplicable de acontecimientos. Un extremo o el otro; no había término medio. Enseguida, dentro de cinco minutos, franquearía la muralla. McFeyffe y él podrían contemplar la *Gloria*.

Pensó: «Un largo trayecto. Un recorrido prolongadísimo, que tuvo su punto de partida cuando ambos se enfrentaban en el pasillo del edificio del Bevatrón y discutían acerca de una nimiedad...».

De manera gradual, casi imperceptiblemente, fue disminuyendo el impulso ascensional del paraguas. Llegó un momento en que casi no se remontaba ya. Era el límite. No podía pasarse de allí. Ociosamente, Hamilton se preguntó qué sucedería a continuación. ¿Iba a empezar a descender el paraguas del mismo modo sosegado con que había subido? ¿O caería de súbito, depositándoles en medio de la *Gloria*?

Algo comenzó a aparecer ante su vista. Se encontraban en paralelo al muro de materia protectora. Una idea vana cruzó por el cerebro de Hamilton: aquella materia no estaba allí para impedir que los que surcasen el espacio por las proximidades echaran un vistazo al interior del recinto, sino para evitar que los habitantes de éste volvieran a desplomarse sobre el mundo del que, siglos antes, habían llegado.

-Casi... -jadeó McFeyffe-. Casi alcanzamos ya el final del viaje.

-Sí -dijo Hamilton.

-Esto... no... deja... de... surtir... su... efecto... sobre... la... mirada... de... uno...

-Desde luego -confesó Hamilton.

Faltaba muy poco para que pudiese distinguir lo que hubiese al otro lado de la muralla. Un segundo más... medio segundo... Empezó a vislumbrar la vaga perspectiva de un paisaje. Una visión confusa: una continuidad redonda, un paraje ambiguamente húmedo. ¿Un estanque, un océano? Un lago inmenso; aguas en remolino. Montañas alzadas en el otro borde; una serranía boscosa, cubierta de maleza.

De golpe, el lago cósmico desapareció. Lo había ocultado una cortina. Pero esa cortina, tras un corto intervalo, volvió a levantarse. Y el lago quedó visible de nuevo: una superficie infinita de sustancia húmeda.

Era el mayor lago que Hamilton había contemplado en toda su vida. Lo bastante grande como para que pudiera sumergirse en él todo un mundo. Aunque viviese mil años más, no vería un lago tan enorme como aquel. Se dijo que le gustaría saber cuál era su capacidad más densa, más opaca. Una especie de lago dentro de otro lago. ¿Sería toda la *Gloria* lo mismo que aquel lago colosal? A juzgar por lo que le era posible ver, allí no había nada más que el lago en cuestión. Pero no era un lago. Se trataba de un *ojo*. Y les estaba mirando, ¡a él y a McFeyffe!

No necesitó que le dijesen a *Quién* pertenecía aquel ojo.

McFeyffe emitió un chillido. Su rostro se tornó negro y el aire que pasaba por su garganta produjo roncos rumores. Una oleada de pánico cerval se abatió sobre él. Durante unos segundos se agitó a la desesperada, tratando de separar sus dedos de la empuñadura del paraguas, esforzándose inútilmente para alejarse de aquella visión. Intentó de modo frenético e infructuoso poner espacio de por medio, entre su persona y el ojo.

La pupila se proyectaba sobre el paraguas. Al cabo de un instante, el paraguas estalló en llamas, con un áspero «*pop*». Los trozos incendiados de tela, el mango, las varillas y los dos hombres estremecidos cayeron a plomo, igual que piedras.

No descendieron con la suavidad con que habían subido. Se precipitaron hacia abajo con rapidez meteórica. Ninguno de ellos tenía plena conciencia de lo que estaba pasando. En una ocasión, Hamilton se percató vagamente de que el mundo no se encontraba demasiado abajo. Luego recibió un impacto entontecedor; fue despedido otra vez hacia las alturas y su cuerpo se elevó en el aire casi hasta el mismo nivel anterior. Como consecuencia de aquel enorme rebote, estuvo a punto de llegar de nuevo a la *Gloria*.

Pero le faltó el casi. Y volvió a bajar. Y sufrió otro golpe contra el suelo... Al cabo de una serie demoledora de botes y rebotes indescriptibles, quedó por fin tendido, inerte y sin aliento, agarrado a la superficie de la tierra. Aferrado desesperadamente a un manojo de hierbas agostadas, que crecía en un terreno de arcilla roja y árida. Precavido, penosamente, abrió los ojos y miró en derredor.

Permanecía estirado en una alargada llanura. Era una zona reseca y calurosa. Calurosa sin duda a las doce del mediodía, pero estaba amaneciendo y Hamilton sintió frío. A lo lejos, se alzaban diversos edificios de aspecto no muy boyante. El cuerpo de Charley McFeyffe yacía inanimado a escasos metros.

Cheyenne, Wyoming.

-Supongo -consiguió articular Hamilton, después de un largo intervalo- que es aquí a donde primero tuve que dirigirme.

No hubo respuesta por parte de McFeyffe. Estaba totalmente sin sentido. Lo único que se oía en aquel descampado era el discordante piar de unos cuantos pájaros posados en las sarmentosas ramas de un árbol existente a varios centenares de metros del punto donde Hamilton y McFeyffe habían aterrizado.

Hamilton, dolorido, se puso en pie trabajosamente y se acercó a su compañero, al que se dispuso a examinar. McFeyffe vivía y, al parecer, no estaba herido, aunque respiraba de modo áspero y entrecortado. Un hilillo de saliva había salido de su boca entreabierta, para descender por la barbilla. Aún decoraba su semblante una expresión de pánico y perplejidad, de abrumador espanto.

El espanto, ¿por qué? ¿Acaso no se alegraba McFeyffe de ver a Dios?

Más hechos peculiares que registrar. Más datos extravagantes en aquel mundo excéntrico. Hete aquí que se encontraba en el *Centro Espiritual del Universo Nabita*: Cheyenne, Wyoming. Dios había corregido su rumbo errante, indicándole aquella dirección. McFeyffe le había inducido a marchar por el camino erróneo, pero Hamilton volvió sobre sus pasos y se hallaba de nuevo en la buena senda. Tillingford dijo la verdad: la providencia pretendía que acudiese ante el profeta Horace Clamp.

Con mirada curiosa, examinó el contorno yerto y grisáceo de la cercana ciudad. En el centro del casco urbano, entre los demás edificios indescriptibles, sobresalía la aguja de un campanario colosal. Aquella torre rutilaba extraordinariamente al recibir los primeros rayos del recién salido sol. ¿Un monumento? ¿Un rascacielos?

Librodot

En absoluto. Aquel era el templo de la *Única Fe Verdadera*. De lejos, a varios kilómetros de distancia, estaba contemplando el *Sepulcro del Segundo Nabí*. El poderío nabita, tal como lo había experimentado hasta entonces, parecería una futesa en comparación con lo que le quedaba por ver.

-Arriba -instó a McFeyffe, al notar que empezaba a removerse.

-No seré yo quien se levante -repuso McFeyffe-. Siga adelante usted solo. Yo pienso quedarme aquí.

Apoyó la cabeza en un brazo y cerró los ojos.

-Esperaré.

Y mientras aguardaba, Hamilton dio un repaso a la situación. Allí estaba, plantado en mitad de Wyoming, aguantando el fresco de una mañana de otoño y con treinta centavos en el bolsillo por todo capital. ¿Pero qué le había dicho Tillingford? Se estremeció. No obstante, merecía la pena probar. Además, tampoco se le brindaba mucho donde elegir.

-Señor... -comenzó, al tiempo que adoptaba su postura de costumbre en tales casos: una rodilla en el suelo, juntas las manos y los ojos levantados devotamente hacia el éter-. Recompensa a tu humilde siervo conforme a la tarifa de remuneración correspondiente a los operarios electrónicos de la categoría Cuatro-A. Creo que Tillingford citó la suma de cuatrocientos dólares.

Durante un rato, nada sucedió. Soplaba el frío viento sobre la llanura de arcilla roja, azotando el suelo, arrancando rumores ásperos a las resecas hierbas y provocando sonidos metálicos al empujar los oxidados botes vacíos de cerveza. Luego, por fin, el aire se agitó sobre la cabeza de Hamilton.

-Cúbrase la cabeza -advirtió Hamilton a McFeyffe.

Cayó una rociada de monedas, un centelleante remolino de piezas de diez centavos, de veinticinco y de medio dólar. Con estrépito semejante al del carbón de piedra que desciende por el conducto metálico, las monedas tintinearon ensordecedoramente, cegándole y todo. En cuanto amainó aquel diluvio, Hamilton empezó a recogerlas. Una vez que las tuvo todas y se le pasó la excitación primitiva, se abatió sobre su ánimo una oleada de amargo descorazonamiento. Allí no había cuatrocientos dólares; lo que acababa de conseguir era un montón de calderilla, la colecta de un mendigo.

Aunque tal vez fuera eso lo que merecía.

Cuando hizo el recuento, resultó que la suma alcanzaba cuarenta dólares con setenta y cinco centavos. Claro que de algo le serviría; al menos, comida no iba a faltarle, de momento. Y cuando se terminara...

-No olvide que me debe diez dólares -murmuró McFeyffe con voz débil, mientras se ponía en pie trabajosamente.

Las condiciones físicas en que se encontraba McFeyffe no eran precisamente buenas. En su rostro habían aparecido numerosas manchas, la piel estaba macilenta y presentaba un aspecto enfermizo por demás. Alrededor del cuello le colgaban pliegues de carne fláccida. Nerviosamente, sus dedos pellizcaron la mejilla. La transformación fue asombrosa: McFeyffe había quedado moralmente deshecho al ver a *Dios*. El encuentro cara a cara le dejó desalentado por completo.

-¿No era como esperaba que fuese? -preguntó Hamilton, refiriéndose a la divinidad y cuando se dirigían con paso fatigado hacia la autopista.

Tras un gruñido previo, McFeyffe escupió sobre un matojo de hierbas un salivazo mezclado con arcilla roja. Hundidas las manos en los bolsillos,

turbios los ojos, avanzaba arrastrando los pies, doblado sobre sí mismo como un hombre a punto de partirse en dos.

-Sí, ya sé que eso no me importa -concedió Hamilton.

-No me vendría mal un trago -fue todo lo que se le ocurrió decir a McFeyffe. Cuando terminaban de subir la cuneta de la autopista, sacó su cartera y le echó un vistazo-. Nos veremos en Belmont. Deme ya los diez pavos; me hacen falta para pagar el billete del avión.

De mala gana, Hamilton separó diez dólares de su conjunto de moneda fraccionaria. McFeyffe aceptó el dinero sin hacer comentario alguno.

Al entrar en los suburbios de Cheyenne, Hamilton observó algo ominoso y aciago. En la parte posterior del cuello de McFeyffe se estaban formando series de llagas desagradables y cárdenas. Verdugones enconados, que aumentaban y se extendían a ojos vista.

-Diviesos -murmuró Hamilton, sorprendido.

McFeyffe le lanzó una mirada dolorida. Con cara de sufrimiento, se toco la mandíbula izquierda.

-Y un flemón sobre la muela del juicio -añadió, en tono de derrota absoluta-. Forúnculos y flemones. Mi castigo.

-¿Por qué?

Una vez más, no hubo respuesta. McFeyffe permaneció sumido en su tribulación íntima, combatiendo con invisibles conceptos. Hamilton comprendió que podría considerarse afortunado si lograba sobrevivir al encuentro con su *Dios*. Naturalmente, existía un complicado mecanismo de expiación de pecados; McFeyffe podría desprenderse de la muela inflamada y de la calamidad de los diviesos mediante las absoluciones adecuadas. Y McFeyffe, el oportunista nato, sabría hallar el modo.

Se detuvieron en la primera parada de autobús que les salió al paso y se dejaron caer pesadamente en un húmedo banco. Los viandantes, que pasaban camino de la urbe, para efectuar sus compras sabatinas, les miraban con curiosidad.

-Peregrinos -aclaró Hamilton gélidamente, contestando así a una mirada de interés-. Venimos desde Battle Creek, en Michigan, andando de rodillas.

En esa ocasión no hubo castigo desde las alturas. Al tiempo que emitía un suspiro, Hamilton casi deseó que lo hubiese habido; le enojaba la caprichosa personalidad del elemento rector. Lo cierto es que había poquísima relación entre el delito y la pena correctiva; era probable que el rayo estuviese abatiéndose en aquel momento sobre algún cheyenita inocente, en el otro extremo de la urbe.

-Ahí viene el autobús -anunció McFeyffe, y se puso en pie con gran esfuerzo-. Saque sus monedas.

Cuando el vehículo llegó al aeropuerto, McFeyffe se apeó, y atolondradamente, se encaminó al edificio donde estaban instaladas las oficinas del despacho de billetes. Hamilton continuó en el autobús, rumbo a la elevada, radiante e imponente estructura que constituía el *Único Sepulcro Verdadero*.

El profeta Horace Clamp le atendió en la esplendorosa avenida de entrada. Aterradoras columnas de mármol se alzaban por doquier; el *Sepulcro* era una copia descarada de las tumbas tradicionales de la antigüedad. Con todo lo enorme y formidable que era, flotaba sobre él, le envolvía, una especie de zarrapastrosa vulgaridad de clase media. Maciza, amenazadora, la mezquita

era una aberración estética. Como cualquier edificio gubernamental de la Unión Soviética, había sido diseñado por hombres que carecían de sensibilidad artística. Pero, a diferencia de los inmuebles soviéticos, estaba recargado de adornos, rebosante de barandeles rococó, mediacañas labradas, aderezos de todas clases, tubos y picaportes relucientes. Sobre las superficies de terracota jugueteaban claridades atenuadas de luces indirectas. Estupendos bajorrelieves resaltaban en aquel medio ambiente de magnificencia pomposa: escenas pastorales del Medio Oriente, en representaciones algo mayores que el tamaño natural. Los modelos retratados allí resultaban fatuos y más bien ñoños. E iban exageradamente vestidos.

-Saludos -manifestó el profeta, a la vez que levantaba una mano regordeta y pálida, en gesto de bendición.

Horace Clamp podía muy bien haber salido de un cartel en colores de escuela dominical. Grueso, de andares torpes, con expresión ausente y benigna, copiada y solapada, tomó a Hamilton a su cargo y le impulsó a entrar en la mezquita. Clamp era la imagen viviente del guía espiritual islámico. Mientras ambos penetraban en el estudio amueblado con lujo y opulencia, Hamilton se preguntó desmayadamente por qué estaba allí. ¿Era aquello lo que *Dios* albergaba en su pensamiento?

-Le aguardaba -declaró Clamp en tono profesional-. Me informaron que iba a venir.

-¿Qué le informaron? -manifestó Hamilton su extrañeza-. ¿Quién?

-¿Quién? Pues (Tetragramatón), naturalmente.

Hamilton se quedó desconcertado.

-¿Pretende decir que es usted profeta de un dios llamado...?

-Está prohibido pronunciar su nombre -le interrumpió Clamp, dando prueba de extraordinaria agilidad mental-. Demasiado sacrosanto. Prefiere que se aluda a él con el término (Tetragramatón). Reconozco que más bien me sorprende el que usted ignore este detalle. Es algo de dominio público.

-Soy bastante inculto -dijo Hamilton.

-Según tengo entendido, tuvo recientemente una visión.

-Si se refiere al hecho de que acabo de ver a (Tetragramatón), puedo confirmárselo.

Hamilton experimentaba ya cierta aversión hacia el rechoncho profeta.

-¿Cómo está?

-Al parecer disfruta de buena salud. -A Hamilton le resulto imposible reprimirse y no añadir-: Teniendo en cuenta su edad.

Clamp se afanó por su despacho, yendo de un lado a otro. Era casi calvo del todo y su cabeza relucía como piedra pulimentada. Era un compendio humano de la pompa teológica. Hamilton se dijo que, en realidad, se trataba de una caricatura. Todos los elementos intemporales se reunían allí... Y Clamp era demasiado majestuoso para resultar auténtico.

Una caricatura... o la idea que pudiese tener alguien acerca del aspecto que debería poseer la cabeza espiritual de una *Única Fe Verdadera*.

-Profeta -expuso Hamilton lisa, llana y bruscamente-, lo mejor que puedo hacer es poner los puntos sobre las íes. Apenas llevo cuarenta y ocho horas en este mundo. Con franqueza, todo esto me confunde. Por lo que a mí respecta, es un Universo incomprensible. Una Luna del tamaño de un guisante... es absurdo. *Geocéntrico:* el Sol girando alrededor de la Tierra. ¡Es

primitivo! Y este concepto de Dios, arcaico por completo, reñido con la mentalidad occidental... Ese anciano lanzando chubascos de monedas y serpientes, soltando plagas de forúnculos...

Clamp le observó agudamente.

-Pero, mi querido señor, las cosas no pueden ser de otro modo. Esta creación es Suya.

-*Esta* creación, quizás. Pero no la mía. En el mundo de donde procedo...

-Tal vez fuera mejor que me dijera de donde procede -le interrumpió Clamp-. (Tetragramatón) no me ha puesto al corriente de ese aspecto del asunto. Me informó, simplemente, que un alma extraviada venía hacia aquí.

Sin excesivo entusiasmo, Hamilton le hizo un resumen somero de lo ocurrido.

-Ah -articuló Clamp, cuando su visitante hubo terminado. Molesto y escéptico, paseó por el estudio, con las manos a la espalda. Por último, declaró-: No. No me es posible aceptar lo que dice. Aunque pudiera ser cierto; acaso exista la posibilidad real de ello. ¿Afirma usted, se presenta aquí y manifiesta, como si tal cosa, que, hasta el jueves, vivió en un mundo huérfano de *Su* presencia?

-No lo expresé así exactamente. Vivía en un mundo desprovisto de una presencia retumbante, ampulosa y poco refinada. Allí no había nada de estas... doctrinas de deidad tribal. Me refiero a la fanfarria y al trueno. Pero es muy posible que *Él* estuviese allí. Siempre di por supuesto que *Dios* se hallaba presente en mi mundo. De un modo sutil. Detrás de las bambalinas, sin avasallar a nadie cada vez que se descarría un poco.

Saltaba a la vista que las palabras de Hamilton, su revelación, afectaban al profeta.

-Esto es algo sensacional... Ni por asomo pudo ocurrírseme que quedasen mundos enteros habitados por infieles.

Hamilton acabó por perder los estribos.

-¿Es que no es capaz de darse perfecta cuenta de lo que significan mis palabras? Este Universo de segunda clase, ese *Nabí* o lo que sea...

-El *Segundo Nabí* -le corrigió Clamp.

-¿Qué es un *Nabí*? ¿Y dónde está el *Primer Nabí*? ¿De dónde ha salido toda esta sarta de memeces?

Al cabo de un momento de altivez, Clamp se dignó a explicar:

-El nueve de julio de mil ochocientos cincuenta, ejecutaron en Tabriz al *Primer Nabí*. Veinte mil seguidores suyos, los nabistas, fueron asesinados brutal y horriblemente. El *Primer Nabí* era el verdadero profeta del Señor; falleció de manera trascendental y su comportamiento frente a la muerte hizo que hasta sus carceleros llorasen. En 1909, sus restos fueron trasladados al Monte Carmelo. -Clamp hizo una pausa dramática, rezumantes los ojos de emoción-. En 1915, sesenta y cinco años después de su óbito, el *Nabí volvió a aparecer sobre la Tierra.* En Chicago, a las ocho de la mañana del día cuatro de agosto, fue visto por un grupo de personas que desayunaban en un restaurante. ¡Y eso a pesar del hecho, perfectamente demostrado, de que sus restos permanecen aún intactos en el Monte Carmelo!

-Comprendo -silabeó Hamilton.

Clamp alzó las manos y prosiguió:

-¿Qué más pruebas pueden pedirse? ¿Ha visto el mundo otro milagro

mayor? El *Primer Nabí* no era más que un simple profeta del *Único Dios Verdadero*. -La voz le temblaba a Clamp cuando concluyó-: Y el *Segundo Nabí*... ¡es *ÉL*!

-¿Por qué Cheyenne, Wyoming?

-El *Segundo Nabí* acabó sus días sobre la Tierra en este punto exacto. El 21 de mayo de 1939 ascendió al Paraíso, transportado por cinco ángeles, a la vista de los fieles. Fue un momento emocionante. Yo... -A Clamp se le quebró la voz-, personalmente, pasé junto al *Segundo Nabí* la última hora que estuvo en la Tierra y recibí sus... -Señaló una hornacina de la pared de su estudio-. En ese nicho está el reloj del *Segundo Nabí*, su estilográfica, su cartera y un diente postizo... el resto de la dentadura era auténtica y ascendió con ella hacia el Paraíso. Durante la vida terrenal del *Segundo Nabí*, fui su registrador y cronista. Redacté muchos capítulos del *«Zunán»*, escribiéndolos con esa máquina de escribir que ve usted ahí.

Se acercó a una urna de cristal, en cuyo interior se albergaba una vieja *Underwood*, modelo *cinco*, de oficina, anticuada y caduca.

-Y ahora -continuó el profeta Clamp- examinemos el asunto de ese mundo que describe usted. Resulta evidente que se le ha enviado aquí para que me familiarice con la extraordinaria situación creada. Un mundo entero, miles de millones de personas viviendo al margen del *Único Dios Verdadero*, sin que éste los vea. -Un fulgor fanático apareció en las pupilas del profeta Clamp; se repitieron las brillantes lucecitas, mientras la boca del hombre formaba una frase-: Guerra Santa.

-Oiga... -empezó Hamilton en tono aprensivo.

Pero Clamp le cortó en seco.

-Se impone desencadenar una Guerra Santa -insistió Clamp, excitado-. Solicitaremos del Coronel T.E. Edwards, de *Mantenimientos de California*, una inmediata conversión del frente, con vistas al empleo de cohetes de largo alcance. En primer lugar, bombardearemos esa marchita región con octavillas y literatura de naturaleza zunaica. Después proyectaremos alguna especie de luz espiritual, en forma de chispazos, sobre las soledades, a base del envío de equipos instructores. Acto seguido, organizaremos una Concentración General de Heraldos peripatéticos, que presentarán la *Fe Verdadera* a través de diversos medios de comunicación de masas. Televisión, películas cinematográficas, libros, testimonios grabados en disco y en cinta magnética. Me atrevo a suponer que podría convencerse a (Tetragramatón) para que efectuase un programa de quince minutos de cinescopio. Y algunas alocuciones de discos de larga duración, en beneficio de los creyentes.

Hamilton se preguntó si era precisamente para aquello para lo que le lanzaron sobre Cheyenne. Comenzó a vacilar, abrumado por la certidumbre con que se expresaba el profeta Clamp, el cual parecía darlo todo por hecho. Acaso aquel hombre era un símbolo, enviado para cumplir la tarea de llevar a efecto la sumisión; quizás, después de todo, se trataba de un mundo real, aferrado al seno de (Tetragramatón).

-¿Se me permite echar un vistazo por el Sepulcro? -solicitó Hamilton-. Me gustaría ver qué aspecto tiene el eje espiritual del Segundo Nabismo.

Preocupado, Clamp levantó la cabeza.

-¿Cómo? ¡Ah, sí, no faltaría más! -Apretaba ya unos botones del intercomunicador-. Me pondré en contacto de inmediato con

(Tetragramatón). -Se interrumpió durante el tiempo justo para inclinarse hacia Hamilton, alzar la mano e inquirir-: ¿Por qué supone usted que no nos informó de la existencia de ese mundo sumido en tinieblas? -En su semblante, en su orondo y complaciente rostro de profeta del *Segundo Nabí*, apareció cierta expresión fugaz de duda-. Hubiera creído que... -Tras sacudir la cabeza, murmuró-: Pero el camino de *Dios* es a veces extraño.

-Condenadamente extraño -corroboró Hamilton.

Salió del estudio y echó a andar pasillo adelante, con el eco de sus pasos repercutiendo en las planchas marmóreas.

Pese a lo temprano de la hora, devotos adoradores iban de aquí para allá, mientras ponían cara de bobos y acariciaban sus objetos sagrados. Deprimió a Hamilton la vista de aquellas personas. En una cámara de amplias dimensiones, un grupo de hombres y mujeres bien vestidos, la mayoría de mediana edad, entonaban cánticos religiosos.

Sobre el grupo de feligreses flotaba una *Presencia* tenuemente luminosa. Hamilton, cuya primera intención consistió en pasar de largo, decidió luego que no sería mala idea unirse a la masa coral.

Se detuvo, se integró en el corro y, aunque de mala gana, cantó como los demás. Los himnos no le eran familiares, pero captó enseguida el soniquete general. Se trataba de cánticos de una sencillez redundante; las mismas frases y tonos aparecían y reaparecían machaconamente. Las mismas ideas monótonas, repetidas hasta el infinito. El apetito de (Tetragramatón) era insaciable. Tal fue la conclusión de Hamilton. Una personalidad infantil y nebulosa, que necesitaba continuas alabanzas... loas manifestadas en los términos más claros. Con la misma rapidez con que se encolerizaba (Tetragramatón) era presa de la euforia y estaba presto a recoger ávidamente aquellas vocingleras adulaciones.

Una balanza. Un sistema para arrullar a la deidad. Pero el mecanismo era delicado. El peligro estaba suspendido sobre las cabezas de todos... La *Presencia*, siempre a punto de despertarse, permanecía cerca. Y escuchaba constantemente.

Tras cumplir su deber religioso, Hamilton reanudó su camino con aire triste. Tanto el edificio como las personas que pululaban por él tenían la infección que representaba la severa proximidad de (Tetragramatón). Podía adivinársele, presentírsele en todas partes; como una bruma densa y opresiva, el *Dios* islámico lo tocaba todo. Inquieto, Hamilton examinó una inmensa placa existente en un muro. Aparecía iluminada.

Relación de justos.
¿Figura tu nombre aquí?

Estaban escritos por orden alfabético; Hamilton revisó la lista y descubrió que en ella faltaba su nombre. Y también observó cáusticamente, el de McFeyffe. Pobre McFeyffe. Claro que éste se las arreglaría para salir bien librado de aquello. Tampoco vio el nombre de Marsha. Aquel índice, en conjunto, era sorprendentemente corto. ¿Es que de toda la raza humana sólo contaba con méritos para subir al Paraíso aquel escasísimo número de seres?

Un resentimiento sombrío empezó a hervir dentro de Hamilton. Buscó allí los nombres de algunos personajes insignes de su mundo, elegidos a la

ventura: Einstein, Albert Schweitzer, Gandhi, Lincoln, John Donne. Ninguno de ellos figuraba en la lista. Aumentó su enojo. ¿Qué significaba tal omisión? ¿Acaso fueron condenados al infierno por no ser feligreses del *Segundo Nabí* de Cheyenne, Wyoming?

Claro. Sólo se salvaban los creyentes. Todos los demás, incontables miles de millones, estaban condenados a hundirse en las corrosivas hogueras del Averno. El cuadro de honor lo componían nombres de provincianos rústicos, seguidores de la *Única Fe Verdadera*. Invitados de personalidad trivial, insignificancias envueltas en mediocridad...

Un nombre le resultaba conocido. Durante largo rato, Hamilton lo contempló inmóvil, preguntándose, lleno de desconcierto, qué podría significar; interrogándose a sí mismo, con intranquilidad que iba en aumento, acerca de por qué estaba allí y qué querría decir su presencia.

Silvester, Arthur

¡El veterano de guerra! El austero viejo soldado que yacía en el Hospital de Belmont. Era miembro titulado de la *Única Fe Verdadera*.

Tenía sentido común. Tan lógico resultaba que, durante un espacio de tiempo prolongado, lo único que Hamilton pudo hacer fue mirar, sin verlo, el nombre grabado en la relación de nabitas de mérito.

Poco a poco, de manera débil y confusa, empezó a comprender cómo y dónde encajaban las piezas. La dinámica del asunto fue remontándose hasta presentarse ante su vista. Por fin, después del intervalo casi inacabable, había descubierto la estructura.

El paso que debía dar a continuación era el de regresar a Belmont. Y encontrar a Arthur Silvester.

En el campo de aviación de Cheyenne, Hamilton puso todas sus monedas en el mostrador de la taquilla y dijo:

-Un billete de ida para San Francisco. Aunque sea en el compartimiento de equipajes.

No tenía bastante dinero. Pero un telegrama urgente, dirigido a Marsha, le proporcionó lo que faltaba... y saldó su cuenta de ahorros. Al mismo tiempo que el dinero, le llegó un recado enigmático y lastimero:

«Quizás es mejor que no vuelvas. Me está ocurriendo algo espantoso».

No le extrañó de modo especial...

De hecho, se había formado una buena idea respecto a lo que pudiera ser.

El avión le depositó en el aeropuerto de San Francisco poco antes del mediodía. Allí tomó un autobús, que le dejó en Belmont. La puerta frontal de la casa permanecía cerrada con llave; sentado en el alféizar de la ventana, con cara de desaliento, «Morrongo Atolondrado» se dedicó a observar a Hamilton, que buscaba en el bolsillo la llave. Marsha no se encontraba a la vista... pero Hamilton sabía que estaba allí.

-He vuelto a casa -anunció, nada más abrir la puerta.

Desde la penumbra de la alcoba le llegó un sollozo ahogado.

-Voy a morirme, cariño. -Al moverse a oscuras por la habitación, Marsha tropezó con algo-. No puedo salir. No me mires. No me mires, *te lo suplico.*

Hamilton se quitó la chaqueta y luego se puso a hablar por teléfono.

-Venga aquí -pidió a Bill Laws, cuando éste respondió al aparato-. Y convoque a todos los miembros del grupo que le sea posible. A Joan Reiss, a aquella mujer que iba con su hijo, a McFeyffe, si consigue dar con él.

-Edith Pritchet y su hijo se encuentran todavía en el hospital -repuso Laws-. Dios sabe dónde estarán los otros. ¿Tiene que ser ahora mismo? -Se explicó-. Es que sufro una especie de resaca...

-Esta tarde, pues.

-Déjelo para mañana -dijo Laws-. ¿Qué pasa?

-Creo que he adivinado el meollo de la cuestión.

-Precisamente cuando estaba empezando a disfrutar del asunto... -Laws prosiguió-: Y mañana es el gran día en este bendito lugar. Señor, Señor. Con lo que la «íbamo a gosá»...

-¿Qué le ocurre?

-A mí, ná, seó. -Laws dejó oír una risita gutural, carente de alegría-. Ná en absoluto.

-Hasta el domingo, pues. -Hamilton colgó el auricular y se volvió hacia el dormitorio-. ¿No sales? -inquirió en tono agudo.

-No estoy dispuesta a hacerlo -replicó Marsha, con obstinada determinación-. No permitiré que me veas. He adoptado esa decisión. Y es irrevocable.

De pie ante la entrada de la alcoba, Hamilton buscó sus cigarrillos. No los llevaba encima; los dejó en poder de Silky. Se preguntó si la rubia continuaría sentada dentro del cupé *Ford*, estacionado junto a la acera de la calle donde el Padre O'Farrel tenía su *Iglesia Independiente del Nabismo*. Tal vez la muchacha contempló la subida hacia el Paraíso de McFeyffe y de él. Pero era una chica muy afectada, no la habría extrañado. De forma que no se ocasionó ningún daño irreparable... con la salvedad de que transcurriría una temporada antes de que consiguiese recuperar el automóvil.

-Vamos, nena -imploró a su esposa-. Es algo tarde, no he desayunado y tengo un hambre de lobo. Y si esto es lo que creo...

-Se trata de algo horrible. -Disgusto y dolor vibraban en la voz de Marsha-. Iba a suicidarme. *¿Y por qué?* ¿Qué hice? ¿Por qué se me castiga de este modo?

-No creo que se trate de ningún castigo -la animó Hamilton-. Estoy seguro que desaparecerá.

-¿De veras? -Un conato de esperanza matizó la pregunta de la mujer-. ¿Estás seguro?

-Si consigo hacerme cargo de las cosas, todo acabará bien. Voy a sentarme en la sala con «Morrongo»; esperaremos.

-Ya lo ha visto -dijo Marsha, con voz tensa y sofocada-. Está contrariadísimo.

-Los gatos se incomodan con facilidad.

Hamilton regresó a la sala, se dejó caer en un sofá y aguardó, cargado de paciencia. Durante unos minutos, nada se alteró en la casa. Luego salieron del dormitorio a oscuras los ruidos propios de una persona que anduviera por allí a tientas. Una figura, torpe y desmañada, comenzó a tomar forma al adelantarse. En el pecho de Hamilton nació y se desarrolló una corriente de compasión. La pobre criatura... y no lo comprendía.

La figura se recortó en el quicio de la puerta. Achaparrada, obesa,

Librodot

permaneció inmóvil ante sus ojos. No obstante hallarse advertido, el sobresalto de la realidad le abrumó, le dejó anonadado. El parecido con Marsha era leve, casi inexistente. ¿Su esposa era aquella monstruosidad abotagada y deforme?

Descendían las lágrimas por sus ásperas mejillas.

-¿Qué...? -susurró-. ¿Qué voy a hacer?

Hamilton se puso en pie rápidamente y se acercó a la mujer.

-No durará mucho. Y no eres la única. Laws se siente perdido y habla comiéndose las sílabas.

-No me importa lo que sienta Laws. Me preocupa lo que me sucede a *mí.*

El cambio había afectado a Marsha de pies a cabeza. Lo que antes fue suave cabellera castaña estaba convertido en un conjunto de fibras sucias y estropajosas, que le caían desaseadamente sobre el cuello y los hombros; un revoltijo repugnante de lacias hebras retorcidas. Su piel era grisácea y granulosa, estaba cubierta de inflorescencias. El cuerpo no pasaba de ser una masa amorfa, grotesca. hinchada, sin formas. Las manos resultaban inmensas, con las uñas de luto, negras, mal cortadas. Las piernas eran dos columnas velludas, que terminaban en sendos pies macizos y planos. En vez de su acostumbrado vestido elegante o trajecito a la última moda, llevaba jersey de burda lana, falda de paño, sembrada de manchas, zapatillas de tenis... y calcetines caídos, arrugados...

Hamilton dio una vuelta alrededor de Marsha. Su expresión era pensativa.

-Es lógico.

-Dios...

-Esto no tiene nada que ver con *Dios*. Tiene que ver con un viejo veterano de guerra, llamado Arthur Silvester. Un soldado decrépito, que cree en su culto religioso y en sus ideas estereotipadas. Para él, las personas como tú son radicales peligrosos. Y posee una idea muy clara acerca del aspecto que debe tener una mujer, una mujer, de espíritu radical.

Se contorsionaron penosamente los toscos rasgos de Marsha.

-Mi aspecto... mi aspecto es el de uno de esos personajes de caricaturas que dibujan en los chistes.

-Constituyes ahora la imagen física que Silvester se ha forjado de toda joven universitaria con la cabeza llena de conceptos radicales. Y cree que todos los negros se consideran extraviados y arrastran los pies al andar. Esto va a ser duro para todos nosotros... A menos que logremos salir enseguida del mundo de Silvester, va a acabar con nosotros... Va a ser nuestro fin.

VIII

El domingo por la mañana, Hamilton se despertó bruscamente con los primeros resplandores del alba, roto en mil pedazos su sueño por un frenético estruendo vociferante que llenaba toda la casa. Al bajar de la cama, rígido el cuerpo, recordó que Bill Laws había vaticinado que se produciría algún acontecimiento extraordinario durante las primeras horas del día del Señor.

Los chasquidos, gritos y trompeteos procedían de la sala de estar. En cuanto entró allí, Hamilton se encontró con que el receptor de televisión se

había puesto en marcha por su cuenta, de manera milagrosa; la pantalla rebosaba vida y animación. Manchas pomposas le recorrían, vibrando y latiendo sobre el cristal: todo el rectángulo del cuadro era un torbellino furibundo de colores rojizos y purpúreos. Del sistema de altavoces de alta fidelidad brotaba un estrépito ensordecedor, conmovido e intranquilizante, un auténtico rugir infernal, de llamas crepitantes y condensación eterna.

Comprendió que aquello era el sermón matinal del domingo. Y pronunciaba la plática -de algún modo había que llamarla- el propio (Tetragramatón) en persona.

Después de bajar mucho el volumen del sonido del aparato, Hamilton regresó a la alcoba para vestirse. Marsha estaba encogida en la cama, formando un desdichado montón y tratando de eludir el resplandor de la claridad diurna que se filtraba por la ventana.

-Es hora de levantarse -le informó Hamilton-. ¿No oyes la voz conminatoria del Todopoderoso, que suena y resuena en el salón?

-¿Qué dice? -murmuró Marsha, algo irritada.

-Nada de particular. «Arrepiéntete si no quieres pasarte toda la eternidad expiando tus pecados entre las llamas justicieras del Averno». Lo de costumbre.

-No me mires -suplicó Marsha-. Vuélvete de espaldas mientras me visto. Santo Dios... ¡Soy un *monstruo*!

En la sala, el televisor se había puesto otra vez a funcionar a todo volumen; nadie iba a impedir que la arenga semanal retumbase a toda potencia. Esforzándose al máximo para no oírla, Hamilton pasó al cuarto de baño y la emprendió sin prisas con la rutina cotidiana de lavarse y afeitarse. Había vuelto al dormitorio y se acababa de enfundar la ropa, cuando sonó el timbre de la puerta.

-Ahí están -dijo a Marsha.

La mujer, vestida ya y forcejeando en aquel instante con su cabellera, exhaló un gemido agónico.

-No puedo aparecer ante ellos. No resistiría que me viesen cara a cara. Arréglatelas para que se vayan.

-Cariño -repuso Hamilton con firmeza, al tiempo que se ataba los cordones de los zapatos-, si confías en recuperar tu antiguo aspecto y volver...

-¿Están todos en casa? -resonó la voz de Bill Laws en aquel instante-. No hise má que empujá la pueta y se abrió...

Hamilton fue apresuradamente a la sala. Allí estaba Laws, estudiante graduado en física avanzada. Con los brazos colgando a los costados, los ojos saltones, las rodillas dobladas y el cuerpo bamboleándose desgarbadamente mientras se acercaba a Hamilton.

-Vaya, usté parese na habé cambiao ná -dijo al ingeniero-. Mire, hombre, como estoy yo. Esta mardita convocatoria me a sentao como una patá en sarva sea la parte.

-¿Lo hace adrede? -preguntó Hamilton, no muy seguro de si debía sentirse divertido o molesto.

-¿Adrede? -el negro le dirigió una mirada hueca-. ¿Qué quié usté desí, señó Jamilton?

-O está por completo en manos de Silvester o es el individuo más cínico que me he echado a la cara.

Librodot

De súbito centellearon las pupilas de Laws.

-¿En manos de Silvester? ¿Qué insinúa? -Desapareció instantáneamente su vulgar forma de expresarse; su actitud se tomó tensa y alerta-. Creía que era *Su Sempiterna Majestad.*

-Así, pues, su ramplón modo de hablar era fingido, ¿eh?

Volvieron a fulgurar los ojos de Laws.

-Estoy vencido, Hamilton. Tengo el *desgarro* dentro... lo noto y lo sufro. Pero tal vez mejore. -Se apercibió en aquel momento de la presencia de Marsha-. ¿Quién es?

Sin ningún entusiasmo, Hamilton explicó:

-Mi esposa. Ese extraño poder superior se ha apoderado de ella.

-¡Jesús! -exclamó Laws en voz baja-. ¿Qué vamos a hacer?

Sonó de nuevo la musiquilla del timbre de la puerta. Marsha exhaló un gemido y corrió a refugiarse dentro de la alcoba. En aquella ocasión se trataba de la señorita Reiss. Vivaz y grave, hizo su entrada en el salón, ataviada con un rígido traje chaqueta de color gris, zapatos de tacón bajo y gafas de montura de concha.

-Buenos días -saludó en tono retumbante-. El señor Laws me dijo que hay... -Se interrumpió sorprendida-. Ese estruendo... -Indicó la zarabanda de imágenes y alboroto del televisor-. ¿También está en su aparato?

-Naturalmente. En todos los que funcionan.

La señorita Reiss se tranquilizó a ojos vistas.

-Temí que hubiera seleccionado sólo el mío.

A través de la puerta de la fachada, a medio abrir, pasó la figura lastimosa de Charley McFeyffe.

-Saludos -murmuró.

Llevaba vendada la hinchadísima mandíbula. Alrededor de la garganta, por debajo del cuello, se había puesto un paño blanco. Con andar cauteloso, cruzó la estancia en dirección a Hamilton.

-¿No consigue curar eso? -se interesó Hamilton, derrochando buenos sentimientos.

McFeyffe sacudió la cabeza, sombrío.

-No puedo.

-¿De qué hablan? -quiso saber la señorita Reiss-. ¿Y a qué viene todo esto? El señor Laws dijo que usted tenía algo que comunicarnos. Algo referente a esta peculiar intriga que nos envuelve.

-¿Intriga? -Hamilton la miró, nervioso-. No me parece el término más apropiado para calificar el asunto.

-Estoy de acuerdo -manifestó fervorosamente la señorita Reiss, entendiéndole mal-. Va mucho más allá que lo que iría una simple intriga.

Hamilton no tenía ganas de ponerse a discutir la cuestión. Se llegó a la cerrada puerta de la alcoba y llamó apremiadamente.

-Sal ya, querida. Es hora de ir al hospital.

Tras un intervalo torturante, Marsha se dejó ver en el umbral. Se había puesto pantalones y se cubría con un grueso abrigo. A fin de ocultar la lacia pelambrera, llevaba un pañuelo rojo sobre la cabeza. Ningún afeite trataba de disimular lo calamitoso de su semblante; aplicárselo hubiera sido una pérdida inútil de tiempo.

-Está bien -declaró con voz apagada-. Estoy a punto.

Hamilton estacionó el *Plymouth* de McFeyffe en la zona de aparcamiento

del hospital. Cuando las cinco personas caminaban por el paseo de gravilla, rumbo al edificio clínico, Bill Laws inquirió.

-¿Silvester es la clave de todo esto?

-Silvester es todo esto -repuso Hamilton-. La clave la constituye el sueño que tuvieron Marsha y usted. Aparte de otros diversos... tales como la alteración de su aspecto, su nueva forma de andar, arrastrando los pies, etcétera. La propia naturaleza del Segundo Nabismo. Su Universo Geocéntrico. Tengo el presentimiento de que Arthur Silvester está dentro y fuera de esto. Sobre todo, dentro.

-¿Lo dice muy convencido? -dudó Laws.

-Todos nosotros, los ocho, caímos a través del rayo de protones del Bevatrón. Durante el período en que se consumó el suceso, sólo una persona de las ocho conservó el conocimiento y se constituyó en esquema de referencia. Silvester no perdió el sentido ni durante un segundo.

-Entonces -resumió Laws, yendo a lo práctico- eso significa que no estamos aquí.

-Físicamente, continuamos tendidos en el piso de la sala del Bevatrón. Pero mentalmente nos encontramos aquí. La liberada energía del rayo transformó el mundo particular de Silvester en un universo público. Nos hallamos sometidos a la lógica de un individuo fanático, de un viejo que, allá por mil novecientos treinta y tantos, se convirtió a las estrambóticas ideas religiosas de un culto que apareció en Chicago. Nos encontramos en *su* universo, donde funcionan y tienen vida todas sus ignorantes supersticiones. Estamos en la *cabeza* de ese hombre. -Esbozó un ademán-. Este paisaje. Este terreno. Repliegues y enroscaduras de un cerebro; los montes y valles del cerebro de Silvester.

-Oh, querido -susurró la señorita Reiss-. Estamos en su poder. Y trata de destruirnos.

-Dudo que se percate de lo que está ocurriendo. Eso es lo irónico del caso. Probablemente, Silvester no ve nada extraño en este mundo. ¿Por qué iba a verlo? Se trata del orbe creado por su propia fantasía, en el que lleva viviendo muchos años.

Entraron en el edificio del Hospital. Nadie apareció ante su vista; de todos los cuartos brotaba el estruendo agresivo del sermón dominical que (Tetragramatón) dirigió al mundo.

-Ahí está -dijo Hamilton-. Me había olvidado de eso. Tendremos que andar con cien ojos.

El Departamento de Información estaba abandonado. Sin duda, el cuadro facultativo en pleno, con todo el personal auxiliar, escuchaba la plática. Hamilton examinó el directorio mecánico, enterándose así del número de la habitación que ocupaba Silvester. Segundos después, subían en el silencioso ascensor hidráulico.

La puerta del cuarto de Arthur Silvester estaba de par en par. El flaco anciano permanecía sentado en una silla, muy erguido, con la atenta mirada fija en la pantalla de su televisor. Le acompañaban en la estancia la señora Edith Pritchet y su hijo David.

Tanto la dama como el niño se removían inquietos; ambos soltaron un suspiro de alivio como saludo al grupo que desfiló al interior de la estancia. Silvester, sin embargo, no hizo el más leve movimiento. Implacablemente, con fanática austeridad, continuó frente a su Dios, absorto en el furioso

tumulto de sentimientos belicosos que se derramaban desde el aparato, inundando la habitación.

Evidentemente, a Arthur Silvester no le sorprendía en absoluto el que su Hacedor le dirigiera la palabra personalmente. Era obvio que aquella formaba parte de su costumbre dominguera. Durante la mañana del domingo, ingería su provisión hebdomadaria de alimento espiritual.

David Pritchet, malhumorado, se acercó a Hamilton.

-¿Quién rayos es? -interrogó, mientras señalaba la pantalla-. No entiendo nada.

Su madre, regordeta, de mediana edad, siguió mordisqueando una manzana despepitada. El semblante dulce de la mujer no reflejaba comprensión de ninguna clase. Con la salvedad de cierta animosidad nebulosa hacia los trompeteos ensordecedores, se manifestaba indiferente por completo al fenómeno de la pantalla.

-Es difícil de explicar -dijo Hamilton al chico-. No es probable que hayas tropezado nunca con la deidad.

La cabeza huesuda y envejecida de Arthur Silvester se volvió ligeramente; dos ásperos ojos de tonalidad gris se clavaron en Hamilton.

-Silencio -ordenó el viejo, con un matiz de voz que dejó helado a Hamilton.

Y, sin más, Silvester volvió a concentrar su atención en el aparato.

Aquél era el hombre en cuyo mundo habían entrado. Por primera vez desde que ocurrió el accidente, Hamilton experimentó un miedo auténtico e inenarrable.

-Me parece -murmuró Laws por la comisura de la boca-, que tenemo rayo pa rato.

Y esa impresión dominaba a todos. Una vez llegaba (Tetragramatón) a aquel punto, ¿solía mantenerse en él durante mucho tiempo?

Diez minutos después, la señora Pritchet había soportado todo lo que era capaz de aguantar. Tras emitir un gemido desesperado, se puso en pie y anduvo hasta el fondo del cuarto, donde estaban los demás.

-Cielo santo -se lamentó-. Jamás he podido sufrir a estos predicadores pesados. No creo haber oído en mi vida tanto ruido junto.

-Pronto se dará por vencido -declaró Hamilton-. Se va a quedar enseguida sin aliento.

-En este hospital, todo el mundo se dedica a contemplar y oír eso -reveló la señora Pritchet, nublada la cara por un puchero de disgusto-. Y no es bueno para David... Me he esforzado en educarle de forma que pudiese ver el mundo de un modo racional. Este sitio no resulta lo que se dice aconsejable para él.

-No -convino Hamilton-, desde luego, no lo es.

-Deseo que mi hijo sea persona ilustrada -confió la dama, hablando a borbotones y moviendo la cabeza de un lado para otro, cosa que hacía bailar los profundos adornos de su sombrero-. Quiero que conozca a los grandes clásicos y que disfrute de las bellezas de la vida. Su padre fue Alfred B. Pritchet; el que realizó la maravillosa traducción en verso de *«La Ilíada»*. Opino que las artes mayores deberían desempeñar un papel de importancia en la existencia del hombre corriente, ¿no le parece? La vida tendría así mucha más riqueza y un significado mucho más amplio.

La señora Pritchet resultaba casi tan fastidiosa como (Tetragramatón).

De espaldas a la pantalla, la señorita Reiss manifestó:

-Temo que no me va a ser posible aguantar eso un minuto más. Y ese horrible viejo ahí sentado, tragándose la morralla. -El semblante de la mujer se contorsionó espasmódicamente-. Me gustaría coger algo, cualquier cosa... y estrellárselo en la cabeza.

La señora Pritchet escuchaba con insípido placer la imperfecta forma de expresarse adoptada por Laws.

-¡Los acentos regionales suenan tan dulces al oído! -alabó en tono pedantesco-. ¿De dónde es usted, señor Laws?

-De Clinton, Ohio -respondió el negro, sin dejo de ninguna clase.

Dirigió a la señora Pritchet una mirada furibunda. Aquella era una reacción que no había previsto.

-Clinton, Ohio -repitió la dama, sumida en su arrobo-. He pasado por allí. ¿No hay en Clinton una encantadora Compañía de Ópera?

Cuando Hamilton volvía la vista hacia su esposa, la señora Pritchet relacionaba sus óperas favoritas.

-Ahí tienes una mujer que, aunque no existiese mundo alguno, ni siquiera se daría cuenta -dijo Hamilton a Marsha.

Habló en voz baja. Pero, en aquel preciso momento, el rugiente sermón tocaba a su fin. El torbellino tempestuoso se borró de la pantalla, y en fracciones de segundo, el silencio se abatió sobre la habitación. Hamilton no pudo por menos que sentirse mortificado al oír que sus palabras resonaban como trallazos estentóreos, en medio de aquella brusca quietud.

Lenta, implacablemente, la anciana cabeza de Silvester giró sobre el palo de escoba que era su cuello.

-Perdone -articuló, en tono sosegado y con voz frígida-. ¿Tenía usted algo que decir?

-Exacto -repuso Hamilton; ya no podía volverse atrás-. Deseo hablar con usted, Silvester. Nosotros siete estamos a punto de coger un hueso. Y usted se encuentra en el otro extremo.

En el rincón, el televisor mostraba un grupo de ángeles felices, que entonaban versiones más o menos armónicas de cánticos populares. Vacíos de expresión los rostros, aquellas criaturas angélicas ejecutaban un vaivén lánguido, al tiempo que dejaban oír su melopea de cadencias lúgubres.

-Tenemos un problema -explicó Hamilton, con la vista clavada en los ojos del anciano. Probablemente, Silvester dispondría de poderes para arrojarlos a los siete al infierno. Después de todo, aquel era su mundo; si alguien tenía influencia sobre (Tetragramatón), ese alguien era Arthur Silvester, sin ningún género de dudas.

-¿De qué problema se trata? -preguntó el viejo-. ¿Por qué no están entregados a la oración todos ustedes?

Sin hacer maldito caso de la última interrogación, Hamilton prosiguió:

-Hemos descubierto algo respecto al accidente. A propósito, ¿qué tal van sus heridas?

Una sonrisa de calmosa satisfacción se extendió por la arrugada faz.

-Mis heridas -informó Silvester- han desaparecido. El mérito de ello corresponde a mi fe, no a los matasanos que trataron de curarme. La fe y la oración bastan para que un hombre soporte triunfalmente cualquier prueba. -Hizo una breve pausa, antes de añadir-: Lo que usted califica de «accidente» fue un sistema al que recurrió la Providencia para ponernos a prueba. El modo empleado por *Dios* para averiguar de qué clase de fibra estamos

Librodot

compuestos.

-Oh, querido señor -protestó la señora Pritchet, mientras sonreía confiadamente-, estoy segura de que la Providencia no sometería a las personas a semejantes pruebas.

El viejo se la quedó mirando con cierta crueldad.

-El *Único Dios Verdadero* -manifestó, categórico-, es una divinidad muy severa. Asigna castigos y recompensas de acuerdo con su criterio. El género humano fue colocado sobre el planeta Tierra para que cumpliese los preceptos de la autoridad cósmica.

-De los ocho -continuó Hamilton con su tema-, siete quedamos inconscientes a consecuencia del impacto de la caída. Uno de nosotros siguió disfrutando de todos los sentidos. Fue usted.

Silvester inclinó la cabeza en complacido asentimiento.

-Mientras me desplomaba por el aire -explicó-, recé al *Único Dios Verdadero*, rogándole que me protegiese.

-¿De qué? -intervino la señorita Reiss-. ¿De la misma prueba a la que le sometía?

Hamilton indicó a la mujer que guardara silencio, agitó la mano en tal sentido y tomó de nuevo la palabra:

-Una cantidad enorme de energía libre anduvo suelta por el Bevatrón. En circunstancias normales, cada persona tiene un esquema de referencia único. Pero como todos los demás perdimos el conocimiento y usted no...

Silvester no le prestaba atención. Sus ojos miraban con intensidad a Bill Laws, situado a espaldas de Hamilton. Una indignación justiciera relucía en las hundidas mejillas del viejo.

-Lo que veo ahí -silabeó con los dientes apretados-, ¿es una persona de color?

-Se trata de nuestro guía -dijo Hamilton.

-Antes de proseguir con esta charla -manifestó Silvester en tono normal-, pediré a esa persona de color que abandone la estancia. Este es el cuarto particular de un hombre blanco.

Las palabras que Hamilton pronunció a continuación distaban mucho de ser producto de un meticuloso razonamiento. No tenía excusa ni pretexto para articularlas; le salieron de un modo demasiado natural y espontáneo para que pudiese evitarlas.

-¡Váyase al diablo! -profirió, y el semblante de Silvester se puso tan yerto como una piedra.

«Bueno -se dijo Hamilton-, esto ya no tiene remedio, así que lo mejor es hacer las cosas bien y rematar el asunto de una vez».

Manifestó en voz alta:

-¿De un hombre blanco? Si ese *Segundo Nabí* o como quiera que se llame, ese (Tetragramatón) de pega que se ha inventado usted, puede seguir sentado tranquilamente, cruzado de brazos mientras usted dice cosa semejante, no cabe duda de que tiene menos de dios que usted de hombre. Lo que ya es decir.

La señora Pritchet se quedó boquiabierta. David Pritchet soltó una risita gutural. Sobresaltadas, Marsha y la señorita Reiss retrocedieron. Laws se mantuvo rígido, con una expresión en el rostro entre dolorida y sardónica. Un poco distanciado, en el rincón, McFeyffe se frotaba la sufrida mandíbula como si no hubiese oído nada.

Despacio, muy despacio, Arthur Silvester se puso en pie. No había aumentado de estatura, pero sí se había convertido en una fuerza vengadora que trascendía humanidad. Era un agente purificador, defendía a su deidad, a su país, a la raza blanca... y también su honor personal. Todo de una vez. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, haciendo acopio de energías. Una vibración sacudió su enjuta estructura de pies a cabeza; y desde lo más profundo de su cuerpo empezó a surgir lentamente una vaporosa oleada de odio emponzoñado.

-Creo -articuló- que es usted amante de los negros.

-Así es -convino Hamilton-. Además de ateo y de rojo. ¿No conoce a mi esposa? Es una espía rusa. ¿Quiere que le presente a mi amigo Bill Laws? Estudiante graduado en física avanzada; lo bastante distinguido y bueno como para sentarse a la mesa y cenar con cualquier otro ser humano viviente. Un muchacho lo bastante estupendo como para...

En la pantalla del televisor, el coro de ángeles había interrumpido su audición. La imagen vacilaba; ondas de luz oscuras irradiaban amenazas en forma de movimientos furibundos. Del altavoz no surgía ya música lacrimógena; un rumor sordo repercutía ominoso por los tubos y condensadores. El rumor fue acrecentando su volumen hasta transformarse en un tronar que destrozaba los tímpanos.

Salieron de la pantalla del televisor cuatro figuras gigantescas. Eran ángeles. Enormes, corpulentos, viriles, brutales, con los ojos saturados de perversidad. Cada uno de ellos debía de pesar más de noventa kilos. Agitando las alas, los cuatro ángeles se dirigieron hacia Hamilton. Lleno de satisfacción placentera el arrugado semblante, Silvester retrocedió unos pasos para disfrutar del espectáculo de la venganza abatiéndose sobre el blasfemo.

Cuando el primer ángel descendía para imponer la sentencia cósmica, Hamilton le propinó un golpe que lo puso fuera de combate. Tras él, Bill Laws enarboló una lámpara de mesa. Precipitándose hacia delante, la estrelló contra la cabeza del segundo ángel; aturdida, la víctima del trastazo forcejeó para agarrar al negro.

-Oh, Dios -gimió la señora Pritchet-. Que alguien llame a la Policía.

Era inútil. En un rincón que ocupaba, el más alejado, McFeyffe salió por fin de su estupor y dirigió un golpe inútil a uno de los ángeles. Un ramalazo de clara energía saltó sobre él; sin alboroto alguno, McFeyffe cayó contra la pared y allí se quedó, inmóvil por completo. David Pritchet empezó a soltar gritos excitados y, no contento con su contribución sonora a la causa, agarró los frascos de medicina que había encima de la mesita de noche y se puso a lanzarlos contra los ángeles, a guisa de proyectiles. Marsha y la señorita Reiss también combatían: ambas se abalanzaron sobre un ángel voluminoso, de alas algo torponas, al que consiguieron derribar. Y una vez en el suelo propinaron puntapiés y arañazos a discreción, arrancándole las plumas a puñados.

Brotaron más ángeles de la pantalla del televisor. A sus anchas, Arthur Silvester vio, encantadísimo, cómo Bill Laws desaparecía bajo una montaña de alas vengativas. Sólo quedaba Hamilton en pie de guerra, un Hamilton con las fuerzas bastante mermadas. Tenía la chaqueta desgarrada y le salía sangre de la nariz, pero estaba dispuesto a defender la última trinchera y vender cara su vida. Se derrumbó otro ángel, al encajar una verdadera coz

Librodot

en los riñones. Pero por cada uno que caía, otro rebaño abandonaba las veintisiete pulgadas de la pantalla del televisor y, una vez en la habitación, se agigantaban en un abrir y cerrar de ojos.

En retirada, Hamilton retrocedió hacia Silvester.

-Si hay justicia en este ruinoso y repugnante mundo suyo... -jadeó.

No pudo terminar la frase. Dos ángeles le atacaron al mismo tiempo; le cegaron, le dejaron sin resuello y notó que las rodillas se le doblaban, que le desaparecían las piernas debajo del cuerpo.

Marsha emitió un alarido y se lanzó a la carga, dispuesta a abrirse camino. Empuñando un largo y brillante alfiler de sombrero, lo clavó en la espalda de uno de los ángeles, el cual rugió de dolor y soltó a Hamilton. El ingeniero se apoderó rápidamente de una botella de agua mineral y movió el brazo con giro brusco. La botella estalló al chocar contra la pared; burbujas, espuma y trozos de vidrio saltaron en todas direcciones.

Arthur Silvester baboseó y se echó hacia atrás. Tropezó con la señorita Reiss quien, ágil como un felino, se revolvió, le asestó un empujón y se apartó. Con expresión atónita en el semblante, Silvester dio un traspié y se vino al suelo. Una esquina de la cama acudió al encuentro de su cráneo; se produjo un agudo chasquido cuando el occipucio del hombre y el metal del lecho entraron en colisión. Arthur Silvester dejó escapar un gruñido y perdió el conocimiento...

Y los ángeles se desvanecieron.

El alboroto tocó a su fin. La televisión enmudeció. Nada quedó allí, excepto ocho seres humanos lastimados, caídos o inclinados, en diversas posturas de dolor o defensa. McFeyffe había perdido el conocimiento de modo total y estaba parcialmente chamuscado. Arthur Silvester yacía inerte con los ojos en blanco, la lengua asomando por entre sus labios y un brazo doblado. Bill Laws, sentado en el piso, tuvo que hacer grandes esfuerzos para incorporarse. Empavorecida, la señora Pritchet asomaba la cabeza por la puerta, con la más alicaída de las expresiones en su rostro fofo. David Pritchet se encontraba sin aliento, aunque sostenía aún en los brazos unas cuantas manzanas y naranjas: proyectiles que el brusco fin de la pelea le impidió arrojar.

Al tiempo que reía histéricamente, la señorita Reiss voceó:

-Ya le tenemos. Vencimos. *¡Vencimos!*

Aturdido, Hamilton reanimó la temblorosa figura de su esposa. Esbelta y jadeante, Marsha se oprimió contra él.

-Cariño -susurró, brillantes los ojos a causa de las lágrimas-, ya está todo arreglado, ¿verdad? Ha concluido esta pesadilla.

Hamilton notó en su rostro la caricia sedosa de la ondulada cabellera castaña de la mujer. La piel, tersa y cálida, se apretó sobre los labios masculinos. Y el cuerpo de Marsha volvía a ser frágil, cimbreante, leve y suave. Las prendas de tejido áspero se habían volatilizado. Marsha se abrazó a su marido y emitió un suspiro de alivio, al observar que iba ataviada con un conjunto de algodón, a base de falda y blusa, elegante y juvenil.

-Claro -murmuró Laws, cuyos esfuerzos para levantarse iban ya a tener éxito. Tenía un ojo hinchado y las ropas hechas jirones-. El viejo bastardo ha perdido sus ganas de jaleo. Le derribamos por más de la cuenta... y eso arregló las cosas. Ahora no se encuentra en mejor situación que los demás. Y esta inconsciente.

-Hemos vencido -repetía la señorita Reiss, haciendo hincapié en el tono-. Escapamos a su conspiración.

De todos los puntos del Hospital empezaron a llegar médicos corriendo. La mayor parte de la atención facultativa se dirigió hacia Arthur Silvester. Esbozando una mueca débil, el anciano se las arregló para regresar a su asiento, delante del receptor de televisión.

-Gracias -murmuró-. Me encuentro bien, muchas gracias. Sin duda me quedé dormido. Un poco traspuesto.

McFeyffe, que empezaba a revivir, se tanteó con aire feliz la mandíbula y el cuello; sus múltiples llagas habían desaparecido. A la vez que pronunciaba un grito de alegría, se arrancó la venda y el paño de la garganta.

-Se han evaporado -chilló-. ¡Gracias a Dios!

-No se anime demasiado -le recordó Hamilton secamente-. Es mejor que abandone, ahora que está a tiempo.

-¿Qué ha ocurrido aquí? -preguntó un médico.

-Celebramos una pequeña tremolina. -Irónico, Laws indicó la caja de bombones que había caído del cajón de la mesita de noche-. Todos queríamos apoderarnos del último dulce que quedaba.

-Sólo hay una cosa pendiente -murmuró Hamilton, sumido en honda preocupación reflexiva-. Aunque probablemente se trata de una cuestión técnica.

-¿Que es ello? -quiso saber Marsha, muy pegada a Hamilton.

-Tu sueño. ¿No estábamos todos tendidos en la sala del Bevatrón, más o menos inconscientes? ¿No estábamos suspendidos físicamente en el tiempo?

-Santo Dios -se serenó Marsha-. Así es. Pero hemos vuelto... ¡y nos encontramos a salvo!

-En apariencia. -Hamilton notó los latidos del corazón de Marsha y, más despacio, la aspiración y espiración de sus pulmones-. Y eso es lo que cuenta. -El cuerpo de la mujer era cálido, suave y maravillosamente esbelto-. Mientras te haya recobrado tal y como eras antes.

Se le quebró la voz. En sus brazos, Marsha parecía grácil, desde luego. *Demasiado...*

-Marsha -dijo quedamente-, algo se *ha* torcido.

Al instante, el flexible cuerpo de la mujer se tornó rígido.

-¿Torcido? ¿Qué pretendes decir?

-Quítate la ropa. -Apresuradamente, Hamilton alargó la mano hacia el cursor de la cremallera de la falda-. ¡Vamos... rápido!

Marsha parpadeó y se retiró.

-¿Aquí? Pero, cariño... con todas estas personas...

-¡Venga! -apremió Hamilton.

Llena de confusión, Marsha empezó a desabrocharse la blusa. Se la quitó, la puso encima de la cama; luego se inclinó para hacer lo propio con la falda. Sorprendidas y horrorizadas, las personas del grupo reunido en la habitación contemplaron a Marsha, mientras se desprendía de la ropa interior y se quedaba inmóvil en el centro de la estancia.

Era tan asexual como una abeja.

-Mírate a ti misma -acusó Hamilton, fuera de sí-. ¡Por el amor de Dios, mira! ¿Es que no eres capaz de *notarlo*?

Estupefacta, Marsha bajó la vista sobre su propio cuerpo. Sus senos habían desaparecido totalmente. Su figura aparecía lisa, un poco angulosa,

Librodot

sin características sexuales primarias o secundarias de ninguna clase. Cenceña, sin vello, lo mismo podía ser un muchacho. Pero ni siquiera era eso; no era nada. Un ser absoluto e inequívocamente neutro.

-¿Qué...? -articuló, asustadísima-. No lo entiendo.

-No hemos vuelto -dijo Hamilton-. Este no es nuestro mundo.

-Pero los ángeles han desaparecido -señaló la señorita Reiss.

-Y mi flemón también -subrayó McFeyffe, al tiempo que se tocaba la mandíbula, de tamaño normal en aquel instante.

-Tampoco es el mundo de Silvester -replicó Hamilton-. Se trata de alguna otra persona. De una tercera parte. Dios misericordioso... *jamás* regresaremos. -Recurrió, angustiado, a los confundidos miembros del grupo-. ¿Cuántos mundos hay? *¿Cuántas veces va a repetirse esto?*

IX

Diseminadas por el suelo de la cámara del Bevatrón, yacían ocho personas. Ninguna de ellas conservaba totalmente el conocimiento. A su alrededor, el piso estaba sembrado de ruinas humeantes: el hormigón, convertido en cascotes y el ennegrecido metal de lo que fue la plataforma de observación, la revuelta mescolanza de materiales sobre los que poco antes estuvieron contemplando el ingenio.

Semejantes a caracoles, enfermeros y médicos descendían con cautela por unas escalas. No transcurriría mucho tiempo antes de que llegaran hasta los ocho cuerpos, antes de que la energía del generador se hubiese consumido y la zumbante corriente de protones se hubiera apagado hasta enmudecer.

Agitándose y revolviéndose en la cama, Hamilton estudiaba aquel cuadro vivo e incesante. Lo examinaba una y otra vez, escrutaba todos y cada uno de los aspectos de la escena. Cuando avanzaba hacia el desvelo, las imágenes iban difuminándose paulatinamente. Cuando volvía a hundirse en el sueño, la perspectiva resaltaba de nuevo, aguda, clarísima, precisa.

Al lado de Hamilton, su esposa se retorcía y suspiraba en sueños. En la ciudad de Belmont, ocho personas estaban removiéndose inquietas, despertándose y durmiéndose a intervalos, viendo una y otra vez los contornos del Bevatrón, las siluetas de las personas tendidas o plegadas.

Esforzándose en captar hasta el último detalle de la escena, Hamilton, contemplaba una por una, centímetro a centímetro, todas aquellas figuras.

Había empezado por su propio cuerpo, lo cual le costó un trabajo ímprobo. Fue el que llegó al suelo en último lugar. Tras estrellarse contra el piso con violencia aturdidora, quedó estirado sobre el cemento, extendidos los brazos y con una pierna debajo del tronco. Con la salvedad de la tenue oscilación producida por el aliento, no se movía en absoluto. Dios santo, se hubiese algún modo de alcanzarlo... si pudiese gritar, despertarlo, armar tanto ruido que éste atravesara las negruras de la inconsciencia. Pero era inútil.

A escasa distancia se encontraba la voluminosa humanidad de McFeyffe. El grueso rostro del hombre estaba decorado por una expresión de furiosa sorpresa; aún tenía un brazo alargado, con la mano infructuosamente extendida en un intento de agarrarse a una barandilla que ya no existía. Un hilillo de sangre se deslizaba por el orondo semblante. McFeyffe estaba herido; no cabía duda de eso. Respiraba de modo ronco e irregular. Bajo la

chaqueta, el pecho subía y bajaba penosamente.

Un poco más allá de McFeyffe se encontraba la señorita Joan Reiss. Semienterrada bajo los escombros, su organismo parecía efectuar desesperados esfuerzos para conseguir que entrase aire en los pulmones, mientras los brazos y las piernas, trataban instintivamente de apartar el montón de yeso y cemento caído sobre su cuerpo. Los cristales de las gafas estaban hechos añicos. Las prendas de vestir aparecían rotas y arrugadas. En la sien, una herida de horrible aspecto empezaba a enconarse.

La esposa de Hamilton, Marsha, no se hallaba muy lejos de aquel punto. Al verla inanimada, yerta, el corazón del ingeniero se convulsionó apesadumbrado. A Marsha le gustaba dormir, nunca quería que la despertasen. Inconscientemente, yacía con un brazo debajo del busto, alzadas las rodillas en postura casi fetal, inclinada la cabeza a un lado y el cabello castaño esparcido sobre el cuello y los hombros. Un tenue aleteo respiratorio ponía leves vibraciones en sus labios; aparte de eso, no se percibía ningún otro movimiento. Sus ropas estaban incendiadas; gradual, inexorablemente, una hilera de cárdenas chispas avanzaba rumbo a la carne. Sobre sus pies y bien torneadas pantorrillas flotaba una nube de humo acre, que oscurecía parcialmente sus extremidades inferiores. Destrozado por completo, uno de sus zapatos de tacón alto permanecía, solitario y abandonado, a cosa de un metro de distancia.

La señora Pritchet era un abultado mogote de carne palpitante, un poco ridículo como consecuencia de los colorines chillones del floreado vestido, el cual presentaba horribles quemaduras. El sombrero de fantasía, quedó deshecho por la lluvia de cascotes que se le vino encima. El bolso, que la violencia del choque le arrancó de la mano, estaba abierto, y su contenido se desparramaba caóticamente a ambos lados de la mujer.

Casi perdido entre las ruinas, apenas se distinguía a David Pritchet. El niño gimió una vez. Luego se agitó brevemente. Un trozo retorcido de viga metálica se mantenía encima de su pecho, impidiéndole levantarse. Hacia el chico avanzaba el personal médico, aquel equipo de andares lentos. ¿Qué diablos les sucedía? A Hamilton le entraron unos deseos locos de gritar, de rugir histéricamente. ¿Por qué no se daban más prisa? Habían transcurrido cuatro noches...

Pero no allí. En aquel mundo, el mundo real, sólo discurrieron unos cuantos segundos.

Entre montones de desgarrada tela metálica estaba caído el guía negro, Bill Laws. El enjuto cuerpo yacía contorsionado, abiertos los ojos, que miraban vidriosamente, sin verla, la pila de humeante materia orgánica situada un poco más allá. Aquella pila era el flaco y quebradizo cuerpo de Arthur Silvester. El viejo había terminado por perder el conocimiento... el dolor y la postración nerviosa de sus huesos fracturados contorsionaban horriblemente su rostro. De todo el grupo, Arthur Silvester era el que sufría heridas más graves.

Allí se encontraban todos. Ocho cuerpos inertes y lacerados. Un cuadro descorazonador. Pero Hamilton, mientras se agitaba y se revolvía en el cómodo lecho, junto a la encantadora Marsha, hubiera dado cualquier cosa terrena a cambio de poder regresar. Volver a la sala del Bevatrón y despertar a su inanimada contrapartida física... Y recuperar su propia capacidad mental, arrancándola del rumbo desorientado por el que se había perdido.

En todos los universos posibles, el lunes era lunes. A las ocho y media de la mañana, Hamilton iba sentado en un compartimiento de un tren para viajeros de abono de la *Southern Pacific*. Llevaba sobre las rodillas, desplegado, un ejemplar del *«Chronicle»* de San Francisco, que repasaba durante el trayecto, costa arriba, hacia la *Agencia para el Fomento de la Electrónica*. Suponiendo, claro está, que la AFE existiese. En aquellos instantes, no podía afirmarlo.

En torno suyo, indiferentes empleados administrativos fumaban, leían revistas o hablaban de temas deportivos. Hundido en el asiento, Hamilton meditó en ellos. ¿Se daban cuenta de que no eran más que dislocadas ficciones del mundo fantástico de alguna otra persona? Al parecer, no se percataban de tal cosa. Con aire apacible, emprendían su acostumbrada rutina de los lunes, ajenos al hecho de que todos y cada uno de los aspectos de su existencia eran manipulados por un ser invisible.

No resultaba difícil presumir la identidad de ese ser. Con toda probabilidad, siete de los ocho miembros del grupo lo habrían adivinado ya. Hasta su esposa lo descubrió. A la hora del desayuno, Marsha se encaró con él y, en tono solemne, dijo:

-La señora Pritchet. Me he pasado dándole vueltas a la cabeza al asunto. Estoy *segura.*

-¿Por qué una certeza tan absoluta?

-Porque -repuso Marsha, plenamente convencida- es la única a la que se le ocurriría esta clase de jugarreta. -Marsha se pasó las manos por la lisa superficie de su cuerpo-. Es exactamente la especie de imbecilidad victoriana que lanzaría sobre nosotros.

Si hubiese quedado alguna duda en el cerebro de Hamilton, no tuvo más remedio que disiparse al echar un vistazo a su alrededor, mientras el tren salía de Belmont. Obedientemente detenido ante una cabaña rural, distinguió por la ventanilla la figura de un caballo enganchado a un carro cargado de chatarra: piezas oxidadas de automóviles abandonados. El caballo llevaba calzones.

-South San Francisco -anunció el revisor, tras aparecer en el extremo del traqueteante vagón.

Hamilton se guardó el periódico en el bolsillo y se integró en el menguado conjunto de funcionarios que se dirigió a la salida. Varios minutos después, caminaba con aire sombrío en dirección a los edificios, rutilantemente blancos, que constituían la *Agencia para el Fomento de la Electrónica.* Al menos, la empresa existía... era un principio esperanzador. Cruzó los dedos y rezó con fervor, pidiendo que su empleo formase parte de aquel mundo.

El doctor Guy Tillingford le recibió en el despacho exterior.

-Puntual y animado, por lo que veo -le saludó, derrochando cordialidad, al tiempo que le estrechaba la mano-. Dispuesto a efectuar una salida rápida.

Hamilton se tranquilizó de manera considerable y empezó a quitarse la chaqueta. La AFE existía y él contaba aún con su empleo. En aquel desarticulado imperio, Tillingford contrató sus servicios; lo cual ya era mucho. Un problema importante que podía borrar de su agenda de preocupaciones.

-Ha sido un buen detalle, por su parte, el de concederme un día libre -manifestó Hamilton cautelosamente, mientras Tillingford le acompañaba pasillo adelante, rumbo a los laboratorios-. Se lo agradezco en el alma.

-¿Qué tal te fue? -se interesó Tillingford.

Aquello era una frenada en seco. En el mundo de Silvester, Tillingford le envió a consultar al profeta del *Segundo Nabí*. Eran remotísimas las probabilidades de que tal cosa continuase teniendo vigencia... De hecho, podía descartarse tranquilamente. Hamilton trató de ganar tiempo.

-Regularcillo, teniendo en cuenta las circunstancias. Claro que se trataba de algo que no entra de lleno en mi...

-¿Te costó trabajo encontrar el sitio?

-En absoluto. -Sudando la gota negra, Hamilton se preguntó qué habría hecho en aquel mundo. Empezó-: Fue... fue usted muy amable. Precisamente el primer día.

-No tiene importancia. Pero dime una cosa. -Ante la puerta del laboratorio, Tillingford hizo un breve alto-. ¿Quién ganó?

-¿Que... quien... ganó?

-¿Se llevó el premio tu pupilo? -Sonriente, Tillingford le palmeó la espalda-. Por Dios, apuesto a que sí. Lo leo en la expresión de tu rostro.

El elegante Director de Personal avanzó a largas zancadas por el pasillo, con una abultada cartera bajo el brazo.

-¿Cómo se portó? -quiso saber. Emitió una risita húmeda y dio unos golpecitos de suficiencia en el brazo de Hamilton-. ¿Tiene algo que enseñarnos? ¿Una cintita, tal vez?

-Ha decidido mostrarse reservado y modesto -confió Tillingford-. Ernie, ¿por qué no insertar una pequeña gacetilla en el boletín de la oficina? Puede que al personal le interese la noticia.

-Le sobra a usted razón -convino el Director-. Tomar nota de eso. -Se dirigió a Hamilton-. ¿Cómo dijo que se llama su gato?

-¿Qué? -articuló Hamilton, casi sin voz.

-El viernes, cuando hablamos de ello. Maldito si me acuerdo. Quiero apuntarlo perfectamente deletreado, para que en el boletín salga bien escrito su nombre.

En aquel universo, habían concedido a Hamilton un día libre -su primera jornada laboral en un nuevo empleo- para que presentase a «Morrongo Atolondrado» en un concurso de animalitos domésticos. En su fuero interno, dejó escapar un gemido. En varios sentidos, el mundo de la señora Pritchet iba a ser más duro de sobrellevar que el de Arthur Silvester.

Después de reunir todos los detalles relativos a la exposición de animales, el Director de Personal se alejó, presuroso, dejando a Hamilton y a su jefe uno frente al otro. Había llegado el momento crucial; ya no era posible dar largas al asunto.

-Doctor -comenzó Hamilton, sombrío, dispuesto a pasar cuanto antes el mal trago-, tengo que confesarle algo. El viernes, estaba tan excitado por el hecho de que iba a trabajar para usted que... -Sonrió plañideramente-. Bueno, con franqueza, no me acuerdo de nada de lo que dijimos. Toda la conversación no es más que una vaga nebulosa en mi memoria.

-Lo comprendo, hijo mío -le tranquilizó Tillingford y, de soslayo, le dirigió una mirada paternal-. No te atormentes... tendrás oportunidades de sobra para ponerte al día. Confío en que estarás aquí, con nosotros, mucho tiempo y que te gustará.

-La verdad es que -Hamilton se zambulló de cabeza- ni siquiera me acuerdo de la naturaleza del trabajo que voy a desempeñar. ¿No es para

Librodot

reírse?

Ambos soltaron la carcajada para corroborarlo.

-Desde luego, resulta divertido, hijo mío -concedió Tillingford por último, mientras se secaba las lágrimas de hilaridad que humedecían sus ojos-. Creí que había oído ya todas las ocurrencias graciosas...

-¿Supone usted que...? -Hamilton se esforzó para que su voz estuviese matizada de ligereza e indiferencia-. Bueno, antes de dejarme solo ante el peligro, ¿por qué no me esboza un rápido cursillo, en síntesis, acerca de lo que me espera?

-Bien... -dijo Tillingford para empezar. Parte de su buen humor se había volatilizado y fue sustituido por una expresión solemne, meditativa, importante. Se extendió por su rostro una capa como de ausencia, dando la impresión de que, en el vacío, estaba contemplando un cuadro de conjunto, visto en perspectiva-. No creo que resulte perjudicial dar un repaso a los puntos fundamentales. Es importante, como digo siempre, volver de vez en cuando a los postulados básicos. Así se evita desviarse demasiado del rumbo general.

-Verificación -convino Hamilton.

Rogó en silencio para que, fuera lo que fuese, estuviera en condiciones de adaptarse a ello. ¿Cuál sería la concepción de Edith Pritchet respecto a las funciones de una factoría gigantesca de investigación electrónica?

-La AFE -empezó Tillingford-, como sabes, es un elemento de importancia principalísima dentro de la estructura social del país. Tiene que cumplir una tarea vital. Y la *está* cumpliendo.

-Desde luego -manifestó Hamilton.

-Lo que hacemos aquí, en la AFE, es algo más que un simple trabajo. Me atrevo a decir que es mucho más que una mera aventura económica. La AFE no se fundó con intenciones de lucro.

-Le entiendo -asintió Hamilton.

-Jactarse de que la AFE es un éxito financiero por todo lo alto constituiría una nimiedad estéril. Pero lo cierto es que rinde suculentos beneficios. Aunque eso carece de importancia. Nuestra tarea aquí -una tarea enorme y remunerativa- va mucho más allá que cualquier concepto de provecho o ganancia material. Especialmente, esto reza en tu caso. Como principiante joven e idealista, tú te ves impulsado por la misma clase de celo que me apremiaba a mí tiempo atrás. Ahora soy viejo. He trabajado casi cuanto tenía que trabajar. Algún día, quizá muy próximo en el futuro, dejaré la carga sobre otros hombros más enérgicos y voluntariosos.

Con la mano apoyada en el brazo de Hamilton, el doctor Tillingford introdujo a su acompañante a la vasta red de Laboratorios de Investigación de la AFE.

-Nuestra finalidad -adoptó un tono grandilocuente- estriba en poner los enormes recursos y talentos de la industria electrónica al servicio de la obra magna de elevar el nivel cultural de las masas. De colocar el arte al alcance de la inmensa mayoría de los componentes de la raza humana.

Hamilton se soltó violentamente de la mano del hombre.

-¡Doctor Tillingford! -gritó-. ¿Es usted capaz de repetir eso mientras me mira directamente a los ojos?

Estupefacto, Tillingford se quedó inmóvil, sin saber hacer otra cosa que no fuera abrir y cerrar la boca.

-Pero, Jack... -murmuró-. ¿Qué...?

-¿Cómo puede plantarse ahí y recitar toda esa sarta de tonterías? Es usted un hombre educado e inteligente; uno de los más importantes investigadores del mundo. -Al tiempo que agitaba los brazos con frenesí, Hamilton siguió voceando reproches al anciano-. ¿Es que no tiene cerebro propio? Por el amor de Dios... trate de recordar quién es. ¡No permita que le suceda lo que está sucediendo!

Tillingford, desconcertado, entrelazó las manos tímidamente y tartamudeó:

-Jack, hijo mío. ¿Qué ventolera te ha dado?

Hamilton se estremeció. Era inútil; estaba perdiendo el tiempo. De súbito, le asaltó un deseo vehemente de estallar en carcajadas. La situación era increíble y absurda; podía muy bien guardarse su enojo. No era culpa del pobre Tillingford... A Tillingford se le podía reprochar tanto como al caballo de los calzones que había visto enganchado a un carro de chatarra.

-Lo lamento -articuló en tono cansino-. Tengo los nervios alterados.

-Santo Dios -dijo Tillingford, que empezaba a recuperarse de la sorpresa-. ¿Te importa que me siente un momento? Mi corazón no está en muy buenas condiciones... nada grave, una extraña dolencia llamada taquicardia paroxismal. Dispénsame.

Se precipitó al interior de un despacho lateral, cerró la puerta de golpe y hasta el pasillo se filtraron los ruidos que producía un frasco de medicina que se abría precipitadamente y los de una píldora que alguien se tomaba.

Lo más probable era que hubiese perdido su empleo, así que Hamilton se sentó con negligencia en un banco y sacó su paquete de cigarrillos. Una salida estupenda... no pudo haber empezado de peor manera.

Despacio, con precaución, la puerta del despacho lateral comenzó a abrirse. El doctor Tillingford, desorbitados los ojos y temerosa la mirada, asomó la cabeza por el hueco.

-Jack -llamó con voz débil.

-¿Qué? -repuso Hamilton en un murmullo, sin alzar la vista.

-Jack -insistió Tillingford, vacilante-, *quieres* proporcionar cultura a las masas, ¿no es cierto?

Hamilton suspiró.

-Claro, doctor. -Se puso en pie y miró al anciano-. Adoro esa tarea. Es lo mejor que se ha inventado.

El alivio inundó el semblante de Tillingford.

-Loado sea el Cielo. -Restaurada de algún modo la confianza en sí mismo y en sus fuerzas, el hombre se aventuró a salir al pasillo-. ¿Te consideras lo bastante preparado como para empezar a trabajar? Yo... ejem... no quiero someterte a una presión excesiva...

Un mundo compuesto y habitado por multitud de personas idénticas la Edith Pritchet. Podía vislumbrarlo ya: bondad, amistad, colaboración, dulzura de sacarina. Sin hacer, pensar ni creer en nada, salvo en lo bueno y en lo hermoso.

-¿No va a despedirme? -preguntó.

-¿Despedirte? -Tillingford parpadeó-. ¿Por qué rayos iba a hacerlo?

-Le insulté groseramente.

Tillingford tuvo energías suficientes para soltar una tenue risita.

-No te preocupes. Hijo mío, tu padre fue uno de mis mejores amigos.

Librodot

Recuérdame cualquier día que te cuente alguna de las numerosas trifulcas furibundas que tuvimos. De tal palo tal astilla, ¿eh, Jack? El mismo genio irritable.

Palmeó la espalda de Hamilton con cuidado y le condujo a los laboratorios. Técnicos y equipos mecánicos se extendían en todas direcciones; un conjunto vibrante de proyectos de investigación electrónica, que llenaba el aire de zumbidos atareados.

-Doctor -apuntó Hamilton, sin mucha convicción-, ¿puedo formularle una pregunta? Es simple curiosidad.

-Pues, claro que sí, hijo mío. ¿De qué se trata?

-¿Se acuerda usted de alguien llamado (Tetragramatón)?

El doctor Tillingford pareció confuso.

-¿A qué viene eso? ¿(Tetragramatón)? Me parece que no. No, no consigo recordar a nadie que se llame así.

-Gracias -dijo Hamilton, tristón-. Sólo deseaba estar seguro. Pero ya me figuraba que su respuesta sería esa.

De encima de una mesa de trabajo, el doctor Tillingford recogió un ejemplar del *«Diario de las Ciencias Aplicadas»,* correspondiente a noviembre de 1959.

-Aquí hay un artículo que ha circulado bastante entre los miembros de nuestro cuadro de colaboradores. Puede que te interese, aunque en esta época que corre se considera materia anticuadilla. Se trata de un análisis de los escritos que redactó uno de los hombres más significativos de nuestro siglo: Sigmund Freud.

-Estupendo -silabeó Hamilton con voz carente de entonación.

Estaba preparado para todo.

-Como sabes, Sigmund Freud desarrolló el concepto psicoanalítico del sexo como sublimación del impulso artístico. Demostró que, al no proporcionar medios válidos de expresión a las fundamentales y básicas inclinaciones humanas hacia la creación artística, estas apremiantes tendencias natas se transforman y alteran, desembocando en una forma de sustitución: la actividad sexual.

-¿Eso es cierto? -murmuró Hamilton, resignado.

-Freud demuestra que en ningún ser humano saludable y carente de inhibiciones se albergan estímulos sexuales, y que no posee curiosidad ni interés por la sexualidad. Contrariamente a la idea que se tenía, idea arraigada y tradicional, el sexo es una preocupación artificial por entero. Cuando a un hombre o a una mujer se le ofrece la posibilidad de entregarse a actividades artísticas decentes y normales -música, pintura, literatura-, el denominado impulso sexual se consume por sí mismo. La actividad sexual es la forma oculta, secreta y solapada bajo la cual opera el talento artístico, cuando la mecánica sociedad somete al individuo a una inhibición contranatural.

-Claro -dijo Hamilton-. Aprendí eso en el preuniversitario. Eso o algo muy parecido.

-Afortunadamente -continuó Tillingford-, la resistencia inicial al prodigioso descubrimiento de Freud ha sido superada ya. Como es lógico, tuvo que enfrentarse a una oposición terrorífica. Mas, por suerte, todos los obstáculos están terminando de derrumbarse. Hoy en día, es raro encontrar una persona que hable de temas sexuales. Utilizo, date cuenta, esos términos en

sentido clínico, para describir una situación clínica anormal.

Esperanzadamente, Hamilton preguntó:

-¿Insinúa usted que queda un resto de esa clase de ideas tradicionales entre las clases inferiores?

-Bueno -concedió Tillingford-, tardaremos algún tiempo en llegar a todo el mundo. -Se animó, recuperando su entusiasmo-. Y esa es nuestra tarea, hijo mío. Esa es la misión del Gremio Electrónico.

-Gremio -susurró Hamilton.

-No alcanza del todo la categoría de arte, me temo. Pero tampoco está muy lejos de ello. Nuestro trabajo, hijo mío, consiste en seguir investigando hasta dar con el *último medio de comunicación,* el sistema máximo, el ingenio ideal que no deje piedra sin remover. Y con el cual, todos los seres humanos quedarán frente a la herencia artística y cultural de la civilización. ¿Me comprendes?

-Ya me dedicaba a eso -repuso Hamilton-. Desde hace años, tengo en casa un equipo completo de alta fidelidad.

-¿Alta fidelidad? -Tillingford se manifestó encantado-. No me había percatado de que te interese tanto la música.

-Sólo los sonidos.

Sin hacer caso, Tillingford se embaló:

-Entonces tendrás que ingresar en la Orquesta Sinfónica de la Compañía. Hemos desafiado a la del Coronel T.E. Edwards a un concierto que se celebrará a últimos de diciembre. Por Dios, se te ofrecerá la ocasión de tocar en contra de tu antigua empresa. ¿Qué instrumento es el tuyo?

-El ukelele.

-Principiante, ¿eh? ¿Qué me dices de tu esposa? ¿También toca?

-El rabel.

Confundido, Tillingford cambió de conversación.

-Bueno, ya hablaremos luego de eso. Imagino que estarás deseando ponerte a trabajar.

A las cinco de aquella tarde, Hamilton recibió permiso para dejar su diagrama y poner a un lado las herramientas de su oficio. Se unió a los demás operarios que regresaban al hogar, cruzó la planta fabril y salió a los senderos de gravilla, bordeados de árboles, que llevaban a la calle.

Se disponía a volver la cabeza para orientarse y localizar la estación de ferrocarril, cuando un familiar automóvil de color azul se acercó al cordón de la acera y se detuvo silenciosamente junto a él. Al volante del cupé marca *Ford* iba Silky.

-Que me aspen -dijo Hamilton-. ¿Qué hace usted por aquí? Precisamente estaba pensando en emprender su búsqueda.

Sonriente, Silky abrió la portezuela del vehículo para que subiese Hamilton.

-Averigüé tu nombre y domicilio en la tarjeta de registro. -Indicó el rectángulo de blanca cartulina adherido al árbol del volante-. Al final, resultó que decías la verdad.

Mientras se acomodaba cansinamente al lado de la chica, Hamilton observó:

-Sin embargo, ni la tarjeta ni yo dijimos dónde trabajo.

-No -reconoció Silky-. Recurrí a tu esposa y ella me informó acerca del sitio en que te encontraría.

Librodot

Durante la pausa que Hamilton dedicó a contemplar a la muchacha, dominado por el abatimiento, Silky puso el coche en marcha.

-No te importa que conduzca yo, ¿verdad? -comentó la joven, en tono reflexivo-. Es que tu pequeño automóvil me ha robado el corazón... ¡es tan mono, tan primoroso y tan fácil de manejar!

-Conduzca, conduzca -dijo Hamilton, sin salir de su pasmo-. ¿Llamó... llamó a Marsha?

-Celebramos una larga charla de corazón a corazón -le informó placenteramente.

-¿Sobre qué?

-Sobre ti.

-¿Sobre mí?

-De tus gustos. De lo que haces. Oh, de todo lo relativo a tu persona. Ya sabes cómo les encanta hablar a las mujeres.

Reducido a un silencio impotente, Hamilton miró sin ver el *Camino Real* y la riada de vehículos que avanzaban por la Península, rumbo a las diversas villas suburbanas. A su lado, Silky conducía con aire feliz, iluminada y alegre su aguda carita. En aquel mundo intachable, la chica había sufrido una transformación radical. Su rubia cabellera formaba dos trenzas amarillas, que le caían por la espalda. Llevaba blusa de color blanco y falda azul oscuro, bastante larga. Calzaba zapatillas planas, sin adornos de ninguna clase. En todos los aspectos, parecía una estudiante de Bachillerato, desprovista totalmente de artificios. No iba pintada. Su anterior expresión de embaucadora brillaba por su ausencia. Y su figura, como la de Marsha, estaba por desarrollar.

-¿Qué tal le fue?

-Pues, estupendamente.

-¿Se acuerda -preguntó Hamilton, precavido- de la última vez que nos vimos? ¿Recuerda lo que pasaba?

-Claro que sí -respondió confiadamente- Charley McFeyffe y tú ibais hacia San Francisco.

-¿Para qué?

-McFeyffe quería que visitases su iglesia.

-¿Lo hice?

-Supongo que sí. Ambos desaparecisteis en su interior.

-Y luego, ¿qué?

-No tengo idea. Luego me quedé en el automóvil.

-¿No... no vio nada?

-¿Cómo qué?

Hubiera resultado extraño decir: «Como dos hombres adultos elevándose hacia el Cielo agarrados a un paraguas». Así que no lo dijo. En vez de eso, preguntó:

-¿Adónde vamos? ¿Volvemos a Belmont?

-Naturalmente. ¿A qué otro sitio podemos ir?

-¿A mi casa? -Adaptarse a aquel mundo iba a resultar un proceso muy lento-. Marsha, usted y yo...

-Todo está a punto para la cena -manifestó Silky-. O lo estará para cuando lleguemos. Marsha me telefoneó al lugar donde trabajo, me dijo lo que quería de la tienda y lo recogí.

-¿Al lugar donde trabaja? -Fascinado, Hamilton preguntó-: ¿Qué, ejem,

clase de empleo desempeña?

Silky se le quedó mirando, perpleja.

-Jack, eres un hombre verdaderamente extraño.

-¿Ah, sí?

Turbada, Silky continuó observándole, hasta que llegó a ellos un apagado chirrido de frenos y se vio obligada a volver la vista de nuevo hacia la carretera.

-La bocina -aleccionó Hamilton.

Un elefantisíaco camión estaba a su derecha, bloqueándoles el camino.

-¿Qué? -preguntó Silky.

Fastidiado, Hamilton se inclinó y apretó el botón de la bocina. Nada sucedió; ningún ruido se produjo.

-¿Por qué hizo eso? -se extrañó Silky, al tiempo que aminoraba la velocidad y permitía que el mastodonte de la autopista les adelantara definitivamente.

Hamilton volvió a hundirse en la meditación y archivó otro dato en la reserva de su almacén de sabiduría. En aquel mundo, las *bocinas automovilísticas* habían sido abolidas. Y dada la densidad del tránsito rodado que circulaba por allí, el estruendo hubiera tenido que ser apocalíptico.

En su operación de limpieza de males, Edith Pritchet no sólo erradicaba determinados objetos, sino todos los de su clase. Probablemente, en algún momento y lugar remotos, una bocina debió de molestarla. Y entonces, en su grata versión imaginativa del mundo, tales cosas no existían. Sencillamente, no *estaban* allí.

Sin duda, su lista de cosas incordiantes era considerable. Y no había medio para adivinar qué figuraba y qué no figuraba en esa relación. Hamilton no pudo evitar acordarse de la canción que entonaba Koko en *«El Mikado»:*

> *...La verdad es que no importa a quién puedas poner en la lista,*
> *porque a ninguno de ellos se le echará de menos...*
> *¡No se notará la ausencia de ninguno!*

El recuerdo no era para animar a nadie. Cualquier cosa, objeto o acontecimiento que hubiese alterado desfavorablemente la lisa superficie de la insípida existencia que vivió la mujer durante la cincuentena de años que llevaría en la tierra, había sido eliminado sin más ni más. Hamilton podía adivinar unos cuantos de esos acontecimientos, cosas u objetos. E incluso personas. Los basureros que armaban ruido con los cubos de desperdicios. Los vendedores domiciliarios que iban de puerta en puerta. Las facturas y las declaraciones de impuestos de todas clases. Los niños llorones (acaso *todos* los niños). Las bebidas alcohólicas. La suciedad. La pobreza. El sufrimiento general.

Sería asombroso que quedase algo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Silky, rezumando simpatía e interés-. ¿No te encuentras bien?

-La culpa la tiene la niebla -respondió Hamilton-. Siempre me deja un poco indispuesto.

-¿Qué es la niebla? -inquirió Silky-. ¡Vaya palabra más rara!

Librodot

Durante largo rato, no hubo conversación. Hamilton se limitó a permanecer sentado y a tratar en vano de mantenerse cogido a lo razonable.

-¿Quieres que nos detengamos en algún punto del trayecto? -ofreció Silky, amable-. ¿Te apetece un vaso de limonada?

-¿Por qué no se calla de una vez? -estalló Hamilton.

Parpadeando, Silky le disparó una mirada temerosa.

-Lo siento. -Contraído sobre sí mismo, Hamilton forzó sus meninges para esbozar una excusa-. He empezado hoy a trabajar en un nuevo empleo... resulta un poco duro.

-Me lo imagino.

-¿De veras? -Hamilton no pudo impedir que asomase en su voz cierto gélido cinismo-. A propósito... iba a decírmelo. ¿A qué se dedica últimamente?

-A lo mismo.

-¿Y en qué consiste su ocupación?

-Sigo en el *Fondeadero*.

Hamilton recobró cierta dosis de confianza. Por lo menos, algunas cosas continuaban existiendo. El *Fondeadero* seguía funcionando. Un fragmento de realidad quedaba allí, dispuesto para que pudiese cimentar su confianza sobre él.

-Vayamos al *Fondeadero* -propuso enseguida-. Tomemos un par de cervezas antes de volver a casa.

Cuando llegaron a Belmont, Silky estacionó el coche junto a la acera de enfrente, respecto al bar. Con ojo crítico, Hamilton estuvo unos segundos inspeccionando el lugar. Visto a aquella distancia, el establecimiento no parecía haber cambiado. Un poco más limpio, quizás. Más flamante. Se había acentuado el elemento náutico; daba la impresión de que las alusiones al alcohol estaban sutilmente disminuidas. De hecho, tuvo que esforzarse para leer el letrero de *«Áureo Resplandor».* Los caracteres, antes de un rojo brillante y preciso, parecían unirse unos a otros y formar una mancha indescriptible. Si no hubiese sabido de antemano lo que decía el letrero...

-Jack -articuló, con voz suave y turbada-. Quisiera que me lo explicases.

-Que le explique ¿qué?

-No... no sabría decírtelo. -Silky sonrió y le dirigió una mirada vacilante- Noto un algo *extraño* en mí. Parece como si un sinfín de recuerdos entremezclados anduvieran sueltos por mi cabeza. No puedo captar nada concreto; sólo se trata de un manojo de vagas impresiones.

-¿Acerca de qué?

-De ti y de mí.

-Ah -Hamilton inclinó la cabeza-, eso. ¿Y McFeyffe?

-También Charley. Y Bill Laws. Parece que se trata de algo que sucedió hace mucho tiempo. Pero no podría ser... ¿O sí? ¿No te conoce a ti? -Se oprimió las sienes con sus finos dedos; de modo inconsciente, Hamilton observó que no llevaba laca en las uñas-. Todo esto es condenadamente confuso.

-Me gustaría poder ayudarla. -Y Hamilton era sincero, no obstante su empeño en no aceptar el tuteo de la joven-. Pero lo cierto es que yo también llevo unos días bastante perplejo.

-¿No va todo bien? Me siento como si fuera a atravesar el piso del arroyo. Ya sabes... como si, al poner el pie en el suelo, éste fuera a abrirse para que

me hundiera. -Soltó una carcajada nerviosa-. Debe de ser hora de buscarme otro psiquiatra.

-¿Otro? ¿Quiere decir que ya tiene uno ahora?

-Pues, claro. -Volvió su rostro cargado de ansiedad hacia Hamilton-. Eso quiere decir, exactamente. Te expresas de un modo que me hace sentirme insegura. No deberías formularme preguntas semejantes, Jack; no es justo... Duelen demasiado.

-Lo lamento -articuló Hamilton con torpeza-. No es culpa suya; no tiene por qué atormentarse.

-¿Culpa mía? ¿Qué?

-Olvidémoslo. -Hamilton abrió la portezuela y se apeó. Dio unos pasos por la oscura acera-. Entremos a tomar nuestras cervezas.

El *Fondeadero* había sufrido una extraordinaria metamorfosis interna. Pequeñas mesas cuadradas, cubiertas con blancos manteles de algodón, almidonados, aparecían esparcidos por la sala, más o menos estratégicamente. En cada uno de tales veladores había una vela encendida. Colgaban de las paredes varias series de grabados de Currier e Ives. Unas cuantas parejas de mediana edad ocupaban algunas mesitas; consumían platos de ensalada.

-Es más bonito hacia el fondo -informó Silky, mientras le conducía por entre las mesas.

Pronto estuvieron sentados en la penumbra de un reservado de la parte de atrás, con la carta de platos en las manos.

La cerveza, cuando se la sirvieron, resultó ser la de mejor calidad, o poco menos, que Hamilton había probado en su vida. Al examinar la carta, descubrió que se trataba de auténtica cerveza *McCoy*: cerveza genuinamente alemana, de la clase que raramente se localizaba. Por primera vez, desde su ingreso en aquel mundo, Hamilton se sintió optimista, incluso jubiloso.

-He aquí algo estupendo -declaró, al tiempo que alzaba su jarra.

Silky hizo lo propio, sonriente.

-No sabes lo formidable que me parece volver a estar aquí sentada contigo -dijo, y tomó un sorbo de cerveza.

-Claro.

Mientras jugueteaba con su bebida, Silky preguntó:

-¿Me recomiendas algún psiquiatra en particular? He probado con más de cien... Y siempre voy al siguiente de la lista en mi búsqueda del mejor. Todo el mundo tiene uno que recomendar.

-Pues, yo no -repuso Hamilton.

-¿De veras? ¡Qué original! -Miró por encima del ingeniero, hacia el grabado de Currier e Ives que colgaba en la pared, detrás de la mesa; era un paisaje invernal de Nueva Inglaterra en 1845-. Supongo que tendré que recurrir a la AMHM y ver a alguno de sus facultativos. Suelen aliviar.

-¿Qué es la AMHM?

-La *Asociación Movilizada de Higiene Mental*. ¿Acaso no eres socio? Todo el mundo lo es.

-Tengo un carácter individualista y marginal.

Silky se sacó del bolso de mano la tarjeta que la acreditaba como miembro de aquella sociedad y se la enseñó a Hamilton.

-Se hacen cargo de todas las cuestiones relacionadas con la salud mental de una. Solucionan todos los problemas de esa especie. Es maravilloso... a

cualquier hora del día o de la noche están dispuestos para hacer un psicoanálisis.

-¿Y también se encargan de la medicina regular?

-¿Te refieres a lo psicosomático?

-Eso creo.

-Pues, sí, también se cuidan de eso. Y tienen servicio permanente de dietética; está de guardia durante las veinticuatro horas del día.

Hamilton gimió.

-(Tetragramatón) era mejor.

-¿(Tetragramatón)? -Silky empezó a balbucear de pronto-. ¿Conozco ese nombre? ¿Qué significa? Tengo una especie de vaga impresión de que... -Sacudió la cabeza con aire triste-. No consigo ubicarlo.

-Háble me de la dietética.

-Bueno, se cuidan de la dieta de uno.

-Eso ya pude colegirlo.

-La alimentación correcta es algo muy importante. Ahora precisamente mi nutrición se basa en miel y requesón.

-A mí que me den buenos bifes -expresó Hamilton en tono soñador.

Sobresaltada, Silky se le quedó mirando. Rezumaba horror.

-¿Bifes? ¿Carne de animal?

-Puede apostar lo que quiera. Y en grandes cantidades. Carne estofada, con cebollas, patatas, guisantes. Y luego, café bien negro.

El horror se transformó en repugnancia.

-¡Oh, *Jack*!

-¿Qué ocurre?

-¡Eres un... *salvaje*!

Hamilton se inclinó hacia la chica por encima de la mesa, y propuso:

-¿Qué le parece si nos fuéramos de aquí? Montemos en el coche, vayamos hacia alguna carretera solitaria, detengámonos y practiquemos el amor.

El semblante de la joven no manifestó más que confusa indiferencia.

-No te entiendo.

Hamilton se derrumbó.

-Olvídelo.

-Pero...

-¡Olvídelo! -Meditabundo, apuró de un trago la cerveza que le quedaba en la jarra-. Vamos, lleguémonos a casa y cenemos. Probablemente, Marsha se estará preguntando qué habrá sido de nosotros.

X

Marsha les acogió muy aliviada cuando entraron en la luminosa salita de estar.

-Llegáis en el momento justo -dijo a Hamilton, mientras se ponía de puntillas para darle un beso de bienvenida. Con su delantal y su vestidito estampado, presentaba una figura esbelta, cálida y fragante-. Anda, ve a lavarte y siéntate.

-¿Puedo ayudar en algo? -se ofreció Silky cortésmente.

-Faltaría más. Hazte cargo de su chaqueta, Jack.

-No es necesario -repuso Silky-. La tiraré encima de la cama y santas

pascuas.

La muchacha salió presurosa de la estancia, dejándoles a solas un momento.

-Esto es lo más inconcebible que he visto jamás -comentó Hamilton, mientras pasaba a la cocina, en pos de su esposa.

-¿Te refieres a Silky?

-Sí.

-¿Cuándo la conociste?

-La semana pasada. Es amiga de McFeyffe.

-Una chica muy linda. -Marsha se inclinó y saco del horno una humeante cacerola-. Tan dulce, tan gentil, tan radiante...

-Cariño, es una cortesana.

-¡Oh! -Marsha pestañeó-. ¿De veras? No tiene el aspecto de... de eso que has dicho.

-Claro que no. En este mundo no se lo permitirían.

-Entonces, Silky no lo es. No es posible que lo sea -se animó Marsha.

Irritado, Hamilton se interpuso en su camino, cuando Marsha se disponía a ir a la sala con la cacerola.

-Lo es. En el mundo real se dedica a alternar en los bares a la caza de hombres y de invitaciones. Es una buscona profesional.

-¿Ah, sí? -articuló Marsha, sin dejarse convencer-. Pues, no lo creo. Celebramos una larga conversación por teléfono. Trabaja de camarera o algo así. Y es una chiquilla encantadora.

-Nena, cuando sus órganos estaban intactos...

Se interrumpió al reaparecer Silky, atrevidilla e ingenua a la vez, con su atavío de escolar adolescente.

Hamilton se dio por vencido.

-Al diablo con todo.

Recogió el *«Tribune»* de Oakland, diario vespertino, y fue a sentarse en el sofá, en el extremo opuesto al que ocupaba Silky. Echó un vistazo a los titulares del periódico.

¡FEINBERG ANUNCIA UN NUEVO DESCUBRIMIENTO, UN PRODUCTO QUE CURARÁ EL ASMA DE MODO PERMANENTE!

El artículo, en primera página, lo encabezaba el retrato de un médico sonriente, rechoncho y calvo, vestido con bata blanca, propio de un reclamo de pasta dentífrica. El texto del reportaje se extendía en consideraciones acerca de aquel descubrimiento sensacional que iba a estremecer al mundo. Primera columna, página número uno.

En la columna dos, también de la primera página, había un larguísimo artículo, sobre los hallazgos arqueológicos efectuados en Oriente Medio. Se habían desenterrado ollas, platos, vasijas, etc., y se había localizado toda una ciudad de la Edad de Hierro. La raza humana contemplaba aquello con la respiración alterada.

Una especie de curiosidad morbosa dominó a Hamilton. ¿Qué había sido de la Guerra Fría entablada con Rusia? Y a propósito de eso, ¿qué había sido de Rusia? Revisó precipitadamente las páginas restantes. Lo que observó, lo que no vio, mejor dicho, hizo que se le pusieran de punta los pelos de la nuca.

Rusia, como nación, había sido eliminada. Era demasiado penosamente desagradable. Millones de hombres y mujeres, millones de kilómetros

cuadrados de territorio... *¡borrados del mapa!* ¿Qué había quedado en su lugar? ¿Una llanura estéril? ¿Un vacío brumoso? ¿Un hoyo inmenso?

En cierto sentido, no había primera plana en aquel periódico, tal como se entiende convencionalmente... Empezaba con la sección dos el mundo femenino. Modas, acontecimientos sociales, o sea, ecos de sociedad, bodas y compromisos matrimoniales, juegos, actividades culturales. La sección de entretenimientos sólo existía allí en parte. Figuraban los episodios de novelas gráficas sentimentales y humorísticas, así como las tiras de chistes a base del niño revoltoso y espabilado. Pero las aventuras del detective que suele sabérselas todas y que acostumbra a repartir puñetazos y caricias a diestra y siniestra, yendo del tiroteo con los «malos» al galanteo fructífero con múltiples féminas de múltiples encantos que en múltiples ocasiones se cruzan en su camino violento, eso se echaba de menos. No es que tuviese mucha importancia. Pero no dejaba de resultar algo insatisfactorio aquel concepto periodístico; demasiadas páginas de literatura y noticias blancas.

Probablemente, ese aspecto tendría en aquellos instantes la parte norte de Asia: el de una extensión blanca, yerta, despoblada. Una amplia faja de terreno inerte en la que, para bien o para mal, hubo un tiempo en que vivieron millones de seres humanos. Personas que, en opinión de una dama de mediana edad llamada Edith Pritchet y con exceso de prejuicios y grasa, constituían una molestia. Rusia la estorbaba; era como un mosquito zumbador que le hacía la vida imposible o, por lo menos, fastidiosa.

Y ahora que pensaba en ello... No había visto en aquel mundo moscas ni mosquitos. Ni arañas. Ninguna clase de bichos desagradables. Sí, mientras durase el dominio de la señora Pritchet, aquel iba a ser un mundo cautivador, en el que se viviría deliciosamente... si es que quedaba algo.

-¿No la mortifica un poco? -preguntó Hamilton de súbito a Silky-. Me refiero al hecho de que ya no quede nada de Rusia.

-¿De qué? -inquirió Silky a su vez, tras levantar los ojos de la revista que estaba leyendo.

-Olvídelo. -Arrojando el periódico, Hamilton se puso en pie y, con aire cansino y mustio, abandonó la sala y entró en la cocina-. ¡Esta es la parte que no puedo sufrir! -confesó a Marsha.

-¿De qué se trata cariño?

-¡Se desentienden de lo trascendental!

En tono suave, amablemente, Marsha señaló:

-Para ellos, nunca existió un país llamado Rusia. Por lo tanto, ¿qué puede importarles?

-Pues, debería importarles. Si la señora Pritchet aboliese la literatura, puede que les tuviese sin cuidado. No la echarían en falta... no se darían cuenta de que había desaparecido.

-Y si no se daban cuenta -repuso Marsha pensativamente-, ¿qué importancia tiene entonces?

No había meditado en eso. Lo hizo mientras las dos mujeres se dedicaban a poner la mesa.

-Eso es lo malo -comunicó a Marsha-. Lo peor del asunto. Edith Pritchet se entremete en el mundo de los demás... rehace sus vidas y ellos ni siquiera lo notan. Es terrible.

-¿Por qué? -se irritó Marsha-. Tal vez no sea tan terrible. -Bajó la voz e indicó a Silky con la cabeza-. ¿Te parece terrible eso? ¿Es que la chica era

antes mejor?

-Esa no es la cuestión. La cuestión es... -Siguió a Marsha, irritado-. La muchacha ha dejado de ser Silky. Es alguna otra persona. Un muñeco de cera que la señora Pritchet ha fabricado para que sustituya a Silky.

-A mí me parece que sí es Silky.

-No la conociste antes.

-A Dios gracias -manifestó Marsha fervorosamente.

Despacio, una sospecha espantosa empezó a deslizarse hacia el interior del ánimo de Hamilton.

-A ti te gusta esto. La verdad es que lo *prefieres.*

-No diría tal cosa -respondió Marsha, evasiva.

-¡Pues puedes afirmarlo! Te gustan estas... ¡*mejoras*!

Marsha se detuvo en la puerta de la cocina, con las manos llenas de cucharas y tenedores.

-He estado pensando en ello durante el día. En muchos aspectos, todo es más limpio, más diáfano, más bonito. No es tan turbio ni tan inmundo. Las cosas resultan..., bueno, mucho más sencillas. Más ordenadas.

-Bien, no hay *tantas* cosas.

-¿Y qué tiene eso de malo?

-Quizá acabemos por convertirnos en elementos inconvenientes. ¿No se te ha ocurrido? -Accionando con los brazos, prosiguió-: No es un mundo seguro. Mira lo que nos ha pasado a nosotros... nos han remoldeado ya. Somos seres carentes de sexo... ¿Te gusta?

No hubo respuesta inmediata.

-¡Te gusta! -afirmó Hamilton, aterrado-. Lo prefieres.

-Hablaremos de eso después -replicó Marsha, y salió de la cocina con los cubiertos.

Pero Hamilton la agarró de un brazo y la obligó a entrar de nuevo.

-¡Contesta! Te encanta el sistema Pritchet, ¿verdad? Te seduce la idea de esa dama de edad, gorda, puritana y cargante, dispuesta a eliminar del mundo la obscenidad, el sexo y la porquería.

-Bueno -articuló Marsha, reflexivamente-, creo que al mundo le vendría de perlas un poco de limpieza, sí. Y si vosotros, los hombres, no habéis sido capaces de llevar a cabo esa operación de baldeo, o no *queréis* realizarla...

-Voy a decirte una cosa -declaró Hamilton con enojo-. Con la misma rapidez con que Edith Pritchet vaya suprimiendo cosas, yo las iré restaurando. Y lo primero que voy a reconstruir es el sexo. Esta noche introduciré de nuevo el sexo en el mundo.

-Sí, lo harías, ¿verdad? Es algo que deseas hacer; algo que no has dejado de tener presente.

-Ahí está la chica -Hamilton sacudió la cabeza en dirección a la sala de estar; Silky, con aire feliz, iba colocando servilletas alrededor de la mesa-. Voy a llevármela al sótano y a enseñarle unas cuantas cosas respecto al amor.

-Mi vida -observó Marsha, con sentido práctico-, no puedes.

-¿Por qué no?

-Silky... -Marsha esbozó un ademán ambiguo-. Silky no está equipada para tales cosas.

-¿Es qué mis intenciones te dejan fría?

-Pero si es absurdo. Viene a ser lo mismo que hablar de avestruces de

color morado. No existen en este planeta.

En dos zancadas, Hamilton franqueó la puerta, cruzó la salita y agarró con firmeza la mano de Silky.

-Vamos -ordenó a la joven-. Bajaremos a la sala de audiciones y escucharemos los cuartetos de Beethoven.

Estupefacta, Silky tuvo que seguir a Hamilton, a la fuerza y dando traspiés.

-¿Y la cena?

-Que se vaya al diablo la cena -replicó el ingeniero, al tiempo que abría la puerta de la escalera-. Bajemos ahí antes de que la Pritchet suprima la música.

La atmósfera del semisótano era fresca y húmeda. Hamilton puso en marcha el calentador eléctrico y bajó las persianas de los ventanucos. Cuando el ambiente se caldeó y se hizo agradable y alegre, abrió las puertas del armario donde guardaba los discos y empezó a sacar montones de los de larga duración.

-¿Qué quieres oír? -tuteó ya, acaso para conferir más beligerancia a su tono.

Asustada, Silky se mantuvo cerca de la puerta.

-Quiero comer algo. Y Marsha había preparado una cena tan estupenda...

-Sólo comen los animales -murmuró Hamilton-. Es enojoso. Un acto nada ameno. Lo he abolido.

-No comprendo -protestó Silky, enfurruñada.

Manipulando su amplificador, Hamilton ajustó la complicada red de mandos.

-¿Qué te parece mi conjunto de aparatos?

-Muy... atractivo.

-Rendimiento paralelo de impulso y atracción. Plano superior de treinta mil cps. Cuatro reproductores electromagnéticos de alta frecuencia, con altavoces de treinta y ocho centímetros. Ocho conos acústicos de teatro. Red de intercomunicaciones a cuatrocientos cps. Transformadores manuales. Aguja de diamante y áureo tubo de gargantilla. -Mientras colocaba un disco de larga duración en el plato, añadió-: El motor es capaz de sostener un peso de diez toneladas sin disminuir un ápice su giro de treinta y tres coma tres revoluciones. No está mal, ¿eh?

-Ma... maravilloso.

La pieza musical era *«Dafnis y Cloe».* La mitad de la colección de discos de Hamilton había desaparecido misteriosamente; en su mayor parte las de obras atonales y de percusión experimental. La señora Pritchet prefería los clásicos bien consagrados: Beethoven y Schumann, con el numeroso acompañamiento orquestal a que estaban acostumbrados los melómanos que asistían de modo asiduo a los conciertos. De cualquier modo, la pérdida de su preciosa colección de discos de Bartok le afectó más que nada y estuvo a punto de ponerle frenético. Aquellas piezas poseían una cualidad íntima, una especie de identificación con las capas más profundas de su personalidad. No había forma de vivir en el mundo de la señora Pritchet; aquella dama era peor incluso que (Tetragramatón).

-¿Cómo va eso? -preguntó Hamilton de manera automática, a la vez que apagaba las luces hasta casi quedar en la oscuridad-. No está en tus ojos, ¿eh?

-Nunca lo estuvo, Jack -dijo Silky, turbada. Un nebuloso fragmento de recuerdo debió de filtrarse al interior de su cerebro purificado-. Dios mío, apenas distingo lo que me rodea... Temo que voy a caer.

-No estás muy lejos de ello -repuso Hamilton, sardónico-. ¿Qué quieres beber? Da la casualidad de que tengo una botella de whisky escocés en alguna parte de esta cueva.

Abrió el armarito de los licores y adelantó la mano con ademán experto. Sus dedos se cerraron en torno al cuello de una botella; la sacó rápidamente y se inclinó para coger vasos. Sin embargo, enseguida notó algo extraño en la botella. Una mirada confirmó sus temores; no tenía en la mano una botella de whisky, después de todo.

-Bueno, nos conformaremos con crema de menta -se corrigió, resignado. En cierto modo, era mejor-. ¿De acuerdo?

«Dafnis y Cloe» elevaba sus notas de forma lujuriante en el cuarto sumido en penumbras, mientras Hamilton llevaba a Silky hasta un sofá y la obligaba a sentarse. Obediente, la muchacha aceptó la bebida y tomó un sorbo, con una expresión humilde y yerta en su rostro. Hamilton se movió por la estancia, efectuando los últimos toquecitos del entendido: enderezando un grabado de la pared, subiendo ligeramente el tono del amplificador, bajando todavía más la ya escasa luz de las lámparas, ahuecando uno de los almohadones del sofá, cerciorándose de que la puerta estaba bien cerrada. Pudo oír los pasos de Marsha, que iba de un lado a otro, en el piso de arriba. Bueno, ella se lo había buscado.

-Lo único que tienes que hacer es cerrar los ojos y relajarte -ordenó con voz algo iracunda.

-Estoy relajada. -El miedo no había abandonado a Silky aún-. ¿No es suficiente?

-Claro -murmuró Hamilton morbosamente-. Esto es fantástico. Tengo una idea... prueba a descalzarte y a poner los pies en el diván. Cuando uno hace eso, recibe una impresión distinta de Ravel.

Sumisa, Silky se quitó las zapatillas y puso los pies descalzos debajo de su cuerpo.

-Es agradable -comentó, sin entusiasmo alguno.

-Mucho mejor, ¿verdad?

-Bastante.

De súbito, una abrumadora sensación de melancolía se abatió sobre Hamilton y le dominó por completo.

-Es inútil -articuló, derrotado-. No puede cumplirse.

-¿Qué es lo que no puede cumplirse, Jack?

-No lo entenderías.

Guardaron silencio durante un buen rato. Luego, despacio, sosegadamente, Silky fue alargando el brazo y rozó la mano de Hamilton.

-Lo siento.

-Yo también.

-La culpa es mía, ¿verdad?

-Algo así en cierto sentido. Pero de un modo muy abstracto y difuso.

Tras un titubeo, Silky aventuró:

-¿Puedo... puedo preguntarte una cosa?

-Claro. Lo que quieras.

-Se trata de una petición, mejor dicho.

-Adelante.

-¿Te importaría...? -La voz de la joven era tan débil que Hamilton a duras penas pudo captarla. Silky le estaba mirando fijamente, grandes como platos sus ojos oscuros en la penumbra de la estancia-. ¿Te importaría besarme, Jack? Sólo una vez.

Hamilton pasó los brazos en torno a la chica, la atrajo hacia sí, alzó su carita delgada y la besó en los labios. Silky se aferró a él, frágil y leve, ligera y terriblemente delgada. Oprimiéndola con fuerza, manteniéndola adosada a su cuerpo, Hamilton permaneció inmóvil durante un intervalo sin fin, hasta que, por último la muchacha se separó, tras deshacer el abrazo, y su figura esbelta, solitaria, desamparada y triste casi se fundió en la semioscuridad.

-Me siento tan condenadamente perversa... -articuló con un hilo de voz.

-No tienes por qué.

-Me siento tan... vacía. Me duele todo el cuerpo. *¿A qué se debe, Jack?* ¿De qué se trata? ¿Por qué he de sentirme mal?

-Hablemos de otra cosa -propuso Hamilton, tenso.

-No es por mi gusto. Quiero entregarte algo mío. Pero no tengo nada que darte. No *soy* nada más que un ente vacío ¿verdad? Una especie de ser hueco.

-No del todo.

En las tinieblas casi absolutas se produjo un aleteo de movimiento. La muchacha apareció de pie frente a él, borrosa e indistinta a causa de la celeridad repentina que agitaba su cuerpo. Cuando Hamilton volvió a mirarla, descubrió que se había quitado la ropa apresuradamente y que las prendas formaban un pequeño montón en el suelo.

-¿No me deseas? -inquirió Silky, vacilante.

-Bueno, en cierto modo teórico.

-Puedes, ya lo sabes.

Hamilton esbozó una sonrisa irónica.

-¿Ah, sí?

-Al menos, eres dueño de intentarlo.

Hamilton recogió las prendas de Silky y se las tendió a la muchacha.

-Vístete y subamos. No hacemos más que perder el tiempo y la cena se estará enfriando.

-¿Es inútil?

-Sí -corroboró Hamilton en tono dolorido y mientras se esforzaba en no ver la yerma igualdad rasa del cuerpo de Silky-. Totalmente inútil. Pero tú no pudiste hacerlo mejor. Hiciste cuanto te fue posible.

Tan pronto estuvo vestida, la tomó de la mano y la condujo hacia la puerta. A su espalda, el gramófono seguía desgranando el embrollo de acordes que era *«Dafnis y Cloe».* Ninguno de ellos oía las notas musicales mientras, alicaídos, escalaban los peldaños.

-Lamento haberte desilusionado -se excusó Silky.

-Olvídalo.

-Tal vez consiga arreglarlo de algún modo. Quizás logre...

La voz de la joven se interrumpió. Y su mano, la existencia de sus dedos, secos y pequeños, fue menguando hasta desaparecer. Sobresaltado, Hamilton dio media vuelta y escudriñó la oscuridad.

Silky se había volatilizado. Dejó de existir por completo.

Aún estaba clavado en el suelo, incrédulo y estupefacto, cuando se abrió

la puerta de la parte superior de la escalera y Marsha apareció en el quicio.

-¡Oh! -exclamó sorprendida-. Estás ahí. Ven, sube... tenemos visita.

-¿Visita? -murmuró Hamilton.

-La señora Pritchet. Y viene acompañada de toda clase de personas... parece que se trata de una reunión normal. De una fiesta. Todo el mundo se ríe y rebosa alegría y animación.

Envuelto en una nube de pasmo, Hamilton ascendió los peldaños que le faltaban de la escalera e hizo su entrada en la salita. Le acogió un rumor de voces desenfadadas y una vivacidad de movimientos extraordinarios. Destacando en medio del grupo de personas se erguía el bulto voluminoso de una mujer con llamativo chaquetón de pieles, grotesco, adornado con plumas y cabellera teñida de rubio, que le caía en melenas metálicas sobre el rollizo cuello y las abultadas mejillas.

-¡Ahí está! -chilló la señora Pritchet jubilosamente, en cuanto le echó el ojo-. ¡Sorpresa! ¡Sorpresa! -Alzó en el aire una gran caja rectangular de cartón y anunció a voz en grito-. He traído los pastelitos más estupendos que habrá visto usted en toda su vida... Verdaderos tesoros. Y la fruta helada más maravillosa que...

-¿Qué hizo con ella? -interrogó Hamilton en tono ronco, al tiempo que avanzaba hacia la mujer-. ¿Dónde está?

Durante unos segundos, la señora Pritchet se quedó perpleja. Después, los moteados pliegues de carne que constituían sus facciones se suavizaron y una sonrisa de astucia taimada decoró su semblante.

-Pues, la suprimí, querido. He eliminado todas las personas de esa condición. ¿No lo sabía?

XI

Mientras Hamilton se mantenía inmóvil, con la vista clavada en la mujer, Marsha se le aproximó quedamente y le susurró al oído:

-Ten cuidado, Jack. *Ten cuidado*.

Se volvió hacia su esposa.

-¿Estás metida en el ajo?

-Supongo que sí. -Marsha se encogió de hombros-. Edith me preguntó en dónde estabas y se lo dije. No le di detalles... sólo le expliqué el caso por encima.

-¿A qué categoría ha ido a caer Silky?

Marsha sonrió.

-Edith lo expresó muy bien. Creo que la llamó pequeña ninfa.

-Debe de haber un montón -dijo Hamilton-. ¿Merece la pena...?

Detrás de Edith Pritchet estaban Bill Laws y Charley McFeyffe. Ambos llevaban en los brazos sendos cargamentos de comestibles.

-Vamos a celebrarlo por todo lo alto -manifestó Laws, e hizo a Hamilton una seña con la cabeza, entre cautelosa y de excusa-. ¿Dónde está la cocina? Quiero soltar la mercancía.

-¿Cómo le va, amigo? -saludó McFeyffe, ladino, con un guiño impertinente-. ¿Se divierte? En este saco van veinte latas de cerveza; todo se nos arreglará.

-Formidable -declaró Hamilton, todavía aturdido.

Librodot

-Lo único que tiene que hacer uno es chasquear los dedos -añadió McFeyffe, sudoroso y colorado su ancho semblante-. Quiero decir que eso es lo único que tiene que *hacer ella.*

A continuación de McFeyffe iba la menuda y severa figura de Joan Reiss. El chico, David Pritchet, caminaba a su lado. Cerraba la marcha el renqueante, apesadumbrado y digno veterano de guerra, convertida su faz arrugada en una máscara.

-¿Estamos todos? -inquirió Hamilton, enfermo de desánimo.

-Vamos a jugar a las adivinanzas -le informó Edith Pritchet jovialmente-. Me dejé caer por aquí estar tarde -continuó explicando-. Su linda esposa y yo celebramos una charla sincera y prolongada.

-Señora Pritchet... -empezó Hamilton, pero Marsha se apresuró a intervenir.

-Anda, acompáñame a la cocina y ayúdame a poner las cosas a punto -el tono de Marsha fue claro, terminante y autoritario.

Hamilton la siguió a regañadientes. En la cocina McFeyffe y Bill Laws pululaban de un lado a otro, torpones y desconcertados, sin saber qué hacer. Laws sonrió fugazmente, esbozó una breve mueca matizada de aprensión y de lo que muy bien pudiera ser complejo de culpabilidad. Hamilton no pudo determinarlo; antes de que tuviese tiempo de ello, Laws dio media vuelta y se afanó en la tarea de desenvolver fiambres y emparedados. Parecía haberlos en cantidad infinita. A la señora Pritchet le gustaban los entremeses.

-Al *bridge* -decía en aquel momento la dama en el otro cuarto-. Pero necesitamos un mínimo de cuatro personas. ¿Podemos contar con usted, señorita Reiss?

-Temo que el *bridge* no sea mi punto fuerte -respondió la voz sin matiz de la aludida-. Pero me comportaré lo mejor que pueda.

-Laws -dijo Hamilton-, usted es demasiado inteligente para dejarse embaucar. Lo comprendo en el caso de McFeyffe, pero no en el de usted.

Laws no le miró cara a cara.

-Preocúpese de su propia persona -repuso, hosco-. Y yo me preocupare de mí mismo.

-¿Es que no tiene bastante sentido común para...?

-Seño Jamilton -recurrió Laws a la jerigonza-. Me limito a seguí la corriente. Si uno se adata y aseta la cosa tar como vienen, pué viví mucho año.

-Corte el rollo -replicó Hamilton, resentido-. No me venga a mí con esa jerga.

Burlones y hostiles sus negros ojos, Laws le volvió la espalda. Pero estaba estremeciéndose; sus manos temblaban de forma tan violenta que Marsha tuvo que apresurarse a quitarle de las manos el trozo de tocino que sostenía, para que no fuese a parar al suelo.

-Déjale en paz -reprochó Marsha a su marido-. Se trata de su vida.

-Ahí es donde te equivocas -repuso Hamilton-. Es la vida de *ella.* ¿Se puede vivir a base de fiambres y emparedados?

-No es tan malo -terció McFeyffe filosóficamente-. Despierte, amigo. Este es el mundo de la vieja dama... ¿no? Ella gobierna este lugar; es el jefe.

Arthur Silvester apareció en el umbral.

-¿Podría tomar un vaso de agua tibia con bicarbonato de soda, por favor?

Hoy tengo el estómago un poco ácido.

Hamilton apoyó una mano en el frágil hombro de Silvester y le dijo:

-Arthur, su Dios no preside estas regiones; a usted no le gusta permanecer aquí.

Sin pronunciar palabra, pasó de largo, junto a Hamilton, y se llegó al grifo del fregadero. Marsha le entregó allí el vaso de agua tibia con bicarbonato de soda. El hombre se retiró a un rincón y se concentró en su bebida, al margen de todo lo demás.

-Aún no consigo creerlo -se dirigió Hamilton a su esposa.

-¿Creer qué, cariño?

-Lo de Silky. Ha desaparecido. De un modo absoluto. Como una polilla a la que se aplasta y se deshace entre las manos.

Marsha se encogió de hombros con indiferencia.

-Bueno, andará dando vueltas por alguna parte, en algún otro mundo. Probablemente estará en el mundo *real,* engatusando a los hombres para que la conviden y luciendo su carita.

Tal como pronunció la palabra «real» parecía algo mancillado infamado y contaminado.

-¿Hace falta que eche una mano? -Contoneándose mañosamente, surgió en el umbral la enorme masa de carne fláccida, encajada en un floreado vestido de seda, ultrajantemente feo-. Dios bendito, ¿dónde hay un delantal?

-En el armario, Edith -informó Marsha, y se lo indicó.

Con repugnancia instintiva, Hamilton se apartó de aquella criatura cuando pasaba por su lado. La mujer le dirigió una sonrisa fatua; en su semblante había una expresión de enorme suficiencia.

-Vamos, no se enoje, señor Hamilton. ¿Pretende estropearnos la fiesta?

Cuando la dama hubo salido de la cocina, regresando de nuevo a la sala, Hamilton acorraló a Laws.

-¿Va a permitir que ese monstruo rija su vida?

Laws se encogió de hombros.

-Nunca tuve lo que se dice vida. ¿O le llama así a ejercer la profesión de guía por el Bevatrón? A desempeñar las funciones de mentor provisional con personas que no entienden una palabra de lo que se les explica ni de lo que están viendo. Grupos de turistas curiosos, sin conocimientos técnicos, que entran y salen de allí como si pasearan por la calle...

-¿A qué se dedica ahora?

Un estremecimiento de orgullo retador sacudió a Laws.

-Me encargo de la investigación en la *Compañía de Jabones Lackman*, situada en San José.

-Nunca oí hablar de esa firma.

-La inventó la señora Pritchet. -Sin mirar a Hamilton a los ojos, explicó-: Fabrica jabones perfumados para baño.

-¡Dios mío! -exclamó Hamilton.

-No es gran cosa, ¿verdad? Para usted, no. Es difícil, por no decir imposible, que le pillaran con un empleo como ese.

-No manufacturaría jabones perfumados para Edith Pritchet, desde luego.

-Le diré algo -articuló Laws, en voz baja e insegura-. Pruebe a ser una persona de color durante cierto tiempo. Trate de hacer reverencias y decir: «Sí, señor», a cualquier tipejo blanco que se cruce en su camino, a cualquier patán destripaterrones ignorante, tan palurdo que se suene la nariz en el

suelo, tan cerrado de mollera que sea incapaz de encontrar el lavabo de caballeros sin que alguien lo guíe. Prácticamente, he tenido que enseñarles a algunos a quitarse los pantalones. Pruebe eso durante una temporada. Intente pasar seis años de estudios universitarios fregando platos que ensuciaban los blancos en una pensión barata. Me he enterado de algunas cosas referentes a usted: su padre fue un gran físico. Disponía usted de gran cantidad de dinero; no tuvo que trabajar en ninguna pensión de mala muerte. Póngase en mi lugar y hágase una idea de lo que tuve que sufrir. Imagínese por un momento que es negro y que, con los bolsillos vacíos, tiene que aguantar varios meses, buscando trabajo. Y que luego, con un brazalete, ha de dedicarse a la tarea de *cicerone*. Como uno de esos judíos de Campo de Concentración alemán. Quizás entonces acogiese con los brazos abiertos un empleo de encargado del Departamento de Investigación de una Fábrica de Jabones Perfumados.

-¿Aunque esta fábrica no existiese?

-Existe *aquí* -brillaba el desafío en el flaco y oscuro rostro de Laws-. En el lugar donde estoy. Y mientras permanezca en él, procuraré sacarle el máximo partido a la situación.

-Pero -protestó Hamilton- si esto no es más que una quimera.

-¿Una quimera? -sonrió Laws, sarcástico. Sacudió un puñetazo a la pared de la cocina-. Pues me parece bastante real.

-Se trata de una ilusión albergada en el cerebro de Edith Pritchet. Un hombre de su inteligencia...

-Ahórrese el sermón -le interrumpió Laws con vehemencia-. No deseo escucharlo. En el mundo donde estábamos antes, usted no se preocupó ni tanto así de mi inteligencia. Le tenía sin cuidado el que yo fuese guía; no dio nuestras de sentirse atormentado por ello.

-Miles de personas ejercen la profesión de guía -repuso Hamilton, incómodo.

-Personas como yo, acaso. Pero no personas como usted. ¿Quiere saber por qué me encuentro aquí mucho mejor? A causa de usted, Hamilton. Es culpa suya, no mía. Reflexione en ello. Si usted hubiese intentado... pero no lo hizo. Usted tenía esposa, casa, gato, automóvil y empleo. Todo le iba bien... Y, como es lógico, *quiere* regresar. Pero yo no. A mí no me iban las cosas nada bien. Y no estoy dispuesto a volver.

-Lo hará si este mundo se disuelve -dijo Hamilton.

Un odio gélido y vitriólico apareció en el semblante de Laws.

-¿Pondría coto a esto?

-Puede apostar el cuello.

-Quiere que vuelva con un brazalete en la manga, ¿verdad? Es usted lo mismo que los demás... no se diferencia en nada. No te fíes nunca de ningún blanco; eso fue lo que me dijeron. Pero llegué a pensar que usted era un amigo.

-Laws -replicó Hamilton-, es usted el hijo de zorra más neurótico que me he tropezado jamás.

-Si lo soy, usted tiene la culpa.

-Lamento que piense así.

-Es la verdad -insistió Laws con énfasis.

-Exactamente, no. Puede que sea verdad en parte. Tal vez haya un punto de verdad en el fondo. Quizás tenga razón, acaso deba permanecer aquí. Es

posible que éste sea el mejor sitio para usted... La señora Pritchet le cuidará, siempre que ande en cuatro patas y produzca los sonidos adecuados. Si camina detrás de ella a la distancia propia y no la molesta. Si no le importa el jabón perfumado, los fiambres y los potingues para curar el asma. En el mundo real, usted tendría que luchar con todo el mundo. Tal vez ha sonado la hora de que usted descanse. Probablemente no hubiese ganado, de todas formas.

-Deje ya de acosarle -intervino McFeyffe, que había estado escuchando la conversación-. Está perdiendo el tiempo... No es más que un negro.

-Se equivoca -repuso Hamilton-. Es un ser humano y está cansado de salir siempre perdiendo. Lo malo es que aquí tampoco ganará nada... Ni usted, desde luego. Aquí nadie gana, salvo Edith Pritchet. -Se dirigió a Laws-. Esto va a ser peor que verse maltratado por los hombres blancos... En este mundo, se encontrará en manos de una *mujer* blanca.

-La cena está servida -avisó Marsha en tono agudo, desde la sala-. Todo el mundo puede venir a sentarse a la mesa.

Uno por uno fueron saliendo de la cocina. Hamilton emergió en el preciso instante en que «Morrongo Atolondrado», atraído por el olor de los alimentos, aparecía en la entrada. Un poco anquilosado después de haber dormido en el departamento de los zapatos del armario, el felino se cruzó en el camino de Edith Pritchet.

Contrariada, medio tropezando con el gato, la señora Pritchet exclamó:

-¡Cáspita!

Y «Morrongo Atolondrado», que se preparaba para saltar sobre el regazo de alguien, desapareció. La señora Pritchet continuó adelante sin darse cuenta, con una bandeja de panecillos entre sus regordetes dedos rosados.

-Hizo que se desvaneciera el gato -chilló David Pritchet con voz penetrante y acusadora.

-No te preocupes -dijo Marsha, ausente el ánimo-. Quedan muchos.

-No -se apresuró a corregirla Hamilton-. Ya no hay. ¿No recuerdas? Con «Morrongo Atolondrado» ha desaparecido toda la especie gatuna.

-¿A qué viene eso? -preguntó la señora Pritchet-. ¿Qué término empleó? No lo capté.

-No tiene importancia -salvó Marsha la situación.

Tomó asiento en la mesa y comenzó a servir. Los otros ocuparon también sus sitios. El último en aparecer fue Arthur Silvester. Había terminado su vaso de agua tibia con bicarbonato y llegó procedente de la cocina, con una jarra de té en la mano.

-¿Dónde pongo esto? -preguntó de mal talante.

Buscó un espacio libre en la rebosante mesa. En sus curtidas manos relucía la grande y resbaladiza jarra de cristal.

-Me haré cargo de ella -se ofreció la señora Pritchet, al tiempo que esbozaba una sonrisa vacua.

Cuando Silvester se acercaba a la mujer, ésta levantó los brazos para tomar el recipiente. Sin cambiar de expresión, el veterano de guerra alzó la jarra cuanto pudo y luego la dejó caer sobre la cabeza de la dama con todas sus atrofiadas fuerzas. Un jadeo escéptico se elevó desde todos los puntos de la mesa; los comensales se pusieron en pie.

Una décima de segundo antes de que la jarra llegase a su destino, Arthur

Silvester se volatilizó en el aire. El recipiente de cristal, al caer de sus disueltas manos, se estrelló contra la alfombra y se hizo añicos. El té se derramó por doquier, dejando desagradables manchas de color amarillo.

-¡Oh! -exclamó la señora Pritchet ofendida.

Casi al mismo tiempo que Arthur Silvester y que la jarra destrozada, dejó de existir el charquito de té humeante.

-¡Qué desagradable! -consiguió articular Marsha, al cabo de un momento.

-Me alegro de que eso haya concluido -dijo Laws con voz apenas audible y mientras le temblaban las manos lastimosamente-. Estuvo muy cerca de salirse con la suya ese hombre.

Bruscamente, Joan Reiss se levantó de la mesa.

-No me encuentro muy bien. Vuelvo enseguida.

Dio media vuelta, salió presurosa de la estancia, hacia el pasillo, y desapareció en el dormitorio.

-¿Qué ocurre? -inquirió la señora Pritchet con ansiedad. Lanzó una mirada alrededor de la mesa-. ¿Algo alteró a esa muchacha? Tal vez pueda yo...

-Señorita Reiss -llamó Marsha, con voz aguda y apremiante-, vuelva aquí, por favor. Estamos cenando.

-Iré a ver qué le pasa -suspiró la señora Pritchet, y empezó a ponerse en pie.

Hamilton se encontraba ya fuera de la sala.

-Yo me encargaré de solucionarlo -dijo, hablando por encima del hombro.

En la alcoba, la señorita Reiss permanecía sentada, juntas las manos sobre la falda, con el sombrero, la chaqueta y el bolso a su lado.

-Le aconsejé que no lo hiciese -confesó a Hamilton quedamente. Se había quitado las gafas de montura de carey, las cuales descansaban entre sus dedos. Los ojos, sin la protección de los cristales, eran claros y débiles, casi incoloros.

-Esa no era la forma apropiada de intentarlo.

-¿Quiere eso decir que tenían un *plan*?

-Claro, Arthur, el chico y yo. Nos reunimos hoy. No podíamos confiar en nadie más. No nos atrevimos a aproximarnos a usted, a causa de su señora.

-Pueden contar conmigo -manifestó Hamilton.

La señorita Reiss sacó del bolso un frasquito y lo dejó en la cama, junto a sí.

-Íbamos a narcotizarla -dijo con voz carente de matiz-. Es vieja y está agotada.

Tras recoger el frasquito, Hamilton lo sostuvo a la luz. Era un preparado de cloroformo líquido, que se utilizaba en los ensayos con especímenes biológicos.

-Pero esto acabará con ella.

-No, ni mucho menos.

David, el niño, apareció en el umbral con semblante desasosegado.

-Será mejor que vuelva... Mi madre se impacienta.

La señorita Reiss se puso en pie, recuperó el pequeño frasco y volvió a guardárselo en el bolso.

-He reaccionado y ya me encuentro bien. Fue el repentino sobresalto. Había prometido abstenerse de intentarlo... pero esos viejos soldados...

-Me encargaré de la misión -dijo Hamilton.

-¿Por qué?

-No quiero que usted la mate. Y sé que lo hará.

Durante unos segundos, ambos permanecieron inmóviles, cara a cara. Luego, mediante un movimiento rápido e inquieto, la señorita Reiss sacó el frasquito y lo puso en manos de Hamilton.

-Encárguese de que el trabajo salga bien. Y realícelo esta noche.

-No. Será mañana. La sacaré al aire libre... organizaré una excursión campestre. La llevaremos temprano a las montañas. En cuanto amanezca.

-Procure no asustarse y volverse atrás.

-Tranquilícese, no me ocurrirá nada de eso -declaró Hamilton, y se metió el frasquito en el bolsillo.

Estaba decidido.

XII

Centelleaban los rayos solares al surcar la fresca atmósfera de la mañana de octubre. Sobre los prados se apreciaban todavía tenues rastros de escarcha; hacía muy poco que había amanecido y la ciudad de Belmont dormitaba sosegadamente, envuelta en una nube opaca de humedad entre azul y blanca. Por la carretera, una corriente continua de automóviles avanzaba península arriba, hacia San Francisco. Los vehículos se tocaban unos a otros, en hileras ininterrumpidas.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó la señora Pritchet, acongojada-. Todo este tránsito...

-No seguiremos por aquí -dijo Hamilton, mientras desviaba el *Ford* cupé, apartándolo de la *Bayshore Freeway* para aventurarse por una carretera secundaria-. Nos dirigiremos hacia Los Gatos.

-Y luego, ¿qué? -quiso saber la señora Pritchet, manifestando una expectación ávida y casi infantil-. Santo Dios, nunca he ido por ahí.

-Continuaremos adelante hasta llegar al océano -informó Marsha, colorada de animación-. Saldremos a la autopista número uno, la de la costa, y seguiremos por ella hasta *Big Sur*.

-¿Dónde cae eso? -preguntó la señora Pritchet, dubitativa.

-En las Montañas de Santa Lucía, en la parte inferior de Monterrey. No tardaremos mucho en llegar y es un sitio estupendo para una gira campestre.

-Magnífico -convino la señora Pritchet, al tiempo que se arrellanaba en el asiento del automóvil y entrelazaba las manos sobre el regazo-. Desde luego, han tenido una idea feliz al proponer la excursión.

-En absoluto -replicó Hamilton, y aceleró de pronto, con la peor de las intenciones.

-No sé qué tiene de malo el Parque *Golden Gate* -dijo McFeyffe en tono receloso.

-Demasiada gente -terció la señorita Reiss, cargada de lógica-. *Big Sur* forma parte de la Reserva Federal. Es una zona silvestre.

La señora Pritchet dio muestras de cierta aprensión.

-¿Será un terreno seguro?

-Por completo -aseguró la señorita Reiss- Todo irá bien.

-¿No debería estar trabajando, señor Hamilton? -preguntó la señora

Pritchet-. Hoy no es jornada festiva, ¿verdad? El señor Laws está en la fábrica.

-Solicité permiso para no acudir esta mañana -repuso Hamilton, no sin sarcasmo-. A fin de poder servirles de guía.

-¡Pero qué amable! -se admiró la señora Pritchet.

Sus manos carnosas mariposearon por encima de la falda.

Al tiempo que daba una chupada a su cigarro, McFeyffe manifestó, malhumorado:

-¿Qué se trae entre manos, Hamilton? ¿Trata de tender una trampa a alguien?

Una tenue voluta de humo del cigarro vagó por el aire hacia el asiento posterior, donde se acomodaba la señora Pritchet. La mujer frunció el entrecejo y suprimió los cigarros. McFeyffe se encontró con que no tenía entre los dedos más que vacío; durante unos segundos, su rostro se puso como la grana. Después, poco a poco, fue perdiendo el color.

-Uh -murmuró.

-¿Qué decía? -le apremió la señora Pritchet.

McFeyffe fue incapaz de responder; se rebuscaba torpemente en los bolsillos, alentado por la esperanza de que, merced a algún milagro, hubiese podido quedar un cigarro, aunque sólo fuera.

-Señora Pritchet -habló Hamilton, en tono normal, más bien indiferente-, ¿no se le ha ocurrido la idea de que los irlandeses no han prestado ninguna contribución a la cultura? No hay pintores irlandeses, no hay músicos irlandeses...

-¡Jesús! -se aterró McFeyffe.

-¿No hay músicos irlandeses? -preguntó la señora Pritchet, sorprendida-. Dios mío, Dios mío, ¿es cierto eso? Pues, no, no me había dado cuenta.

-La irlandesa es una raza bárbara -prosiguió Hamilton con placer sádico-. Todo lo que hacen sus componentes es...

-¡George Bernard Shaw! -aulló McFeyffe, con más miedo que vergüenza-. El comediógrafo más importante del mundo! William Butler Yeats, el magnífico poeta. James Joyce, el... -Se interrumpió en seco-. Poeta también.

-Autor de *«Ulises»* -añadió Hamilton-. Proscrito durante años a causa de sus pasajes lascivos, obscenos y vulgares.

-Es arte del mejor -graznó McFeyffe.

La señora Pritchet reflexionaba.

-Sí -accedió por último, adoptada su decisión-. El Juez decidió que era arte. No, señor Hamilton, creo que está equivocado de medio a medio. Ha habido irlandeses de mucho talento, tanto en el teatro como en la poesía.

-Swift -susurró McFeyffe, animado-. Escribió *«Los viajes de Gulliver».* Una obra sensacional.

-Está bien -convino Hamilton amistosamente-. He perdido.

Casi inconsciente a causa del terror, McFeyffe estaba derrumbado en el asiento. Jadeaba y sudaba, con el rostro moteado de gris.

-¿Cómo pudiste hacer semejante barrabasada? -reprochó Marsha en tono acusador junto al oído de su esposo-. Eres un... bruto.

Divertida, la señorita Reiss contemplaba a Hamilton. Un nuevo respeto había aparecido en sus pupilas.

-Anduvo muy cerca de dar en el clavo.

-Todo lo cerca que deseaba -respondió Hamilton, un poco sobresaltado ya,

al pensar en las consecuencias que pudo tener su acto-. Lo lamento, Charley.

-Olvídelo -murmuró McFeyffe roncamente.

A la derecha de la carretera se extendía una amplia superficie de eriales. Mientras conducía, Hamilton se estrujó el cerebro: ¿no había habido allí algo? Por último, después de un extraordinario esfuerzo mental, se acordó. Aquella zona debía ser una rugiente y estruendosa sección industrial, cuajada de fábricas y refinerías. Tinta, grasas animales, productos químicos, plásticos, madera... y todo eso no se vislumbraba por parte alguna. Sólo quedaba allí campo abierto.

-Pasé por este lugar una vez -informó la señora Pritchet, al ver la expresión de Hamilton-. Y abolí todas esas cosas. Puntos ruidosos, sucios y malolientes.

-¿Significa eso que ya no hay más fábricas? -inquirió Hamilton-. Bill Laws debe sentirse muy decepcionado sin su Departamento de Investigación en la Factoría de Jabones.

-He dejado las Fábricas de Jabón -repuso la señora Pritchet con bastante mojigatería en la voz-. Por lo menos, las que huelen bien.

En cierto sentido, de un modo depravado, Hamilton casi comenzaba a disfrutar de la situación. Era tan completamente imperfecta, tan destartalada y tan precaria... Con un pase de la mano la señora Pritchet borraba del mapa regiones fabriles enteras, en todo el mundo. Seguramente aquella fantasía no iba a durar mucho. Su infraestructura básica estaba derrumbándose, desmoronándose. No nacía nadie, no se manufacturaba un solo artículo... clases vitales completas simplemente no existían. El sexo y la procreación eran condiciones mórbidas que sólo conocían los profesionales de la Medicina. Y por culpa de su propia lógica innata, aquella fantasía se desplomaba por sí misma.

Eso le dio una idea. Tal vez estaba tirando del extremo equivocado de la soga. Quizás había un modo más fácil y rápido de ponerle el cascabel al gato.

Lo malo era que no había gatos. Al acordarse, por asociación de ideas, de «Morrongo Atolondrado», nació y se desarrolló en su interior una furia incontenible, que amenazaba con sofocarle. Sólo porque el minino se interpuso por casualidad en el camino de la mujer... Claro que, al menos, los gatos seguían existiendo en el mundo real. Arthur Silvester, «Morrongo Atolondrado», los mosquitos, las fábricas de tinta y Rusia continuaban teniendo vida en el mundo real. Se sintió reanimado y contento.

De todas formas, a «Morrongo Atolondrado» no le hubiera hecho ninguna gracia estar allí. Moscas, ratones y topos habían sido eliminados. Y en aquella dislocada existencia, los juegos carnales detrás de las tapias estaban derogados.

-Mire -indicó Hamilton, a guisa de experimento inicial. Acababan de entrar en una población de aspecto destartalado, cuyos edificios se alzaban a ambas márgenes de la carretera. Salas de billares, cobertizos de limpiabotas, hoteles cubiertos de desaliño-. Vaya calamidad de pueblo -declaró-. Me siento ultrajado.

Salas de billar, marquesinas de limpiabotas y sucios hoteles dejaron de existir. A lo largo y a lo ancho del planeta, se abrieron más espacios en claro en el tejido de la realidad.

Librodot

-Eso está mejor -comentó Marsha, un sí es no es intranquila-. Pero, Jack, tal vez estaría mejor aún si... quiero decir, si dejases que la señora Pritchet decidiera por sí misma.

-Trato de ser útil -dijo Hamilton de buen humor-. Después de todo, también estoy colaborando en la gran tarea de proporcionar cultura a las masas.

La señorita Reiss no tardó en darse cuenta de sus intenciones. Enseguida le echó una mano.

-Observe lo que hace ese agente de Policía -señaló-. Está imponiendo una multa al pobre automovilista. ¿Cómo puede hacer tal cosa?

-Compadezco al automovilista -echó Hamilton leña al fuego-. Ha caído en las garras de ese gordo selvático. Probablemente será otro irlandés. Todos son iguales.

-A mí me parece más italiano que irlandés -opinó la señora Pritchet en tono crítico-. ¿Pero es que la Policía no obra bien, señor Hamilton? Siempre tuve la impresión de que...

-La Policía sí -convino Hamilton- Pero no los agentes de tránsito. Eso es distinto.

-Ah -asintió la señora Pritchet-. Comprendo.

Los agentes de la circulación, incluido el que estaba a su izquierda, abandonaron de golpe aquel mundo. Todos, excepto McFeyffe, respiraron más tranquilos.

-No me lo reproche -se excusó Hamilton-. Échele la culpa a la señorita Reiss.

-Que se suprima la señorita Reiss -propuso McFeyffe, hosco.

-Vamos, Charley -afeó Hamilton, sonriente-. Eso no es propio de un espíritu humanitario.

-Sí -subrayó severamente la señora Pritchet-. Me sorprende usted, señor McFeyffe.

Sumiéndose en un aislamiento ceñudo, McFeyffe se puso a mirar por la ventanilla.

-Alguien debería desembarazarse de esas marismas -anunció-. Huelen que apestan.

Los llanos cenagosos dejaron de heder. De hecho, fueron a parar al reino de la nada. Los sustituyó una especie de vaga depresión, cuyo desnivel se iniciaba en la misma cuneta de la carretera. Hamilton la escudriñó, al tiempo que se preguntaba qué profundidad tendría aquel hoyo. Probablemente apenas unos cuantos metros... los fangales no parecían muy hondos. Andando con lentitud y cierta majestad, una bandada de aves silvestres salió a la carretera: habitantes de los ex pantanos.

-Vaya -dijo David Pritchet-, eso es divertido.

-Participa en el juego -le propuso Hamilton-. ¿De qué estás cansado?

Con aire especulativo David repuso:

-No estoy cansado de nada. Quiero ver los animalitos... Me gustan las aves.

Hamilton se controló.

-Tienes razón -confesó-. Y no consientas que nadie te haga cambiar de idea.

-¿Cómo puedo llegar a ser un científico si no hay nada que examinar? -quiso saber David-. ¿Dónde voy a conseguir agua estancada para mi

microscopio? Todas las albercas han desaparecido.

-Las albercas -repitió la señora Pritchet, aunque le costó hacer un gran esfuerzo-. ¿Qué es eso, David? No estoy segura de...

-Y ya no hay más botellas rotas tiradas por los campos -siguió quejándose el chico, con voz cargada de resentimiento-. Tampoco podré encontrar escarabajos para mi colección. Y suprimiste las serpientes, de manera que tampoco podré colocar mi trampa para cazar reptiles. ¿Qué voy a hacer ahora, en vez de contemplar a los obreros que cargaban los vagones de carbón? Ya no hay carbón. Solía recorrer las instalaciones de la *Compañía de Tintas Parker*... que ha desaparecido también. ¿Es que no vas a dejar *nada*?

-Las cosas bonitas y agradables -replicó su madre en tono de reproche-. Habrá toda clase de cosas encantadoras para que pienses en ellas. No quieres jugar con lo desagradable y sucio, ¿verdad?

-Y -prosiguió David, enérgico- Eleanor Root, la chica que vivía enfrente, iba a enseñarme algo que tenía y que no tenía... Me prometió hacerlo si la acompañaba al garaje, y la acompañé y resultó que ya no lo tenía. Y eso no me parece nada bien.

La señora Pritchet, que se había puesto como la grana, no encontraba palabras para rebatir al rapaz.

-David Pritchet -profirió por último- eres un mocoso perverso, maleducado y grosero. En nombre del Cielo, ¿qué es lo que te ocurre? ¿Dónde aprendiste esos modales?

-Lo heredaría de su padre -conjeturó Hamilton-. No creo que tuviera sangre azul.

-Es posible que procedan de su padre. -Respirando con dificultad, la señora Pritchet no pudo contener la lengua-. Desde luego, no los heredó de mí. Te prometo, David, que cuando llegue a casa te sacudiré la paliza de tu vida. Vas a pasarte una semana sin estar en condiciones de sentarte. Jamás, en toda mí existencia he...

-Elimínale -articuló la señorita Reiss filosóficamente.

-¡No te atrevas! -rugió David, belicoso-. Será mejor que no lo intentes; eso es todo lo que puedo decir.

-Hablaré contigo después -saltó la madre, llameantes los ojos y con la barbilla proyectada hacia fuera-. En este momento no estoy dispuesta a dirigirte una sola palabra más, jovencito. Ya ajustaremos cuentas.

-A la orden, jefe -gimió David, desesperanzado.

-Charlaremos tú y yo -le dijo Hamilton.

-Preferiría que me dejase a mí eso -declaró la señora Pritchet, tensa-. Quiero demostrarle que no puede alternar con las personas decentes si se empeña en seguir por ese camino turbio. Su comportamiento grosero...

-También yo sé comportarme a veces... -empezó Hamilton, pero Marsha le propinó un puntapié en el tobillo y guardó silencio. A la fuerza.

-Si estuviese en tu lugar -aconsejó Marsha en voz baja-, no fanfarronearía de ese modo.

Alterada y molesta, la señora Pritchet continuó muda. Se dedicó a mirar por la ventanilla del automóvil y a ir suprimiendo de manera sistemática diversas cosas que no le agradaban. Dejaron de existir varias granjas viejas, con molinos ruinosos. Oxidados coches de modelos antiguos se desvanecieron en el aire, abandonando para siempre aquella versión del

Librodot

universo. Desaparecieron edificios auxiliares, junto con árboles secos, pajares destartalados, montones de escombros y escardadores errantes pobremente vestidos.

-¿Qué es eso que se ve ahí? -preguntó la señora Pritchet con voz enojada.

A su derecha había un inmueble de hormigón, achatado y antiestético.

-Eso -explicó Hamilton- es una Estación de Energía de la *Empresa de Gas y Electricidad del Pacífico*. Recambia cables de alta tensión.

-Bueno -concedió la señora Pritchet-, supongo que eso es algo útil.

-Algunas personas lo creen así -repuso Hamilton.

-Podían construirlas con una arquitectura más atractiva -objetó la señora Pritchet. Cuando pasaron por delante del feo edificio, las líneas planas se fundieron y ondularon. Y una vez quedó a sus espaldas, la Estación Eléctrica estaba transformada en una casita de campo bastante original, con inclinada cubierta de tejas y berros enmarañados sobre sus muros de color azul pastel.

-Encantador -murmuró Marsha.

-Aguarda a que los electricistas aparezcan para verificar el cable -dijo Hamilton-. Menuda sorpresa se van a llevar.

-No -le corrigió la señorita Reiss el tiempo que esbozaba una sonrisa exenta de humor-. No notarán nada.

Aún no eran las doce del mediodía cuando Hamilton desvió el *Ford*, sacándolo del asfalto de la autopista número uno para aventurarse por la verde y caótica selvatiquez del bosque de Los Padres. Macizos pinos gigantes de California se elevaban imponentes a su alrededor; cañadas de gélida penumbra se abrían a ambos lados del estrecho camino que conducía al corazón del Parque *Big Sur* y escalaba después el Cone Peak.

-Le asusta a uno- comentó David.

La carretera ascendía. Llegaron a la amplia falda de un monte, cubierta de arbustos y matorrales multicolores, con diversas peñas diseminadas aquí y allá, entre las sutiles siemprevivas. Y las flores favoritas de Edith Pritchet, las áureas amapolas de California, aparecían allí a millones. Al contemplar aquella panorámica, la señora Pritchet dejó escapar un grito de delicia.

-¡Oh qué hermosura! ¡Almorcemos aquí!

Dócilmente, Hamilton sacó el automóvil del camino y lo condujo por el propio prado. El *Ford* traqueteó un poco antes de que la señora Pritchet tuviese tiempo de suprimir las irregularidades del piso. Un momento después, Hamilton aplicaba los frenos y cortaba el encendido del motor. No se percibía sonido alguno, salvo el tenue susurro que generaba el agua del radiador al evaporarse y el eco de los trinos de los pájaros.

-Bueno -manifestó Hamilton-, ya hemos llegado.

Todos se apearon del vehículo, presurosos y ávidos. Los hombres sacaron del portaequipajes las cestas de comida. Marsha se hizo cargo de la manta y de la cámara. La señorita Reiss llevó el termo de té caliente. David se puso a saltar y correr por allí; luego se dedicó a agitar unos matorrales con un largo bastón, asustando a una familia completa de codornices.

-¡Qué lindo! -observó la señora Pritchet-. No pierdan de vista al niño, miren a ver adonde va.

Ninguna otra persona se manifestaba por allí. Sólo podía contemplarse la extensión forestal, que bajaba hasta la vasta cinta del Océano Pacifico; el

camino de color gris plomo que descendía por entre los árboles y la enorme superficie de agua en movimiento, tan inmensa que incluso asustó a David.

-¡Santo Dios, cuánta agua! -murmuró el chico-. ¡Qué grande es!

La señora Pritchet eligió el punto exacto para el almuerzo y allí se extendió la manta escrupulosamente. Servilletas, platos de papel, cubiletes y tenedores fueron pasando jovialmente de mano en mano.

A cierta distancia, entre las sombras de las siemprevivas, Hamilton se dispuso a preparar el cloroformo. Nadie le prestó atención mientras desplegaba su pañuelo y lo iba empapando. La fresca brisa del mediodía llevaba lejos los olores. No existía peligro alguno de que cualquier otra persona resultase afectada; sólo la nariz, la boca y el aparato respiratorio de una iba a sufrir aquella amenaza. Sería una maniobra rápida, segura y eficaz.

-¿Que haces, Jack? -le preguntó Marsha de pronto, hablándole casi al oído.

Sobresaltado, Hamilton dio un brinco culpable y estuvo en un tris de que se le cayese el frasquito.

-Nada -repuso conciso-. Anda, regresa a tu puesto y empieza a quitar la cáscara a los huevos duros.

-Estás tramando algo. -Marsha arrugó el entrecejo y miró por encima de los anchos hombros de su marido-. ¡Jack...! ¿Eso es... matarratas?

Hamilton sonrió estremecido.

-Jarabe contra la tos. Para curarme el catarro.

Marsha puso unos ojos como platos.

-Vas a intentar algo. Lo adivino; siempre que adoptas esa actitud de disimulo es que estás preparando alguna cosa inconfesable.

-Voy a poner punto final a este ridículo asunto -confesó Hamilton, en tono fatalista-. Ya he aguantado todo lo que podía aguantar.

Los dedos firmes y agudos de Marsha se cerraron en torno al brazo de Hamilton.

-Jack, por mi...

-¿Tanto te gusta esto? -Amargamente, Hamilton se liberó de un tirón-. A ti, a Laws y a McFeyffe. Estáis disfrutando lo vuestro y deseáis continuar... Mientras esa bruja elimina personas, animales, insectos... todo cuanto se le antoja a su limitada imaginación.

-Jack, *no intentes nada.* Por favor, no. ¡Prométemelo!

-Lo siento -repuso Hamilton-. Todo está decidido. Las ruedas han empezado a girar.

Escudriñando con sus ojillos miopes a través del prado, la señora Pritchet les llamó.

-Vengan, acérquense, Jack y Marsha. Fiambres y yogur. Dense prisa, antes de que se acabe.

Interponiéndose en el camino de su esposo, Marsha habló con rapidez.

-No quiero permitírtelo. No puedes hacerlo, Jack. ¿Es que no lo comprendes? Acuérdate de Arthur Silvester; recuerda...

-Apártate -la interrumpió Hamilton, resuelto-. Este líquido se evapora.

De súbito, ante el asombro del ingeniero, los ojos de Marsha se llenaron de lágrimas.

-¡Oh, Cristo bendito! ¿Qué voy a hacer, cariño? Si esta mujer te suprimiera, me moriría.

Librodot

Se suavizó el corazón de Hamilton.

-No seas tontita.

-Es verdad.

Las lágrimas se deslizaron acongojadas e incontenibles por las mejillas de Marsha. Se aferró a su esposo y trató de empujarle hacia atrás. Era, naturalmente, malgastar energías en balde. La señorita Reiss se las había ingeniado para conseguir que la señorita Pritchet diese la espalda a Hamilton. Por su parte, David hablaba en tono excitado, reclamando y reteniendo la atención de su madre a base de enseñarle una curiosa piedra que había sacado del subsuelo y señalar un punto lejano al mismo tiempo. La situación estaba acondicionada de manera inmejorable. Una oportunidad así no volvería a presentarse.

-Ve allí y permanece inmóvil -aconsejó Hamilton a su esposa-. Vuelve la cabeza si no quieres verlo. -Apartó con firmeza a Marsha-. Es por tu bien. Por tu bien, por el de Laws, por el de «Morrongo Atolondrado» y por el de todos. Y por el de los cigarros de McFeyffe.

-Te quiero, Jack -le tembló la voz a Marsha.

-Tengo mucha prisa -respondió Hamilton-. ¿De acuerdo?

Marsha inclinó la cabeza.

-Conforme. Buena suerte.

-Gracias. -Cuando emprendía la marcha hacia el punto central de la excursión, dijo a Marsha-. Me alegro de que me hayas perdonado lo de Silky.

-¿Me has perdonado tú a mí?

-No -contestó Hamilton pétreo-. Pero acaso lo haga cuando vea a la chica de nuevo.

-Confío en que eso ocurra -el tono de Marsha fue lastimero.

-Procura mantener los dedos en cruz.

Avanzando a largas zancadas por el blando y esponjoso suelo, se separó de Marsha y se aproximó rápidamente a la inclinada y deforme espalda de Edith Pritchet. Esta se entregaba al proceso de llenar de té anaranjado un cubilete de papel. En la mano izquierda sostenía medio huevo duro. Sobre el vasto regazo había un plato de ensalada de patatas y albaricoques cocidos. En el preciso instante en que Hamilton llegaba hasta la señora Pritchet y se agachaba con presuroso movimiento, la señorita Reiss dirigió la palabra a la anciana.

-¿Tendría la bondad de pasarme el azúcar, señora Pritchet?

-No faltaba más, querida -derrochó cortesía la aludida, al tiempo que soltaba los restos de su huevo duro y alargaba la mano hacia el cucurucho de papel encerado que contenía el azúcar-. Dios santo -continuó, mientras arrugaba la nariz-, ¿de dónde procede ese olor tan molesto?

Y, en las manos temblorosas de Hamilton, se volatilizó el pañuelo impregnado de cloroformo. El frasquito, adosado al muslo dentro del bolsillo, dejó de oprimirse contra la carne; había sido relevado de su peso. La señora Pritchet depositó en la mano firme de la señorita Reiss el cucurucho del azúcar y volvió a la tarea de entendérselas con su huevo duro.

La operación había terminado. Todo el plan estratégico se había venido abajo, sosegada y completamente.

-¡Un té delicioso por demás! -exclamó la señora Pritchet cuando Marsha llegaba despacio junto al grupo-. Hay que felicitarla, querida. Es usted buena cocinera por naturaleza.

-Bien -dijo Hamilton-, ya estamos aquí. -Tomó asiento en el suelo, se frotó las manos con viveza y examinó el surtido de alimentos-. Veamos qué nos ofrece la carta.

David Pritchet le miró boquiabierto y con los ojos desorbitados.

-¡El frasco ha desaparecido! -gimió-. Ella se lo llevó.

Sin hacerle caso, Hamilton empezó a servirse el almuerzo.

-Supongo que podré probar un poco de todo -manifestó con aire animadillo-. De lo que no cabe duda es de que tiene un aspecto inmejorable.

-Coja lo que le plazca -permitió la señora Pritchet, hablando con la boca llena de huevo duro-. No se olvide de paladear ese maravilloso apio y la crema de queso. Es realmente increíble.

-Gracias -repuso Hamilton-. Lo haré.

David Pritchet, histérico de desesperación, se puso en pie de un brinco, apuntó a su madre con el índice y la increpó con voz penetrante:

-Rana perversa... ¡te llevaste nuestro cloroformo! ¡Lo hiciste desaparecer! ¿Qué vamos a hacer ahora?

-Sí, querido -contestó la señora Pritchet en tono normal-. Se trataba de un producto químico asqueroso y maloliente... Y, con franqueza, ignoro qué puedes hacer. ¿Por qué no acabas el almuerzo y luego te vas a comprobar cuántas especies distintas de helechos consigues identificar?

Con una vocecita extraña y tensa, la señorita Reiss preguntó:

-Señora Pritchet, ¿qué intenciones alberga respecto a nosotros?

-Qué gracia -declaró la señora Pritchet, a punto de meterle mano al plato de ensalada de patatas-, vaya pregunta rara. Termine de comer, querida. Está usted delgada de veras; debería cubrir sus huesos con algo más de carne.

El grupo comió maquinalmente. Sólo la señora Pritchet parecía gozar de los alimentos; masticaba y paladeaba con gusto... y engullía grandes cantidades.

A lo lejos, un avión zumbó tenuemente, un aparato del Servicio de Guardacostas, que sobrevolaba el litoral.

-Dios mío -se quejó la señora Pritchet, enarcadas las cejas con fastidio-. Qué intrusión más desagradable.

El aeroplano, y todos los demás miembros del género, dejaron de existir.

-Vaya -comentó Hamilton con negligencia burlona-, ahí queda eso. Me pregunto a qué o a quién le tocará en suerte a continuación.

-A la humedad -le informó la señora Pritchet campanudamente.

-¿Cómo?

-A la humedad. -Incómoda, la mujer se revolvió sobre sus mullidas posaderas-. La humedad del suelo se me está introduciendo en la carne. Y es muy enfadoso.

-¿Puede eliminar las cosas abstractas? -inquirió la señorita Reiss.

-Puedo, querida. -El suelo, debajo de los seis comensales, se tomó cálido y seco como una tostada-. Y el aire que sopla es un poco fresquito, ¿no les parece? -El vientecillo se transformó en brisa acariciante-. ¿No opinan que así está mejor?

Un abandono delirante se apoderó de Hamilton. ¿Qué podía perder? No les quedaba nada; habían llegado al fin.

-¿No tiene un color desagradable ese océano? -anunció-. Me parece insultante.

El océano dejó de tener un tono gris plomizo. Adoptó una tonalidad mucho más alegre.

-Así queda bastante más bonito -articuló Marsha. Se sentó junto a su marido y le apretó la mano convulsivamente-. ¡Oh, querido...! -empezó, desesperanzada.

Acercándola más contra su cuerpo, Hamilton dijo:

-Mira esa gaviota que revolotea por allí.

-Anda buscando peces -comentó la señorita Reiss.

-Un pájaro de mentalidad perversa -declaró Hamilton-. Asesino de peces indefensos.

La gaviota se desvaneció en el aire.

-Pero los peces se lo tienen merecido -señaló la señorita Reiss pensativamente-. Son animales de presa que viven a costa de la otra vida acuática; se alimentan de sencillos protozoos unicelulares.

-Peces malvados, de cerebro inmundo -añadió Hamilton con entusiasmo.

Una onda tenue pareció agitar las aguas. Los peces, como especie general, desaparecieron. Quedó suprimido el olor de los arenques ahumados que hubo en el centro del mantel.

-Oh, Dios -dijo Marsha-. Eran importados de Noruega.

-Debieron de costar un ojo de la cara -murmuró McFeyffe con voz espesa-. Todos los artículos de importación son carísimos.

-¿Quién desea dinero? -preguntó Hamilton. Se sacó del bolsillo un puñado de calderilla y lo arrojó por la ladera. Los circulitos de brillante metal relucieron bajo los rayos del sol de primera hora de la tarde-. Sucia materia.

Las rutilantes monedas se desvanecieron. En el bolsillo de Hamilton, la cartera produjo un extraño latido; de su interior se volatilizaron todos los billetes que contenía.

-Esto es encantador -rió entre dientes la señora Pritchet-. ¡Son tan amables al ayudarme! De vez en cuando, me despisto un poco y las cosas se me van de las manos.

En la parte inferior de la falda del monte se veía una vaca, la cual avanzaba despacio por el prado. Mientras la contemplaban, la vaca hizo algo indigno.

-¡Suprima las vacas! -vociferó la señorita Reiss, pero ya no hacía falta. Edith Pritchet experimentó su desagrado al instante y el animal abandonó aquel mundo.

Hamilton notó que lo mismo había ocurrido con su cinturón. Y con los zapatos de su esposa. Y con el bolso de la señorita Reiss. Todo eso estuvo fabricado a base de cuero. Y, sobre el improvisado mantel del almuerzo campestre también desaparecieron el yogur y la crema de queso.

La señorita Reiss se inclinó y tiró de un puñado de hierbas ásperas y secas.

-¡Qué plantas más repelentes! -se lamentó-. Una de esas hojas me ha pinchado.

Las hierbas se desvanecieron. Igual que todas las de su especie que había en los prados por los que anduvieron pastando las antiguas vacas. El verdor grisáceo fue sustituido por el tono pardusco de la tierra, del polvo y de numerosos peñascos.

A la vez que correteaba en círculo, David Pritchet comenzó a gritar histéricamente:

-¡He encontrado algunas matas venenosas! ¡Matorrales venenosos!

-Los bosques están cuajados de matas venenosas -manifestó Hamilton-. Y de ortigas. Y de enredaderas traidoras.

A la derecha del grupo, el bosquecillo de árboles se estremeció. En torno a los excursionistas, las forestas circundantes sufrieron un tenue y casi invisible retorcimiento. Se hizo evidente una claridad manifiesta de vegetación.

Con aire grave, Marsha se quitó los restos de sus zapatos. Sólo quedaba la tela y los clavos.

-¿No resulta triste? -dijo Marsha, apesadumbrada.

-Será cuestión de proscribir los zapatos -sugirió Hamilton.

-Eso puede ser una buena idea -convino la señora Pritchet, brillándole los ojos de entusiasmo-. Los zapatos aprietan y contraen los pies.

Los residuos que Marsha tenía en las manos desaparecieron en el acto, junto con el calzado de todos los miembros del grupo. A la luz del sol, destacaron los policromos y enormes calcetines de McFeyffe. Los colorines eran tan chillones que el hombre, violento, se apresuró a ocultar los pies debajo del cuerpo.

En el horizonte, un carguero de vapor ensució levemente la atmósfera con el humo de su chimenea. Aquella tenue bruma apenas era visible, pero Hamilton la observó y propuso:

-Qué tosca es la navegación comercial. ¿Por qué no la borra del mapa?

La nubecilla de humo se desvaneció. El tráfico marítimo de cabotaje tocó a su fin.

-Un mundo más limpio -comentó la señorita Reiss.

Avanzaba un automóvil por la carretera. Su receptor de radio llenaba el aire de ruido.

-Elimine los aparatos de radio -dijo Hamilton. Los sonidos cesaron-. Y los televisores. Y las películas cinematográficas. -No se produjo ningún cambio visible más; a pesar de ello, el deseo se había cumplido-. Y los instrumentos de música barata: acordeones, armónicas, banjos y arpas.

En todo el mundo, aquellos instrumentos se volatilizaron.

-Haga lo mismo con los anuncios -propuso la señorita Reiss, al ver un camión pesado, un camión cisterna que pasaba por la autopista con sus partes laterales pintadas con brillantes caracteres. Las palabras desaparecieron-. Y con los camiones.

El vehículo se disipó y el conductor quedó tendido en la zanja de la cuneta que bordeaba el pavimento de la carretera.

-Está herido -articuló Marsha con voz débil.

El conductor del camión desapareció al momento.

-La gasolina -añadió Hamilton-. Era eso lo que el camión transportaba.

De un punto a otro del globo, la gasolina quedó suprimida.

-El petróleo y la trementina -añadió la señorita Reiss.

-La cerveza, el alcohol y el té -dijo Hamilton.

-El jarabe, la miel y la sidra -continuó la señorita Reiss.

-Manzanas, naranjas, limones, peras y albaricoques -relacionó Marsha débilmente.

-Pasas y melocotones -murmuró McFeyffe, malhumorado.

-Nueces, batatas y ñames -adujo Hamilton.

Obedientemente, la señora Pritchet eliminó de la faz de la tierra todas

Librodot

aquellas diversas clases. Sus cubiletes de té se quedaron vacíos. El surtido de alimentos disminuyó a ojos vistas.

-Huevos y salchichas de Frankfurt -voceó la señorita Reiss, al tiempo que se ponía en pie de un brinco.

-Queso, picaportes y perchas -imitó Hamilton su ejemplo.

La señora Pritchet fue suprimiendo todo aquello, a la vez que emitía risitas guturales.

-La verdad -jadeó, entrecortada la respiración a causa de su propio contento-; la verdad, ¿no están yendo demasiado lejos?

-Cebollas, tostadoras eléctricas y cepillos de dientes -se oyó la voz clara de Marsha.

-Sulfuro, lápices, tomates y harina -vocalizó David Pritchet, entrando de lleno en el juego.

-Hortalizas, automóviles y arados -voceó la señorita Reiss.

Tras una pausa añadió:

-Hierbas en general.

A su espalda, el cupé *Ford* desapareció sin más ni más. Por las onduladas colinas y laderas del Parque *Big Sur*, la vegetación volvió a aclararse más todavía.

-Aceras -sugirió Hamilton.

-Fuentes públicas y relojes -sumó Marsha.

-Abrillantador de muebles -chilló David, y empezó a bailotear de un lado para otro.

-Cepillos de pelo -dijo la señorita Reiss.

-Libros infantiles -mencionó McFeyffe-. Literatura gráfica, revistas y todo eso.

-Sillas -manifestó Hamilton de pronto, un poco aturdido por su propia audacia-. Y divanes.

-Los divanes son inmorales -convino la señorita Reiss, tropezando en su excitación con el termo-. Al diablo con ellos. Y con el cristal. Con todo lo que sea de cristal.

Sin dudarlo, la señora Pritchet eliminó sus gafas y todos los artículos relacionados con el cristal existentes en el universo.

-Los metales -gritó Hamilton, sorprendida y débil la voz.

Desapareció la cremallera de sus pantalones. Lo que quedaba del termo, un casco metálico, se desvaneció. El minúsculo reloj de pulsera de Marsha, los empastes de sus respectivas dentaduras, los corchetes y broches de la ropa interior de las mujeres, dejaron de existir.

Con un alarido frenético, David propuso:

-¡Las prendas de vestir!

Al instante, todos estuvieron desnudos. Pero eso apenas tenía importancia; desde algún tiempo atrás, el sexo y todo lo relacionado orgánicamente con él había desaparecido.

-La vegetación -terció Marsha.

Se puso en pie y, temerosamente, fue a colocarse junto a su marido. Aquella vez, el cambio resultó pasmoso. Los montes, la vasta serranía quedó tan calva y tan lisa como la superficie de una losa de mármol. Nada vegetal subsistió, sólo la parda tierra de otoño, requemándose bajo el claro sol.

-Las nubes. -La señorita Reiss arrugó la cara al proponerlo. Las escasas borlas blancas que flotaban en las alturas se difuminaron por completo-. ¡Y

la niebla!

Al instante, el sol llameó de modo furibundo.

-Los océanos -silabeó Hamilton.

En un abrir y cerrar de ojos, la inmensa extensión de agua de color verde pastel se esfumó bruscamente; todo lo que quedó de ella fue una increíble depresión de arena reseca, la cual se prolongaba hasta perderse de vista en la lejanía. Abrumado, Hamilton titubeó durante unos segundos, dando tiempo a la señorita Reiss para que gritase:

-¡La arena!

El pozo colosal se hizo más profundo. No les era posible ver el fondo. Un rumor sordo, hueco y ominoso sacudió el piso bajo sus pies; el fundamental equilibrio terrestre acababa de alterarse.

-¡Aprisa! -jadeó la señorita Reiss, contraída por la emoción su cara-. ¿Qué viene ahora? ¿Qué queda?

-Las ciudades -propuso David.

Impaciente, Hamilton apartó al chico con un movimiento del brazo.

-Barrancos, quebradas, desfiladeros, hoyos... -rugió.

Automáticamente se vieron sobre una llanura uniforme; todas las hondonadas habían sido igualadas. Seis figuras de piel pálida y diversas formas y pesos, miraron fervorosamente en torno.

-Todos los animales, excepto la raza humana -reaccionó la señorita Reiss, aunque casi no tenía aliento.

Se cumplió.

-Todas las *formas* de vida, salvo el hombre -compitió Hamilton, puntualizando más.

-¡Los ácidos! -voceó la señorita Reiss y, al momento, cayó de rodillas, contorsionado el rostro de dolor.

Los demás se retorcieron en un éxtasis de sufrimiento, modificada radicalmente la química básica del cuerpo.

-¡Ciertas sales minerales! -chilló Hamilton.

De nuevo, una agonía interna volvió a convulsionarles.

-¡Nitratos específicos! -añadió la señorita Reiss en tono agudo.

-¡Fósforo!

-¡Cloruro sódico!

-¡Yodo!

-¡Calcio!

La señorita Reiss permanecía en el suelo semi-inconsciente, apoyada en los codos. El resto de los miembros del grupo se encontraban diseminados por allí, en variadas posturas de padecimiento impotente. El hinchado y palpitante cuerpo de Edith Pritchet se retorcía a impulsos de los espasmos; se le escapaba saliva por entre los labios, mientras trataba de concentrarse en las cosas que los demás iban citando.

-¡Helio! -graznó Hamilton.

-¡Dióxido de carbono! -susurró débilmente la señorita Reiss.

-Neón -logró articular Hamilton. A su alrededor, todo vacilaba y palidecía; se encontraba girando en medio de un torbellino de sombría e infinita oscuridad-. Freón. Gleón.

-Hidrógeno -vocalizaron los descoloridos labios de la señorita Reiss, que parecía nadar entre las sombras cercanas.

-Nitrógeno -enumeró Hamilton, mientras la vorágine de la nada parecía

cerrarse sobre él.

Sacando fuerzas de flaqueza, con un último impulso de energía, la señorita Reiss se incorporó y casi no pudo oírse la vibración de su voz temblorosa:

-¡El aire!

La atmósfera que envolvía al planeta quedó suprimida del universo.

Con los pulmones totalmente vacíos, Hamilton se hundió en las tenebrosas regiones de la muerte. Mientras se alejaba en el cosmos, distinguió la figura inerte de Edith Pritchet, que se revolvía espasmódicamente en el suelo a causa de un movimiento reflejo: la conciencia y la personalidad de la mujer habían huido del cuerpo.

Acababan de ganar la partida. El dominio que la señora Pritchet ejercía sobre ellos tocó a su fin. Habían terminado con la mujer... Por último, eran angustiosamente libres...

Hamilton vivía. Estaba tendido cuan largo era, demasiado exhausto y desprovisto de vigor para poder moverse. Los dedos se le aferraban al piso, mientras el pecho subía y bajaba penosamente. Pero, ¿dónde rayos se encontraba?

Mediante un esfuerzo tremendo consiguió abrir los ojos.

No se hallaba en el mundo de la señora Pritchet. Envolviéndole, las torvas palpitaciones le sacudían y le aguijoneaban. Era una desagradable corriente de presión indefinida, que se inflaba y se aplastaba contra él de manera ominosa. Pero, de un modo vago, logró vislumbrar y definir otras formas, otros cuerpos tendidos, perceptibles aquí y allá.

Marsha, inanimada y silente, yacía a escasa distancia. Al otro lado de su esposa se hallaba la voluminosa humanidad de Charley McFeyffe, con la boca abierta y las pupilas vidriosas. Y, aunque borrosamente, en el torbellino de negruras aleteantes, pudo identificar a Arthur Silvester, David Pritchet, la desmadejada figura de Bill Laws y la deforme masa del cuerpo de Edith Pritchet, aún inconsciente.

¿Habían vuelto a la cámara del Bevatrón? Un fugaz y emocionado centelleo de alegría rozó su ánimo... para alejarse raudo enseguida. No. No estaba en la sala del Bevatrón. La burbuja de un lamento tomó cuerpo en su garganta y fue ascendiendo despacio hasta llegar a la boca. Desesperada, débilmente, forcejeó para huir de lo que se erguía ante él con aire siniestro y amenazador: una concha de vida, descarnada y huesuda, que poco a poco fue aproximándosele y, por último, se derrumbó y quedó doblada cerca de su cuerpo.

En el oído de Hamilton empezó a repercutir un susurro árido, ronco e intermitente. Vibraba de un modo sordo, repicaba como el eco de un tambor distante, se alejaba y volvía... Trató de silenciarlo, pero todos sus esfuerzos resultaron baldíos y tuvo que darse por vencido.

-Gracias -articuló una voz metálica-. Cumplió con su parte a las mil maravillas. Todo se desarrolló tal como lo había planeado.

-¡Márchese! -chirrió Hamilton.

-Me iré -prometió la voz-. Quiero que se levante y reanude sus actividades normales. Quiero observarles. Son todos ustedes muy interesantes. Durante largo tiempo estuve estudiándoles, pero no del modo que deseo. Quiero examinarlos de cerca. Quiero contemplarlos minuto tras minuto. Quiero ver todo lo que hacen. Quiero estar en torno suyo, en su interior, donde pueda

Librodot

encontrarlos siempre que les necesite. Quiero hallarme en condiciones de estar en contacto con todos ustedes. Quiero ponerme en situación de obligarles a llevar a cabo algunas cosas. Quiero comprobar sus reacciones. Quiero... Quiero...

Hamilton comprendió dónde estaba; supo en qué mundo se encontraba. Reconoció el matiz tranquilo, calmoso y metálico de aquel susurro que resonaba implacablemente en sus oídos y en su cerebro.

Era la voz de Joan Reiss.

XIII

-Gracias sean dadas al Cielo -decía una voz, articulando las palabras despacio y metódicamente. Una crispada voz femenina-. Estamos de vuelta. Hemos regresado al mundo real.

Los pozos de negrura habían desaparecido. El escenario familiar de bosques y océano se extendía por doquier a su alrededor; el dilatado espacio verde del Parque *Big Sur* y la línea de la carretera que se vislumbraba al pie del Peak habían cobrado existencia otra vez.

Por encima de sus cabezas se explayaba la luminosidad azul del cielo de la tarde. Las doradas amapolas de California parecían pequeños fulgores amarillos en medio de la húmeda atmósfera otoñal. Sobre el improvisado mantel del almuerzo campestre habían reaparecido las jarras, los platos y los cubiletes de papel. A la derecha de Hamilton estaban las siemprevivas. El cupé *Ford*, limpio y brillante, rutilaba de modo metálico, amistosamente, en el lugar donde lo estacionó, a escasa distancia del extremo del prado.

Una gaviota surcó la neblina congregada a lo largo del horizonte. Un camión pesado, con motor diesel, pasó por la carretera llenando el aire de estrépito y dejando tras de sí nubecillas de humo negro, expulsadas por el tubo de escape. Hacia la mitad de la falda del collado, una ardilla cruzó el reseco suelo, zigzagueante por entre los matorrales rumbo a su madriguera.

En torno a Hamilton, todos los demás comenzaron a removerse. Allí estaban siete: Bill Laws debía de encontrarse en algún punto de San José, lamentando la pérdida de su Fábrica de Jabón.

A través de la penosa bruma que tenían ante los ojos, Hamilton logró distinguir la figura de su esposa. Marsha se había puesto de rodillas, tras incorporarse vacilante y estaba mirando en derredor con expresión de aturdimiento. Cerca de ella permanecía Edith Pritchet, aún inerte. Un poco más allá se veían los cuerpos de Arthur Silvester y David Pritchet. En el borde de la manta donde se colocaron los alimentos, Charley McFeyffe empezó a contorsionarse débilmente.

Junto a Hamilton yacía la figura enjuta de Joan Reiss. La mujer no tardó en alzarse y empezar a recoger sus cosas: el bolso y las gafas. Su semblante era casi inexpresivo del todo cuando, con ademanes circunspectos, se palpó el moño.

-Gracias sean dadas al cielo -repitió, y se puso en pie con hábil movimiento-. La pesadilla ha concluido.

Fue la voz de la señorita Reiss lo que le había despertado.

Desde el sitio donde estaba tendido, McFeyffe miró a la mujer, sobresaltado y sin saber qué partido tomar.

-De vuelta -articuló, sin comprender nada.

-Sí, nos hallamos de nuevo en el mundo real -confirmó la señorita Reiss en tono de conversación normal-. ¿No es maravilloso? -Se dirigió a la forma inanimada que seguía en horizontal sobre la hierba húmeda, a su lado-. Levántese, señora Pritchet. Ya no tiene ningún dominio sobre nosotros. -Joan Reiss se inclinó y aplicó un pellizco al hinchado brazo de la dama-. Todo ha vuelto a quedar como al principio.

-A Dios gracias -murmuró Arthur Silvester con voz lastimosa, mientras se levantaba atropelladamente-. Oh, Dios, esa terrible voz.

-¿Es cierto que todo ha terminado? -jadeó Marsha, húmedas sus pupilas castañas de duda y alivio. Con un escalofrío, acabó de ponerse en pie y comenzó a tambalearse-. Ese sueño espantoso final... Sólo capté un...

-¿Qué fue? -la interrumpió David Pritchet, gemebundo, mientras temblaba de miedo-. Ese lugar y aquella voz que nos hablaba...

-Se esfumó -dijo McFeyffe, con avidez piadosa-. Estamos a salvo.

-Permítame que le ayude, señor Hamilton -se ofreció la señorita Reiss, a la vez que se le aproximaba. Extendió su huesuda y flaca mano y se mantuvo inmóvil durante unos segundos; esbozaba su sonrisa incolora-. ¿Qué se experimenta al volver al mundo real?

Hamilton no pudo pronunciar palabra. De lo único que fue capaz fue de seguir tendido, petrificado por el terror.

-Vamos -insistió la señorita Reiss calmosamente-. Tarde o temprano, tiene que levantarse. -Señaló el *Ford* y dijo-: Quiero que se ponga al volante y nos lleve a Belmont. Cuanto antes estemos todos en casa, sanos y salvos, más feliz me sentiré. -Sin el más leve asomo de sentimentalismo en la expresión de su rostro agudo, añadió-: Deseo que todos ustedes regresen otra vez a sus puntos de origen, al lugar que les corresponde. No me consideraré satisfecha hasta que los vea allí.

Hamilton condujo el vehículo como hizo todo lo demás, de un modo mecánico, rígido, actuando por reflejo, sin que interviniese para nada la voluntad. Por delante de ellos, la autopista estatal se extendía lisa y llana, estirándose entre las ondulaciones de los grises montes. De vez en cuando, alguno que otro automóvil les adelantaba; iban acercándose a la *Bayshore Freeway*.

-No tardaremos mucho -dijo la señorita Reiss, anticipándose a los acontecimientos-. Casi estamos llegando a Belmont.

-Oiga -manifestó Hamilton roncamente-. Deje ya de fingir; abandone de una vez ese juego sádico que se lleva entre manos.

-¿A qué juego se refiere? -preguntó la señorita Reiss en voz baja, haciéndose la ingenua-. No le comprendo, señor Hamilton.

-No hemos vuelto al mundo real. Nos encontramos en su universo, en su pérfido, paranoico...

-¡Pero si he creado el auténtico mundo real para ustedes! -exclamó la señorita Reiss-. ¿Es que no se da cuenta? Mire a su alrededor. ¿No realicé un trabajo magnífico? Todo lo proyecté por adelantado, lo tenía previsto desde hace algún tiempo. Comprobarán que todo se encuentra como debería de encontrarse; no se me pasó nada por alto.

Blancas las manos, a causa de la fuerza con que apretaba el volante, Hamilton inquirió:

-Así que estaba aguardando su turno, ¿eh? ¿Sabía que iba a tocarle a

usted, cuando terminase el imperio de la señora Pritchet?

-Pues, claro. -La señorita Reiss, en tono sosegado y con el orgullo justo en la voz, se dignó a explicar-: Lo que pasa es que no ha utilizado la cabeza, señor Hamilton. ¿Se acuerda de por qué fue Arthur Silvester el primero en hacerse dueño de la situación, antes que cualquiera de nosotros? Sencillamente, porque no perdió el conocimiento. ¿Y por qué le sucedió Edith Pritchet en el mando?

-Se estaba removiendo -terció Marsha, aterrada-. Allí en el piso del Bevatrón. La vi... la vimos, durante la noche, cuando soñábamos.

-Debió prestar más atención a su sueño, señora Hamilton -observó la señorita Reiss-. Debió seguir mirando y ver lo que tenía delante. Después de la señora Pritchet, era yo quien estaba más cerca, más próxima a recuperar el sentido.

-¿Y a continuación de usted? -interrogó Hamilton.

-No importa la identidad del que estaba detrás de mí, señor Hamilton. Porque soy la última. Están de regreso... han llegado al final de su viaje. Aquí tienen su pequeño mundo; ¿no es encantador? Y les pertenece a todos ustedes. Por eso lo he creado... para que ustedes tuviesen las cosas a su gusto. Lo encontrarán todo intacto... Y confío en que reanudarán su vida y que se desenvolverán como habían venido haciéndolo.

-Supongo -intervino Marsha- que no nos queda más remedio. No disponemos de ninguna otra alternativa.

-¿Por qué no nos deja en paz y nos suelta? -preguntó McFeyffe inútilmente.

-No puedo, señor McFeyffe -repuso la señorita Reiss-. Para hacer tal cosa, tendría que dejar de existir.

-No por completo -señaló McFeyffe, con voz angustiada y tartamudeante-. Podría permitirnos usar algo sobre usted. Ese cloroformo... algo que le ponga fuera de combate provisionalmente... algo que...

-Señor McFeyffe -le interrumpió la señorita Reiss con frialdad-. He dedicado mucho esfuerzo a esto. Lo estuve planeando durante demasiado tiempo, desde que ocurrió el accidente en la cámara del Bevatrón. A raíz del preciso instante en que me percaté de que llegaría mi turno. ¿No sería vergonzoso que ahora tirase por la ventana todo ese trabajo? Puede que no vuelva a presentársenos otra ocasión como ésta... No, es una oportunidad demasiado valiosa para desaprovecharla. Excesivamente demasiado valiosa.

Al cabo de un rato, David Pritchet señaló con el dedo y anunció:

-Ahí está Belmont.

-Será estupendo volver -dijo Edith Pritchet, en un tono de voz inseguro y quebrado-. ¡Es una villa tan linda!

Uno tras otro, obedeciendo las instrucciones de la señorita Reiss, Hamilton fue dejándolos en sus hogares respectivos. Marsha y él quedaron los últimos. Ambos continuaron sentados en el cupé, detenido frente al edificio de apartamentos donde vivía la señorita Reiss, mientras ésta se hacía cargo de sus cosas y se apeaba sobre la acera, con los músculos anquilosados.

-Vayan a su casa -les aconsejó bondadosilla-. Un baño caliente y una sesión de cama será lo mejor del mundo para ustedes.

-Gracias -dijo Marsha casi inaudiblemente.

-Prueben a relajarse y a pasarlo lo mejor posible -aleccionó la señorita

Reiss-. Y por favor, procuren olvidar cuanto ha sucedido. Son cosas que han quedado atrás y ya están superadas. Traten de tenerlo presente.

-Sí -repitió Marsha de modo maquinal, correspondiendo al tono seco y desapasionado, de maestra de escuela, que empleaba Joan Reiss-. Lo recordaremos en todo momento.

La señorita Reiss cruzó la acera hacia la casa de vecinos y, al llegar a la escalinata de entrada, hizo un alto. Envuelta en su largo chaquetón de pana, la figura de la mujer no tenía nada de imponente ni llamativo. Con el bolso, los guantes y el ejemplar del *«New Yorker»* que llevaba al brazo y que había comprado en una tienda, por el camino, cualquiera la hubiese confundido con una secretaria de clase media que volvía a su domicilio después de la jornada laboral en la oficina. El fresco vientecillo del atardecer puso ondas retorcidas en su cabellera amarillenta. Tras los cristales de las gafas con montura de carey, sus ojos parecían grandes y dislocados, mientras observaba con descaro a los dos ocupantes del automóvil.

-Acaso les haga una visita dentro de varios días -tanteó el terreno-. Podríamos pasar una velada tranquila, sin hacer otra cosa que permanecer sentados, de tertulia.

-Eso... sería estupendo -consiguió articular Marsha.

-Buenas noches. -Concluyó la señorita Reiss.

Ejecutó un brusco asentimiento con la cabeza, giró sobre sí misma, subió los peldaños de la escalinata, abrió la maciza puerta frontal y desapareció dentro del alfombrado vestíbulo del inmueble, cuyo portal estaba sumido en la penumbra.

-Vayamos a casa -dijo Marsha en voz baja-. Por favor, Jack, date prisa. Lleguemos a casa cuanto antes.

Hamilton puso en marcha el vehículo y apretó el acelerador todo lo que le fue posible durante el camino. El cupé traqueteó por el paseo que conducía al edificio. Hamilton detuvo el vehículo, puso el freno de mano, apagó el motor y abrió la portezuela con salvaje violencia.

-Ya estamos aquí -manifestó.

Marsha continuó sentada junto a él, inmóvil, pálida y fría como la cera. Suave, pero con firmeza, Hamilton la levantó en peso y la sacó del automóvil. Con ella en brazos, rodeó la casa a base de largas zancadas y subió al porche de la fachada.

-De cualquier modo -aventuró Marsha, estremecida-, «Morrongo Atolondrado» habrá vuelto. Y los órganos suprimidos también. Todo estará aquí de nuevo, ¿no es cierto? ¿Será posible tanta belleza?

Hamilton no hizo ningún comentario. Atareado, se concentró en la misión de abrir la puerta.

-Joan Reiss quiere tener poderes sobre nosotros -prosiguió Marsha-. Pero todo va bien, ¿no? Disponemos de nuestro mundo; creó el mundo real para nosotros. A mí me parece que viene a ser lo mismo, ¿ves tú alguna diferencia? Jack, por el amor de Dios, ¡di algo!

Hamilton empujó la puerta con el hombro, la abrió y, luego de entrar, encendió la luz de la sala.

-En casa de nuevo -declaró Marsha.

Lanzó una tímida mirada en derredor mientras, sin ceremonias de ninguna clase, Hamilton la depositaba en el suelo.

-Sí, otra vez en el hogar.

Hamilton cerró la puerta de golpe.

-Es nuestra morada conyugal, ¿no? Está lo mismo que antes... de que este asunto empezara. -Al tiempo que se desabotonaba la chaqueta, Marsha comenzó a pasear por la sala, a examinar las cortinas, los libros, las reproducciones de las paredes, los muebles-. Resulta agradable, ¿verdad? Qué alivio... todas estas cosas familiares. Sin que nadie arroje sobre nosotros lluvias de bichos, sin que nadie elimine especies... ¿No te parece formidable?

-Es sensacional -dijo Hamilton amargamente.

-Jack. -Marsha se llegó con paso quedo hasta su marido. Llevaba la chaqueta colgada del brazo-. No podemos reprocharle nada, ¿verdad? No será como con la señora Pritchet; Joan Reiss es demasiado inteligente. Y nos lleva una delantera tremenda.

-Un millón de años de ventaja -convino Hamilton-. Lo tenía todo planeado. Pensado, meditado, proyectado, programado, maquinado... a la espera de que llegase el momento de tomar el mando sobre nosotros.

Notó en su bolsillo la presencia de un tubo redondo y duro; con furioso ademán, lo sacó y lo arrojó a través del cuarto contra la pared. El vacío frasco de cloroformo rebotó en el muro, cayó a la alfombra, rodó unos palmos y se inmovilizó en el suelo, sin romperse.

-Eso no servirá aquí de nada -dijo Hamilton-. Lo mismo podemos abandonar la lucha. Esta vez estamos derrotados.

Marsha cogió una percha del armario y se dispuso a colgar en ella la chaqueta.

-Bill Laws tendrá un humor de mil pares de demonios.

-Y unas ganas locas de sacrificarme.

-No -mostró Marsha su desacuerdo-. Tú no tienes la culpa.

-¿De dónde voy a sacar el valor para atreverme a mirarle a la cara? ¿Cómo puedo miraros a la cara a cualquiera de vosotros? Tú deseabas continuar en el mundo de Edith Pritchet; te obligué a volver aquí... Me dejé engañar por la estrategia de esa alienada.

-No te atormentes, Jack. No sacarás nada en claro.

-No -reconoció Hamilton-, no me servirá de nada.

-Prepararé un poco de café. -En el umbral de la puerta de la cocina, Marsha volvió la cabeza-. ¿Quieres unas gotas de coñac en tu taza?

-Claro. Algo más que unas simples gotas.

Tras esbozar una sonrisa forzada, Marsha desapareció dentro de la cocina. Reinó el silencio durante un breve intervalo.

Los chillidos comenzaron luego.

Hamilton se puso en pie instantáneamente; echó a correr y se detuvo en el quicio de la entrada de la cocina. Al principio no consiguió verlo; Marsha, apoyada en la mesa, se lo impedía al interponer su cuerpo.

Cuando se adelantó para coger a su esposa, Hamilton pudo ver el cuadro. Una escena que se le grabó en el cerebro y que se borró momentáneamente al cerrar los ojos y tirar de Marsha para apartarla del espectáculo. Tapó con una mano la boca de la mujer, se esforzó al máximo para impedir que siguiera lanzando sus alaridos histéricos y, recurriendo a toda su fuerza de voluntad, procuró por todos los medios dominar sus propias emociones.

A la señorita Reiss nunca le habían gustado los gatos. Los felinos le causaban miedo. Eran sus enemigos.

Aquello que había en el suelo era «Morrongo Atolondrado». Estaba abierto en canal. Pero aún vivía; continuaba funcionando el organismo de aquella masa destrozada. La señorita Reiss se encargaba de ello; no iba a permitir que el animal se librase de ello.

Temblando, palpitando, el esférico amasijo de huesos y tejidos orgánicos se retorcía ondulante por el piso de la cocina. Su lento, ligero y continuo deslizarse había estado desarrollándose durante un buen rato, probablemente desde el momento en que el mundo de la señorita Reiss empezó a existir. La masa grotesca, en tres o cuatro horas, se las arregló para arrastrarse hasta el centro de la estancia, a base de sinuosidades y contracciones peristálticas, o sea, del estómago y los intestinos.

-No es posible -gimió Marsha-. *No puede* estar vivo.

Hamilton fue a buscar una pala al patio posterior, recogió la vibrante bola y la sacó fuera. Mientras elevaba una oración, rogando para que los restos del animal pudiesen morir, llenó de agua un cubo de zinc e introdujo el montón de huesos, sangre, carne, tejidos y órganos en el recipiente. Durante cierto tiempo, aquellos despojos insistieron en sobrevivir, en hallar algún medio para emerger del cubo, medio nadaban, trataban de aferrarse a las lisas paredes, se escurrían... Luego, paulatinamente, se produjo un estremecimiento definitivo y lo que había sido un gato suspendió los esfuerzos, se hundió y murió.

Hamilton quemó los restos, cavó presuroso una pequeña tumba y enterró las cenizas. Se lavó las manos, después de soltar la pala, y regresó a la casa. Toda la operación le llevó unos minutos... pero tuvo la impresión de que había transcurrido una eternidad desde que la inició.

Marsha permanecía sentada en el salón, entrelazadas las manos con fuerza y perdida la vista frente a sí. No levantó la cabeza cuando Hamilton penetró en la estancia.

-Cariño... -articuló Hamilton.

-¿Terminado?

-Todo. Está muerto. Podemos alegrarnos de que así sea. Joan Reiss ya no le ocasionará más daño.

-Le envidio. Esa mujer ni siquiera ha empezado con nosotros.

-Pero odiaba a los gatos. No nos odia a nosotros.

Marsha se volvió ligeramente.

-¿Te acuerdas de lo que le dijiste aquella noche? La asustaste. Y es de las que no olvidan.

-Sí -confesó Hamilton-. Probablemente tienes razón. Me temo que pertenece al grupo de los que no olvidan ni perdonan.

Volvió a entrar en la cocina y se dispuso a preparar el café. Estaba echándolo en las tazas cuando Marsha penetró allí y comenzó a sacar el azúcar.

-Bueno -dijo-, esta es nuestra respuesta.

-¿A qué pregunta?

-La de: «¿Podemos seguir viviendo?». La contestación es negativa. Mucho peor que negativa.

-No hay nada peor que eso -repuso Hamilton, pero incluso en sus propios oídos la voz con que lo dijo carecía de convicción.

-Está loca, ¿verdad?

-Aparentemente. Una paranoica con manía persecutoria y psicosis de

conjura. Todo cuanto ve tiene algún significado, forma parte de una intriga tramada contra ella.

-Y ahora -resumió Marsha- ya no tiene motivos de preocupación. Porque, por primera vez en su vida, se encuentra en una postura que le permite combatir a sus adversarios.

Después de tomar un sorbo de abrasador café negro, Hamilton opinó:

-Me parece que está persuadida de que esto es una reproducción del mundo real. Por lo menos, de *su* mundo real. Dios bendito, su mundo real está muchísimo más lejos de la autenticidad que cualquiera de las fantasías del resto de nosotros... -Guardó silencio durante unos segundos y después remató-: Eso que hizo con «Morrongo Atolondrado». Probablemente supone que es lo que haríamos nosotros con ella. Y sin duda cree que la cosa va a durar siempre.

Hamilton se puso en pie, recorrió la casa y fue bajando las persianas. Había caído la noche y el sol estaba olvidado en su retiro. Fuera del edificio, las calles aparecían oscuras y yertas.

Del cerrado cajón de su mesa escritorio extrajo una automática de calibre 45 y comenzó a poner cartuchos en la recámara.

-Sólo por el mero hecho de que rija este mundo -comunicó Hamilton a Marsha-, no vamos a dar por supuesto que sea omnipotente.

Se guardó el arma en el bolsillo interior de la chaqueta. El bulto que formaba allí era bastante notable y, desde luego, llamaba la atención. Marsha esbozó una sonrisa cansina.

-Pareces un criminal.

-Soy un detective particular.

-¿Dónde está tu secretaria de formas exuberantes?

-Eres tú -respondió Hamilton, y le devolvió la sonrisa.

Con gesto de muchacha pagada de sí misma, Marsha levantó las manos.

-Me preguntaba si habrías notado que estoy... otra vez de vuelta.

-Lo noté.

-¿Todo te parece bien? -inquirió Marsha recatada.

-Mi voluntad está dispuesta a tolerarte. En honor de los viejos tiempos.

-Resulta tan extraño... Casi me siento indecorosa. Como si en mi ánimo reinase una especie de negación de la ascética. -Apretados los labios, vagó por la estancia caminando en circulo-. ¿No crees que pueda acostumbrarme de nuevo... a eso? Pues la verdad es que experimento una sensación extraña... debo de estar sometida a la influencia de Edith Pritchet.

Hamilton respondió en tono irónico:

-Eso fue en el mundo anterior. Nuestras aguas se encuentran ahora en un molino distinto.

Inundada de una especie de placer tímido, Marsha prefirió no darse por enterada, hizo como que no le había oído.

-Bajemos al sótano, Jack. A la sala de audiciones. Allí podremos relajarnos... y escuchar música. -Se llegó a Hamilton y apoyó sus manitas en los hombros del ingeniero-. Por favor. ¿Nos damos ese gusto?

Al tiempo que la apartaba de sí con rudeza, Hamilton declinó la sugerencia.

-En cualquier otro momento.

Desalentada, Marsha manifestó su sorpresa y el dolor que le producía verse rechazada así.

-¿Qué ocurre?

-¿Es que no te acuerdas?

-¡Ah! -La mujer asintió con la cabeza-. La chica, aquella camarera. Desapareció, ¿verdad? Mientras tú y ella estabais ahí abajo.

-No era ninguna camarera.

-Supongo que no. -Se iluminó el rostro de Marsha-. De todas formas, ahora habrá vuelto. Por lo tanto, todo está bien. ¿No es cierto? Y... -miró a Hamilton con aire esperanzado- a mí no me importa lo referente a esa muchacha. Lo comprendo.

Hamilton no estaba seguro de si se sentía molesto o divertido.

-¿Qué es lo que comprendes?

-Tus sentimientos. Quiero decir que el asunto no tenía nada que ver con la chica: esa joven no constituía más que un medio para el fin de sostener el tipo, que era lo que pretendías. Tú estabas *protestando.*

Hamilton la rodeó con sus brazos y atrajo a Marsha contra sí.

-Eres una persona de mentalidad increíblemente abierta.

-Opino que se deben considerar las cosas desde un punto de vista moderno -dijo Marsha con resolución.

-Me encanta que te expreses de ese modo.

Tras apartar los brazos de Hamilton, Marsha entrelazó las manos alrededor del cuello de su marido.

-¿Qué? ¿Bajamos? Hace meses que no pones discos para mí... al menos, de la manera en que lo hacías antes. Me sentí tan celosa cuando os marchasteis los dos al sótano. No sabes lo que me gustaría escuchar ahora algunas de nuestras viejas piezas favoritas.

-¿Te refieres a Tchaikovsky? Cuando aludes a «nuestras viejas piezas favoritas» siempre sueles pensar en Tchaikovsky.

-Ve tú delante a encender la luz y el calentador. Empieza a crear la atmósfera agradable e incitante. Y así, cuando yo baje, todo estará dispuesto a la perfección.

Hamilton se inclinó hacia delante y la besó en los labios.

-Me tendrás irradiando pasión amorosa.

Marsha arrugó la nariz.

-Vosotros los técnicos...

La escalera estaba fría y oscura. Tanteando el terreno con cuidado, Hamilton se aventuró por las tinieblas, descendiendo peldaño a peldaño. Recuperó cierta cantidad de confianza en sí mismo, animado por la rutina familiar del galanteo inminente. En silencio, tarareando para sí, avanzó hacia las negras profundidades del sótano con el reflejo automático hijo de la larga experiencia...

Algo áspero y viscoso le rozó la pierna, tropezó con ella y se mantuvo allí, un ramal grueso y fangoso se le enrolló en la canilla. Agitó la pierna con violencia para liberarse. Y a sus pies, en la parte inferior de la escalera, algo peludo y pesado se deslizó hasta la sala de audiciones y allí dentro se quedó, completamente inmóvil.

Sin alterar el cuerpo, Hamilton se aferró a la pared de la escalera. Extendió el brazo y, a tientas, buscó el interruptor de la luz situado en el fondo. Sus dedos consiguieron tocarlo y, mediante un rápido giro, una brusca maniobra, lo accionó y retrocedió. La luz cobró vida parpadeante: ramalazos de claridad amarillenta que atravesaron a intervalos la lobreguez

Librodot

del sótano.

A través de la escalera de la cueva colgaba un tosco manojo de ramales y cabos, algunos de ellos rotos y otros entrelazados, formando un deforme cable de color gris. Una red, torpe trabajo de hilado, fabricada apresuradamente, sin delicadeza de ninguna clase, por algo inmenso, achaparrado y bestial. Bajo los zapatos de Hamilton, los peldaños tenían una capa de polvo. El techo estaba manchado con amplias rayas de suciedad, como si la hilandera de aquella red se hubiese deslizado por todas partes, explorando hasta el último rincón y hasta la grieta más insignificante.

Agotado, desprovisto de vigor, Hamilton se dejó caer en un escalón. La adivinaba allí, abajo, esperando en la fétida oscuridad de la sala de audiciones. La había aterrorizado al tropezar con la medio terminada tela de araña. Aquella red no era lo bastante fuerte como para retenerle; aún estaba en condiciones de bregar... de liberarse.

Así, pues, forcejeó, despacio, con afanoso cuidado, incomodando a la red lo menos posible. Las hebras se apartaron y su pierna estuvo libre del todo. Notó que tenía los pantalones cubiertos por una densa sustancia pegajosa, como si una babosa gigantesca hubiera serpenteado por ellos. Estremeciéndose, Hamilton se agarró a la barandilla e inició el ascenso de la escalera.

Sólo había subido dos peldaños cuando las piernas, actuando por su cuenta, se negaron a llevarle más arriba. Su cuerpo comprendió lo que el cerebro se negaba a aceptar. Volvía a retroceder escaleras abajo. Descendía, hacia la sala de audiciones.

Aturdido, aterrado, dio media vuelta y gateó en dirección opuesta. Y, de nuevo, se repitió la monstruosidad... la escabrosa y adhesiva pesadilla. Aún seguía bajando... debajo de donde se encontraba, las oscuras sombras, la suciedad, la porquería... todo se preparaba para acogerle.

Estaba cogido en la trampa.

Mientras se contraía sobre sí mismo, mirando con hipnotizada fascinación hacia el pie de la escalera, se produjo un ruido. Por encima de él, a su espalda, Marsha había aparecido en lo alto.

-¿Jack? -llamó titubeante.

-No bajes -ordenó Hamilton, y volvió la cabeza levemente, hasta que pudo distinguir vagamente la iluminada silueta del cuerpo de su esposa-. Manténte lejos de la escalera.

-Pero...

-Quédate donde estás.

Hamilton respiraba entrecortadamente, pegado a los escalones, con los dedos apretados con fuerza en torno a la barandilla, mientras se esforzaba en recuperar parte de su vigor. Tenía que avanzar despacio; debía abstenerse de brusquedades, de trepar irreflexivamente en dirección al brillante quicio de la puerta superior y a la esbelta imagen de su esposa, que se recortaba en el umbral.

-Dime de qué se trata -pidió Marsha con voz aguda.

-No puedo.

-Si no me lo dices, bajaré.

Estaba dispuesta a hacerlo; se apreciaban matices resueltos en su tono de voz.

-Cariño -repuso Hamilton roncamente-. Parece que no puedo volver escaleras arriba.

-¿Estás herido? ¿Te caíste?

-No estoy herido. Algo ocurrió. Cuando intento subir... -Respiró hondo, estremecido-, me encuentro con que bajo.

-¿Puedo... puedo hacer algo? ¿No quieres ponerte de cara a mí? ¿Tienes que darme la espalda?

Hamilton emitió una risita furibunda.

-Claro que me volveré de cara a ti...

Agarrado al pasamanos, se retorció cautelosamente... pero continuó mirando la sombría caverna llena de polvo y sombras.

-Por favor -imploró Marsha-. Por favor, vuelve la cabeza.

Un manantial de rabia brotó en el interior de Hamilton... una furia impotente e imposible de expresar. Emitió un juramento ahogado y se incorporó.

-¡Al diablo contigo! -saltó-. ¡Al diablo con...!

Desde una distancia lejanísima, llegó el repique musical del timbre de la puerta de entrada a la casa.

-Alguien está llamando a la puerta -anunció Marsha, frenética.

-Muy bien. Ve a abrir y que pase quien sea -repuso Hamilton. Le importaba todo un comino; se había dado ya por vencido.

Durante unos segundos, Marsha luchó consigo misma. Luego, con un agitado revoloteo de faldas, se alejó. La luz del pasillo cruzó el umbral y se desparramó por la escalera, a espaldas de Hamilton, proyectando sombras imponentes sobre los peldaños. Incluida la del propio Hamilton, alargada e inmensa...

-Santo Dios -articuló una voz, una voz masculina-: ¿Qué está haciendo ahí abajo, Jack?

El ingeniero atisbó por encima del hombro, para distinguir la torva y erecta figura de Bill Laws.

-Ayúdeme -pidió Hamilton sosegadamente.

-Enseguida. -Laws se volvió hacia Marsha, que se había detenido junto a él. Le ordenó-: Quédese aquí arriba. Agárrese a algo firme, para no caerse. -Laws le tomó una mano y apretó los dedos en el ángulo de la esquina de la pared-. ¿Podrá sostenerse agarrada aquí?

Marsha asintió.

-Creo... creo que sí.

El guía negro tomó la otra mano de la mujer y empezó a aventurarse cautelosamente por la escalera. Descendió peldaño a peldaño, sin soltar la mano de Marsha. Cuando hubo bajado todo lo que le permitía la longitud de los brazos, se agachó y alargó la mano hacia Hamilton.

-¿Puede agarrarse? -gruñó.

Sin volverse, Hamilton tendió el brazo hacia atrás todo lo que pudo. No veía a Bill Laws, pero adivinaba su presencia cercana y podía oír la áspera y rápida respiración del negro, que estaba en cuclillas, por encima de él, tratando de que los dedos de ambos se enlazasen.

-No hay posibilidad -manifestó Laws desapasionadamente-. Se encuentra usted demasiado abajo.

Hamilton cedió, tenía el brazo dolorido, así que lo retiró a su posición normal y se sentó en el escalón.

-Aguarde donde está -dijo Laws-. No tardaré en regresar.

Subió la escalera hasta el pasillo, acompañados sus pasos por una serie de crujidos, tiró de Marsha y se alejó.

A su regreso, iba acompañado de David Pritchet.

-Agárrate a la mano de la señora Hamilton -aleccionó al chico-. No hagas preguntas; limítate a cumplir lo que te diga.

Cogiéndose de nuevo al ángulo de la esquina de la pared, en lo alto de la escalera, Marsha cerró los dedos de la otra mano en torno a la del rapaz. Laws llevó al pequeño escaleras abajo, todos los peldaños que podía, y entonces tomó la mano libre de David, al que dejó atrás, para seguir descendiendo él.

-Allá voy -gruñó-. ¿Listo, Jack?

Aferrado a la barandilla, Hamilton extendió el otro brazo hacia la invisibilidad que tenía a la espalda. El áspero resuello de Laws sonaba ya muy próximo; oía el crujido de los peldaños, cada vez más cerca, a medida que el negro bajaba. Luego, lo que le pareció inverosímil, la fuerte mano de Laws, un poco resbaladiza a causa del sudor, se ciñó a la suya. Mediante un tirón furioso, Laws consiguió liberarle de su situación comprometida y, a la fuerza, le fue arrastrando escaleras arriba.

Jadeando, respirando entrecortadamente, Hamilton y Laws llegaron a la alegre salvación del pasillo superior. El asustado David giró a su alrededor, mientras Marsha recuperaba el equilibrio y se llegaba a su tembloroso marido.

-¿Qué ocurrió? -quiso saber Laws. Fue lo primero que preguntó, en cuanto le respondieron las cuerdas vocales-. ¿Qué pasaba allá abajo?

-No... -Hamilton a duras penas lograba hablar-. No podía volver a subir. Por mucho que intentase volverme... -Tardó un minuto en reunir el aliento necesario para rematar la frase-, siempre estaba mirando hacia el pie de la escalera.

-Hay allí algo -articuló Laws-. Lo vi.

Hamilton asintió.

-La chica me estaba esperando.

-¿La chica?

-Allí fue donde la dejé. Se encontraba en la escalera cuando Edith Pritchet la suprimió.

-Se refiere a la camarera -gimió Marsha en tono agudo.

-Ha reaparecido -explicó Hamilton, yendo por partes-. Pero en este mundo ninguna es camarera.

-Siempre estamos a tiempo de clausurar la puerta de la escalera, asegurándola con tablas clavadas -sugirió Laws.

-Sí -convino Hamilton-. La sellaremos con tablas. Dejaremos a la chica aislada, de forma que no pueda llegar hasta mí.

-Eso vamos a hacer -manifestó Laws. Marsha y él sostenían firmemente a Hamilton, mientras éste continuaba con la vista fija en las sombrías profundidades, cuajadas de telas de araña, de la escalera-. Aseguraremos la puerta con tablones. No vamos a permitir que la chica llegue a usted.

XIV

Librodot

-Tenemos que apoderarnos de la señorita Reiss -declaró Hamilton, mientras todos los demás miembros del grupo pasaban de la parte delantera de la casa a la sala de estar-. Y después hay que acabar con ella. De un modo rápido y completo. Sin vacilaciones de ninguna clase. En cuanto la tengamos a nuestro alcance, físicamente hablando.

-Nos destruirá -murmuró McFeyffe, agorero.

-A todos, no. Tal vez, en el peor de los casos, a la mayoría.

-Aparte de que eso sería preferible -opinó Laws.

-Sí -dijo Hamilton-, mucho mejor que permanecer cruzados de brazos. Hay que poner punto final a este mundo.

-¿Alguien no está de acuerdo? -inquirió Arthur Silvester.

-No -intervino Marsha-. Nadie discrepa.

-¿Qué dice usted, señora Pritchet? -preguntó Hamilton-. ¿Cuál es su opinión?

-Naturalmente, debemos lograr dormirla -articuló la señora Pritchet-. Pobrecilla.

-¿Pobrecilla?

-Este es el mundo en el que siempre ha vivido. Un mundo espantoso, demente, horrible. Imagínenselo... año tras año. Un mundo de voracidad y terrores continuos.

Con los ojos clavados en las tablas que clausuraban la puerta del sótano, David Pritchet preguntó, nervioso, sin tenerlas todas consigo:

-¿No podrá subir aquí ese bicho?

-No -le tranquilizó Laws-. Le es imposible. Permanecerá abajo hasta que se muera de inanición. O hasta que terminemos con la señorita Reiss.

-Entonces, todos estamos conformes -resumió Hamilton-. Al menos, ya es algo. Este es un mundo en el que ninguno de nosotros desea estar.

-Bien -terció Marsha-, hemos decidido que lo más conveniente, lo que queremos hacer es poner fin al imperio de la señorita Reiss. Sólo falta determinar cómo llevarlo a cabo.

-Una observación oportuna -señaló Arthur Silvester-. Va a resultar difícil la tarea.

-Pero no imposible -dijo Hamilton-. Tuvimos éxito con usted; lo conseguimos también con Edith Pritchet.

-¿Han observado que de una vez para otra las complicaciones aumentan? -comentó Silvester pensativamente-. Ahora desearíamos encontrarnos en el mundo de la señora Pritchet...

-Y cuando estábamos en el mundo de la señora Pritchet -terminó McFeyffe, sombrío-, nos hubiera gustado hallarnos en el de usted.

-¿Qué insinúan? -inquirió Hamilton, inquieto.

-Quizás alberguemos idéntico deseo -repuso Silvester-, cuando nos veamos en el mundo siguiente.

-El que nos aguarda debería ser el mundo real -dijo Hamilton-. Tarde o temprano llegaremos a la meta de esta condenada carrera.

-Pero todavía falta -objetó Marsha-. Somos ocho y solamente hemos pasado por la experiencia de tres. ¿No nos quedan cinco aún por delante?

-Hemos estado en tres mundos imaginarios -convino Hamilton-. Tres mundos cerrados que no rozan la realidad en ningún punto. Una vez en ellos... resultó que, al parecer, carecían de salida. Sin embargo, hasta el momento no podemos quejamos de nuestra suerte. No ha sido mala. -En

tono reflexivo, añadió-: Por otra parte, no estoy seguro de que el resto de nosotros viva sumido en fantasías absolutas.

Al cabo de unos segundos, Laws profirió:

-¡Pedante hijo de zorra!

-Podría ser cierto.

-Tal vez.

-Usted queda incluido.

-No, gracias.

-Usted -manifestó Hamilton- es un cínico y un neurótico, pero también es realista. Igual que yo. Lo mismo que Marsha. Y que McFeyffe. Y que David Pritchet. Tengo la impresión de que estamos a dos pasos de salir de una vez de los reinos de la fantasía.

-¿Qué significa todo eso, señor Hamilton? -interrogó la señora Pritchet, desconcertada-. No lo entiendo.

-No esperaba que lo comprendiese -repuso Hamilton-. No es imprescindible.

-Muy interesante -comentó McFeyffe-. Y puede que tenga razón. Estoy de acuerdo en lo que se refiere a usted, a Laws, al chico y a mí mismo. Pero disiento en cuanto a Marsha. Perdone, señora Hamilton.

Pálida, Marsha replicó:

-No ha olvidado aquello, ¿verdad?

-Esa es la idea que tengo de un mundo quimérico.

-También es la que tengo yo. -Con los labios blancos como el papel, Marsha adujo-: Las personas de su especie...

-¿De qué están hablando? -interrumpió Laws, impaciente.

-Quizá sí. ¿A qué viene todo eso?

Marsha lanzó una mirada a su esposo.

-No me asusta que todo salga a la luz. McFeyffe ya convirtió el asunto en algo casi público.

-Tuvimos que efectuar ese informe -dijo McFeyffe, sin alterarse-. Nuestras vidas dependían de ello.

-Marsha fue acusada de ser comunista -explicó Hamilton-. McFeyffe se encargó de presentar los cargos. Se trata de algo absurdo por completo, naturalmente.

Laws reflexionó durante unos segundos.

-Podría tener graves consecuencias. No me gustaría verme atrapado en esa clase de entelequia.

-No hay posibilidad -le tranquilizó Hamilton.

Una mueca dura y amarga decoró el oscuro semblante de Laws.

-Ya me falló una vez, Jack.

-Lo siento.

-No -repuso Laws-, no tiene por qué sentirlo. Es probable que le asistiera toda la razón. El olor del jabón perfumado no me hubiese complacido durante mucho tiempo. Pero... -Se encogió de hombros-, por lo que afecta a lo que tenemos entre manos, me parece que se equivoca. Hasta que logremos salir de este maldito jaleo... -Se interrumpió-. En fin, olvidemos lo pasado y afrontemos la situación presente. Y lo que nos espera, que no es poco.

-Otra cosa -dijo Hamilton-, antes de olvidar el pasado.

-¿De qué se trata?

-Gracias por sacarme del atasco de esa escalera.

Laws esbozó una sonrisa fugaz.

-De acuerdo. No cabe duda de que usted parecía infinitamente pequeño y triste, agachado ahí abajo. Creo que aunque no se me hubiese garantizado el regreso, habría descendido hasta el fondo, de ser necesario. Usted no era gran cosa, en aquel escalón. Y menos teniendo en cuenta lo que vi en el fondo.

A la vez que daba media vuelta hacia la cocina, Marsha anunció:

-Empezaré a preparar el café. ¿Desea alguien comer algo?

-Pues, tengo bastante apetito -se apresuró a aceptar Laws-. He venido directamente de San José. Me puse en camino apenas desapareció la Fábrica de Jabón.

-¿Qué surgió en su lugar? -preguntó Hamilton, mientras todos se disponían a ir en pos de Marsha, pasillo adelante.

-Algo que no conseguí determinar. Una especie de factoría que produce instrumentos metalúrgicos. Tenazas y pinzas, herramientas de esas que sirven para coger cosas. Instrumental quirúrgico. Muy extraño todo. Cogí un par pero no saqué nada en claro respecto a su utilidad.

-¿No conocía otros productos semejantes?

-No, en el mundo real no los vi nunca. Probablemente se trata de algo que la señorita Reiss vislumbró de lejos. Algo que no comprendió bien para qué serviría.

-Instrumentos de tortura -supuso Hamilton.

-Es muy posible. Me largué de allí a toda prisa, como es lógico, y cogí el autobús que cubre el trayecto Península arriba.

Marsha se había subido a una pequeña escalera plana y estaba abriendo la puerta de un armarito situado encima del fregadero.

-¿Qué les parece si abrimos unas latas de melocotón en almíbar? -propuso.

-Estupendo -aplaudió Laws-. Algo que esté a mano.

Cuando Marsha alargó el brazo hacia el interior del armario, la lata de melocotón se deslizó de la pila, rodó unos centímetros y fue a caer encima del pie de la muchacha. El dolor hizo abrir la boca a Marsha que, al mismo tiempo que lanzaba un «¡ay!», saltó de la escalera. Otro bote rodó hacia delante, permaneció un segundo en el borde de la superficie del armario y luego cayó a plomo. Retorciéndose lateralmente, Marsha a duras penas consiguió esquivarlo.

-¡Cierra el armario! -ordenó Hamilton en tono agudo.

Pero lo hizo él, adelantándose presuroso; sin utilizar la escalera, levantó los brazos y cerró de golpe la puerta de madera. El sordo golpear de los recipientes de hojalata contra los paneles resultó claramente audible. Durante cierto intervalo, continuó aquel ruido; después, como de mala gana, acabó por cesar.

-Un pequeño accidente -calificó la señora Pritchet con voz trivial.

-Tratemos de considerarlo desde un punto de vista racional -dijo Laws-. Son cosas que suceden a menudo.

-Pero no nos encontramos en un mundo normal -señaló Arthur Silvester-. Este es el mundo de la señorita Reiss.

-Y si una cosa así le ocurrió a la señorita Reiss -convino Hamilton-, no pensaría que se trataba de un accidente.

-Entonces, ¿fue intencionado? -preguntó Marsha con un hilo de voz,

agachada y frotándose el pie lastimado-. Esa lata de melocotón...

Hamilton recogió la lata y fue con ella hacia el abridor de la pared.

-Tendremos que andarnos con cien ojos. A partir de ahora, estaremos predispuestos a sufrir accidentes semejantes. Con la venganza como fundamento.

En cuanto hincó el diente al primer trozo de melocotón, Laws esbozó una mueca y, de inmediato, llevó el plato al sumidero.

-Comprendo lo que quiere decir.

Cautelosamente, Hamilton probó la fruta en conserva. En vez de la suavidad propia de aquellos alimentos, su lengua y su paladar se vieron asaltados por un sabor ácido y metálico, que le produjo náuseas y que le impulsó a escupir rápidamente en el fregadero lo que se había introducido en la boca.

-Está agrio -se atragantó.

-Es veneno -articuló Laws calmosamente-. Es cuestión de tener cuidado con eso también.

-Quizás deberíamos hacer un inventario -propuso la señora Pritchet, que se sentía muy incómoda-. Sería conveniente intentar descubrir cómo actúan las cosas inanimadas.

-Excelente idea -asintió Marsha con un estremecimiento-. Así nos evitaremos sorpresas. -Con expresión dolorida, volvió a calzarse el zapato y renqueó hasta donde se hallaba su marido-. Todo dotado de vida propia, animado por el odio y por las peores intenciones, deseoso de causar daño...

Cuando regresaban por el pasillo, la luz de la sala de estar se apagó por las buenas. La estancia quedó sumida en tinieblas.

-Bueno -articuló Hamilton en voz baja-, ahí tenemos otro accidente. Se fundió la bombilla. ¿Quién quiere cambiarla?

Nadie se ofreció de voluntario para aquella tarea.

-La dejaremos tal como está -decidió Hamilton-. No merece la pena. Mañana, a la luz del día, me encargaré de eso.

-¿Y si todas las luces se apagaran? -preguntó Marsha.

-Buena pregunta -reconoció Hamilton-. Pero no puedo contestarla. Supongo que nos pondríamos a buscar velas desesperadamente. Sistemas de iluminación independientes: linternas, encendedores...

-La pobre loca... -murmuró Marsha-. Cada vez que se apagaran las luces en su piso, se quedaría sentada en la oscuridad, a la espera de que los monstruos descendiesen sobre ella. Pensando continuamente, convencida, segura de que todo obedecía a una conjura tramada contra ella.

-Lo mismo que estamos nosotros pensando ahora -dijo McFeyffe, melancólico.

-Pero en nuestro caso es cierto -repuso Laws-. Este es el mundo de Joan Reiss. Aquí, cuando se produce un apagón...

En las negruras de la sala de estar, el teléfono empezó a repicar.

-Y eso también -silabeó Hamilton-. ¿Qué creen ustedes que piensa esa mujer cuando suena el teléfono en circunstancias como esta? Será mejor que probemos a adivinarlo por anticipado: ¿Qué significa el timbre del teléfono para una paranoica?

-Supongo que eso dependerá de la paranoica -respondió Marsha.

-Evidentemente, en este caso, lo que trata el aparato es de atraerla hacia la sala. Y, en consecuencia, no va a descolgarlo.

Librodot

Aguardaron. Al cabo de un rato, el teléfono dejó de sonar. Los siete reunidos comenzaron a respirar aliviados.

-Será mejor que volvamos a la cocina y nos quedemos allí -propuso Laws, al tiempo que giraba sobre sus talones y emprendía el regreso-. No nos hará daño estar allí; es una habitación bonita acogedora y agradable.

-Una especie de fortaleza -añadió Hamilton, morboso.

Cuando Marsha trató de guardar la segunda lata de melocotón en la heladera, la puerta de ésta se negó a abrirse. La mujer permaneció con la lata en una mano, forcejeando con el picaporte, hasta que su marido se le acercó y la instó para que se apartara de allí.

-Lo único que se me ocurre es que estoy nerviosa -murmuró Marsha-. Probablemente el sistema de apertura está bien. Aunque siempre se atranca un poco.

-¿Alguien puso en marcha el tostador? -preguntó la señora Pritchet. Encima de la mesita de la cocina, el aparato emitía un zumbido característico-. Está caliente como un horno.

Hamilton se llegó a la mesita e inspeccionó el tostador. Después de un breve e inútil forcejeo con el termostato, se dio por vencido y arrancó el cordón. El elemento térmico del tostador no tuvo más remedio que apagarse.

-¿En qué podemos confiar? -preguntó la señora Pritchet, temerosa.

-En nada -repuso Hamilton.

-Resulta tan... grotesco -protestó Marsha.

Con aire pensativo, Laws abrió el cajón próximo al fregadero.

-Puede que nos haga falta un poco de protección -dijo.

Rebuscó entre los utensilios del cajón hasta dar con lo que buscaba: un cuchillo de cortar carne, de hoja de acero y grueso mango. Cuando sus dedos se cerraban en torno al instrumento, Hamilton avanzó un paso y le asestó un tirón de la manga.

-Tenga cuidado -advirtió-. Recuerde lo que ha ocurrido con la lata de melocotón.

-Pero esto lo necesitamos de verdad -replicó Laws, irritado. Eludiendo a Hamilton, levantó el cuchillo-. He de tener algo para defenderme, usted ya cuenta con esa pistola, que abulta como un ladrillo.

Durante unos segundos, el cortante utensilio permaneció inmóvil en la palma de la mano del negro. Después mediante un retorcimiento decidido, dio media vuelta como si estuviera dotado de vida propia y se disparó hacia el estómago de Laws. Con espléndida agilidad, el negro eludió la cuchillada y el arma fue a hundirse en la madera del panel situado debajo del fregadero. Rápido como una centella, Laws levantó el pie y, con la gruesa suela de su zapato, sacudió un golpe al mango del cuchillo. Este se rompió con un chasquido metálico, mientras la hoja quedaba embebida en la madera. Allí continuó, vibrando impotente.

-¿Lo ve? -articuló Hamilton en tono seco.

Abrumada, débil, a punto de desmayarse, la señora Pritchet se derrumbó encima de una silla que había junto a la mesita.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró-. ¿Qué vamos a hacer? -Su voz se transformó en un gemido incoherente-. ¡Oh...!

Marsha reaccionó con rapidez: cogió un vaso del armario y se aproximó en dos zancadas al grifo del agua.

-Le daré un vaso de agua fresca, señora Pritchet.

Pero el líquido que surgió del grifo no fue agua. Era sangre, sangre roja, espesa y tibia.

-¡La casa! -articuló Marsha con un hilo de voz, al tiempo que cerraba el grifo. Sobre el esmalte blanco del fregadero se había formado un horrible charco rojo, que se deslizaba de mala gana, despacio, rumbo al tubo de desagüe-. ¡La casa tiene vida propia!

-Así es -convino Hamilton-. Y nosotros estamos dentro.

-Creo que todos se mostrarán de acuerdo -dijo Arthur Silvester- en que lo mejor que podemos hacer es salir de aquí. La cuestión es: *¿Nos resultará posible hacerlo?*

Hamilton se acercó a la puerta trasera y probó a abrir el pestillo. Se mantuvo firme, por más que tiró de él con todas sus fuerzas, no logró correrlo un solo milímetro.

-Por aquí, no -respondió.

-Siempre se atasca -dijo Marsha-. Trataremos de salir por la puerta de la fachada delantera.

-Pero eso nos obliga a atravesar la sala -observó Laws.

-¿Se le ocurre otra sugerencia mejor?

-No -concedió Laws-. Salvo la de que intentemos lo que intentemos, vale más hacerlo enseguida.

En fila india, los siete avanzaron con precaución por el pasillo sumido en la penumbra, hacia el pozo de tinieblas que era la sala de estar. Hamilton encabezaba la comitiva. Se daba cuenta de que, al fin y al cabo, era su casa y, por lo tanto, eso le proporcionaba cierta dosis de valor. Al menos en teoría. Acaso, aunque era una esperanza muy tenue, la propiedad le confería algún beneficio.

Del respiradero de la calefacción del pasillo brotaba un jadeo rítmico. Hamilton se detuvo y aguzó el oído. El aire que pasaba por allí era cálido... ¡y fragante! No se trataba del hálito rancio y muerto que podía esperarse de un aparato mecánico, sino el aliento personal y cálido generado por un organismo dotado de vida. Abajo, en el sótano, el horno respiraba. El aire se movía, avanzaba y retrocedía, a medida que la casa viviente inhalaba y exhalaba.

-¿Es... macho o hembra? -preguntó Marsha.

-Macho -contestó McFeyffe-. La señorita Reiss tiene miedo a los hombres.

El aire que circulaba olía a humo de tabaco, a cerveza rancia y a sudor masculino. El áspero conjunto de emanaciones que la señorita Reiss debió de percibir en los autobuses, los ascensores o los restaurantes. El tufo, para ella desagradable, despedido por hombres de mediana edad.

-Probablemente, así huele su amigo cuando le lanza el aliento por la nuca -comentó Hamilton.

Marsha se estremeció.

-Y volver a casa y olfatearlo a su alrededor...

Era harto posible que, en aquellos instantes, la instalación eléctrica del edificio constituyese un sistema neurálgico, portador de los impulsos nerviosos de la criatura-vivienda. ¿Por qué no? Por las tuberías de agua circulaba sangre; los tubos de la calefacción llevaban aire a los pulmones situados en el sótano. A través de la ventana de la sala, Hamilton distinguió las hiedras que Marsha había conseguido, tras penosos esfuerzos, convencer para que trepasen por el muro hasta el tejado. En la oscuridad de la noche,

Librodot

aquellas hiedras ya no eran verdes; tenían un color pardo sucio.

Como el pelo. Como la cabellera espesa y llena de caspa de un comerciante entrado en años. Las hiedras parecían resoplar tenuemente, era un ominoso temblequeo que enviaba partículas de polvo y soplos de vapor hacia el prado exterior.

Bajo los pies de Hamilton, el piso se removió. Al principio, ni siquiera se dio cuenta; pero cuando la señora Pritchet comenzó a gemir, Hamilton identificó aquellas tenues ondulaciones del suelo.

Se inclinó y tocó con la palma de la mano una baldosa asfáltica. Estaba caliente... como la carne humana.

También tenían calor las paredes. Y carecían de dureza. No eran la superficie firme, rígida, de pintura, ladrillo, yeso, papel y madera, sino algo suave, que cedía bajo la presión de los dedos.

-Vamos -apremió Laws, tenso-. Adelante.

Cautelosas, como animales acorralados, las siete personas se aventuraron por la oscuridad de la sala. La alfombra no cesaba de estremecerse bajo sus zapatos. En torno suyo, percibían la inquietud de una presencia viva, que se agitaba, que se enojaba, que forcejeaba con irritación.

Atravesar la sala a oscuras representó un trayecto inacabable. Por todos lados, lámparas y libros se revolvían hoscamente. En una ocasión, la señora Pritchet lanzó un irreflexivo grito de pánico: el cordón del televisor se le había enrollado en torno a un tobillo. Con un rápido gesto de la mano, Bill Laws dio un tirón al cable, lo rompió y liberó a la señora Pritchet. Tras ellos, el cordón fustigó el suelo con impotente furia.

-Casi hemos llegado al final -dijo Hamilton, dirigiéndose a las vagas formas humanas que le seguían.

Vislumbraba ya la puerta, distinguía el picaporte. Empezó a alargar el brazo. Al tiempo que rezaba en silencio, fue acercándose: un metro, cincuenta centímetros, un palmo...

De pronto, le pareció estar subiendo por una empinada cuesta.

Estupefacto, retiró la mano. Sí, se encontraba sobre un piso de materia resbaladiza, el cual aumentaba su desnivel por momentos. Repentinamente, se vio rodando y cayendo hacia atrás. Agitó los brazos para recuperar el equilibrio y levantarse. Los siete habían retrocedido a la fuerza hasta el centro de la sala y permanecían allí, en confuso montón. Reinaban las negruras en el pasillo; hasta la luz de la cocina se había apagado. Sólo se veía el tenue titilar de las estrellas, más allá de las ventanas... Diminutos puntitos luminosos, que brillaban lejos, muy lejos.

-Es la alfombra -informaba Bill Laws en un murmullo incrédulo-. Nos... obligó a volver.

Debajo de ellos, la alfombra se estremeció violentamente. Una superficie blanda, cálida y esponjosa, que ya empezaba a manifestarse húmeda. Al incorporarse, Hamilton chocó contra una pared... y se encogió sobre sí mismo. La pared desprendía un denso fluido liquido, una especie de saliva que formaba sobre ella una capa ávida.

La casa viviente se preparaba para alimentarse.

Pegado a la pared, Hamilton trató de salirse de la alfombra, pero el extremo de ésta se retorcía astutamente e intentaba retenerle, mientras avanzaba hacia la puerta frontal, tembloroso y empapado en sudor. Un paso. Dos. Tres. Cuatro. A su espalda, otras figuras le imitaban... pero no todas.

-¿Dónde está Edith Pritchet? -inquirió Hamilton.

-Ha desaparecido -repuso Marsha-. Fue rodando hacia atrás y se perdió de vista... en el pasillo.

-La garganta -expresó Laws.

-Nos encontramos en la boca -manifestó David Pritchet con voz débil.

La húmeda y caliente carne de la parte interior de la boca de aquella criatura se adosó a Hamilton. Una presión que provocó en el ingeniero una serie de escalofríos de repugnancia. Bregando para avanzar, alargó de nuevo la mano hacia el pomo de la puerta y concentró todo su interés en el pequeño círculo de metal, que rutilaba levemente.

Esa vez consiguió agarrarlo. Dio un enorme tirón y la puerta quedó de par en par. Las vagas formas que iban tras él dejaron oír sonidos entrecortados cuando la noche se hizo visible de pronto. Las estrellas, la calle, las siluetas de las casas alzadas en la acera de enfrente, los árboles cuyas enramadas se movían a impulsos del viento... y el aire fresco y terso.

Eso fue todo. Sin previo aviso, el rectángulo de la entrada comenzó a contraerse. La puerta fue empequeñeciéndose de modo paulatino, a medida que las paredes se unían. Sólo quedó una minúscula grieta, como si fuesen los labios; el muro se había juntado casi del todo, haciendo desaparecer el hueco de lo que había sido una puerta.

A espaldas del grupo soplaba el rancio y pestilente aliento. Ondulaba la lengua, voraz. Las paredes rezumaban saliva. En la oscuridad, alrededor de Hamilton, voces humanas emitían agudos chillidos de terror. Sin hacer caso de los gritos, el ingeniero forcejeó para introducir las manos y los brazos en la menguante cavidad de la antigua puerta frontal. Notó que el suelo empezaba a elevarse. Y el techo, lenta e inexorablemente, descendía. Con rítmica precisión, iban a unirse; se encontrarían en cuestión de un momento.

-*Mastica* -jadeó Marsha en la oscuridad, junto a Hamilton.

Este siguió bregando con todas sus energías. Aplicando el hombro a lo que había sido la entrada, empujó, batalló, se afanó, clavó las manos y rasgó la blanda carne. Arrancó jirones de sustancia orgánica, con los dedos. Y trozos mayores, a base de escoplear con las uñas.

-¡Ayúdenme! -pidió a voces, dirigiéndose a las figuras que se movían en torno suyo.

Bill Laws y Charley McFeyffe se apartaron de aquel légamo de saliva y la emprendieron frenéticamente con la puerta. Pronto apareció una abertura. Con la colaboración de Marsha y David Pritchet, se las arreglaron para ampliarla hasta que quedó constituido un boquete circular en la carne.

-¡Afuera! -saltó Hamilton, y empujó a su esposa a través de la brecha. Marsha cayó de bruces en el porche y se alejó rodando sobre sí misma-. Ahora, usted -indicó Hamilton a Silvester.

El viejo franqueó el agujero, auxiliado por unos cuantos empellones. Después de él, pasó Laws y, a continuación, McFeyffe. Hamilton miró en derredor y comprobó que, aparte de sí mismo, allí no quedaba nadie más que David Pritchet. El techo y el suelo estaban a punto de unirse; no había tiempo para preocuparse de ninguna otra persona.

-Pasa por ahí. -Hamilton levantó al joven en peso y lo colocó al otro lado del boquete palpitante. Después, retorciéndose y contorsionándose, franqueó también la abertura.

Librodot

A su espalda, dentro de la boca de la criatura, el suelo y el techo se juntaron. Se oyó un crujido agudo cuando se encontraron las duras superficies. Un chasquear de cosas cascadas, que se repitió una y otra vez.

La señora Pritchet, que no había logrado salir, estaba siendo masticada.

Los supervivientes del grupo se congregaron en el jardín delantero, a una distancia segura de la casa. Ninguno de ellos abrió la boca para pronunciar una sola palabra, mientras contemplaban las contracciones y dilataciones metódicas de aquel ser infernal. Tuvo efecto el proceso digestivo. Por último, el movimiento disminuyó. Se desarrollaron las últimas ondulaciones de actividad espasmódica y, a continuación, la criatura quedó silenciosa.

Con un zumbido opaco, descendieron las persianas de los ventanales, formando sombras opacas, que continuaron en su lugar.

-Duerme -manifestó Marsha, remota.

Hamilton se preguntó ociosamente qué dirían los basureros cuando llegasen a recoger el cubo de los desperdicios. Unos cuantos huesos les estarían aguardando en el porche de atrás, un montón de huesos relucientes, bien apurados y expelidos después. Y acaso encontrasen, asimismo, varios botones, corchetes y prendedores de metal.

-Así es -observó Laws.

Hamilton echó a andar hacia el automóvil.

-Matarla va a constituir un auténtico placer -declaró.

-No es conveniente utilizar el coche -advirtió Laws-. No podemos fiarnos de él.

Hamilton se detuvo y sometió el aviso a la consideración de sus meninges.

-Nos acercaremos andando a su apartamento. Trataré de persuadirla para que salga, y si conseguimos tenerla en terreno abierto, sin entrar en ningún...

-Lo más probable es que ya esté en la calle -opinó Marsha-. Este asunto de las cosas devoradoras de personas también funcionará contra ella. Tal vez ha muerto ya; quizás el edificio de vecindad donde vive procedió a comérsela en cuanto entró.

-No ha muerto -señaló Laws sardónicamente-. De otro modo, no nos encontraríamos aquí.

Brotó una figura delgada de entre las sombras oscuras del garaje.

-Exacto -confirmó una voz sosegada e incolora. Una voz familiar-. Aún estoy viva.

Hamilton se sacó el 45 del bolsillo de la chaqueta. En el preciso instante en que sus dedos quitaron el seguro del arma, una idea extraña le asaltó. En su vida había usado pistola... ni siquiera había visto aquella antes. En el mundo real, jamás fue propietario de ningún 45. El arma apareció con el mundo de la señorita Reiss; formaba parte de su personalidad y existencia en aquella salvaje fantasía patológica.

-¿Logró escapar? -interrogó Laws a la señorita Reiss.

-Fui lo bastante lista como para no subir a mi piso -llegó la respuesta de la mujer-. En cuanto puse pie en la alfombra del portal, adiviné lo que habían planeado. -Se apreciaban matices de triunfo frenético en la voz de la señorita Reiss-. No son tan inteligentes como suponen.

-¡Dios mío! -exclamó Marsha-. Pero si ni por lo más remoto...

-Ahora van a intentar matarme, ¿no es cierto? -inquirió Joan Reiss-.

Librodot

Todos ustedes, el grupo en pleno. Llevan algún tiempo conspirando para eso, ¿verdad?

-Verdad -reconoció Laws súbitamente-. Así es.

La señorita Reiss emitió una carcajada áspera y metálica.

-Lo sabía. Y no les asusta presentarse ante mí de ese modo y confesarlo descaradamente, ¿eh?

-Señorita Reiss -intervino Hamilton-, desde luego, estamos conjurados para matarla. Pero no podemos llevar a cabo nuestras intenciones. No hay ser humano, en este mundo delirante, capaz de poner un dedo sobre su persona. Son esas alucinaciones que la aterran lo que...

-Pero -le interrumpió la señorita Reiss- ustedes no son seres humanos.

-¿Cómo? -exigió una explicación Arthur Silvester.

-Claro que no lo son. Me di cuenta de ello la primera vez que les vi, aquel día, en el Bevatrón. Por eso sobrevivieron todos a la caída; saltaba a la vista que lo que pretendían era colocarme allí y empujarme hacia la muerte. Pero no fallecí. -La señorita Reiss esbozó una sonrisa-. También yo dispongo de algunos recursos propios.

Articulando las palabras muy despacio, Hamilton preguntó:

-Si no somos seres humanos, ¿qué somos?

En aquel momento, Bill Laws entró en acción. Remontándose un palmo por encima de la húmeda hierba, se deslizó en línea recta hacia la pequeña y delgada figura de Joan Reiss. Le habían brotado unas alas oscuras, como pergamino, que se desplegaron y se agitaron entre las negruras nocturnas. Su impulso y dirección fueron correctos; estuvo encima de la mujer antes de que ésta pudiera esquivarle, antes de que tuviese tiempo de emitir un grito.

Lo que había parecido ser una persona, resultó ser un ente de múltiples articulaciones, que zumbaba y aleteaba, mientras envolvía el cuerpo de la señorita Reiss, la cual apenas se resistió. La prolongada parte posterior de aquella criatura monstruosa se retorció, buscando su presa. Mediante un rápido rejonazo, se clavó en el cuerpo de la mujer, mantuvo la venenosa cola hundida en la carne durante un breve intervalo y luego, saciada, se retiró. Poco a poco, las garras chirriantes, aleteantes y horribles fueron soltando a la víctima. La señorita Reiss se tambaleó y quedó a gatas, aturdida, boca abajo, jadeante, sobre la mojada hierba.

-Se alejará arrastrándose -profirió Arthur Silvester.

Echó a correr hacia el cuerpo serpenteante de Joan Reiss y la obligó a volverse. Con rapidez y eficiencia empezó a rociar con cemento rápido las huesudas caderas de la mujer; a base de retorcerla varias veces, la dejó cubierta de una espesa malla de resistentes fibras.

Cuando hubo terminado, el insecto de larga cola en que se había convertido Bill Laws levantó a la señorita Reiss entre sus garras y, mientras Silvester cogía una hebra larga y la pasaba por encima de la rama de un árbol, sostuvo aquel capullo, en cuyo interior vibraba débilmente la señorita Reiss. En cuestión de segundos, la medio paralizada figura de la mujer, quedó suspendida de la rama del árbol, en su bolsa de sustancia amorfa, cabeza abajo, vidriosas las pupilas y abierta la boca. Se balanceaba ligeramente, a impulsos del viento de la noche.

-Así no podrá intentar nada -manifestó Hamilton, satisfecho-. Inmovilizada e inofensiva.

-Me alegro de que no la hayan matado -dijo Marsha con ansiedad-.

Dispondremos de tiempo para entendérnoslas con ella... No puede hacer nada.

-Pero habrá que eliminarla tarde o temprano -señaló McFeyffe-. Después de disfrutar un poco.

-Mató a mi madre -chilló David Pritchet en tono alterado y con voz aguda.

Antes de que cualquiera de los otros pudiese retenerle, se abalanzó hacia delante, se encogió sobre sí mismo para tomar impulso y saltó en dirección al balanceante capullo. Alargó un tubo de alimentación, apartó las mallas del capullo, rasgó el vestido de la mujer y taladró vorazmente la pálida carne. No tardó en profundizar en las jugosidades del cuerpo. Al cabo de un rato, se dejó caer al suelo, hinchado y aturdido, dejando tras de sí una osamenta deshidratada.

Aquel esqueleto cubierto de piel aún conservaba algo de vida, pero ésta se iba agotando con rapidez. Los doloridos ojos empañados les miraban sin verlos. Joan Reiss había perdido la conciencia; sólo anidaba en ella una chispa de personalidad vaga y opaca.

Los miembros del grupo la contemplaron calculadoramente, dándose perfecta cuenta de que se estaban consumiendo los últimos segundos de la agonía de la señorita Reiss.

-Se lo merecía -articuló Hamilton, vacilante.

Una vez cumplida la tarea, empezaba a tener sus dudas.

A su lado, el insecto alado, de múltiples articulaciones y numerosos aguijones que era Bill Laws asintió en silencio.

-Claro que sí -silabeó luego. Su voz no pasaba de ser un zumbido áspero y agudo-. Acuérdese de lo que le hizo a Edith Pritchet.

-Será estupendo salir de este mundo -añadió Marsha-. Regresar al nuestro, al real.

-Y recobrar nuestras propias figuras -añadió Hamilton, al tiempo que lanzaba un vistazo inquieto a Arthur Silvester.

-¿Qué pretende decir? -preguntó Laws.

-No lo entiende -adujo Silvester, con cierto dejo de ironía-. Estas *son* nuestras figuras, Hamilton. Lo que pasa es que no habían aparecido antes. -Añadió-: Al menos, ante sus ojos.

Laws soltó una risa quebradiza.

-Escúchele. Atienda su confesión. Dice lo que piensa. ¡Es usted interesantísimo, Hamilton!

-Acaso debería escuchar también lo que piensan otros. E informarnos de lo que piensa él -sugirió Silvester.

-Observémosle -convino Laws-. Acerquémonos a donde podamos ver qué tiene que decir. Averigüemos qué puede hacer.

Estupefacto y despavorido, Hamilton manifestó:

-Acaben con la señorita Reiss y pongamos fin a esto... Aunque lo ignoran, ustedes forman parte de su demencia.

-Me pregunto a qué velocidad puede correr -conjeturó Arthur Silvester, mientras se aproximaba a Hamilton lentamente.

-No se me acerque -advirtió Hamilton, y empuñó la pistola.

-Y su esposa -siguió diciendo Silvester-. Vamos a darle una carrerita.

-La quiero yo -reclamó David Pritchet, ávido-. Déjenla para mí, si quieren. Pueden impedirle que intente...

Suspendida dentro de su capullo, la señorita Reiss falleció en silencio,

sosegadamente. Y, sin el más mínimo ruido, el mundo que les rodeaba a todos expiró y se deshizo en millones de partículas.

Aliviadísimo, Hamilton tiró hacia sí de la borrosa figura de Marsha y la retuvo a su lado.

-Gracias a Dios -murmuró-. Ya hemos salido de ésta.

Su esposa se oprimió contra él.

-Lo que se dice en el último segundo, ¿verdad?

Remolinos de sombras giraban a su alrededor, mientras cargado de paciencia, Hamilton permanecía a la expectativa. Les aguardaban momentos de dolor cuando emergiesen en el piso de cemento armado de la cámara del Bevatrón. Todos ellos estaban heridos; tendrían que pasar por un período de sufrimiento y de lenta recuperación... Jornadas larguísimas y vacías, en el Hospital. Pero merecía la pena. Desde luego que sí.

Las sombras se aclararon. No estaban en el Bevatrón.

-Otra vez en danza -silabeó Charley McFeyffe con voz lenta y pesada. Se levantó del húmedo césped y se quedó inmóvil, agarrado a la barandilla del porche.

-Pero si no es posible -protestó Hamilton-. No había nadie más. Hemos pasado por todos.

-Se equivoca -replicó McFeyffe-. Ya se lo dije. Le puse sobre aviso respecto a Marsha, pero no quiso hacerme caso.

Estacionada junto al cordón de la acera, delante de la casa de Hamilton había un ominoso automóvil de color negro. Las puertas posteriores del vehículo se abrieron bruscamente y saltó al suelo una figura voluminosa, que atravesó a largas zancadas el jardín, en dirección a Hamilton. Tras el primer individuo iban unos hombres de torva expresión, gigantescos, con abrigo y sombrero, hundidas amenazadoramente las manos en los bolsillos.

-Conque está aquí, ¿eh? -rezongó el sujeto corpulento que marchaba en cabeza-. Muy bien, Hamilton. Vamos.

Al principio, Hamilton no le reconoció. El rostro del hombre era una masa de carne pastosa, pervertida por una débil barbilla y un par de ojos minúsculos, que se hundían profundamente en las cuencas. Al clavarse con rudeza en el brazo de Hamilton, los dedos resultaron férreas zarpas. Aquel ser despedía un olor a colonia rancia, pero cara... y a sangre.

-¿Por qué no te presentaste hoy a trabajar? -la pregunta del voluminoso individuo fue formulada mediante un gruñido-. Lo lamento por ti, Jack. Conocía a tu padre.

-Averiguamos todo lo relativo a la gira campestre -se dignó añadir uno de los matones que le acompañaban.

-Tillingford -dijo Hamilton, desconcertado-. ¿De veras es usted?

Tras dirigirle una mirada de soslayo, que no auguraba nada bueno, el doctor Tillingford, abotagado capitalista que apestaba a sangre humana, dio media vuelta y se encaminó a su *Cadillac*.

-Tráiganle -ordenó a los secuaces que le escoltaban-. Tengo que regresar a los laboratorios de la *Agencia para el Fomento Epidérmico.* Disponemos allí de algunas bacterias venenosas que deseo probar. Será un buen conejillo de Indias.

Librodot

XV

La muerte distendía sus extenuantes alas por la gélida oscuridad nocturna. En la lobreguez esparcida ante ellos agonizaba un enorme organismo corrompido. Cuarteada y rota, la contraída forma rezumaba líquidos internos sobre la acera y el cordón; se estaba constituyendo a su alrededor una creciente laguna, que se extendía y burbujeaba.

Durante unos segundos, Hamilton no consiguió identificar aquello. La forma vibró ligeramente, mientras se volcaba a un lado. El resplandor de las estrellas palpitó sobre los quebrados cristales de sus ventanillas. Como el tronco putrefacto de un árbol, la abultada carrocería del automóvil se doblegó y se hundió. Ante sus ojos, la caja se abrió como la cáscara de un huevo, del conjunto se desprendieron diversas piezas que, al esparcirse, quedaron medio sumergidas en el charco de aceite, agua, gasolina y líquido para frenos.

Momentáneamente, un llamear de solidez surcó la maciza estructura del vehículo. Luego, con un gemido de protesta, el chasis fue a parar al pavimento de la calzada. El bloque del motor se partió por la mitad e inició después una serie de metódicos desprendimientos, convirtiéndose en un montón de partículas confusas.

-Bueno -expresó el conductor de Tillingford, resignado-, ahí queda eso.

Tillingford contempló con aire abrumado el montón de chatarra en que se había transformado su *Cadillac*. De modo paulatino, una sensación de ultraje furibundo se fue haciendo visible en su ánimo.

-Todo se derrumba -dijo.

Propinó un puntapié colérico a los restos del automóvil; el *Cadillac* aumentó su semejanza con una deforme burbuja de metal y se mezcló con las sombras de la noche. Como si se encogiera sobre sí mismo.

-Eso no le servirá de nada -comentó uno de los guardaespaldas-. Lo mismo puede dejarlo en paz.

-Nos va a costar trabajo regresar a la factoría -declaró Tillingford, al tiempo que se sacudía unas gotas de aceite de la vuelta de las perneras de los pantalones-. Hay un distrito obrero en medio.

-Es posible que hayan levantado barricadas en la autopista -convino el conductor.

Entre las tinieblas casi absolutas resultaba difícil distinguir a un guardaespaldas de otro. Para Hamilton, todos eran idénticos: gigantes germánicos corpulentos, ambiguos, de rostro brutal y carentes de emociones.

-¿Con cuántos hombres contamos aquí? -preguntó Tillingford.

-Disponemos de treinta -fue la contestación.

-Sería conveniente encender una pequeña fogata -propuso uno de los matones, aunque sin excesivo convencimiento-. La noche es demasiado oscura para que los veamos cuando empiecen a moverse.

Abriéndose paso a empellones hasta donde estaba el doctor Tillingford, Hamilton preguntó en tono áspero:

-¿Tan grave es la situación? ¿De veras creen todos ustedes que...?

Se interrumpió al estrellarse un ladrillo contra los restos del *Cadillac*. A cierta distancia, entre la concentración de sombras, se vislumbraron formas vagas y borrosas, que corrían agazapadas.

Librodot

-Comprendo -dijo, saturado de temor.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Marsha, con un hilo de voz-. ¿Cómo vamos a salir de ésta?

-Tal vez no sobrevivamos -repuso Hamilton.

Otro ladrillo surcó el aire, silbando a través de la oscuridad. Marsha sufrió un escalofrío de terror y se precipitó hacia su esposo.

-Ha estado en un tris de alcanzarme. Nos encontramos justamente en medio; van a matarse mutuamente en este punto.

-Ha sido verdadera mala suerte el que no le diese -terció Edith Pritchet con voz tranquila-. Hubiéramos quedado fuera de esto automáticamente.

Empavorecida, Marsha emitió un grito desesperado. En torno suyo, los semblantes duros y exentos de simpatía del grupo formaban un círculo de manchas blancas, apenas iluminadas por el fluctuar de las llamas de la hoguera encendida por los miembros de la escolta de Tillingford.

-Todos ustedes lo creen. Están convencidos de que soy... *comunista.*

Tillingford se revolvió como si le hubiese picado un alacrán. Un terror casi histérico apareció en su cara.

-Es cierto; lo había olvidado. Todos ustedes asistieron a esa excursión del Partido.

Hamilton se dispuso a negarlo. Pero, enseguida, una oleada de cansancio se abatió sobre él. ¿Qué más daba? Probablemente, en aquel mundo habían ido a una romería comunista, a una reunión progresiva con bailes folklóricos, canciones, frases publicitarias, discursos y peticiones.

-Bueno -comunicó a su esposa en voz baja-, hemos recorrido un largo camino. Hemos atravesado tres mundos para llegar aquí.

-¿Qué pretendes dar a entender? -le fallaron a Marsha las cuerdas vocales.

-Quisiera que me lo hubieses dicho.

A la mujer se le nublaron los ojos.

-¿Tampoco tú me crees? -En la oscuridad, la fina y pálida mano de Marsha se elevó con brusquedad; un dolor lacerante estalló en el rostro de Hamilton y se dispersó a su alrededor como un cegador torbellino de chispas. Después, casi de inmediato, el resentimiento abandonó a Marsha. En tono desesperanzado, articuló-. No es verdad.

Hamilton se acarició la hinchada y abrasadora mejilla.

-Sin embargo, no deja de resultar interesante. Dijimos que no lo sabríamos hasta poder entrar en el cerebro de las personas. Bien, a eso hemos llegado. Estuvimos en la mente de Silvester; luego en la cabeza de Edith Pritchet; después nos encontramos en la desquiciada imaginación de la señorita Reiss...

-Si acabamos con ella -intervino Silvester hablando en tono normal-, saldremos de aquí.

-Volveremos a nuestro propio mundo -remachó McFeyffe.

-No se le acerquen -les advirtió Hamilton-. Mantengan las manos lejos de mi esposa.

Alrededor del matrimonio se mantuvo inmóvil la tensa y hostil circunferencia de los integrantes del grupo. Durante unos segundos, ninguno de ellos cambió de postura; todos continuaron rígidos, con los brazos colgando a ambos costados. Por último, Laws se encogió de hombros y se relajó. Dio media vuelta y empezó a alejarse.

-Olvídenlo -manifestó por encima del hombro-. Dejen que sea Jack quien se cuide de ella. Al fin y al cabo, es un problema que sólo le concierne a él.

Marsha comenzó a respirar entrecortadamente.

-Resulta muy horroroso... No consigo entenderlo. -Sacudió la cabeza, afligida-. Es que carece por completo de sentido común.

Habían seguido cayendo piedras a su alrededor. En el remolino de sombras se oían sonidos, tenues y cadenciosos, que, al ir aumentando de volumen, se convirtieron en cánticos. Tillingford, con una expresión cruel y amarga en sus facciones, permanecía inmóvil, a la escucha.

-¿Los oyes? -preguntó a Hamilton-. Están ahí, agazapados en la oscuridad. -Su tosco semblante se contorsionó en un espasmo de aborrecimiento absoluto-. Bestias.

-Doctor -protestó Hamilton-, usted no puede creer esto. Debe de saber que no es usted mismo.

Sin mirarle siquiera, Tillingford manifestó:

-Anda, ve a reunirte con tus amigos los rojos.

-¿Esa es su postura?

-Eres comunista -acusó Tillingford con voz sin inflexiones-. Tu esposa es comunista. Sois deshechos humanos. No hay sitio para ti en mi fábrica ni en ninguna sociedad humana decente. *¡Marchaos y mantenéos lejos!* -Tras una breve pausa, añadió-: Volved a vuestra reunión comunista.

-¿Va a intentar romper el cerco? -inquirió Hamilton.

-Naturalmente.

-¿Pretende iniciar un tiroteo? ¿Piensa matar a esos hombres que se mueven por ahí?

-Si no lo hago -repuso Tillingford ciñéndose a la lógica-, ellos nos matarán a nosotros. Las cosas son así, yo no tengo la culpa.

-Este asunto no puede prolongarse mucho -se dirigió Laws a Hamilton en tono disgustado-. No son más que comparsas de pega actuando en la representación barata de una mala obra. Se trata de una parodia repelente: *«La Vida en América».* A través de ella se vislumbra el mundo real, cualquiera puede verlo.

Resonó en la noche el repique violento de una andanada. En el tejado de una casa vecina, los trabajadores habían montado una ametralladora silenciosamente. Nubecillas de polvo gris de cemento brotaron del suelo cuando la línea de proyectiles se trazó en el cielo. Tillingford se dejó caer de bruces, parapetándose detrás de las ruinas de su *Cadillac*. Sus secuaces echaron a correr, dispersándose y contestando al fuego. Una granada de mano fue lanzada a través de la oscuridad. Hamilton se dobló sobre sí mismo, tambaleándose como consecuencia de la onda expansiva, mientras una columna de llamas saltaba hacia sus ojos y su rostro. Cuando se aquietó la furia del estallido, quedó visible un profundo hoyo, medio relleno de cascotes. Varios miembros de la escolta de Tillingford aparecieron entre escombros, retorcidos sus cuerpos, que yacían en posturas imposibles.

Mientras Hamilton, aturdido, contemplaba aquellas figuras semidestrozadas, Laws se le acercó y le susurró al oído:

-¿No le parecen familiares? Observe con más atención.

En la ondulante oscuridad, la vista de Hamilton no podía distinguir bien las cosas. Pero una de aquellas formas inertes y quebradas tenía una apariencia que le resultaba conocida. Desconcertado, la contempló con

interés. ¿Quién era la persona tendida y medio sepultada bajo los cascotes, entre trozos de pavimento y adoquines humeantes?

-Es usted -murmuró Laws.

Tenía razón. Los contornos borrosos del mundo real serpenteaban, subían y bajaban, visibles detrás de la desarticulada alucinación. Como si hasta el creador de la escena hubiese desarrollado en su ánimo ciertas dudas fundamentales. La calzada cubierta de cascotes no era la calle; era en el piso de la sala del Bevatrón. Había otras figuras familiares desperdigadas aquí y allá. Al agitarse débilmente empezaban a volver a la vida.

Entre las ruinas calcinadas, unos cuantos técnicos y facultativos avanzaban palmo a palmo cautelosamente. Elegían su camino con sumo cuidado y se movían con lentitud angustiosa, paso a paso, extremando las precauciones para no exponerse. Descendían de los edificios próximos hasta el nivel del suelo, se dejaban caer con aire furtivo a la reventada calle... ¿o no era una calle? Se acentuó en su cerebro la idea de encontrarse en el Bevatrón, le parecía ver las paredes y las escalas que llevaban al suelo. Y los brazaletes colorados de los trabajadores se asemejaban a los de los miembros de la Cruz Roja. Lleno de confusión, Hamilton se dio por vencido en sus intentos de determinar aquel caos de lugares y figuras.

-No durará mucho -dijo quedamente la señorita Reiss. Al quedar interrumpido el proceso de su mundo, había vuelto a aparecer exactamente igual que antes con su largo chaquetón de pana, sus gafas de montura de carey y el precioso bolso bien agarrado-. Esta conjura dista muchísimo de estar bien construida como la última.

-¿Le pareció convincente la anterior? -interrogó Hamilton en tono helado.

-Oh, claro que sí. Al principio, estuve a punto de convencerme yo misma. Pensé... -La señorita Reiss sonrió con intensidad fanática-. Muy inteligente, de verdad. Casi llegué a creer que estaba en mi mundo. Pero, claro, cuando entré en el vestíbulo de mi piso, me di cuenta de todo. Al encontrar encima de la mesita del recibidor las acostumbradas cartas amenazadoras.

Estremeciéndose al tiempo que se arrodillaba junto a su marido, Marsha preguntó:

-¿Qué ocurre? Todo parece tan nebuloso...

-Se está acabando -dijo la señorita Reiss, remota.

Dominada por un éxtasis de esperanza, Marsha se aferró convulsivamente a Hamilton.

-¿Es cierto? ¿Vamos a despertarnos?

-Quizás -respondió el ingeniero-. Hay quien lo asegura.

-Es... es maravilloso.

-¿Lo crees así?

El pánico revoloteó sobre el semblante de Marsha.

-Desde luego. Odio este lugar... no puedo soportarlo. Es tan... tan extraño. Tan espantoso y vil...

-Hablaremos de ello después. -La atención de Hamilton estaba fija en Tillingford.

El importante jefazo capitalista había reunido a su pandilla de guardaespaldas y conferenciaba con ellos en voz baja.

-Esos gorilas -articuló Laws suavemente- no están derrotados. Antes de que logremos salir de aquí, presenciaremos una batalla.

Tillingford había dado por concluido el coloquio. Agitó el pulgar en

Librodot

dirección a Laws y ordenó:

-Atadle. Es uno de los que hay que quitar de en medio.

Laws esbozó una sonrisa tensa.

-Otro negro a dos pasos del linchamiento. Los capitalistas se pasan la vida entreteniéndose con eso.

Incrédulo, Hamilton casi soltó la carcajada. Pero Tillingford hablaba en serio; le animaba una ansiedad mortífera.

-Doctor -sonó la voz espesa de Hamilton-, esto sólo existe porque Marsha cree en ello. Usted, toda esta lucha, la demencial fantasía en pleno... Mi mujer está a punto de abandonarla. No es real... se trata nada más que de su fantasía. ¡Escúcheme!

-Y a ese rojo -añadió Tillingford cansinamente. Se secó la ceñuda y ensangrentada frente con un pañuelo de seda-. Y a su rapaza comunista, rociadlos con gasolina cuando dejen de patalear. Me gustaría estar en la fábrica. Aunque, al menos, podemos considerarnos a salvo momentáneamente. Y organizaremos un sistema defensivo más eficaz.

Como sombras fantasmales, los trabajadores se deslizaban por los escombros de la calle. Estallaron más granadas; la atmósfera se había densificado con multitud de fragmentos y ceniza, que descendían en silencio.

-¡Miren! -avisó David Pritchet, aterrado.

Cruzando el negro cielo nocturno, se estaban formando en el aire unas letras enormes. Brumosas e inciertas manchas que poco a poco se iban transformando en palabras y frases. Locuciones publicitarias, trazadas en el tenebroso vacío en beneficio de los sitiados.

Estamos en marcha.
Resistid.
Combatientes de la paz.
En pie.

-Muy reconfortante -dijo Hamilton, asqueado.

En la oscuridad, se elevó el diapasón de los cánticos. La frescura del viento parecía aclarar un poco las frases del estribillo que llegaban hasta el medio oculto grupo.

-Acaso nos salven aún -aventuró la señora Pritchet, dubitativa-. Pero esas palabras horribles... hacen que me sienta muy extraña.

Los hombres de Tillingford se movían por allí, reuniendo escombros, recogiendo piedras y cascotes, levantando fortificaciones. Casi perdidos entre los remolinos de polvo, humo y neblinas, costaba trabajo distinguirlos. De vez en cuando, alguno que otro semblante huesudo y torvo recibía un poco de claridad, quedaba momentáneamente visible y luego se hundía de nuevo en las brumosas tinieblas. ¿A quién recordaban aquellos sujetos? Hamilton trató de recapacitar. Los sombreros inclinados hacia delante, los rostros picudos...

-Bandidos -le ayudó Laws en su recuerdo-. Rufianes del Chicago de mil novecientos treinta.

Hamilton asintió con la cabeza.

-Eso es.

-Todo conforme a las tradiciones. La mujer debe sabérselo de memoria y perfectamente.

-Déjela en paz. No se meta con ella -avisó Hamilton, aunque sin excesiva convicción.

-¿Qué viene ahora? -se dirigió Laws en tono irónico a la encogida figura de Marsha Hamilton-. ¿La canalla capitalista se va a volver loca de desesperación? ¿Eso?

-Ya parecen estar desesperados -comentó Arthur Silvester, con el estilo sombrío de costumbre.

-El aspecto de esos hombres no puede ser más antipático -tartamudeó la señora Pritchet aprensivamente-. Ni por asomo se me ocurrió nunca que pudiesen existir semejantes tipos.

En aquel momento estalló una de las fogosas frases publicitarias que decoraban las alturas. Trozos de palabras llameantes descendieron en cascada, incendiando los montones de escombros. Tillingford retrocedió de mala gana, mientras soltaba una retahíla de vocablos malsonantes y se sacudía la ropa; una sección de ardiente cascajo se le había venido encima y prendió fuego a su chaqueta. A la derecha del doctor, los matones de su escolta aparecían semienterrados bajo un enorme bosquejo de retrato de Bulganin que, incandescente, se había desprendido del cielo para desplomarse justo encima del grupo.

-Sepultados vivos -comentó Laws, no sin satisfacción.

Se soltaban ya más palabras. Acompañada de un siseo impresionante, una *«PAZ»* gigantesca aterrizó sobre la linda casita de Hamilton; las llamas prendieron de inmediato en el tejado, así como en el garaje y en la tendedera. Hamilton contempló anonadado las lenguas de fuego que apenas nacieron allí, se remontaron, brillantes y destructoras, en medio de la noche. De las negruras de la ciudad no llegó el gemido de ninguna sirena; calles y edificios se extendían silenciosos, cerrados y hostiles a la incineración.

-¡Santo Dios! -exclamó Marsha, temerosa-. Creo que esa enorme *«COEXISTENCIA»* va a desprenderse de un momento a otro.

Agachado entre sus secuaces, Tillingford había perdido el dominio de la situación.

-Bombas y balas -repetía una y otra vez, en voz baja y monótona. Muy pocos de los integrantes de su partida sobrevivían-. Las bombas y las balas no los detendrán. Van a iniciar la marcha.

En el fondo de negruras sinuosas empezaba a avanzar una línea de figuras confusas. El volumen sonoro de los cánticos se había elevado hasta convertirse en una orgía de excitación enfebrecida; las voces se hinchaban en el aire, ásperas, después de salir de las gargantas de unos hombres resueltos, que se abrían ya camino por entre los montones de cascotes abrasados.

-Vamos -dijo Hamilton.

Agarró con energía la mano de su esposa y se alejó tirando de Marsha de aquel infierno caótico que les rodeaba.

Orientándose a base de recuerdos instintivos, Hamilton condujo a su mujer dando un rodeo en torno a la parte lateral de su incendiado domicilio, para seguir luego a lo largo del sendero con piso de cemento que llevaba al patio posterior. Una parte de la valla se había consumido y desintegrado. Hamilton continuó tirando de Marsha y se adentró por otro oscuro patio, dejando atrás los humeantes fragmentos de madera calcinada. Las casas eran formas opacas, cuyas siluetas se erguían ominosas. De vez en cuando,

Librodot

veía fugazmente a alguno que otro puñado de hombres lanzados a la carrera, obreros sin rostro definido que se dirigían silenciosamente al escenario de la batalla. Poco a poco, fue disminuyendo el tronar de las armas. Las llamaradas de los incendios quedaron a su espalda. Habían conseguido salir de la zona donde se desarrollaba la lucha.

-Aguarden -dijo Laws, y McFeyffe apareció tras ellos, jadeante-. Tillingford se ha convertido en un guerrero fanático. Pelea como un loco -articuló Laws, hablando a borbotones-. Dios mío, ¡vaya fregado!

-No puedo creerlo -murmuró McFeyffe, brillante y contorsionado su rostro-. Están cuerpo a tierra. Cubiertos de sangre, sudor y suciedad. Se defienden y combaten como animales.

Por delante de ellos empezaron a parpadear algunas luces.

-¿Qué es eso? -preguntó Laws, receloso-. Será mejor que nos mantengamos al margen de la corriente principal.

Lo que tenían delante era el barrio comercial de Belmont. Pero el parecido que guardaba con el recuerdo que de él poseían era prácticamente nulo.

-Bueno -comentó Hamilton con acritud-, debimos de esperar una cosa así.

Lo que parpadeaba y relucía en la oscuridad nocturna no pasaba de ser un arrabal de los bajos fondos. Tiendas sucias y destartaladas se alzaban como setas venenosas, vocingleras y desagradables. Tabernas, billares, boliches, lupanares, armerías... Y por encima del conjunto no cesaba de repercutir una serie de agudas notas metálicas. El estruendo de la música de *Jazz*, proyectado por potentes altavoces y bocinas puestas en lo alto de galerías llenas de máquinas tragamonedas. Los letreros de neón se encendían y apagaban a intervalos regulares. Soldados del Ejército vagaban por allí sin rumbo fijo, observando aquella feria de depravación moral.

En el escaparate de un establecimiento, Hamilton vio un extraño muestrario. Hileras de cuchillos y armas de fuego, expuestas en estuche de terciopelo.

-¿Por qué no? -dijo Laws-. Es la idea que tienen los comunistas acerca de los Estados Unidos: ciudades habitadas por *gangsters,* saturadas de vicio y crimen.

-Y las zonas rurales -añadió Marsha arrastrando las sílabas-. Indios, linchamientos salvajes y homicidios violentos. Bandidos, carnicerías, derramamientos de sangre.

-Parece muy bien informada -observó Laws.

Abatida, llena de desaliento, Marsha se sentó en el cordón de la acera.

-No puedo dar un paso más -informó.

Los tres hombres se detuvieron, inseguros, irresolutos, sin saber qué hacer.

-Vamos -conminó Hamilton rudamente-. Si sigues ahí, te quedarás helada.

Marsha no pronunció palabra. Temblando, se dobló sobre sí misma, boca abajo, juntos los brazos, como si quisiera que su cuerpo frágil y menudo ofreciese el menor espacio posible al frío.

-Vale más que entremos en algún local -propuso Laws-. Tal vez en cualquiera de esos restaurantes.

-No tiene objeto continuar -dijo Marsha a su marido-. ¿No te parece?

-Supongo que no -respondió Hamilton, conciso.

-¿Quieres que regresemos?

-No.

-Tampoco se me ocurre ninguna sugerencia.

Hamilton, de pie tras ella, indicó el mundo circundante.

-Ya lo veo; esto es todo lo que hay.

-Lo siento -articuló McFeyffe torpemente.

-No es culpa suya -dijo Hamilton.

-Pero me considero responsable.

-Olvídelo -Hamilton se inclinó y apoyó la diestra en el tembloroso hombro de su esposa-. Anda, cariño. No puedes quedarte aquí.

-¿Aunque no haya ningún otro sitio al que ir?

-Exacto: aunque no exista ningún otro lugar dispuesto a albergarnos. Aunque no tengamos más remedio que llegar al fin del mundo.

-Ya tienen el fin del mundo -comentó Laws, sin pizca de delicadeza.

Hamilton no se molestó en replicar. Se agachó y, con firmeza, obligó a Marsha a ponerse en pie. La mujer no opuso resistencia, dejó que su marido la arrastrase. En la oscuridad y el frío de la noche, no era más que un conjunto de materia que seguía obedientemente a Hamilton.

-Parece haber transcurrido una eternidad -reflexionó el ingeniero, que aún retenía la mano de Marsha- desde aquel día en que te encontré en la antesala y te dije que el Coronel T.E. Edwards deseaba verme.

Marsha asintió.

-El día que visitamos el Bevatrón.

-Piense por un momento -intervino McFeyffe en tono áspero- en que, si no lo hubiesen visitado, no se habría descubierto este pastel.

Los restaurantes eran demasiado aparatosos, había en ellos un exceso enorme de ostentación. Camareros uniformados se inclinaban y cepillaban, obsequiosos como aduladores diplomados, a los clientes que pululaban por entre las adornadas mesas.

Hamilton y sus acompañantes caminaron a la ventura, sin ningún destino particular en la imaginación. Las aceras aparecían casi completamente desiertas; a intervalos irregulares se cruzaba con ellos una figura andrajosa, inclinada hacia delante para oponer menos resistencia al viento.

-Un yate -dijo Laws, desanimado.

-¿Cómo?

-Un yate. -Laws indicó con la cabeza un escaparate iluminado-. Montones de ellos. ¿Quiere comprar uno?

En otros escaparates se exhibían joyas y pieles caras. Perfumes, artículos de importación... y los eternos restaurantes de estilo rococó, con sus camareros serviciales y sus ornamentos lujosos. Racimos ocasionales de hombres y mujeres cubiertos de harapos miraban todo aquello ávidamente, sin medios económicos para adquirir nada. Rodando tristemente calle adelante vieron acercárseles un carro tirado por un caballo displicente. En la caja del vehículo iba una familia de aire apesadumbrado, sentada encima de los fardos que constituían sus pertenencias.

-Refugiados -conjeturó Laws-. Procedentes de Kansas, donde la sequía acabó con todo. De Dust Bowl. ¿Se acuerdan?

Frente a ellos se dilataba el amplio distrito prohibido.

-Bueno -manifestó Hamilton-, ¿qué proponen?

-No tenemos nada que perder -dijo Laws-. Hemos ido todo lo lejos que podíamos; no nos queda nada.

-También podemos disfrutar un poco -murmuró McFeyffe-. Aún estamos a tiempo. Esta ruina impía no tardará en desmoronarse del todo.

Sin pronunciar palabra, los cuatro se encaminaron hacia la masa de rutilantes luces de neón, anuncios de cerveza, altavoces, toldos y marquesinas. Rumbo al familiar *Fondeadero*.

Fatigada y agradecida, Marsha tomó asiento ante una mesa situada en un rincón.

-Se está bien aquí -comentó-. Es un lugar bonito y cálido.

Hamilton permaneció inmóvil, absorbiendo la indistinta amistad de la sala, su ambiente placentero, el agradable desaseo de las bandejas amontonadas, las colecciones de vacías botellas de cerveza, el sonido a latas que despedía la gramola. El *Fondeadero* no había cambiado. Ante el mostrador estaban sentados los productores de costumbre, con sus rostros inexpresivos y su postura usual; encorvados hacia delante sobre sus jarras de cerveza. El piso de madera aparecía sembrado de colillas. Mientras pasaba un trapo por la superficie del mostrador, con aire lánguido, y los tres hombres tomaban asiento en torno a Marsha, el mozo del local miró a McFeyffe e inclinó la cabeza.

-Sienta estupendamente eso de abandonar la vertical -suspiró McFeyffe-. Ya me dolían los pies.

-¿Todo el mundo quiere cerveza? -preguntó Laws.

Asintieron los interpelados y el negro se dirigió al mostrador.

-Recorrimos un largo trayecto -dijo Marsha con voz desfallecida, al tiempo que se quitaba el chaquetón-. No creo haber estado jamás aquí.

-Probablemente, no -convino Hamilton.

-¿Solías venir tú a este sitio?

-Solíamos venir todos los que no le hacen ascos a un trago de cerveza. Cuando trabajaba para el Coronel Edwards.

-Ah -articuló Marsha-. Ahora me acuerdo. Lo citabas con frecuencia.

Laws apareció cargado con cuatro botellas de cerveza *Áureo Resplandor*. Se sentó cautelosamente.

-Sírvanse -invitó.

-¿No ha observado nada? -inquirió Hamilton, tras sorber un trago de cerveza-. Mire a los chicos.

En la penumbra de los rincones y recodos de la sala se vislumbraban algunos adolescentes. Fascinado, Hamilton contempló a una joven, que desde luego no tendría más de catorce años, dirigiéndose al mostrador. Aquello era una novedad; no recordaba tal cosa allí. En el mundo real... Pero el mundo real parecía haber quedado infinitamente detrás. Sin embargo, la fantasía comunista que estaba viviendo serpenteaba a su alrededor, insustancial y brumosa. El mostrador, las hileras de botellas y vasos extendidos en mancha confusa... Los jóvenes bebedores, las mesas, los botellines de cerveza puestos de cualquier forma... Todo se alargaba hasta perderse en la oscuridad de una niebla espesa. No le era posible distinguir el fondo del local. El familiar letrero rojo de neón con las palabras: *Señoras y Caballeros,* no aparecía a la vista.

Entornó los párpados, aguzó la mirada y escudriñó. A una distancia increíble, allende las mesas y los bebedores, se percibía una línea de luz roja que el ojo humano era incapaz de definir. ¿Se trataba del letrero?

-¿Qué dice ahí? -preguntó a Laws, y señaló la raya con el índice.

Moviendo despacio los labios, como si deletreara trabajosamente, Laws respondió:

-Parece algo así como *Salida de emergencia.* -Al cabo de un momento, adujo-: Ese cartel figura en lo alto del muro Bevatrón. Para casos de incendio.

-A mí me da la impresión de que dice *Señoras y Caballeros* -terció McFeyffe-. Hasta ahora, eso rezaba el letrero.

-La fuerza de la costumbre -opinó Hamilton.

-¿Qué hacen esos jóvenes bebiendo ahí? -preguntó Laws-. Y tomando drogas. Mírelos... tienen hierbas, tan seguro como que hay infierno.

-*Coca Cola*, drogas, licor, sexo... -recitó Hamilton-. La corrupción moral del sistema. Es probable que trabajen en minas de uranio. -Le fue imposible eliminar la amargura de su voz-. Y se criarán de forma que, cuando lleguen a adultos, se transformarán en bandidos y llevarán escopetas de cañón aserrado.

-*Gangsters* de Chicago -amplió Laws la imagen.

-Después, al ingresar en el Ejército, se dedicarán a sacrificar vidas de campesinos y a incendiar viviendas rurales. Esa es la clase de sistema que tenemos; esa es la clase de país en el que vivimos. Un semillero de homicidas y explotadores. -Volvió la cabeza hacia su esposa e inquirió-: ¿Me equivoco, nena? Los chicos drogándose, los capitalistas con las manos ensangrentadas y los parias muertos de hambre buscando algo que llevarse a la boca entre los cubos de la basura...

-Ahí viene una amiguita tuya -silabeó Marsha quedamente.

-¿Mía?

Sorprendido, Hamilton se revolvió en la silla, con una expresión de duda en el rostro.

A través de las sombras caminaba presurosa hacia ellos una esbelta y cimbreante rubia, cuyos labios se entreabrían insinuantes y cuya cabellera le caía sobre los hombros. Al principio, Hamilton no la reconoció. Llevaba una blusa ceñida y ajada; bastante abierta. Las capas de afeites brillaban en su semblante. La ajustada falda estrecha tenía un corte lateral que llegaba casi hasta los muslos. Sin medias en las piernas, calzaba zapatillas planas, las cuales tenían encima una respetable abundancia de suciedad. Sus senos eran inmensos. Cuando la muchacha se acercaba a la mesa, una vaporosa nube de perfume y calor empezó a envolver a Hamilton... una completa mezcla de efluvios que llevó a su mente una serie de recuerdos no menos complejos.

-Hola -saludó Silky, con voz baja y ronca. Se inclinó sobre el ingeniero y le rozó brevemente la sien con los labios-. Te estaba aguardando.

Hamilton se levantó y le ofreció una silla.

-Siéntate.

-Gracias. -Silky ocupó el asiento y lanzó una mirada alrededor de la mesa-. Hola, señora Hamilton -dijo a Marsha-. Hola, Charley. Hola, señor Laws.

-¿Puedo preguntarte una cosa? -entonó Marsha, cortante.

-No faltaba más.

-¿Qué número de corpiño usas?

Con ademán negligente, Silky se abrió la blusa.

-¿Responde esto a la pregunta? -No llevaba corpiño.

Librodot

Marsha se puso como la grana y emprendió la retirada.

-Sí, gracias.

Hamilton contempló aterrorizado a la muchacha.

-Supongo que los sostenes constituyen una treta capitalista, diseñada para engatusar a las masas.

-Hablando de las masas -dijo Marsha, desanimada porque el espectáculo gratuito ofrecido por Silky había acabado con toda su moral combativa-, sin duda habrás tropezado con dificultades para encontrar algunas de las cosas que abandonaste, ¿no?

-Es una sociedad comunista -intervino Laws-, el proletariado nunca abandona ni renuncia a nada.

Silky sonrió con aire ausente. Volvió a abrocharse la blusa, sumida en profundas meditaciones. Luego se encogió de hombros y entrelazó las manos encima de la mesa.

-¿Qué hay de nuevo?

-Una escaramuza, mejor dicho, una gran batalla se desencadenó ante nuestros ojos cuando veníamos para acá -explicó Hamilton-. Vampiros de Wall Street, perversos chupadores de sangre, contra heroicos y perspicaces trabajadores, que se lanzaban al combate con la canción alegre en los labios.

Silky le miró con los ojos llenos de incertidumbre.

-¿Hacia qué bando parecía decantarse la victoria?

-Bueno -concedió Hamilton-, la agonizante pandilla de chacales fascistas daba la impresión de que iba a quedar sepultada de un momento a otro bajo el diluvio de divisas llameantes.

-Mire -dijo Laws de pronto, al tiempo que señalaba con el dedo-. ¿Ve lo que hay allí?

En el rincón del bar estaba la expendedora automática de cigarrillos.

-¿Se acuerda? -preguntó Laws a Hamilton.

-Pues, claro.

-Y allá está la otra. -Laws indicó la máquina que servía chocolatinas, la cual ocupaba el rincón opuesto de la sala, casi perdida entre las sombras oscilantes-. ¿Recuerda lo que hicimos en esa?

-Lo recuerdo. La dejamos chorreando coñac francés de primera clase.

-Íbamos a cambiar la sociedad -manifestó Laws-. Íbamos a alterar el mundo. Piense en lo que pudimos haber conseguido.

-Estoy pensándolo.

-En nuestra mano estuvo la posibilidad de producir todo cuanto cualquiera hubiese deseado. Alimentos, medicinas, whisky, revistas, arados, anticonceptivos... Menudo principio.

-El Principio de la Divina Regeneración. La *Ley de la Fisión Milagrosa.* -Hamilton asintió-. Eso le hubiera venido de perlas a este mundo particular.

-Habríamos derrotado al Partido en toda la línea, superándolo de un modo absoluto -convino Laws-. Ellos han tenido que construir presas e industrias pesadas. Todo lo que nosotros necesitamos fue una barra en forma de bastón.

-Y un trozo de tubo de neón -le recordó Hamilton-. Sí, nos hubiésemos divertido horrores.

-Pareces triste -observó Silky-. ¿Qué es lo que va mal?

-Nada -repuso Hamilton, lacónico-. Nada en absoluto.

-¿Puedo ayudar en algo?

Librodot

-No. -Hamilton esbozó una tenue sonrisa-. De todas formas, gracias.

-Podríamos subir a la alcoba del piso. -Silky apartó la tela que cubría sus costados-. Siempre quise que me poseyeras.

Hamilton la palmeó en la muñeca.

-Eres una buena chica. Pero eso no serviría de nada.

-¿Estás seguro? -Implorante, la muchacha se subió un poco las faldas-. Hará que nos sintamos mejor... y disfrutarás...

-Quizás en otro momento, antes... pero no ahora.

-¿No es una conversación encantadora? -murmuró Marsha, atormentada y tensa la expresión.

-Sólo estábamos bromeando -la tranquilizó Hamilton-. Sin ánimo de lastimar.

-Muera el capitalismo monopolizador -intervino Laws, con un solemne eructo.

-Todo el poder para la clase trabajadora -respondió Hamilton, poniéndose a su altura.

-Por una democracia popular en los Estados Unidos -declaró Laws.

-Por unas Américas Socialistas Soviéticas.

A la media luz del establecimiento, unos cuantos obreros habían levantado los ojos de sus cervezas.

-No alcen la voz -advirtió McFeyffe, inquieto y nervioso.

-¡Oigan! ¡Oigan! -voceó Laws, y subrayó sus gritos con varios golpes dados en la superficie de la mesa con su navaja. Abrió ésta y alargó la hoja amenazadoramente, al tiempo que explicaba-. Voy a despellejar a uno de esos devoradores de carroña que anidan en Wall Street.

Hamilton le examinó con desconfianza.

-Eso es un estereotipado tópico burgués. Los negros no llevan navaja.

-Yo sí -repuso Laws llanamente.

-En tal caso -decidió Hamilton-, usted no es un negro en el sentido que le asignamos a la palabra. Es un simpatizante secreto del comunismo, que ha traicionado a su grupo religioso.

-¿Grupo religioso? -repitió Laws, hipnotizado.

-El concepto de la *raza* es un concepto fantástico -confió Hamilton-. El negro es un grupo religioso y cultural, ni más ni menos.

-Que me aspen -dijo Laws, impresionado-. Vaya, este asunto no es tan malo como todo eso.

-¿Quieres que bailemos? -propuso Silky a Hamilton, con repentina vehemencia-. Me gustaría poder hacer algo por ti... pareces dominado por una espantosa desesperación.

-Me recuperaré -contestó Hamilton, escueto.

-¿En qué podemos ser útiles a la revolución? -se manifestó Laws dispuesto a lo que se terciara-. ¿A quién tenemos que matar?

-Eso no importa -dijo Hamilton-. A quien sea. A quien sepa leer y escribir.

Silky y alguno de los atentos trabajadores se pusieron a intercambiar miraditas.

-Jack -articuló la muchacha en tono saturado de inquietud-, no es una cuestión para tomársela a chacota.

-Pues claro que no -convino Hamilton-. Le faltó el canto de un billete para que nos linchase ese perro rabioso del monopolio financiero... Tillingford.

-Liquidemos a Tillingford -vociferó Laws.

-Me encargaré de ello -repuso Hamilton-. Lo disolveré y lo echaré por el desagüe.

-Resulta muy extraño oírte hablar de ese modo -dijo Silky, aún con los ojos clavados dubitativamente en él-. Por favor, Jack, no digas esas barbaridades. Me asustas.

-¿Que te asusto? ¿Por qué?

-Porque... -Silky esbozó un ademán vacilante- creo que lo que haces es mostrarte sarcástico.

Marsha emitió un agudo y frenético gemido de histeria.

-Oh, Dios, también *ella* no.

Unos cuantos trabajadores se habían bajado de sus taburetes; avanzando por entre las mesas, se iban aproximando al grupo sosegadamente. Todos los ruidos del bar se fueron apagando. La gramola se quedó mortalmente silenciosa. En el fondo de la sala, los adolescentes pretendían fundirse con las sombras más oscuras.

-Jack -pidió Silky, aprensiva-, ten cuidado. Hazlo por mí.

-Ahora lo comprendo todo -declaró Hamilton-. Eres una chica políticamente activa. ¡Tú! Una joven honrada y amante del hogar, ¿eres eso? ¿Pervertida por el sistema?

-Por el oro capitalista -adujo Laws de mal talante, mientras se frotaba la morena frente y ponía boca abajo su vacía botella de cerveza-. Seducida por algún pomposo empresario. Acaso por un ministro. Tiene su virginidad colgada de la pared de su biblioteca, encima de la chimenea.

Marsha lanzó una mirada por el local.

-Esto no es un bar, ¿verdad? Sólo lo parece.

-Es la fachada de un bar -respondió Hamilton-. ¿Qué más quieres?

-Pero en la trastienda -dijo Marsha con voz insegura- hay una célula comunista. Y esta *muchacha.*

-Trabajas para Guy Tillingford, ¿verdad? -se dirigió Silky a Hamilton-. Fui a recogerte allí aquel día.

-Trabajaba. Tillingford me ha despedido. El Coronel T.E. Edwards me despidió, Tillingford me despidió... Pero supongo que aún no estamos vencidos. -Con cierto interés ambiguo, Hamilton observó que el círculo de hombres que les rodeaba estaba compuesto por trabajadores armados. En aquel mundo, todos iban armados. Todos se hallaban en un bando o en el otro. Hasta Silky. Manifestó en voz alta-: ¿Silky es la misma persona que yo conocía?

Durante unos segundos, la joven pareció titubear.

-Pues, claro. Aunque... -Sacudió la cabeza, algo desconcertada; ondas de rubio cabello azotaron suavemente los hombros de la chica-, todo está tan condenadamente embarullado. A duras penas consigo ver las cosas con claridad.

-Sí -convino Hamilton-. Ha sido un jaleo tremendo.

-Pensé que éramos amigos -articuló Silky en tono de desdicha-. Creí que estábamos en el mismo lado.

-Lo estamos -repuso Hamilton-. O lo estuvimos, una vez. En otro tiempo, en algún otro lugar. A mucha distancia de aquí.

-Pero... ¿no quisiste explotarme?

-Nena -silabeó Hamilton con triste acento-, he deseado explotarte eternamente. A través de los tiempos. En todos los países y lugares, en todos

los mundos. En todas partes. Y seguiré queriendo explotarte hasta el día en que me muera. Me gustaría tomarte y explotarte hasta que ese colosal pecho tuyo susurrara como un álamo temblón agitado por el viento.

-Me lo imaginaba -dijo Silky con voz quebrada.

Durante un intervalo permaneció adosada contra Hamilton, con la mejilla descansando en su corbata. Torpemente, el ingeniero jugueteó con un mechón de pelo rubio que caía sobre los ojos de la muchacha.

-Quisiera -articuló Silky, distante- que las cosas se hubiesen desarrollado de otro modo.

-Y yo también -respondió Hamilton-. Quizás... pueda dejarme caer por aquí de vez en cuando, para tomar una copa contigo.

-Agua teñida -dijo Silky-. Eso es todo. Y el mozo me entrega una ficha.

Un poco tímidamente, los trabajadores del círculo habían sacado a relucir sus rifles.

-¿Ya? -preguntó uno de ellos.

Silky se desasió de Hamilton y se puso en pie.

-Creo que sí -murmuró, de un modo casi inaudible-. Adelante. Rematad el asunto.

-Muerte a los perros fascistas -aulló Laws.

-Muerte a los réprobos -añadió Hamilton-. ¿Podemos levantarnos?

-Desde luego -dijo Silky-. Lo que queráis. Me gustaría... Lo lamento, Jack. De veras. Pero no estás con nosotros, ¿verdad?

-Me temo que no -confesó Hamilton, casi de buen humor.

-¿Estás contra nosotros?

-Debo de estarlo -reconoció el ingeniero-. No puede ser de otra manera, que yo sepa. ¿No es eso?

-¿Va a dejar que nos asesinen? -protestó Marsha.

-Se trata de sus amigos -dijo McFeyffe, en tono débil, de derrota-. Haga usted algo. Diga algo. ¿Es que no es capaz de razonar con ellos?

-No servirá de nada -expresó Hamilton-. Esta gente no razona. -Se volvió hacia su esposa y, tirando de ella con suavidad, la obligó a ponerse en pie. La aconsejó-: Cierra los ojos. Y relaja el cuerpo. No sentirás dolor.

-¿Qué... qué vas a hacer? -susurró Marsha.

-Voy a intentar salir de aquí con todos vosotros. Por el único medio que parece ofrecer algunas garantías.

Cuando el círculo de rifles chasqueó y giró para encañonarle, Hamilton echó el brazo hacia atrás, cerró el puño, apuntó con cuidado y propinó a Marsha un derechazo en plena mandíbula.

Tras un tenue estremecimiento, la mujer se desplomó en los brazos de Bill Laws. Hamilton se hizo cargo enseguida del cuerpo inerte de su esposa y se quedó sosteniéndola, con una expresión bobalicona en la cara. Aturdido y desconcertado, porque los ecuánimes obreros seguían frente a él, tangibles y reales, accionando los cerrojos de los fusiles.

-¡Dios mío! -exclamó Laws, sin entenderlo-. Continúan ahí. No hemos vuelto al Bevatrón. -Confuso, ayudó a Hamilton a soportar el inanimado e inconsciente cuerpo de su esposa-. ¿No es el mundo de Marsha, después de todo?

Librodot

XVI

-Pero esto carece de lógica -declaró Hamilton estúpidamente, con el brazo en torno a la inmóvil y cálida humanidad de su mujer-. Debía de ser el mundo de Marsha. Si no es así, ¿a quién corresponde este mundo?

Y en aquel instante, con un alivio inmenso, lo comprendió.

Charley McFeyffe había empezado a cambiar. Era una metamorfosis involuntaria; McFeyffe no podía gobernarla. La transformación brotaba de las capas más profundas de sus creencias. Constituía parte y eje de su perspectiva total del mundo.

McFeyffe aumentaba de estatura a ojos vistas. Mientras le observaban, dejó de ser un individuo bajo y rechoncho, de nariz respingona y barriga desarrollada, prominente. Se tornó alto. Ganó en magnificencia. Una especie de nobleza mitológica descendió sobre él. Sus brazos se convirtieron en gigantescos pilares de músculos. Su torso se hizo macizo. Los ojos le llamearon con ardor justiciero. Su mandíbula cuadrada, moralmente inflexible, formó un contorno severo mientras miraba con dureza a su alrededor, observando el local.

El parecido con (Tetragramatón) resultó asombroso. Era evidente que McFeyffe no había logrado desprenderse del todo de sus convicciones religiosas.

-¿Qué ocurre? -preguntó Laws, encandilado-. ¿En qué se está convirtiendo?

-No me encuentro bien del todo -retumbó la voz de McFeyffe, no desprovista totalmente de tonos musicales-. Creo que iré a tomar un poco de bromo.

Los corpulentos trabajadores habían bajado las armas. Asustados, temblorosos, se quedaron boquiabiertos y rezumantes de reverencia.

-No le habíamos reconocido -murmuró uno de ellos-, camarada comisario.

McFeyffe, con rostro enfermizo, se volvió a Hamilton.

-Malditos imbéciles... -estalló su vozarrón autoritario.

-Vaya, que me emplumen -dijo Hamilton suavemente-. El padrecito sagrado en persona.

La boca de McFeyffe se abrió y se cerró, pero sin que saliera ningún sonido.

-Eso lo explica -prosiguió Hamilton-. Me refiero al episodio de cuando el paraguas se remontó hacia las alturas y (Tetragramatón) pudo lanzarle una mirada de cerca. No tiene nada de extraño que usted se sobresaltase. Ni de que él le maldijera y le aplicase un correctivo.

-Me llevé una sorpresa -reconoció McFeyffe, al cabo de una pausa-. Jamás creí que pudiese estar allá arriba. Pensé que se trataba de una paparrucha.

-McFeyffe -acusó Hamilton-, es usted comunista.

-Sí -confesó McFeyffe, tonante.

-¿Desde hace mucho tiempo?

-Años. Desde la depresión.

-¿Herbert Hoover le pegó un tiro a su hermano pequeño?

-No. Pero tenía hambre, estaba sin empleo y me había hartado de aguantar calamidades.

-En cierto sentido, no es mal chico -dijo Hamilton-. Pero no cabe duda de que tiene unas interioridades retorcidas. Está más loco que la señorita Reiss.

Librodot

Y es más victoriano que la señora Pritchet. Y más pagano que Silvester. Las partes peores de cada uno de ellos se han unido en usted. Y algunas otras más. Aunque, aparte de eso, nada hay que reprocharle.

-No tengo por qué escuchar sus tonterías -declaró la soberbia deidad dorada.

-Lo malo es que, por encima de todo, es usted un canalla de la más baja estofa. Un tipo subversivo, un embustero redomado, un traidor ambicioso de poder y un bribón despreciable y ruin. ¿Cómo pudo hacer a Marsha semejante faena? ¿Cómo pudo ser capaz de organizar todo este tinglado repugnante?

Al cabo de un momento, la radiante criatura respondió:

-Según dicen, el fin justifica los medios.

-¿Táctica del Partido?

-Las personas como su esposa son comprometedoras.

-¿Por qué? -quiso saber Hamilton.

-No pertenecen a ningún grupo. Mariposean de un lado a otro y lo pulsan todo. En cuanto volvemos la espalda...

-Así que acaban con ellas. Las ponen en manos de los patriotas lunáticos.

-A los patriotas lunáticos -explicó McFeyffe- podemos comprenderlos. Pero a su esposa no. Estampa su firma al pie de los manifiestos pro paz y lee el *«Tribune»* de Chicago. Los elementos como ella... constituyen para la disciplina del Partido una amenaza mayor que la de cualquier otro grupo. El culto del individualismo. El idealista con su propia Ley y su propio sentido de la ética. Se niegan a aceptar la autoridad. Eso socava la sociedad. Derriba toda la estructura. Sobre esa base no es posible edificar nada duradero. Las personas como su esposa no aceptan ni obedecen órdenes.

-McFeyffe -dijo Hamilton-, va a tener que perdonarme.

-¿Por qué?

-Porque voy a intentar algo infructuoso y estéril. Porque, aunque comprendo que es inútil voy a tratar de extraer de su cuerpo lo bueno que albergue en él.

En el instante en que se abalanzaba hacia McFeyffe, Hamilton vio tensarse los músculos macizos y férreos. Pero la lucha iba a ser demasiado desigual; ni siquiera pudo empezar a hacer mella en el gran rostro. McFeyffe retrocedió, recobró el equilibrio y respondió al ataque.

Hamilton cerró los ojos, buscó el cuerpo a cuerpo, se aferró a McFeyffe con todas sus fuerzas y se resistió a soltarle. Como un náufrago desahuciado, siguió agarrado a aquella metafórica tabla de posible salvación sin que le importasen las magulladuras, las contusiones, la pérdida de algunos dientes, la sangre que goteaba del corte que sufrió en un ojo o el que sus ropas quedasen hechas harapos. Una especie de frenesí místico, fanático, le dominaba; absorbido por un éxtasis de odio ferviente, empezó a machacar de modo sistemático la noble cabeza, golpeándola contra el muro. Numerosos dedos se le clavaron en la carne, le arañaron y le rasgaron, pero no consiguieron que soltase a su presa. De momento.

Sin embargo, no tardó en comprender que todo estaba a punto de concluir para él; su asalto desesperado iba a acabar vanamente. A escasa distancia de la figura abandonada y contraída de Marsha Hamilton, se encontraba Bill Laws, tendido en el suelo con el cráneo abierto. La mujer yacía en el mismo punto donde la soltó. Y el propio Hamilton, aún en pie, tuvo tiempo de

identificar las culatas de los fusiles que se precipitaban coléricos sobre él: había sonado su hora.

-Vamos -articuló, jadeante-. Ya nada tiene importancia. Aunque nos destrocen por completo. Aunque nos trituren. Aunque nos pulvericen y construyan barricadas con nosotros. Aunque nos empleen como argamasa. Este no es el mundo de Marsha y eso es todo lo que me...

Encajó el primer culatazo; apretó los párpados y se encogió para resistir el dolor. Uno de los obreros del Partido le asestó un puntapié en la ingle; otro se dedicó a patearle los riñones metódicamente. Entre nubes de inconsciencia, Hamilton se percató de que el cuerpo de McFeyffe se le fundía entre las manos. Las figuras de los trabajadores iban y venían a través de los remolinos de oscuridad. Luego se vio a gatas en el piso, gimiendo y arrastrándose, intentando distinguir la forma de McFeyffe a través de la neblina roja de su propia sangre. Y tratando al mismo tiempo de alejarse de los atacantes.

Gritos. El martilleo de las culatas de los rifles estrellándose una y otra vez contra su cráneo. Se estremeció, lanzó zarpazos a la ventura, dirigidos a la confusión que le circundaba, vislumbró el bulto de una figura inerte y se deslizó por el suelo hacia ella.

-Déjenle -decían.

Hamilton hizo caso omiso de la voz y continuó manoteando en busca de McFeyffe. Pero la inanimada figura que encontró no era la de McFeyffe. Se trataba de Joan Reiss.

Al cabo de unos instantes, localizó a McFeyffe. Débil, exhausto, trató de descubrir en el suelo algo con qué matarle. En el momento en que sus manos se cerraban en torno a un trozo de hormigón, recibió un puntapié demoledor, que le despidió hacia atrás. La inmóvil forma de McFeyffe se retiró, quedó lejos de su alcance. Hamilton se encontró sólo, tambaleándose en medio de un caos de escombros, perdido entre turbulentas partículas de ceniza, que giraban en el aire e iban a posarse finalmente en el suelo.

El desorden que le rodeaba era un conjunto de cascotes esparcidos: las ruinas del Bevatrón. Las figuras que se aproximaban con infinitas precauciones eran técnicos y miembros de la Cruz Roja.

Comprendió que en el barullo indiscriminado de culatazos, McFeyffe había recibido también su parte y algún golpe le privó del sentido. En medio del feroz desencadenamiento de violencia homicida no obtuvo ninguna exención especial. No fue una lid en la que los contendientes se anduviesen con finuras, matices o contemplaciones.

A la derecha de Hamilton yacía el cuerpo inerte de su esposa, cuyos vestidos chamuscados humeaban. La mujer tenía un brazo debajo del costado y, con las rodillas hacia arriba, constituía un pequeño fardo patético sobre la ennegrecida superficie de hormigón. Y, no muy lejos de Marsha, estaba McFeyffe. De modo inconsciente, Hamilton se arrastró hacia él. Cuando había cubierto la mitad del trecho que le separaba de McFeyffe, un equipo médico obligó a Hamilton a ponerse boca arriba y trató de colocarle en una camilla. Aturdido, confuso, pero aún resuelto a cumplir su propósito, el ingeniero apartó a los sanitarios y consiguió incorporarse y quedar sentado.

En el pozo de la inconsciencia, a donde le habían arrojado los golpes de los miembros de su propio Partido, la expresión de McFeyffe era de furor

Librodot

ultrajado. El rostro tumefacto y cubierto de protuberancias se contorsionaba a impulsos de la ira impotente. No se borró aquella expresión mientras recuperaba penosamente el conocimiento. Su respiración era ronca e irregular. Emitió una serie de murmullos incoherentes al tiempo que agitaba los brazos, se revolvía y cerraba las manos en el aire, esforzándose en coger algo, pero no hallando más que vacío.

Medio enterrada bajo los cascotes, la señorita Reiss empezaba ya a removerse. Logró ponerse de rodillas y tanteó el suelo hasta que sus dedos tropezaron con los restos de las destrozadas gafas.

-¡Oh! -articuló con un hilo de voz. Cerró los párpados y luego pestañeó, como si quisiera evitar las lágrimas de miedo que brotaban de sus ojos miopes-. ¿Qué...?

A la defensiva, recogió los harapos chamuscados del chaquetón roto y los envolvió en torno a su cuerpo.

Un grupo de técnicos había llegado ya hasta la señora Pritchet. Actuando con rapidez, quitaron de encima del voluminoso y humeante cuerpo de la dama el montón de escombros que lo cubría en parte.

Hamilton reunió todas las energías dispersas por su cuerpo y sé puso en pie trabajosamente. Luego fue hacia su esposa y comenzó a apagar la línea de chispas que recorría el vestido carbonizado de Marsha. Por reflejo, la mujer se estremeció y se retorció.

-No te muevas -advirtió Hamilton-. Es posible que sufras alguna fractura.

Obediente, Marsha permaneció inmóvil, cerrando los ojos, rígido el cuerpo. A lo lejos, extraviados en las trombas de nubes de calcinadas cenizas de cemento, sonaban los gemidos aterrados de David Pritchet. Todos los miembros del grupo se movían ya; todos regresaban a la vida. Bill Laws levantó las manos hacia los blancos semblantes de los hombres de la partida de rescate que le rodeaban. Voces, gritos, chillidos, el ulular de las sirenas de alarma...

El estrépito áspero del mundo real. Humos acres de cosas quemadas, equipo electrónico medio destrozado. Los torpes intentos de los servicios médicos de urgencia, que prestaban sus primeros auxilios nerviosamente.

-Hemos regresado -comunicó Hamilton a su esposa-. ¿Me oyes?

-Sí -respondió Marsha-, te oigo.

-¿Contenta?

-Sí -repuso la muchacha quedamente-. No grites, cariño. Estoy contentísima.

El Coronel T.E. Edwards escuchó pacientemente, sin formular ningún comentario, toda la declaración de Hamilton. Tras el resumen de las acusaciones presentadas por el ingeniero, el silencio reinó durante un buen rato en la larga y eficiente sala de conferencias. Los únicos sonidos audibles fueron el sordo rumor de las chupadas de los fumadores a sus cigarros y el rítmico runrún producido por las notas taquigráficas que se tomaban.

-Asevera que nuestro funcionario de la seguridad es miembro del Partido Comunista -manifestó Edwards, al cabo de una prolongada pausa contemplativa, fruncido el ceño-. ¿No es así?

-Exactamente, no -repuso Hamilton. Aún se encontraba un poco vacilante; desde el accidente del Bevatrón, sólo había transcurrido algo más de una semana-. Lo que afirmo es que McFeyffe es un comunista

disciplinado, que aprovecha su privilegiada posición aquí y la utiliza en beneficio de los fines del Partido al que sirve. Pero si esa disciplina es interna o externa...

Edwards se encaró vivamente con McFeyffe y le preguntó:

-¿Qué tiene que decir a esto, Charley?

Sin levantar la cabeza, McFeyffe repuso:

-Mi opinión es que salta a la vista que lo único que pretende es calumniarme, colgarme un sambenito falso y cubrirme de oprobio.

-¿Sostiene usted que Hamilton trata de impugnar sus motivos?

-Exacto. -McFeyffe soltó las frases de manera mecánica-. Lo que busca es proyectar dudas sobre la validez de mis motivos. En lugar de defender a su esposa, me ataca a mí.

El Coronel Edwards volvió la vista hacia Hamilton.

-Temo que no me queda más alternativa que la de mostrarme de acuerdo en eso. Es su esposa, Hamilton, y no Charley McFeyffe, quien está sometida al fuego de las acusaciones. Procure organizar la defensa pertinente.

-Como usted sabe -dijo Hamilton-, no puedo, ni podré bajo ninguna circunstancia, demostrar que Marsha no es comunista. Pero si puedo aportar algunas razones que justifican el porqué McFeyffe ha preparado esas acusaciones contra Marsha. Puedo informarle de lo que está haciendo y cuál es el medio real de todo este asunto. Mire el puesto que ocupa, ¿quién sospecharía de él? Tiene libre acceso a los archivos de seguridad; se encuentra en situación de presentar cargos contra cualquier persona que quiera... un destino ideal para un facineroso del Partido. Está en condiciones de elegir a todo aquel que desagrade al Partido, a toda persona que se interponga en su camino. Sistemáticamente, el Partido va eliminando a sus adversarios.

-Pero todo ello resulta muy indirecto -señaló Edwards-. Un puñado de deducciones más o menos lógicas... ¿dónde están las pruebas? ¿Puede demostrar que Charley es rojo? Como usted mismo ha observado, no es miembro del Partido Comunista.

-No soy ninguna agencia de detectives -replicó Hamilton-. No soy ningún Cuerpo de Policía. No poseo medios para reunir información en contra suya. Presumo que está en contacto con el PC de los EEUU o con algunas de las Organizaciones de Choque del Partido... En alguna parte debe de recibir las normas para actuar. Si el FBI le somete a vigilancia...

-No dispone usted de ninguna prueba, entonces -le interrumpió Edwards, al tiempo que mordía la punta de su cigarro-. ¿Verdad?

-Ninguna prueba -reconoció Hamilton-. Ninguna prueba de lo que Charley McFeyffe alberga en la cabeza. Como tampoco la tiene él de la que anida en el cerebro de Marsha.

-Pero contra su esposa existe todo ese material incriminativo. Las solicitudes que firmó, las reuniones políticas a las que asistió. Enséñeme una petición de esas en la que figure la firma de Charley. Cíteme un mitin en el que haya estado.

-Ningún comunista auténtico va a exponerse de tal modo -repuso Hamilton. Al mismo tiempo que lo decía, se daba cuenta de lo absurdas que sonaban sus palabras.

-No podemos despedir a Charley basándonos en algo tan débil como eso. Incluso usted debe comprender lo frágil que es. ¿Despedirle porque no honró

con su presencia ninguna reunión de simpatizantes del comunismo? -Un asomo de sonrisa apareció en el rostro del Coronel Edwards-. Lo siento, Jack. No tiene fundamento, ni sólido ni endeble, para promover un pleito.

-Lo sé -asintió Hamilton.

-¿Lo sabe? -se asombró Edwards-. ¿Y lo *confiesa?*

-Naturalmente que lo reconozco. Nunca se me ocurrió que tuviese la más remota posibilidad de entablar un pleito así. -Sin manifestar emoción particular alguna, Hamilton explicó-: Sólo pensé que podría someter el caso a su atención. Y que eso se incluiría en el expediente.

Hosco y regordete, hundido en la silla, McFeyffe se abstuvo de pronunciar palabra. Tenía entrelazados con fuerza los romos dedos; concentraba todo su interés sobre ellos y no miró a Hamilton a la cara.

-Me gustaría poder ayudarle -dijo Edwards con voz intranquila-. Pero rayos, Jack, si utilizásemos su lógica tendríamos a todos los habitantes del país clasificados como posibles riesgos individuales para la seguridad.

-Pues debería emplear mi lógica. Aparte de que lo único que yo deseaba era que el método se extendiese a McFeyffe. Me parece una vergüenza que él esté exento.

-Creo -silabeó Edwards, muy rígido- que la integridad y el patriotismo de Charley McFeyffe están por encima de cualquier reproche. ¿Ignora usted que ese hombre combatió en la Segunda Guerra Mundial formando parte del Cuerpo del Ejército Aéreo? ¿No sabe que es católico devoto? Además de miembro de los Veteranos de las Campañas en el Extranjero.

-Y probablemente explorador juvenil -convino Hamilton-. Incluso es harto posible que decore su arbolito todas las Navidades.

-¿Pretende insinuar que los católicos y los legionarios son desleales? -preguntó Edwards.

-No, nada de eso. Trato de decir que un hombre puede ser todas esas cosas y, al mismo tiempo, dedicarse a la subversión. Y una mujer puede firmar manifiestos solicitando la paz y estar suscrita a *«In Fact»,* sin que por ello deje de amar hasta el polvo de que está formado este país.

-Me parece -declaró Edwards con frialdad- que estamos perdiendo el tiempo. Es como dar vueltas alrededor de un círculo vicioso.

Hamilton echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

-Gracias por escucharme, Coronel.

-No hay de qué -repuso Edwards, un poco violento-. Me gustaría hacer algo por usted, muchacho. Pero sin duda comprende mi situación.

-No es culpa suya -concedió Hamilton-. De hecho, y de un modo algo perverso, me alegro de que no tenga en cuenta mis alegaciones. Al fin y al cabo, McFeyffe es inocente hasta que no se demuestre lo contrario.

-Se había levantado la sesión. Los directores de *Mantenimientos de California* comenzaron a salir al pasillo, satisfechos de poder regresar a sus tareas rutinarias. La linda y compuestita taquígrafa recogió su máquina de estenotipia, sus cigarrillos y su bolso de mano. Tras una cautelosa y malévola mirada a Hamilton, McFeyffe echó a andar, pasó bruscamente junto al ingeniero y desapareció.

En el umbral, el Coronel Edwards detuvo a Hamilton.

-¿Qué va a hacer ahora? -interrogó-. ¿Piensa darse una vuelta por la parte alta de la península? ¿Va a ofrecer la oportunidad de contratarle a Tillingford y a la AFE? Le aceptarán de mil amores. Tillingford y su padre de usted

fueron muy buenos amigos.

En aquel mundo, el real, Hamilton no se había acercado a Guy Tillingford.

-Supongo que sí, que aceptaría mis servicios -silabeó con aire pensativo-, en parte por esa razón que ha citado usted y en parte porque soy un buen especialista en electrónica.

Edwards comenzó a sentirse un poco violento y a ponerse colorado.

-Perdone, muchacho; créame que lo lamento. No pretendía ofenderle, sólo deseaba...

-Me hago cargo de lo que usted deseaba. -Hamilton se encogió de hombros, teniendo buen cuidado en no provocar ninguna reacción dolorosa por parte de su costilla fracturada. En la boca tenía dos dientes moviéndose y en su cabeza aparecía un claro, por encima del oído derecho, donde tuvieron que arrancarle un trocito de cuero cabelludo y aplicarle dos puntos de sutura. El accidente, la prueba de fuego que representó, le había convertido en un hombre maduro. Declaró-: No pienso recurrir a Tillingford. Tengo la intención de establecerme por mi cuenta.

Tras un titubeo, Edwards inquirió:

-¿Está resentido con nosotros, los dirigentes de la empresa?

-No. Perdí este empleo, pero eso carece de importancia. Es cierto sentido, constituye un alivio. Es probable que, de no haber sucedido esto, habría continuado aquí indefinidamente. Sin que el Sistema de Seguridad me molestase lo más mínimo, sin tener plena conciencia de que existe. Pero me lo han frotado por las narices; me he visto obligado a plantarle cara. No tuve más remedio que despertar, tanto si me gustaba como si no.

-Vamos, Jack...

-Mi vida siempre se desarrolló de un modo tranquilo, nunca tuve que vencer dificultades de ninguna especie. Mi familia poseía dinero en abundancia y mi padre fue un hombre que gozaba de bastante renombre en su profesión. Normalmente, las personas como yo nunca reciben el roce de individuos como McFeyffe. Pero los tiempos cambian. Los McFeyffe suben ya hasta nuestra altura y empezamos a tenérnoslas que ver con ellos. Así que ha llegado el momento de notar su existencia.

-Todo eso está muy bien -dijo Edwards-. Noble y conmovedor. Pero tiene que ganarse la vida; ha de encontrar trabajo y mantener a su familia. Y mientras no se extienda un certificado que contrarreste el efecto negativo de los datos incluidos en su expediente, no diseñará proyectiles aquí ni en ningún otro sitio. No le aceptará nadie que tenga contratos con el Gobierno.

-Tal vez sea también algo bueno. Estoy cansado de colaborar en la fabricación de bombas.

-Le abruma la monotonía, ¿eh?

-Prefiero llamarlo conciencia desvelada. Algunas de las cosas que me han sucedido me hicieron también cambiar determinados puntos de vista. Me arrancaron del surco, como dicen.

-¡Ah, sí! -dijo Edwards vagamente-. El accidente.

-Ante mis ojos aparecieron un sinfín de aspectos de la realidad que ignoraba que existiesen. He salido de ésta con una perspectiva alterada. Quizás es menester que se produzcan acontecimientos como ese para que se derrumben las murallas de la rutina. Si ocurre así, merece la pena pasar por esa experiencia.

A su espalda, por el pasillo, resonó el cadencioso y agudo taconeo de los

zapatos de Marsha, la cual, radiante y con respiración entrecortada, llegó presurosa hasta él y le cogió del brazo.

-Lo tenemos todo a punto para la marcha -informó a Hamilton en tono algo apremiante.

-Y lo más trascendente para mí -dijo Hamilton al Coronel Edwards- ha quedado bien establecido. Marsha decía la verdad, y eso es lo que a mí me importa. Siempre estaré a tiempo de conseguir otro empleo, pero las esposas andan escasas.

-¿Qué piensa hacer? -insistió Edwards, cuando Hamilton y Marsha echaban a andar pasillo abajo.

-Le enviaré una tarjeta postal -respondió Hamilton por encima del hombro-. Con el membrete de la sociedad.

-Cariño -habló Marsha excitadamente, mientras descendían por la escalinata frontal del edificio de *Mantenimientos de California* y se disponían a avanzar por el paseo de cemento-, los camiones han empezado a llegar. Y están descargando ya.

-Estupendo -repuso Hamilton, satisfechísimo-. Será un gran espectáculo cuando nos pongamos a trabajar divirtiéndonos como antes.

-No hables así -reprochó Marsha, angustiada, al tiempo que le oprimía el brazo-. Me avergüenzo de ti.

Con una amplia sonrisa en el rostro, Hamilton la ayudó a subir al automóvil.

-A partir de ahora voy a mostrarme perfectamente honesto y sincero con todo el mundo; no diré ni más ni menos que lo que piense y sólo haré lo que me parezca justo. La vida es demasiado breve para proceder de otro modo.

Enojada, Marsha se quejó:

-Bill y tú... empiezo a preguntarme cómo terminará todo esto.

-Seremos ricos -contestó Hamilton jubilosamente. Iba al volante y conducía hacia la autopista-. Grábate mis palabras en el cerebro, nena. «Morrongo Atolondrado» y tú os hartaréis de platos de natillas y dormiréis sobre almohadones de seda.

Media hora después, ambos se encontraban erguidos en lo alto de un otero de terreno inculto y examinaban con ojo crítico el pequeño cobertizo con cubierta de hierro acanalado que Hamilton y Laws arrendaron días antes. Se amontonaba el equipo embalado en gigantescas cajas de madera; un rosario de camiones pesados se acercaba en marcha atrás al andén posterior de carga.

-Un día de estos -comentó Hamilton en tono reflexivo-, de esa plataforma saldrán brillantes cajitas con interruptores y diales, los camiones cargarán mercancía, en vez de descargarla.

Con el enjuto cuerpo encogido para resistir mejor los embates del vivo aire otoñal, Bill Laws avanzaba a grandes zancadas en dirección a la pareja. Entre los delgados labios del negro colgaba un cigarrillo apagado y llevaba las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

-Bueno -manifestó torcidamente-, no es gran cosa, pero va a resultar divertidísimo. Puede que, al final, todo se venga abajo, pero antes de que eso ocurra, si ocurre, lo pasaremos en grande durante una temporada.

-Jack acaba de decirme que nos enriqueceremos -replicó Marsha, decepcionada, juntos los labios en un pucherito burlón.

-Eso, en todo caso, vendrá después -explicó Laws-. O sea, cuando seamos

demasiado viejos y estemos demasiado achacosos para divertirnos.

-¿Se ha presentado Edith Pritchet? -preguntó Hamilton.

-Debe de andar por alguna parte, no muy lejos -Laws hizo un gesto vago-. Vi su *Cadillac* aparcado en la carretera, un poco más arriba.

-¿Funciona?

-Ya lo creo -afirmó Laws-. Va como una seda. Hemos dejado de estar en ese mundo de manera definitiva.

Un arrapiezo, que no tendría más de once años, apareció corriendo entusiasmado.

-¿Qué se va a fabricar? -interrogó-. ¿Cohetes?

-No -respondió Hamilton-. Tocadiscos. Para qué la gente pueda escuchar música. Eso será lo primero.

-¡Jesús! -exclamó el chico, impresionado-. Eh, el año pasado monté un receptor tipo casco telefónico, de un tubo y que funcionaba a base de pilas.

-¡Buen principio!

-Y ahora estoy preparando un afinador TRF.

-Magnífico -alabó Hamilton-. Es posible que te demos un empleo. Suponiendo, naturalmente, que no tengamos que imprimir nuestros propios billetes de banco.

Caminando con suma cautela por aquel terreno «selvático», se acercó la señora Pritchet. Iba envuelta en un costoso abrigo de pieles y cubría sus rizos un sombrero de lo más complicado.

-Vamos, no molestes al señor Laws y al señor Hamilton -dijo a su hijo-. Tienen un montón de complicaciones.

David Pritchet se retiró, mustio.

-Hablábamos de electrónica.

-Han comprado una cantidad enorme de equipo -observó la señora Pritchet, con cierto dejo dubitativo en la voz-. Desde luego, todo eso debe costar una fortuna.

-Nos va a hacer falta -explicó Hamilton-. No pretendemos montar amplificadores con piezas de las que ya se fabrican en serie; diseñaremos y produciremos nuestros propios componentes, desde condensadores hasta transformadores. Bill ha trazado ya el esquema de una nueva clase de tubo sin fricción. Causará sensación en el mercado de los reproductores de alta fidelidad... con la garantía absoluta que ningún disco lleva.

-Degenerados -denostó Marsha-. Dedicarse a satisfacer los caprichos de las clases ociosas...

-Creo -manifestó Hamilton- que la música está aquí para quedarse. La cuestión estriba en: ¿cómo lo manejaremos? Maniobrar un equipo de alta fidelidad va a constituir un arte en sí mismo. Para sacarle partido a nuestros aparatos hará falta más destreza que la que se necesita para fabricarlos.

-Ya lo vislumbro -sonrió Laws-. Flacos, jóvenes sentados en el suelo de sus apartamentos de North Beach, sumidos en el éxtasis profundo de accionar mandos, interruptores y palancas, con el propósito de afinar tonos y volumen, mientras truena el increíblemente auténtico rugido de los motores, las tormentas de nieve, los camiones cargados de chatarra y otros sonidos a cual más extraños, grabados para su goce espiritual.

-No estoy segura de la empresa -expuso sus dudas la señora Pritchet-. Ustedes dos parecen tan... tan excéntricos.

-Este es un terreno excéntrico -le informó Hamilton-. Peor que el de la alta

costura y las modas. Peor que el negocio de proporcionar artículos para tertulias masculinas. Pero remunerador al máximo.

-Sin embargo -insistió la señora Pritchet-, ¿tienen la certeza absoluta de que su aventura alcanzará el éxito financiero? No me gusta efectuar inversiones, a menos que posea ciertas garantías de beneficios razonables.

-Señora Pritchet -adopté Hamilton un tono severo-, me pareció haberla oído decir una vez que anhelaba patrocinar las artes.

-Oh, cielos -le tranquilizó Edith Pritchet-, no hay nada más vital para la sociedad que una firma patrocinadora de actividades culturales. La vida sin la gran herencia artística creada por generaciones de genios inspirados...

-Entonces está llevando a cabo una obra magnífica -afirmó Hamilton-. No se arrepentirá de su acción, no tendrá motivos. Ha traído su caudal al sitio adecuado.

-Mi...

-Su laúd -intervino Bill Laws rápidamente-. Ha traído su laúd al sitio adecuado. Estamos en el terreno de la música; con nuestros aparatos, las masas van a disfrutar como nunca de la armonía sonora. Centenares de vatios de música en toda su pureza. Decenas de millares de ciclos llanos. Es una revolución cultural.

Pasando el brazo alrededor de su esposa, Hamilton la atrajo hacia sí con entusiasmo.

-¿Qué te parece, nena?

-Formidable -jadeó Marsha-. Pero ten cuidado con mi persona... con mis quemaduras... Acuérdate de ellas.

-¿Crees que será un éxito?

-Estoy convencida.

-Eso basta para satisfacer a cualquiera -se dirigió Hamilton a la señora Pritchet, al tiempo que soltaba a su esposa-. ¿De acuerdo?

Todavía vacilante, Edith Pritchet rebuscó el talonario de cheques en su voluminoso bolso.

-En fin, parece que se trata de una buena causa.

-No lo parece, es una buena causa -aseveró Hamilton-. Claro que, si no conseguimos, si no disponemos del dinero, no estaremos en condiciones de ponerla en marcha.

Con un chasquido agudo, la señora Pritchet volvió a cerrar su bolso.

-Tal vez sea mejor que no me complique en este asunto.

-No le haga caso -intervino Marsha, apremiante-. Ninguno de ellos sabe lo que dice.

-Está bien -asintió la señora Pritchet, decidida por fin. Con precisión y cuidado exquisitos, extendió un cheque por una cantidad que cubría los gastos iniciales de la empresa-. Espero que me devolverán esta suma -manifestó severamente, mientras tendía el talón a Laws-. De acuerdo con las cláusulas de nuestro convenio.

-Se lo devolveremos -afirmó Laws muy serio.

E inmediatamente dio un brinco hacia atrás y puso cara de sufrimiento. Se agachó con ademán furioso, se llevó las manos al tobillo y aplastó con el pulgar algo minúsculo y serpenteante.

-¿Qué le pasa? -preguntó Hamilton.

-Un bicho. Subió por el calcetín y me picó. -A la vez que esbozaba una sonrisa intranquila, Laws añadió-: Una simple coincidencia.

-*Confiamos* en devolverle su dinero -explicó Hamilton a la señora Pritchet, expresándose de una forma más segura, por si acaso-. No podemos prometérselo a ciencia cierta, claro. Pero nos esforzaremos al máximo.

Aguardó, pero ningún bichito le mordió ni le picó.

-Gracias a Dios -murmuró Marsha, con la vista clavada en el cheque. Camino ya del cobertizo con techo de hierro acanalado, Bill Laws gritó:

-¿A qué esperamos? ¡Manos a la obra!

FIN

Librodot